NOELIA LORENZO PINO

CORAZONES NEGROS



Anna Karlatos es una mujer joven, valiente y guapa que lo único que ansía es recuperar la vida que le han robado. El calvario en el que se ha convertido su existencia solo le deja dos alternativas: huir o morir.

La agente Eider Chassereau y el suboficial Jon Ander Macua se verán envueltos en el caso más oscuro que han investigado hasta el momento, descubriendo hasta dónde puede llegar la bajeza del ser humano.

Una trama ágil y con unos personajes bien definidos, tanto en el caso de los investigadores como en el de las víctimas, que la autora termina de dibujar haciéndonos partícipes de sus vivencias personales y familiares.

epublibre

Noelia Lorenzo Pino

Corazones negros

Chassereau y Macua : 3

ePub r1.0
maherran 23.08.2019

Título original: *Corazones negros*
Noelia Lorenzo Pino, 2018
Ilustraciones: Joxan Glez. Arruti
Diseño de cubierta: Cristina Fernández

Editor digital: maherran
ePub base r2.1



Para mi prima Yosune, porque en esta novela hablo de corazones y ella siempre estará en el mío ♥

Chiquilla…, ser valiente no es suficiente
MILLON DOLLAR BABY

Oiartzun, 18 de abril de 2014. Viernes.

El chisporroteo de la lluvia contra la persiana le despertó antes de que sonara la alarma. Jon Ander se giró y divisó a Baraibar en el otro extremo de la cama. Siempre que dormía con ella tenía la sensación de que lo hacía solo. La tía se arrinconaba allí y no se movía en toda la noche. Estiró el brazo y le acarició la cabeza. Tenía el pelo frío. En casa de Baraibar la temperatura solía ser baja. La orientación de la fachada era norte y ella detestaba la calefacción. Decía que le provocaba dolor de cabeza.

—¿Ya es la hora? —murmuró adormilada.

—Sí.

—Mierda…

Ni siquiera se giró para mirarle. Para darle un beso de buenos días. Salió de entre las mantas y estiró su larguirucho cuerpo.

—*Egun on* —le dijo Jon Ander con anhelo. Aún tenía la mano sobre la almohada, junto al hueco que acababa de dejar la jefa. Pensó que un abrazo o un par de mimos le hubiesen venido de maravilla.

«Qué escurridiza eres», se dijo mientras la observaba salir del dormitorio.

Llevaba un pantalón de pijama gris claro y una sudadera roja. Era su manera de no pasar frío en aquel solitario rincón de la cama.

—*Egun on* —contestó ella ya en el pasillo.

Jon Ander Macua no se dio mucha prisa en abandonar las mantas. Sabía que en menos de cinco minutos ella abandonaría la casa con su uniforme de correr. Sudadera, mallas negras y deportivas del mismo color. La jefa no era capaz de hacer excepciones ni cuando él se quedaba a dormir. Su rutina era sagrada.

—Tienes toallas limpias en el baño —comentó asomándose por la puerta.

—Gracias. ¿El café como siempre? —preguntó Jon Ander.

—Sí, por favor. Nos vemos en media hora.

—De acuerdo.

La pantera negra desapareció ágil. Lo siguiente que escuchó el suboficial Jon Ander Macua fue el portazo.

* * *

Hacía mucho tiempo que no pasaba un rato con ella. Últimamente no hacía más que intentar recordar sus facciones, su cuerpo… pero cada minuto que pasaba la imagen era más borrosa. Se moría por estar un rato con ella… Se moría por oler aquella piel que tanto se distinguía de las del resto. La mirada esquiva, pensativa, le hizo dar el paso. Necesitaba tenerla cerca, volver a perpetuarla en su cabeza. Cogió el teléfono móvil que usaba para los encuentros y marcó el número.

—¡Hombre! Dichosos los oídos —escuchó al otro lado—. ¿Qué es de tu vida, Vikingo?

Jamás utilizaban sus verdaderos nombres. En aquellas líneas todo era una mentira o quizás la verdad más absoluta… Él había decidido apodarse Vikingo. A pesar de que vivía en Hernani, había nacido en Hondarribia. A los hondarribitarras solían llamarlos «vikingos» por un asentamiento de guerreros nórdicos que tuvo lugar en la Antigüedad. Se decía que esa era la explicación de por qué, en su pequeño pueblo costero, había más gente rubia y pelirroja que en las ciudades vecinas. Él era moreno y su familia también. Dudaba mucho de que por sus venas corriera una gota de sangre escandinava.

—Sí, ha pasado tiempo —contestó algo desganado.

No tenía ninguna gana de hablar con Mastín de su estado de ánimo ni de nada más que no fuera de ella. Muchas veces se preguntaba si aún la tendrían, si seguiría con vida… Por lo que había oído, su interlocutor era un tío grande. Muy grande. Suponía que de ahí lo de Mastín.

—¡Cuéntame, Vikingo! ¡Cuéntame! —dijo animado.

Mastín siempre parecía estar a tope. Y seguramente lo estaba. Además de lo de grande, también había llegado a sus oídos que era un *farlopero*. Vikingo no lo dudaba. Encajaba en el patrón de ese tipo de hombres. Vikingo era diferente… Él no probaba la droga. Él era de otra clase.

—Sin novedades, Mastín. Todo bien.

—Me alegro, me alegro —dijo con tono resignado al encontrar poco palique al otro lado de la línea—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Quiero un encuentro.

—¿Con quién?

A Vikingo le molestó la pregunta. Cómo que con quién. Él nunca llamaba para encontrarse con otra persona que no fuera ella…

—Ya sabes con quién… ¿Sigue con vosotros?

—Qué cabroncete eres, Vikingo —rio al otro lado—. Si hablas de la joya de la corona, por supuesto que sigue con nosotros.

—Me gustaría verla.

—Bihotza tiene la agenda muy apretada, ya sabes… Además, desde que no la ves ha ganado muchos pretendientes.

Vikingo apretó los dientes.

—Quiero un encuentro para este fin de semana.

Mastín se carcajeó.

—¿Has oído algo de lo que he dicho? —preguntó burlón.

—Alto y claro, Mastín. ¿Y tú?

De pronto la conversación se quedó en *stand by*. El silencio se apoderó de ella.

—Creía que no iba a necesitar llamar a Castillo —amenazó Vikingo con voz seria.

Esperó respuesta. Se imaginó a ese hombre enorme, apodado Mastín, cagándose en todo, con los puños apretados y rojo de ira. Vikingo no era cualquiera. ¿Qué

demonios se creía aquel imbécil?

—Deberías llamarme con más margen de maniobra… —se quejó a media voz.

—¿Cómo has dicho?

Mastín se quedó callado unos segundos.

—El encuentro será el domingo —dijo por fin. Ya no había ni un ápice de ánimo en su tono de voz.

—Perfecto.

—En la casa de la muga a las seis de la tarde.

—Allí estaré.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Sí. Que sea la última vez que me chuleas, ¿de acuerdo?

Mastín se quedó callado.

—Ah, y que dejes la puta coca —concluyó Vikingo a la par que colgaba el teléfono.

* * *

Estaba sola en la oficina. La jefa había llamado hacía un buen rato a Jon Ander y desde entonces estaban encerrados en el despacho. Se preguntó qué estaría haciendo la parejita. Se rio por dentro. Al parecer era la única que estaba al tanto de la relación. Ellos dos eran muy discretos, pero el resto de sus compañeros claramente ciegos. ¿Es que acaso no veían los gestos, la complicidad…? Con ese equipo de sabuesos sin olfato era imposible resolver ningún caso… Menuda cuadrilla… Además de toda la complicidad, Juncal Baraibar había cambiado totalmente la manera de tratarles. Eider no sabía qué le daba Jon Ander a la jefa pero, desde luego, había conseguido que estuviese como una balsa de aceite. La tía llevaba meses tuteándoles. ¿Nadie se había dado cuenta del cambio? Le parecía increíble… Suspiró y, en el fondo, les envidió por tener lo que tenían. Se complementaban bien. Pensó con resignación que, últimamente, ella estaba bastante arisca. Después de lo de Josu, de acudir a notarios, bancos… De asumir pagos, de asumir que todo se había acabado… En resumen, habían sido unos meses duros. Consultó el teléfono móvil y se dio cuenta de que aún no había contestado al agente Ochoa. Le había propuesto tomar un café hacía semanas pero ella no se decidía. Le daba vértigo eso de volver a quedar con un tío. Los últimos doce años de su vida los había pasado con Josu… Desde los veintidós… Pensó que no…, que aún no era el momento.

«No exageres, tan solo es un café», se dijo. «Es un tío majo. No te vendría nada mal charlar con él un rato…».

Eider guardó el móvil rápidamente ignorándose a sí misma. De momento no iba a contestar ni a pensar más en ello. Volvió a leer el informe del atraco para mantenerse entretenida. Era tan escueto que ya se lo sabía de memoria. Echó la vista atrás en lo referente a lo laboral. Jon Ander y ella habían conseguido resolver los casos que habían ido llegando a sus manos. De eso, los de jefatura no podían quejarse.

—¿Otra vez con el informe? —preguntó una voz ronca.

Jon Ander se acomodó en la silla.

—¿Qué cuenta la *churri*? —bromeó Eider.

—No te pases… —contestó su compañero muy serio.

Eider tuvo que disimular una sonrisa. Debía reconocerlo…, desde lo de Josu, estaba muy puñetera. Jon Ander tenía un carácter temperamental y cualquier día le iba a mandar a la mierda. Ella se aprovechaba porque el amor, al igual que a la jefa, le había amansado y mucho. ¿No era la música lo que amansaba?

«*L'amour! Oh, la la!*», pensó divertida.

—¿Te importaría decirle a Baraibar que le pida al subcomisario Padura todos los casos de homicidio sin resolver en Euskadi de los últimos años? —preguntó mostrando toda la seriedad de la que fue capaz.

El suboficial Jon Ander Macua levantó las cejas.

—¿Cómo dices? —murmuró frunciendo el ceño.

—Los casos sin resolver… —repitió con voz cansina.

—¿Qué demonios pretendes? ¿Montar aquí el Departamento Q?

Eider apoyó los codos y colocó la cara sobre las palmas de las manos.

—¿Se lo pides, por favor? —rogó con cara de pena.

—No. Pídeselo tú —dijo respondón.

—Anda, no te cuesta nada y a ti te va a hacer más caso…

—A la que verdaderamente va a hacer caso es a ti… Pero no me refiero a Baraibar, me refiero al subcomisario Padura, alias el Torerillo…

Eider resopló.

—Sabes que está coladito por ti.

—No me toques las narices… No pienso hablar con ese señor.

Su compañero se carcajeó de buena gana.

—Apuesto a que se derrite solo con oír tu voz.

—No voy a hacerlo, Jon…

—A ver, cuéntame qué se te ha metido en esa cabecita loca —dijo el suboficial prestándole toda su atención.

—Me desquicia este punto muerto… Desde que resolvimos el caso de Maika no dejo de pensar que tal vez haya más como el de ella. Familias que aún siguen esperando que se haga justicia. Deberíamos echar un vistazo a todos ellos.

—Tenemos un caso entre manos, Eider… —masculló—. Tenemos que ir a la gasolinera de Carrefour para intentar resolver el atraco.

—No.

—¿No?

—Les he dicho a Peio y a Eneko que lo hicieran ellos.

—Joder, Eider. ¿No habíamos quedado en que iríamos nosotros dos?

—Sí, pero he cambiado de idea.

—Estás… Estás… No te aguantas ni tú, tía.

—¿Vas a ir al despacho de Baraibar? —insistió.

—Qué pesadita te pones…

—¿Tanto te cuesta? —bufó con impotencia.

Jon Ander resopló y se puso de pie. Le miró de reojo y se marchó dando grandes zancadas.

* * *

Eider y su sobrina Vanesa estaban comiendo juntas. El día seguía igual de húmedo que como había amanecido. Desde que empezó la primavera apenas había dejado de llover. Eider estaba cansada de tanta agua y sintió que tenía mojados hasta los huesos. Necesitaba una tregua. Un par de días de ambiente seco y, a poder ser, de sol. La madre de Eider se acababa de ir a Murcia con sus amigas. Desde que su sobrina había decidido irse a vivir con ella, su madre no paraba de viajar. Y hacía bien. Estaba recuperando el tiempo perdido. Viuda desde muy joven…, la pérdida de su hija mayor por culpa de una sobredosis… Un pasado demasiado dramático. Ya era hora de disfrutar.

—En verano podrías aprovechar y acompañar a la abuela en uno de sus viajes. ¿No estás harta de tanta lluvia?

Vanesa la miró de reojo. Frunció el ceño.

—Sí, estoy harta de lluvia, pero ni loca me voy con ella y con sus amigas. ¿De verdad que has pensado lo que acabas de proponerme?

Eider se echó a reír.

—¿Dónde está ahora? ¿En Lo Pagán? —preguntó su sobrina.

Afirmó con la cabeza sin poder parar de reír. Vanesa era totalmente espontánea y una refunfuñona.

—Esos destinos están llenos de viejos —replicó—. No pinto nada allí…

—Con lo bien que se lo pasan en los bailes de los hoteles… —se burló Eider. Lloraba de la risa—. Todas las noches dándolo todo. Ya sea lunes o sábado. No te vendría nada mal mover el esqueleto.

—¡Anda ya! ¡Tú estás loca! —exclamó indignada—. No quiero acabar en la pista de baile con un octogenario…

—¿Adónde te gustaría viajar? —preguntó Eider secándose las lágrimas. Decidió dejar de burlarse. No quería cabrear a la bestia.

Vanesa la miró intrigada.

—¿No tienes interés por alguna ciudad en concreto? —insistió Eider.

—Sí, claro. Por muchas.

—Pues venga, dime una. ¿A qué esperas?

—Me gustaría conocer París y ya de paso visitar Disneyland.

Eider se levantó y recogió los platos.

—Me parece bien —dijo al tiempo que metía los cubiertos en el lavavajillas—. Podemos irnos una semana en julio. Yo para entonces estaré de vacaciones. Nos

cogemos las mochilas y al tren de alta velocidad. En seis horitas estamos en París.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —preguntó seria.

—Claro.

—¿Sin condiciones?

—Me gustaría que aprobaras todo…, pero bueno… Esta vez no pondré requisitos.

Eider se giró al no escuchar respuesta. Vanesa se había quedado muy callada. No se sorprendió al verla con el móvil pegado a la cara.

—Estoy poniéndolo en el grupo de amigas —explicó con una sonrisa de oreja a oreja.

En julio me piro a París con mi tía!!! A PARÍS!!!!

Eider se acercó para darle un beso en la cabeza. Le hizo ilusión leer aquella frase en la pantalla del móvil.

Tu tía es la hostia!!!

La respuesta de su amiga Miren le gustó aún más.

—Tu tía es la hostia, y se va ya o llegará tarde —dijo Eider mientras inhalaba el aroma del cabello de su sobrina. A menudo, le daba la impresión de que su hermana Mari estaba en aquel cuerpo. Se parecían tanto… Eider agradecía tenerla a su lado. Sentía que era una especie de segunda oportunidad.

Vanesa se levantó y la abrazó.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó eufórica.

Eider aprovechó el momento. Su sobrina no era muy cariñosa. Fue un abrazo breve pero intenso. Un chute de endorfinas.

—De nada —dijo sonriendo—. Nos vemos por la tarde.

Cuando entró en el despacho de la comisaría, enseguida divisó a su compañero.

—¿Ha dejado de llover? —preguntó él al verla.

Eider frunció el ceño y metió el paraguas empapado en la papelera.

—No, ¿pues?

—Por la cara de felicidad que traes.

—¿Qué pasa, que no se puede ser feliz los días de lluvia?

—A mí me está empezando a amargar este puñetero clima —refunfuñó.

A Eider le recordó a su sobrina. Quiso proponerle también un viaje a París para alegrarle la tarde, pero enseguida desechó la idea. Ya tenía bastante con una refunfuñona para las vacaciones de verano.

—Ahí tienes la tarea que pediste esta mañana —comentó Jon Ander señalando su escritorio.

Eider se fijó en varias carpetas que había junto al ordenador.

—Los casos de homicidios sin resolver. Todos suyos, señorita Chassereau.

—Ah, genial. Gracias.

—Se ve que el subcomisario Padura te tiene un cariño especial… —murmuró su compañero.

Eider hizo caso omiso, colgó la cazadora en la silla y se acomodó. Intuía que la tarde se le iba a pasar volando.

Hacia las cinco se fue a la máquina a por un café. Echó dos sobres de azúcar. Revolvió pensativa el líquido marrón y reflexionó sobre lo que había leído. El cadáver de un varón en una cuneta de un pueblo de Bizkaia. Cuerpo sin identificar y caso sin resolver. Todo apuntaba a que era un atropello. Por los rasgos, el hombre parecía rumano, de etnia gitana. También había leído sobre una anciana donostiarra. Al principio todo apuntaba a un suicidio, pero enseguida se hallaron indicios que hacían sospechar que había sido un asesinato. La mujer vivía sola. No tenía hijos ni marido. Se investigó a los sobrinos durante varios meses. Eran cinco y cada uno había recibido una opulenta herencia. Hacía apenas un año que habían cerrado la empresa familiar en la cual trabajaban todos ellos. Estaban en bancarrota absoluta cuando la anciana pasó a mejor vida… Pese a todas las evidencias, no encontraron ninguna prueba incriminatoria.

Luego un anciano, ídem de ídem, parecía un suicidio. Le habían diagnosticado una enfermedad terminal. No parecía una idea descabellada al principio, hasta que analizaron la postura en la que se encontraba el cadáver. Parecía de todo menos verosímil. Se sospechó de la mujer. Por evitarle sufrimiento al pobre hombre… El caso seguía abierto.

Eider apuró el café y tiró el vaso a la papelera. Regresó al despacho y se acomodó. Cogió la siguiente carpeta y, nada más abrirla, se topó con varios huesos fotografiados. La primera imagen recogía una pelvis, después observó un fémur… o tal vez era una tibia… Eider no era experta en esqueletos. Se fijó en la última fotografía. En ella estaban colocados todos los huesos hallados. Por lo visto habían aparecido en la capital alavesa. En una zona muy poco transitada de Vitoria. Entre varias vías de Renfe. Faltaban muchos huesos. El esqueleto estaba muy incompleto. Según recogía el informe, se habían encontrado pelos y saliva de perro. Algún can se lo había pasado en grande revolviendo los huesos. Leyó por encima. Un trabajador de Renfe había encontrado los huesos al ir a reparar una vía. Fue en 2013, pero, según el análisis anatómico forense, el esqueleto llevaba allí cerca de un año. El estudio reveló que pertenecía a una mujer joven y aún seguía sin identificar. Lo que más llamó la atención de Eider fue que el cráneo no había aparecido.

Miró la silla de su compañero y estaba vacía. Eider estaba tan sumida en los casos que no le había oído marchar. Consultó el reloj. Sacó el móvil y le llamó.

—Jon, ¿puedes acercarte al despacho?

* * *

Era viernes por la tarde y su compañera le había obligado a ojear un informe. No tenía ninguna gana de leer nada, de saturar la cabeza… Pero la testaruda de Eider estaba empeñada y había insistido a más no poder. Últimamente no se le podía decir que no a nada, y por eso estaba con el informe del esqueleto sobre el escritorio.

«El lunes, el lunes… El lunes habría sido un día perfecto para echarle un vistazo», se dijo para sí. Le costaba concentrarse.

Levantó la cabeza y se topó con la mirada de Eider. La tía no le quitaba ojo. Parecía una mandamás. Decidió concentrarse al máximo y acabar de una vez. Suspiró hondamente y empezó otra vez desde el principio. Huesos, huesos y más huesos.

—Vale, bien, ya está —dijo mirándola.

—¿Y? —preguntó ella, impaciente.

—¿Y? —Jon se encogió de hombros.

—No está el cráneo… —indicó con los ojos muy abiertos.

—Si solo fuera el cráneo… —murmuró él.

—¿Dónde está el cráneo?

—Joder, ¿y yo qué coño sé?

—Pues eso es lo que deberíamos averiguar.

—¿Averiguar? Eider, ¿de verdad que has leído el informe? Babas y pelos de perro…

—Sí, lo sé.

—¿Qué es lo que quieres saber? ¿Adentrarte en el mundo canino para investigar qué *perrete* se llevó la cabeza?

—¿En serio crees que un perro se va a llevar un cráneo? Un fémur, una tibia…, vale, de acuerdo, pero ¡una cabeza! ¡Venga ya! ¿Cómo se la llevaría? ¿Dónde colocaría los dientes para cargar con ella?

—¿De verdad que me estás hablando en serio? —preguntó con una mezcla de risa y desconcierto.

—Totalmente en serio… Aquí pone muy claro que había una vértebra cauterizada.

—Lógico. El esqueleto estaba en una vía de tren…

—¿Y si esa vértebra fuera de las del cuello?

—Entonces tendríamos la hipótesis de que el tren pasó sobre la cabeza destrozando el cráneo y cauterizando la vértebra.

Eider meneó la cabeza.

—No había rastro de huesos en las vías…

—¿Sabes cuántos trenes pasan al día por allí? —preguntó al tiempo que se levantaba.

Eider lo miraba muy seria. Él se llevó las manos a la cabeza y resopló.

—No sé para qué pierdo el tiempo… Dispara de una puta vez. Debería haber hecho esto desde el primer momento —farfulló.

—¿Y si el cuerpo fue decapitado?

—¡La madre que te parió, Eider!

—¿Pero qué te pasa? —preguntó perpleja—. ¿Tan descabellado te parece? —añadió levantándose también.

Jon la tenía enfrente. Ahí estaba ella. Totalmente convencida de lo que decía. Sus ojos grises y melancólicos se clavaron en los suyos. La tía tenía ese tipo de cabezonerías…, intuiciones raras… o lo que diablos fueran. Además, sus terquedades a menudo estaban relacionadas con animales. En el caso del Harakin, los cerdos, y en este, perros…

—Tú sí que has perdido la cabeza y sin decapitación…

—Vale, guay, gracias —comentó al tiempo que se ponía la cazadora. Sacó de la papelera el paraguas, que aún seguía empapado.

—El lunes, el lunes, el lunes… —farfulló Jon Ander. Contenía a duras penas su orgullo. Nuevamente estaba accediendo a las locuras de su compañera.

—¿Qué pasa el lunes?

—Hablaremos con Blanca. ¿Conoces alguna forense mejor?

Eider meneó la cabeza.

—A ver qué opina ella de la dichosa cauterización…

—Bien, me parece bien.

—¿Vas a conseguir dormir este fin de semana? —bromeó él.

—Ahora sí, gracias.

—Bien, me alegro…

—Nos vemos el lunes, Jon —se despidió Eider con una media sonrisa.

—Agur.

Jon la vio marchar y se fijó en cómo su paraguas iba dejando un rastro de gotas de agua a su paso. Miró hacia la ventana. El día seguía igual de lluvioso.

En la carretera, 20 de abril de 2014. Domingo.

Se llamaba Anna Karlatos pero ya nadie la llamaba así. Había perdido por completo su identidad, su dignidad… Llevaba veinte meses con ellos. Veinte meses de pesadilla, malviviendo encerrada en una casa en la que encima tenía que oír constantemente que era una privilegiada. ¿Privilegiada de qué? «Tienes suerte de ser hermosa y deseada», le solía decir Klaudia, no sin cierta envidia. La polaca era la *madame*, la carcelera… Las seguía por toda la casa como una sombra. Las obligaba a alimentase, a hacer ejercicio, a pasar un rato en el solárium, a depilarse, a aprender castellano. «Pensad en otras chicas. Sois unas desagradecidas… Aquí lo tenéis todo», les recriminaba cuando oía alguna queja. Anna había aprendido a vivir sin lamentarse. Al principio lloraba cada día y Klaudia la hacía callar a bofetadas. Al poco tiempo de comenzar su cautiverio, fue testigo de cómo metían en un cuarto a una nigeriana que convivía con ellas. La llevaban a rastras. Tenía el rostro hinchado. Los moratones y las rojeces apenas se distinguían a causa del tono oscuro de su piel. Balbuceaba algo ininteligible. Al parecer había intentado huir. Anna no volvió a verla. No eran muchas las que habitaban aquella cárcel. Eso sí, todas guapas, muy guapas. Entre ellas no tenían relación. No estaba permitido. «Esta tarde tienes una cita. Pasaré a media mañana. Manicura, pedicura… Ya sabes, el ritual de siempre. Y alegra esa cara que esta noche follas», esa era la manera que la vieja Klaudia tenía de anunciarte que ibas a volver a ser sometida. Que iban a abusar sexualmente de ti y que nada podías hacer para impedirlo. Dejarte violar era la mejor opción. Dejarte, dejarte… «Eres una hijadeputa», pensaba Anna. «Ojalá llegue el día en el que te pudras en el infierno, puta polaca de los cojones». No podía entender cómo personas de su mismo sexo podían implicarse en algo así. ¡Era una mujer! ¡Joder! En aquellos momentos Anna sentía una gran impotencia… Una gran incomprensión. Aquella mujer de piel arrugada no empatizaba ni un ápice con ellas. Era un ser vacío. Perverso. Era un corazón negro. Como ella llamaba a toda esa gente. Paradójicamente, a Anna la llamaban Bihotza. Corazón en euskera. Y se debía a la forma que tenía un lunar en su pómulo derecho. A menudo, se acusaba de haber sido un corazón negro en el pasado. Les había dado mala vida a sus padres y a la abuela Luigina con sus exigencias y rebeldía. Con dieciocho años, tras discutir con ellos, se largó de casa. Quería trabajar, pasaba de los estudios. Por aquel entonces, la crisis estaba en su punto más álgido en Grecia, y sus padres insistían en que no había trabajo y que debía estudiar duro. Muy duro. Ella detestaba que le impusieran cualquier cosa, las obligaciones espoleaban su alma guerrera. Y por eso se marchó sin dar explicaciones. Se marchó creyéndose mayor… Creyendo que se iba a comer el mundo… Y el mundo acabó engulléndola. Si no hubiese actuado así, si no hubiese tenido el corazón negro, ahora estaría en Grecia… En casa. No sabía si sus padres la estarían buscando. Ya habían pasado muchos meses desde entonces… Supuso que sí

y eso la reconfortaba. Había sido una hija indómita, sí, pero ellos la querían de verdad. Con el tiempo había aprendido a distinguir el amor verdadero. No había vuelto a sentirlo desde entonces. Les echaba mucho de menos. A menudo, le invadía la pregunta de si la abuela Luigina aún seguiría viva. Era mayor y tenía muchos achaques. No pensó en ella y en su delicada salud cuando huyó de casa. Todos vivían en el mismo hogar y la abuela había ayudado en su crianza. Bihotza quiso llorar, pero no lo hizo. Llegar al encuentro con el rímel corrido acarreaba consecuencias negativas. Apretó los dientes y tragó saliva. Las transportaban en furgonetas. Entre la parte trasera y los sillones delanteros había dos paneles falsos en los que ocultaban a las chicas. Anna tiró de sus rodillas y las pegó al pecho. Suspiró entrecortadamente. Las primeras veces tuvo varios ataques de pánico a causa de la claustrofobia, pero eso ya quedaba muy lejos. Ahora aguantaba con resignación. Durante el trayecto agachaba la cabeza y la apoyaba en sus rodillas. La experiencia le había enseñado a valorar el viaje. Allí no había peligro. Estaba ella, solo ella. Oscuridad, ruido de motores y solo ella. Ni rastro de la polaca ni de cerdos. Alguna vez había deseado morir allí dentro. Un infarto o algo similar. No soportaba aquella vida de sometimientos. Pensó en la nigeriana. Por lo menos ella ya descansaba. Había pensado millones de veces en huir, pero no había tenido valor. Recordaba el rostro de la nigeriana y le recorría un escalofrío de pavor. No quería sufrir. No quería recibir una paliza de muerte. Quería desaparecer, sí, pero sin dolor.

* * *

Había varias casas de encuentro por todo el territorio nacional y Vikingo estaba en una de ellas. A esta, concretamente, la llamaban «la casa de la muga» porque era la que más al norte estaba y la más cercana a la frontera. Recorrió con nerviosismo el salón. Tenía muchas ganas de estar con Bihotza. Había tenido una erección nada más montarse en el coche para dirigirse al encuentro. Su polla se negaba a bajar. A ratos perdía fuelle ligeramente, pero en cuanto la joven invadía sus pensamientos el torrente de sangre amenazaba con reventarla. Escuchó el ruido del motor de un vehículo y su corazón empezó a latir por todo su cuerpo. Además del de su pecho le pareció que tenía otro dentro de su bragueta. Se metió la mano y se colocó el miembro en dirección al ombligo. Lo aprisionó con la goma del calzoncillo y caminó hacia la puerta del garaje. Sintió el impulso de entrar y ayudar a sacarla de la furgoneta, pero una de las normas era esperar en la casa. Observó cómo el pomo empezaba a girar. Ya no quedaba nada. Ya estaba allí.

La puerta se abrió.

Picolo la llevaba del brazo. Bihotza tenía las mejillas ardiendo a causa del calor que hacía en el zulo de la furgoneta. Vikingo la encontró más delgada pero tremendamente hermosa. Su belleza era clásica. Tenía una cara pequeña y unos rasgos bien definidos. Pómulos marcados, labios gruesos, nariz fina y pequeña pero con la punta ligeramente flexionada, cejas negras y bien perfiladas, ojos verdes, muy

claros hacia el interior del iris y una línea más oscura delimitándolo. Su mirada era de esas que hipnotizan. Su cabello era marrón chocolate y muy espeso, y su piel, morena.

—Suéltala ya —exigió Vikingo—. Da la impresión de que le estuvieras haciendo daño en el brazo.

Picolo meneó la cabeza. ¿De qué cojones hablaba Vikingo? ¿Qué coño tenía pensado hacer con ella, un masaje, cosquillitas en los pies?

«No me toques los huevos», pensó. «Aquí tienes a la puta que has pedido… Si quieres delicadeza, lígate a una pava y cortéjala durante meses para follártela… Ah, eso sí, ni sueñes que un espécimen como este iba a caer rendido a tus pies. Ni por muchos años que la cortejaras, capullo».

Anna miró a Picolo de reojo al sentir que la presión en el brazo disminuía. La empujó ligeramente hacia Vikingo dejándola casi enfrente. Ella agachó la cabeza. Él también. Picolo negó en silencio. No le quedaba muy claro quiénes eran más depravados… Si los que iban directos al grano o los que fingían compadecerse.

«¡Venga ya!», se dijo para sí.

—Ve subiendo al dormitorio, Bihotza —le pidió Vikingo.

Anna caminó a paso ligero hasta la escalera y fue subiendo con agilidad.

—Me gustaría que nos dejaras a solas —murmuró una vez estuvieron solos los dos hombres.

—Ya conoces las normas —dijo negando con la cabeza.

—Hay un bar cerca de aquí. Tómate algo a nuestra salud.

—No voy a hacer ruido, Vikingo, tú *tranqui*. Haz lo que tengas que hacer que no te darás ni cuenta de que estoy aquí.

Vikingo sacó la cartera del bolsillo de la camisa. Extrajo cuatro billetes de cincuenta.

—¿Tienes suficiente con esto? —dijo al tiempo que los agitaba delante de su cara.

Picolo ladeó la cabeza y resopló.

—Un par más —susurró por fin.

Vikingo sacó lo que pedía y él alargó la mano para cogerlos.

—Déjanos un par de horas.

—Según Mastín tienes un par de horas… No más.

—Pues eso.

—Está bien. Entonces volveré para llevármela —concluyó guardando la pasta.

* * *

Anna tiritaba levemente. Solía hacerlo cada vez que tenía un encuentro. A ella le recordaba a aquella vez que esperaba en la puerta del quirófano para que le extrajeran el apéndice. Nervios, angustia… Miedo. Tan solo era una niña, pero la sensación fue la misma. Sus padres y la abuela Luigina la tranquilizaban con susurros y agarrándola de las manos. «No es nada, cariño. Cuando te despiertes todo habrá pasado». «Todo

va a salir bien, ya verás. Pronto estaremos en casa de nuevo». Palabras que le consolaron en aquel momento. Mucho. Ahora no había anestesia para pasar el trance y, además, estaba sola. No había consuelo y su casa no la esperaba para guarecerla cuando todo acabara.

Anna sintió una punzada en el pecho al pensar que nunca iba a acabar. Que toda esa mierda se iba a perpetuar hasta el fin de sus días. Se preguntó qué pasaría cuando dejara de ser bella…, deseada. ¿Qué pasaría con ella? Con su pobre cuerpo usado… Monopolizado. No tenía ni la menor idea de a dónde iban a parar las chicas de aquella casa cuando ya no eran aptas para estar allí. ¿Las llevarían a algún tugurio apestoso para seguir sometiéndolas? ¿O las harían desaparecer del mapa? La punzada se agudizó en su pecho. Pensó que igual las vendían al mejor postor, o quizás las utilizaban para el contrabando de órganos. Quiso llorar. Quiso desaparecer. Debía intentarlo. Huir o morir. Huir o morir. Ya no había cabida para nada más. No lo iba a permitir. De hoy no podía pasar. No. Jamás volvería a ver a la vieja Klaudia. Antes muerta. Pensó en las posibilidades de este encuentro. Aquel hombre que la esperaba en la casa era un viejo conocido. Al menos, las otras veces había sido bastante respetuoso. La violaba, sí, eso no le distinguía del resto. Estaba claro que le excitaba toda aquella locura de someter a una hermosa prisionera… Todos tenían el corazón negro como el hollín, pero este no le pedía cosas raras. Lo hacía con ella montándose la película de que era su novia o algo así. Una chica guapa y joven en la cama con él. Daba asco el muy cerdo. Mucho asco. Ella aguantaría como el resto de las veces. Intentaría estar tranquila para que todo acabara rápido y apretaría los dientes con un único deseo: que se corriera de una puta vez. Sería la última polla. La última. Si conseguía huir, no sabía si consentiría que un hombre la volviera a tocar. Para ella, todo lo relacionado con el sexo era sinónimo de perversión. Tal vez en un futuro…, tal vez con ayuda…, tal vez conociendo a personas con corazones rojos como la sangre… Tal vez, era demasiado lejano. Huir o morir. Ahora no había nada más.

Escuchó pasos al otro lado. La puerta se abrió.

* * *

Vikingo entró con una tímida sonrisa y cerró la puerta. Vio a Bihotza, que estaba sentada en la esquina de la cama. Llevaba un vaquero desgastado ajustado y zapatos de tacón muy alto. La americana negra entallada dejaba adivinar un top minúsculo de color coral. Iba fina pero moderna. Así eran las chicas del catálogo. Chicas perfectas. Modelos de triste final… de triste presente y pasado. Deseadas y apaleadas a partes iguales. ¿Quién querría sentir ese tipo de deseo? Vikingo había sentido aquel apetito por pocas mujeres. Bihotza se llevaba la palma. Por ella, y por sentirse como se sentía en aquellos encuentros, hubiese sido capaz de dejarlo todo. Pero era consciente de que aquel apetito primitivo era fugaz. Una vida con ella no le iba a dar aquella sensación de estar con un animal herido. De traspasar la línea de lo prohibido. De saber que junto a su piel el tiempo era limitado. Ansia…, ardor. Locura. Éxtasis. Eso

solo podía encontrarlo en esas citas. Después la dejaría marchar a su jaula y enfermaría sabiendo que estaría con otros. Vikingo comparaba todo aquello con algo febril y a ella con un veneno, pero, a la vez, con el antídoto. Un antídoto que en grandes dosis podía ser letal.

—¿Estás bien? —susurró.

Ella se apresuró a afirmar con la cabeza.

—Te he echado de menos, Bihotza —dijo sin avanzar. Seguía observándola desde la distancia.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —Anna intentaba interactuar para que todo fluyera. Lo dijo monótonamente y no fue capaz de mirarle a la cara.

—Estamos solo tú y yo —comentó caminando hacia ella—. Le he dicho al chófer que nos deje tranquilos.

La palabra «chófer» hizo que sangraran los oídos de Anna. Le repateaba el lenguaje que utilizaban algunos cerdos. Fingían y fingían.

«¡Estoy secuestrada! ¡Me violáis! ¡Hacéis conmigo lo que queréis! Yo sí que echo de menos a los míos… No tienes ni puta idea de lo que es añorar…», quiso gritarle. Se le hizo un nudo en la garganta. «Huir o morir», se dijo al tiempo que levantaba la mirada.

Vikingo se deleitó observando la belleza de Bihotza. Su lunar en forma de corazón en el pómulo derecho era una clara señal de que era un ser único. Sus ojos verdes y magnéticos le miraron, y él se sintió totalmente desarmado. Era solo para él, solo para él… Daba igual el resto de hombres. Ahora mismo estaban los dos y el momento era mágico. En ese cuerpo, en ese rostro, había magia. Auténtica magia. Algo que se alejaba de la realidad. Un regalo divino.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Ella se echó hacia un lado para dejarle hueco. Sintió cómo se hundía el colchón cuando tomó asiento. Colocó la manaza sobre la suya, que tenía sobre la pierna. Quiso retirarla, pero aguantó.

—¿Estás bien? —insistió.

Anna sospechó que había notado su temblor. Eso no era capaz de disimularlo. Se metía en sus músculos y los espasmos eran continuos.

—Sí. Es que tengo frío —mintió. Desde que había salido de la furgoneta sus mejillas no habían dejado de arder. Quiso explosionar allí mismo y lanzar al cerdo contra el techo de la habitación y, después, sus pedazos por el universo.

Él le pasó el brazo por los hombros para darle calor. Sintió el cuerpecito huesudo y fibroso. La tiritona. Su polla seguía palpitando. Lo quería todo. Adoraba esos momentos con ella. Arroparla demostrándole su bondad y cariño, pero sus huevos no lo soportaban más. Se quejaban. Dolían.

—Tal vez deberíamos meternos en la cama —sugirió febril.

—Claro —susurró ella.

«Para eso estoy aquí», quiso decirle. «Huir o morir… Tú eres el elegido. De hoy no pasa».

Ella se levantó y se acercó para besarle. O lo hacía ya o aquello se iba a perpetuar. Necesitaba ganar tiempo. Esta vez adelantaría la violación. Sus labios tomaron contacto con los suyos. Le recorrió una especie de escalofrío cargado de asco.

—Oh, Bihotza —murmuró excitado—. Cuánto te deseo.

Normalmente, era él quien tomaba la iniciativa. La abrazaba en la cama y le iba ganando poco a poco. Era su animalillo herido, era su muñeca rota. Aquel acercamiento le pilló totalmente desprevenido.

Ella le desabrochó la bragueta. Desde que había entrado en la casa se había percatado de la erección. Tenía la verga tiesa como un palo. ¿Por qué demonios producía aquel efecto en ellos? Maldijo su belleza, su exotismo. Aquel cerdo tenía toda la sangre alojada ahí abajo. Las venas del cuerpo secas, el cerebro podrido, el corazón negro…

—Bihotza, Bihotza —suspiró entrecortadamente.

Su cuerpo iba a la deriva. Sin rumbo fijo. En aquel momento sintió que ella podría manejarle a su antojo. Le excitó sentirla tan suya como nunca. ¡Eres mía! Quiso gritar. ¡Mía!

—Te he echado de menos. Tú eres diferente —mintió ella entre besos.

Él le arrancó la americana y el top con urgencia. El sujetador salió por los aires.

Anna se preguntó por qué Klaudia les obligaba a vestir lencería tan cara. Aquellos cerdos ni se fijaban. Podía ser cualquier trapo de mercadillo, cualquier *bragón* como los que usaba su abuela Luigina… Qué más daba. Ellos deseaban la piel… meterla en la vagina y agitarla hasta correrse. Se sentó en la cama fingiendo excitación y se sacó los tacones.

Vikingo se arrodilló en el suelo para poder liberarla de los ajustadísimos vaqueros. Arrastró con ellos la tanga de encaje de setenta y cinco euros. Se tumbó encima y le recorrió con la lengua.

Anna solo sintió babas. Una especie de gusano caliente recorriéndole el cuerpo. Los meses de experiencia le habían enseñado que una polla en aquel estado no aguantaba mucho tiempo. Pronto aquella lengua entraría en su boca… y el miembro en su vagina. No tardaría en sucumbir entre sus piernas. Ella contaba los segundos. El tipo decidió penetrarla y empezó a embestirla con desesperación. Anna agradeció haberse lubricado antes de salir. Si algo debía agradecer a la polaca de los cojones era que les suministrase aquel ungüento.

«Dale y córrete de una puta vez», deseó apretando los párpados.

Anna intentó fingir un orgasmo y gimió levemente. Sin exageraciones. Era la primera vez que lo hacía y quería con ello excitarle aún más.

A Vikingo le faltaba el aire. Tenía tal ansia que sentía que algo se le iba a escapar por la garganta. Algo espeso que había ido creciendo en su pecho. Estaba henchido de deseo. Nunca antes había notado aquello. El orgasmo estaba a las puertas y

amenazaba con ser generoso. Escuchó a Bihotza gemir bajo su cuerpo. Sus terminaciones nerviosas se dispararon y aceleró las embestidas como un salvaje. Bihotza era suya. Suya. Y gozaba con él. Vikingo sintió que se iba, se iba, se iba. Ya no pudo contenerse más. Dejó escapar su esperma junto a un suspiro agudo y alargado.

Anna pensó que había sido la última vez que se dejaba tocar por un cerdo. Ni uno más. Habían irrumpido en su templo demasiadas veces. Le habían usurpado lo más sagrado de su ser… Denigrándola, arrebatándole con cada penetración un pedacito de su alma. No habría más veces. Reprimió las ganas de llorar. Se preguntó a dónde iban todas las lágrimas que no había derramado. Deseó que los corazones negros se ahogaran en ellas de manera lenta y agónica. Se quedó paralizada esperando a que saliera de su templo y se tumbara junto a ella. Su cuerpo era como un asqueroso trozo de carne. Estaba empapado en sudor. Optó por abrazarle para que reaccionara.

—Ha sido increíble —aseguró al tiempo que salía de ella.

«Huir o morir», pensó ella. Afirmó con la cabeza.

* * *

Tenía dos horas para quemar trescientos euros. Vikingo le había sugerido que brindara a su salud. Él, además de eso, tenía otros planes. Bajó a la ciudad y aparcó en la avenida Iparralde. Caminó durante un minuto hasta alcanzar el Club Le 33. Antes de entrar, miró hacia el frente. Francia estaba allí al lado. Tres minutos a pie. En Irun los puticlubs funcionaban bien. Muy bien. Antiguamente los había por todas partes. En barrios como Belasko, Pío XII, Larreaundi. Y luego estaba la calle Fuenterrabía… Picolo había perdido la cuenta de cuántos había allí. Aquel era el paraíso de los gabachos y de los maderos. Putas y alcohol. Así eran las noches de principios de los noventa en la calle Fuenterrabía. Las cosas ya no eran como antes… Hoy en día lo más habitual era que estuvieran cerca de la frontera. Los clientes franceses seguían siendo bienvenidos y los camioneros también. El Club Le 33 era uno de los supervivientes tras la gran redada de 2012. La batida ventiló varios garitos de Gipuzkoa. Mucha gente acabó en la trena por delitos de trata de blancas y tráfico de drogas. El Club Le 33 no se salvaba de aquellas infracciones pero, por azares de la vida y gracias al testaferro que firmaba en las escrituras, no encontraron ninguna prueba ni nada que lo relacionara con el resto para clausurarlo. Castillo, el jefe, tenía muchos *putis* por todo el País Vasco, y dio la casualidad de que los que estaban a nombre de este testaferro se salvaron de la quema. Un par de ellos sobrevivían en la otra frontera de Irun, en Behobia. Y otro, en Donosti. El Club Le 33, que era el que más le gustaba a Picolo, estaba en la frontera de Santiago. Entró por la puerta e inhaló el aroma a ambientador, jabón de baño y tabaco. Se fijó en una negra que llevaba un vestido blanco muy apretado. La falda se le remangaba hasta debajo de las nalgas. Picolo lo tuvo muy claro. Ella era la elegida. Parecía bastante joven. No tenía ni puta idea de dónde coño era. ¿Africana? Tal vez. ¿Y a quién coño le importaba?

* * *

El hombre dormía a su lado. Tenía las facciones relajadas. Anna había sido testigo de cómo luchaba para no dormirse. Se le cerraban los ojos y el muy cabrón peleaba por mantener los párpados abiertos. Daba la impresión de que aquellos pellejos caídos pesaran toneladas. Al final el sueño había vencido pero Anna no tenía ni idea de lo que duraría. Salió muy sigilosa de entre las sábanas. Al agitarlas, el olor a sexo invadió sus orificios nasales. Anna asociaba aquel aroma con el crimen, con la depravación… Pensaba que le iba a costar mucho desligarlo de aquellas malditas y oscuras sensaciones. Se agachó rápidamente, cogió la tanga y fingió que iba al servicio. Se dio cuenta de que el hombre ni se movía. Estaba seco. El orgasmo le había dejado sin energías. Se puso la tanga a toda prisa y la blusa color coral. No había tiempo para más. Fue directa a la camisa de él y extrajo un bolígrafo en el que se había fijado al desnudarle. Le temblaban las manos y le costó soltarlo del bolsillo. Lo enganchó en un ojal de la blusa, se giró y caminó hacia la puerta. Huir o morir. Agarró la manilla y fue bajándola poco a poco. Tiró de la puerta hacia sí y, justo en el momento en el que la puerta dejaba de tener contacto con el marco, el mecanismo emitió un sonido metálico. Anna apretó los párpados y los puños. No quiso girarse. Sintió el aire frío del resto de la casa y supo que era su momento. El ambiente estaba limpio y fresco. Esperándola… Se coló como una gata por un hueco de veinticinco centímetros.

—¿Bihotza? ¿Bihotza?

«¡No! ¡No! ¡Mierda!», gritó para sí al tiempo que tensaba la mandíbula.

—¡Hey! ¿Adónde vas, Bihotza?

Anna recorrió la primera planta y llegó a toda prisa a las escaleras. Bajó como una gacela. Escuchó que el hombre salía tras ella.

—¡Hey, vuelve aquí! —exclamó desde arriba.

Anna llegó a la puerta de la entrada y bajó la manilla. Rezaba porque estuviera abierta. En ningún momento había visto que la cerraran con llave. Tal vez cuando subió al dormitorio… Tal vez. Tiró con fuerza de ella y la libertad le acarició la cara. Ahí fuera había oscuridad, pero olía tan bien… Salió de la casa y lo primero que sintió fue el césped mojado. Corrió sin rumbo fijo clavándose todo tipo de raíces y hierbas. Era mejor eso que torcerse un tobillo con los tacones. Alargó las zancadas porque aquel dolor no era nada en comparación con el que le habían infligido durante tantos meses. La lluvia había decidido dar una breve tregua y la luz de la luna le permitió comprobar que estaba rodeada de monte. Debía salir de aquel lugar. Alcanzar algún camino o carretera. Si lo lograba estaría a salvo. Sí, estaría a salvo. Oía su respiración agitada y la sangre bombeaba en sus sienes, en sus oídos… Miró hacia atrás y le dio la sensación de que la seguía un orangután. Era él, era él. Siguió corriendo y se encontró con una loma de frente. Comenzó a subirla intentando que sus pies descalzos no patinaran a causa del barro. Dio una larga zancada y apoyó el

pie derecho con fuerza. Sintió un dolor agudo en el dedo pulgar. Al parecer había chocado con algo duro. Una piedra o una raíz. Por el escozor supo de inmediato que se había levantado la uña.

«Aguanta, Anna, aguanta», se dijo al tiempo que las lágrimas comenzaban a salir sin contención.

Llevó las manos a la loma e hincó las uñas en el barro. Trepó a cuatro patas como un animal desesperado.

—Joder, para ya, Bihotza.

Anna escuchó aquellas palabras demasiado cerca. Que el hombre no gritara le dio la pista de que tal vez alrededor hubiera más casas. Esa era muy buena señal. Debía seguir peleando. Tenía muchas posibilidades. «¡Lucha, Anna! ¡Lucha!». Le pareció escuchar. El olor a tierra mojada le trajo recuerdos de la niñez. Solía ir al bosque con su abuela Luigina a recoger castañas. De pronto le pareció que estaba con ella. La sintió a su lado. El aroma a jabón de trozo, la menta de sus caramelos favoritos… «¡Lucha, mi pequeña, lucha!». Era su voz, ¡era su voz!

«Abuela, ayúdame», rogó en silencio. Tenía un nudo en la garganta y la piel de gallina.

De repente sintió una manaza en el tobillo. Era él, era él… Anna sacó con fuerza el bolígrafo desgarrando el ojal y se giró como un gato panza arriba. El hombre estaba desnudo. Lo tenía encima.

—Ya basta, joder. ¿Te has vuelto loca? —preguntó entre dientes.

Ambos forcejearon. Él era grande, pero ella muy ágil. Apretó el bolígrafo en su puño hasta que sintió que las uñas le marcaban la piel de la mano, y dirigió con fuerza la punta hacia el corazón negro.

—¡Aah-aah! —gritó Anna para desatar toda su energía.

Sintió cómo la punta penetraba en la piel, en la carne y siguió empujando para conseguir alcanzar el músculo.

—¡Puta! ¡Puta! —chilló él al tiempo que se incorporaba.

Anna aprovechó para seguir trepando por la loma. A cuatro patas. Rápida y segura. Consiguió llegar arriba con una agilidad sorprendente. La adrenalina pululaba por su cuerpo como perdigones recién salidos de un cartucho. Abajo le esperaban las luces de la ciudad. Le recorrió un escalofrío al ver una carretera. Debía alcanzarla y seguirla. Corrió hacia allí. Se fijó en el parpadeo de la luz de un faro. Hacía mucho tiempo que no veía el mar. «Corre, mi pequeña. Corre y no mires atrás», le pareció que le decía la abuela Luigina.

Le sorprendió un fuerte golpe en el omoplato derecho. El músculo se le quedó entumecido. ¿Una piedra, un palo? Lo siguiente que sintió fueron las manazas de él. Eran grandes y ardían. La lanzaron contra el suelo. Anna puso las palmas para amortiguar la caída. Sintió un dolor punzante en las muñecas y escuchó un crujido. Él la agarró de los hombros y la volteó como si se tratara de un fardo ligero.

—Estás muy loca —murmuró entre dientes—. Muy loca. ¿Quieres que te maten? ¿Es eso, joder? —añadió zarandeándola de los hombros.

Anna sintió las gotas de saliva por toda la cara. Notó el miembro flácido rozándole la rodilla. El hombre estaba rojo y sudaba a mares.

—Déjame marchar, déjame —rogó llorando.

Él negó con la cabeza.

Anna se fijó en el pequeño agujero rojo que tenía en el hombro. El bolígrafo apenas le había perforado. Se maldijo por ello. Tenía que habérselo clavado en un ojo. Sí, en un ojo y ahora estaría corriendo carretera abajo.

—Déjame marchar o mátame. Te lo suplico —susurró hipando.

—Dios, has perdido la cabeza…

—¿No lo vas a hacer por mí? —preguntó mirándole a los ojos—. Hazlo por tu Bihotza…

Vikingo se fijó en su mirada verde, acuosa… La irritación de los ojos y el maquillaje corrido le daban un aspecto salvaje y hermoso a la vez. Era su animal herido. Lo tenía bajo su cuerpo y estaba más herido que nunca.

—Volveremos a casa y te limpiaré la cara. Debes volver sin que nadie se entere de lo que ha pasado aquí —indicó sosteniéndola por los hombros.

—No, no, no, no —se lamentó ella.

—Debes tranquilizarte, Bihotza.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No! ¡No! —añadió a voz en grito.

—Calla, joder. Cállate.

—¡No! —exclamó forcejeando. Consiguió arañarle el costado con su manicura recién hecha.

Vikingo sintió el escozor y la levantó de los hombros. Estaba totalmente descontrolada y pensó que tendría que cogerla en brazos para llevarla a la casa de la muga.

—¡Ayuda! ¡Socorro, socorro! —voceó. Tomó aire, todo el que entró en sus pulmones, y se dispuso a gritar lo más fuerte que le permitiera su garganta—. ¡Socorrooooooooo!

Vikingo le agitó de arriba abajo para que se callara.

Anna, al rebotar contra el suelo, notó que la cabeza golpeaba contra una piedra. Era mediana y picuda. Pensó que tal vez era con la que el tipo le había alcanzado el omoplato.

—Vale, joder, vale —farfulló al tiempo que le clavaba los dedos en los brazos. Estaba endemoniado—. Deja de vocear de una puta vez.

—¡Socorroooooo! ¡Auxilioooo!

Vikingo levantó con fuerza su cuerpecito y lo empotró contra el suelo. Debía callarse de una puta vez.

Un dolor agudo, punzante. Anna percibió un crujido en el cráneo.

—Calla, calla, calla…

Y, esta vez, se calló.

Anna se topó con la sonrisa perfecta de su abuela Luigina. Eran dientes grandes y blancos. Eran los de la dentadura postiza que de niña observaba cuando descansaban en un vaso de agua. «¿Abuela, por qué no duermes con los dientes?», solía preguntarle. Anna no quería cerrar los ojos para no perderla de vista, pero estaba muy cansada. Peleó unos segundos, pero sus párpados finalmente sucumbieron. Se alegró mucho al comprobar que la sonrisa seguía allí, en la oscuridad. Su abuela le tendió la mano.

Anna la agarró con fuerza.

Escuchó que a lo lejos alguien la llamaba.

—¿Bihotza? ¿Bihotza? Dime algo, Bihotza.

Anna Karlatos tuvo la absoluta certeza de que jamás volvería a obedecer cuando la llamaran Bihotza.

* * *

Picolo miraba desconcertado el cuerpo de Bihotza, que estaba tumbado en el suelo del salón. Después de follar con la negra y salir del Club Le 33 había descubierto que tenía varias llamadas perdidas de Vikingo. Había llegado a la casa de la muga lo más rápido que había podido y aquello era exactamente lo que se había encontrado. Vikingo estaba descalzo. Tenía puesto el pantalón y la camisa la llevaba por fuera.

—Se me escapó…, se me escapó —repetía sobrepasado por la situación—. Me quedé traspuesto y salió a toda hostia de la casa. La seguí loma arriba y cuando la alcancé me clavó un bolígrafo en el hombro —relató sin quitarle ojo a Bihotza.

—Joder, joder, joder… —farfulló Picolo.

—Volví a alcanzarla y comenzó a gritar como una loca. Voceaba sin cesar y no iba a parar…, no iba a parar.

Picolo chasqueó la lengua.

—La zarandeé de los hombros para que se callara de una puta vez y la mala suerte quiso que, en una de las sacudidas, su cabeza golpease con una piedra.

Picolo resopló y se llevó las manos a la cara.

—Se quedó seca… Se quedó seca, tío.

—¿Has hablado con Castillo?

—No, aún no. Estaba esperando a que vinieras para ponernos de acuerdo en la versión.

—¿De acuerdo? ¿A qué te refieres con *de acuerdo*? —preguntó frunciendo el ceño.

—Castillo no debe enterarse de que tú no estabas…

—Me pediste que me pirara… ¡Joder! No debí hacerlo —murmuró al tiempo que daba vueltas por el salón.

—Ya está hecho, joder… —se cabreó Vikingo—. El tiempo no va a volver atrás por mucho que lo deseemos. Busquemos una solución ya.

—¿Solución?

—Sí, solución.

—La pava esta es… era la chica más cotizada del catálogo… Mírala ahora —dijo señalándola con impotencia—. Esto ya no tiene solución.

—No es la primera chica del catálogo que muere…

Picolo resopló.

—Me clavó un bolígrafo y se escapó —prosiguió Vikingo—. Corrimos tras ella y se nos fue de las manos.

—¿Se nos fue?

Vikingo gruñó.

—Me clavó un bolígrafo y escapó. Corrimos tras ella y cuando fui a alcanzarla se cayó y se golpeó en la cabeza. ¿Así mejor?

—Sí, mejor.

—Repítemelo.

Picolo lo miró con desprecio y recitó las palabras de Vikingo.

—Bien, bien… —susurró Vikingo mientras tomaba aire hondamente. Reflexionó durante unos segundos—. Voy a llamar a Castillo. No sé qué querrá que hagamos con el cuerpo.

Los dos hombres se quedaron paralizados mirando a Bihotza. Tenía los ojos cerrados y la cara ladeada. Los brazos estirados hacia arriba, porque Vikingo la había arrastrado hasta allí, y la blusa arremangada hasta debajo del pecho. Vikingo pensó que parecía una guerrera después de una gran batalla. Su cuerpo moreno y atlético, y el maquillaje corrido, le daban un aspecto de mujer salvaje y exótica.

—Vaya puta pesadilla… —resopló Picolo.

* * *

Vikingo subió al dormitorio para llamar a Castillo. Necesitaba intimidad para hacerlo. Se fijó en las sábanas enmarañadas y no pudo evitar recordar el último orgasmo con ella. Los vaqueros de Bihotza estaban tirados en el suelo. Se agachó para tomarlos entre sus manos y se los llevó a la nariz. Olían bien, a ella, pero también a angustia. Bihotza ya no volvería a ser de nadie. Había conseguido huir muy lejos…, demasiado lejos. Vikingo nunca había matado antes a nadie. Se sentía extraño. Nunca se imaginó que arrebatar una vida le hiciera sentir de aquella manera tan rara. Siempre creyó que el peso sería mayor. Y no, no era para tanto. Pensó que estaba más angustiado por las consecuencias que todo esto le iba a acarrear. Sí, no podía engañar a nadie…, ahora mismo lo que más le preocupaba era su culo. Bihotza ya estaba muerta y él, en peligro. Castillo era un tío poderoso, impredecible. Retorcido. El último adjetivo era el que más le inquietaba. Recogió el sujetador, la americana y los tacones, y dejó todo sobre la mesita de noche. Extrajo el teléfono del pantalón y buscó el contacto de Castillo. Debía relatarle directamente a él lo que había pasado. Nada de hablar con

sus sobrinos ni con Mastín. Lo único que podían hacer los intermediarios era empeorar la situación malmetiendo al viejo proxeneta.

Vikingo encontró el contacto. Apretó el móvil con una fuerza descomunal y se lo llevó a la frente. No sabía muy bien qué decirle. No sabía si le convenía contar la verdad… Necesitaba tiempo para pensar… Pensar, pensar, pensar… Decidir qué era lo menos perjudicial para su culo.

Guardó el teléfono sin llamarle. No quería precipitarse.

Bajó con el vaquero, la americana y los zapatos en los brazos. Los colocó junto al cuerpo. Aún no tenía muy claro qué hacer…, qué decir…

—¿Cómo se lo ha tomado Castillo?

—Al principio se ha quedado callado un largo rato —mintió sin mirarle—. Pensaba que me había colgado. Después la ha llamado puta varias veces seguidas. Ha ordenado que la entierres donde siempre.

—¿Hasta Durango con el fiambre?

—El jefe ha sido muy claro a la hora de indicar el lugar.

Picolo resopló y finalmente afirmó con la cabeza.

—No debemos perder más tiempo. La meteremos en la furgoneta y me quedaré recogiendo este desastre.

* * *

En la casa de la muga apenas había nada. Vikingo buscó por todos los armarios para limpiar los restos de sangre y lo único que encontró fue un bote de ambientador, gel de baño y esponjas. Se las arregló como pudo para quitar las manchas y ocultar que allí había habido un cadáver. Sabía que tenían una mujer de la limpieza que se ocupaba de dejar las casas impolutas. Por la mañana ella se encargaría de dejar todo perfecto, sin rastros… Picolo ya estaría de camino a Durango. No habían conseguido doblar el cuerpo para meterlo en el departamento en el que transportaban a las chicas. Vivas entraban con un par de maniobras de contorsionismo… muertas, no. Imposible. Al final habían optado por dejarla en la parte trasera de la *Transporter*. Vikingo echó un último vistazo a la casa. Todo parecía estar bajo control. Sintió un pinchazo en el hombro. Se desabrochó la camisa y se revisó la herida. Apenas había sangrado. Se la había lavado con agua y jabón y la había taponado con papel higiénico. En su casa se la desinfectaría con agua oxigenada y se colocaría un apósito con yodo. Tenía pinta de curar rápido. Además, él era de esas personas a las que las heridas le cicatrizaban enseguida. Recogió sus cosas y bajó al garaje. Se montó en el coche y olisqueó el sujetador de Bihotza. Sabía que no debía haberlo guardado, pero no había podido resistirse. Pronto no quedaría nada de ella…, nada. Solo aquel sujetador que ahora le pertenecía. Recorrió el encaje negro con las yemas. Era suave y hermoso. Era suyo y fue de ella. No hacía tanto que el tejido había estado en contacto con sus pechos, con sus pezones color chocolate. Ahora sus manos lo recorrían con nostalgia, con excitación… Era suyo, únicamente suyo. Se hizo la promesa de no deshacerse de él

jamás. Aquel sujetador simbolizaba el deseo, los anhelos, la pasión… Simbolizaba la muerte. Simbolizaba el aprendizaje. Vikingo había asesinado aquella noche por primera vez, y le había otorgado una sensación extraña, pero satisfactoria a la vez. Se sentía fuerte, muy fuerte.

Tenía pendiente llamar a Castillo. Durante los últimos diez minutos había barajado la posibilidad de cargar con el mochuelo a Picolo. Sí, no era tan descabellado hacerlo. Sería su palabra contra la de Picolo. Por ese lado estaba tranquilo, él tenía mucha más credibilidad. No había duda de ello. También tenía la opción de no llamar y esperar la llamada. Fingir que Picolo se había llevado a Bihotza de la casa de la muga en perfecto estado. Todo, todo era cuestión de credibilidad… A Vikingo le tenían en alta estima. Cuando Castillo necesitó ayuda, él se la dio sin dudar. Ese tipo de actuaciones no se olvidaban fácilmente y él era consciente de ello. Picolo cero. Inesperadamente sintió que ya no estaba nervioso… Ya no temía por su culo…

«Lo siento mucho, cabrón. Deberías haber jugado mejor tus cartas, Picolo…», pensó al tiempo que ponía en marcha el motor.

* * *

Agua y más agua. El cielo se había despejado momentáneamente, pero volvía a encapotarse a gran velocidad y las nubes ya arrojaban las primeras gotas de lluvia. Ochoa había soñado con hacer un control sin agua. El primero en lo que llevaban de primavera, pero no había habido suerte. Colocó los pivotes y el triángulo informativo. Control de drogas y alcohol, rezaba el letrero. El sirimiri le mojaba la cara. Las gotas minúsculas se movían descontroladas empapándolo todo.

—¿No piensas salir del coche? —le preguntó a su compañero, que no se había dignado a echarle un cable.

Andoni hizo caso omiso y siguió *wachapeando*.

Ochoa chasqueó la lengua y caminó hacia los otros dos *ertzainas* que estaban ultimándolo todo. Echaba mucho de menos a Lía. Su compañera llevaba de baja desde noviembre. El caso de su amiga de la infancia, Maika, por fin se había cerrado, pero las consecuencias de la resolución habían puesto su mundo patas arriba. Más que patas arriba, lo habían arrasado por completo. La pobre iba recuperándose poco a poco. Ochoa la apreciaba y la llamaba de vez en cuando. Desde que tuvo que ausentarse del cuerpo, Ochoa patrullaba con Andoni. Cinco meses trabajando con él y aún no habían conseguido encajar. De lo único de lo que estaba pendiente el tío era de sus músculos y de su cabello. A Ochoa no es que le repatease el tupé que llevaba el tío porque a él le clarease el cabello en la zona frontal, no, no era eso… A Ochoa, lo que verdaderamente le molestaba era la obsesión que tenía por él. Perdía la mirada y se lo peinaba constantemente. Cuando caminaban por las calles no hacía más que mirarse en los reflejos de los escaparates y ventanillas de los coches. Era algo exagerado. Llevaba un aspecto raro, artificial… Por no hablar de las cejas… Las

llevaba demasiado depiladas para su gusto…, demasiado depiladas para el gusto de nadie. Ochoa pensaba que estaba enamorado de sí mismo. Un síndrome extraño e incurable. A menudo, se lo imaginaba abrazándose a sí mismo para abarcarse los músculos que, a diario, machacaba en el gimnasio. Lo que más le preocupaba a Ochoa era que, en las últimas promociones que habían salido de Arkaute, había varios clones de Andoni. Empezaba a sospechar que eran alienígenas encubiertos. Ochoa se rio por dentro. Si el chaval por lo menos currara… Podía pasar por alto eso de que se creyera el ombligo del mundo…, pero que pasara olímpicamente de todo era lo que peor llevaba.

«Lía, me haces mucha falta», dijo para sí.

—¿El *ceniciento* no piensa salir de la carroza? —bromeó el mayor de los dos.

Ochoa tuvo que reprimir una carcajada.

* * *

Los limpiaparabrisas emitían un chirrido cada vez que se acercaban a la mitad de la luna. A Picolo empezaba a desquiciarle de una forma brutal. Los paró de mala gana y, en segundos, el cristal se cubrió de agua. Emitió un bufido y volvió a conectarlos. Después de esta noche se merecía un descanso. Debía hablar con Castillo y pedirle unos días. Llevaba más de un año sin desconectar y lo de hoy no iba a poder superarlo tan fácilmente. Se largaría a un lugar soleado. Un lugar vacacional en el que pasar inadvertido entre la marabunta. Abrasarse al sol para quitarse, de una vez, la humedad…, la negrura… No tenía ninguna intención de ir con el fiambre hasta Durango. Y menos ahora que lo llevaba en la parte trasera. Si por lo menos hubiera entrado en el zulo…, pero no habían sido capaces de encajarlo. Había consultado varias aplicaciones del móvil que chivaban si había algún control y ya tenía una ruta trazada. Conduciría por la carretera secundaria de Gurutze y se desharía del cuerpo en el monte más cercano. A Castillo le diría lo que quería oír, sí, eso haría. Pero el destino de Bihotza no estaba, ni de coña, en Durango.

—Será un secreto entre tú y yo —murmuró dirigiéndose a la puta.

Pensó que aún le quedaba la parte de enterrarla. No tenía ninguna gana. Menudo marrón se estaba comiendo… El marrón de Vikingo…

«Puto Vikingo».

Pero claro, para eso le pagaban. Además de para llevarlas, también para solucionar si algo se torcía. Y vaya si se había torcido la noche… Recordó a la negra del vestido blanco, la del Club Le 33, y decidió seguir la ruta sin pensar más en la muerta.

Las dulces evocaciones le duraron poco porque, de repente, vio unas luces al final de la bajada.

«Mierda».

Era un control.

Picolo había revisado la aplicación del móvil y allí no había nada hacía diez minutos.

«Mierda, mierda, mierda».

No tenía alternativas para escaquearse de él. Estaba en una recta en la que no había escapatoria. Le pareció que era un control de drogas y alcohol. Tuvo que volver a recordar a la negra del club. Había estado con ella, pero también había bebido unos cubatas. Si le paraban y soplaba, estaba perdido…

«Opciones, opciones, opciones…».

No había opciones. Llevaba un fiambre en la furgoneta.

«Estás más muerto que Bihotza, Picolo», se dijo.

* * *

Ochoa vio que se acercaba una furgoneta. Le pareció que era una Volkswagen *Transporter* de color claro. Era el primer vehículo que pasaba por allí. Miró a sus compañeros y se ajustó la gorra. Andoni seguía metido en el coche. Ni idea de cuándo tenía pensado unirse a la fiesta… Meneó la cabeza con resignación y observó la furgoneta. Ya desde la distancia se dio cuenta de que las cosas no iban bien. Lo primero que hacía una persona al toparse con un control era reducir. Ochoa había sido testigo de ello todas y cada una de las veces. Pero esta vez era diferente. Venía rápido, sin titubeos. Raro. Muy raro. Echó un vistazo rápido a sus compañeros y se dio cuenta de que también estaban alerta. Elevó el cono luminoso y empezó a hacer señas al conductor. Le pareció que la furgoneta circulaba más rápido aún. Cogió la radio.

—Andoni, estate atento. La furgoneta que se acerca me da mala espina.

Ochoa no pudo repetir la información porque en segundos observaron cómo se les echaba encima. Se tiraron hacia la cuneta. Ochoa se golpeó el hombro contra el asfalto. Se levantó como un resorte y escuchó que un vehículo se ponía en marcha.

Era Andoni.

Corrió hacia allí y su compañero abrió de un manotazo la puerta del copiloto.

—¡Vamos! ¡Sube!

Ochoa se lanzó al interior y dio un portazo. La inercia del acelerón le colocó la espalda sobre el asiento.

—Abróchate el cinturón —dijo al tiempo que conectaba la sirena.

Ochoa se lo ató y miró hacia atrás. Sus compañeros estaban de pie. No parecían estar heridos.

—Será cabrón —murmuró Ochoa al tiempo que conectaba la radio para avisar a centralita.

La carretera de Gurutze estaba llena de curvas. Aunque estaba asfaltada, no dejaba de ser un lugar rural rodeado de montes. La iluminación era más bien escasa. Su compañero conducía rápido y tomaba las curvas con brusquedad. Miró hacia el frente y se fijó en que la furgoneta cada vez estaba más cerca.

—Ya es nuestro —dijo Andoni entre dientes.

Ochoa sintió que el estómago se le empezaba a revolver. No duraría mucho más sin vomitar.

⁎ ⁎ ⁎

Los *Zipaios* le pisaban los talones. Picolo agarraba fuertemente el volante. Sintió tenso cada músculo de su cuerpo. Viró el volante a la derecha y después a la izquierda. Aquello era como una montaña rusa. Las sirenas gritaban a su espalda. Se concentró en la carretera. Las opciones que tenía eran escasas. A aquella distancia sabía que le iba a resultar imposible despistarles. Pensó que si conseguía colarse por algún camino blanco, tal vez podría huir a pie… Sí, huir a pie. Enseguida se desanimó. Para qué engañarse… Las opciones que tenía eran una mierda. Una verdadera mierda. Aunque consiguiera huir, encontrarían sus huellas en la furgoneta… Encontrarían el fiambre… Si desaparecía tendría que hacerlo muy bien y para siempre. Picolo sería un fantasma y le buscarían como a un criminal. Su foto colgaría en todas las comisarías como el asesino que no era… Apretó los dientes y pisó el acelerador a fondo. Su orgullo no le permitía dejarse coger. Al girar el volante su cuerpo se movía también. Tenía que concentrarse en cada maniobra porque a aquella velocidad era complicado mantener el control. De pronto notó que el vehículo culeaba. Viró hacia la izquierda y Picolo intentó corregir la dirección con el volante. Sintió que la furgoneta se deslizaba como si estuviera en una pista de hielo. Derecha, izquierda, derecha, izquierda… Se agarró con fuerza con los brazos tensos y fue testigo de cómo se iba sin poder hacer nada. El vehículo volteó hacia la izquierda y se deslizó hacia el barranco. Vio cómo caía hacia la oscuridad, hacia el vacío… Apretó los párpados, pero no pudo evitar que el estómago se le encogiera de la impresión.

⁎ ⁎ ⁎

La boca le sabía a sangre. Se pasó la lengua por los dientes y se dio cuenta de que tenía las paletas partidas. Le dolía todo el cuerpo, pero, en especial, la cabeza. Se sentía como en una especie de sueño. No controlaba el alcance real de los golpes… No tenía ni la menor idea de cómo estaba colocada la furgoneta. Era como si flotara. Tal vez estaba cabeza abajo…, de lado. Cerró los ojos y quiso dejarse llevar. Si conseguía dormir, el dolor de cabeza cesaría… Si conseguía dormir profundamente, todos los problemas se esfumarían. Decidió controlar la respiración. Relajarse para mitigar los pinchazos que notaba en todo el cuerpo. Pensó en su ex, en el día en el que la conoció. Se preguntó si con ella llegó a ser feliz alguna vez. Ella le amaba y siempre le fue fiel… Ella parió sus dos hijos y cuidó de la familia… Él la quería a su manera, pero había otras mujeres… Mujeres y secretos. Los secretos lo lapidaron todo…, su matrimonio, su familia, su trabajo. Se fue todo a la mierda y Castillo le tendió la mano. Sus hijos aparecieron entre los párpados y los globos oculares. Ambos sonreían y estaban tan cerca… Veinte años tenía el chico y ella dos más.

Hacía años que no los veía. Ellos no querían saber nada de él. Picolo llevaba tiempo estando solo. Una punzada aguda le atravesó el pecho y esta vez no fue por los golpes. Le dolía dentro, muy dentro. Una lágrima sanguinolenta se deslizó en diagonal por la nariz hasta llegar al labio hinchado. Brilló redonda y después siguió su camino transversal. Picolo supo entonces que estaba de lado. Reconoció la presión del cinturón de seguridad y la cadera aprisionada contra el anclaje de este. Había dado vueltas de campana, eso lo recordaba. Después había sido un descenso trepidante acompañado de golpes y más golpes. Abrió los ojos y descubrió que no había luna delantera. Había oscuridad, lluvia muy fina y sirenas a lo lejos. Se fijó en una rama que aparecía de la nada y se dirigía a alguna parte. La siguió con la mirada. Había entrado por la parte delantera. Estaba sobre el salpicadero, también en diagonal, como su lágrima. Observó que seguía avanzando como una serpiente hasta llegar a su cuerpo. Picolo volvió a cerrar los ojos de la impresión. La rama se perdía entre la cadera y el costado. El dolor no lo provocaba la presión del anclaje del cinturón de seguridad, no, la puta rama le había atravesado.

«Mierda, mierda», se dijo.

Además de las sirenas, escuchó voces a lo lejos.

Apenas tenía tiempo de reacción. Barajó las posibilidades. Estaba claro que bajarían a rescatarle…, estaba claro que hallarían el fiambre… Si salía de aquella situación, las iba a pasar putas… Demasiadas lesiones… Le dolía hasta el alma. Primero ingresaría en el hospital y, después, en prisión. Intentarían hacerle cantar. No hablaría…, no diría ni mu, pero todos querrían saber qué había pasado con la chica del corazón negro. Picolo era un tío duro pero tenía demasiada información. Él podría aguantar lo que le viniese, él confiaba en sí mismo… pero ¿y los demás? ¿Le creían capaces de hacerlo? Demasiada información… Gente importante, poderosa… Peligrosa. Sus hijos volvieron a aparecer atrapados en sus párpados. No quería que corrieran peligro. Eran sangre de su sangre… Su camada, su estirpe… Les había visto crecer. Le habían querido en el pasado como se quiere a un padre. Habían confiado en él… Pero él siempre con sus prioridades, con su dinero sucio… Ellos eran limpios, eran puros.

Debían seguir al margen. Por una vez en la vida no podía decepcionarles. Supo que había llegado el momento de protegerles. Movió el brazo derecho y escuchó un crujido. Apretó los dientes, pero aquello le dolió más. Llevó la mano hasta la cazadora y se bajó la cremallera lentamente. Apenas tenía sensibilidad en los dedos. Le pareció que manejaba la mano del Increíble Hulk. Dedos gruesos, de pelotari. Extrajo el teléfono móvil y comenzó a mover la otra mano para ayudarse. Se miró y se dio cuenta de que tenía las manos algo ensangrentadas pero de tamaño normal. Las sentía enormes, pero solo era una percepción. Trajinó durante unos minutos hasta que consiguió abrir la tapa y sacar la tarjeta. Buscó el mechero en el mismo bolsillo. Le era complicado manejarse en aquella posición y, más aún, atado, pero le daba miedo soltarse y clavarse la rama más profundamente. Encendió el Zippo y el olor a

gasolina le trajo buenos recuerdos. De esos que ya no iba a almacenar. La combustión, la primera bocanada del pitillo… Cosas sencillas y placenteras. Agarró la tarjeta por la esquina y le prendió fuego. No la soltó hasta que sintió que se le quemaban las puntas de los dedos. Partió el teléfono y también prendió el plástico. Lo dejó caer al asiento del copiloto. Ya solo le quedaba deshacerse de su tarjeta de memoria. Esa que se alojaba bajo el cráneo. Se silenciaría y así nadie correría peligro. Rebuscó lo último que tomaría entre sus manos. Su Colt era su compañera y, como homenaje, la dispararía una última vez. Cerró los ojos y ahí estaban sus chicos. Se llevó el cañón a la sien. Le pareció que sus pulmones se llenaban de humo de tabaco rubio. Imaginó que lo expulsaba por la nariz. Sus hijos reían a carcajadas como cuando eran solo unos chiquillos. Picolo dibujó una especie de mueca con los labios hinchados. Sonreía.

Disparó.

* * *

La oficial Juncal Baraibar se personó media hora después de que le dieran el aviso. Salió del Toyota blanco y, al escuchar el sonido de la hélice del helicóptero de rescate, no pudo evitar mirar al cielo. La potente luz blanquecina de la aeronave se proyectaba sobre el monte. Juncal entornó los ojos y se puso la mano a modo de visera. Observó cómo la lluvia se arremolinaba en el triángulo luminoso. Siguió el foco con la mirada y descubrió la furgoneta empotrada contra unos árboles. Abrió un paraguas negro y caminó hacia los vehículos de la Ertzaintza, la ambulancia y el camión de bomberos. Ochoa le hizo un gesto con la cabeza y se acercó con expresión nerviosa. Le explicó lo sucedido.

—¿Una detonación? —preguntó intrigada.

—Ha ocurrido más o menos a los diez minutos de precipitarse. El camión de bomberos estaba de camino y ya escuchábamos las sirenas. De repente el ruido nos ha sobresaltado. A todos nos ha parecido un disparo.

Baraibar ladeó el paraguas porque el viento colaba la llovizna por la derecha.

—¿Vosotros estáis todos bien? ¿Ninguno herido? —preguntó al tiempo que la radio comenzaba a repiquetear.

Todos prestaron atención. Eran los agentes de rescate.

—El conductor está muerto. Es un varón de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años —la voz sonaba enlatada—. Pese a que tiene múltiples contusiones y una perforación abdominal producida por una rama, la muerte se la ha provocado él mismo. Se ha volado la tapa de los sesos… En su mano derecha hemos hallado una Colt.

Baraibar miró a Ochoa y afirmó en silencio.

—¿Hay alguien más en el vehículo? —quiso saber la jefa.

—En la parte delantera solo está él. Hemos mirado en el exterior por si alguien ha salido despedido por la luna, pero al parecer viajaba solo. Es una furgoneta de

transporte. Mis compañeros están intentando abrir el portón trasero para comprobarlo todo.

—Esperamos noticias entonces. Buen trabajo.

El ruido de un motor le hizo girarse. Sus dos mejores investigadores llegaban en aquel preciso momento. La agente Eider Chassereau y el suboficial Jon Ander Macua dieron un portazo a la vez. Baraibar caminó hacia ellos para resumirles lo sucedido.

El cerebro de Eider comenzó a procesar a toda prisa la información que la jefa les acababa de dar. Aquello sonaba muy mal. La combinación de control, huida, persecución, tapa de los sesos y Colt sonaba francamente mal. La noche amenazaba con hacerse muy larga.

—Ya tenemos el nombre del propietario de la furgoneta —comentó Ochoa.

Los tres se dirigieron hacia él.

—Marcelo Uría Arco. Exguardia civil. En 2011 fue inhabilitado por intentar boicotear una redada antidroga.

—¿Se sabe si el cadáver es el suyo?

—Aún no.

La radio volvió a repiquetear.

—Acabamos de hallar el cadáver de una mujer joven en la parte trasera de la furgoneta. Está envuelto en bolsas de basura… —informó a toda prisa y claramente impresionado.

Jon Ander elevó las cejas.

Eider supo que se había quedado muy corta al pensar que la noche se iba a hacer muy larga…

* * *

El cansancio y la humedad se habían fusionado dando lugar a un destemple onírico. Jon Ander y Eider estaban dentro del vehículo tomando un café. La noche se antojaba interminable y un coche patrulla había traído café para todos. El humo aromático reconfortó a ambos durante unos minutos.

—El cabrón se ha quitado de en medio… —murmuró Jon al tiempo que sorbía el café.

—He echado un vistazo y, actualmente, en el País Vasco, no hay denuncias de desaparición de ninguna joven con esas características.

—Igual no la han echado de menos todavía…

—Puede ser… Según han dicho los del equipo de rescate, el cuerpo aún está caliente.

—Está claro que se disponía a deshacerse de él. Todo ha ocurrido esta noche.

—Sí —afirmó suspirando. Eider mantuvo el vaso de café ya vacío entre las manos, para aprovechar el calor que emanaba. Reflexionó durante unos minutos—. Me parece que el caso de los huesos va a tener que esperar.

Jon Ander sonrió.

—Tú y tus locuras…

Eider le miró con los ojos muy abiertos. Pese a la oscuridad, Jon Ander distinguió perfectamente el gris de sus ojos.

—Hey, no es ninguna locura. Mañana quería ponerme muy en serio con el caso ese…

—Mañana no, dirás hoy… —puntualizó consultando el reloj.

Eider visualizó el informe que había dejado sobre su mesa. De momento tendría que buscarle otro lugar.

—Ya suben la furgoneta —anunció Jon Ander.

Eider miró al frente, estrujó el vaso y tomó aire hondamente.

Cuando salieron se dieron cuenta del caos que había allí montado. La jefa estaba rodeada por el grupo de la científica, la forense y los de rescate.

* * *

La oficial de la unidad de investigación criminal, Juncal Baraibar, se acercó a la parte delantera de la furgoneta y echó un vistazo a través de la luna rota. La cabeza del individuo estaba ladeada hacia la izquierda. En la sien derecha se veía perfectamente la entrada de un disparo a bocajarro. Los de rescate habían serrado la rama del árbol que se le había clavado en el abdomen. Sobresalía quince centímetros de su cuerpo y se distinguían perfectamente las marcas de los dientes de la sierra. Se dirigió a la parte trasera. Los de la científica habían retirado las bolsas de basura de alrededor del cadáver. Había un pantalón vaquero, una americana y unos zapatos de tacón. La chica llevaba una tanga y una blusa sin mangas.

—Tiene un golpe en la cabeza —informó Blanca, la forense, que estaba examinándola.

Baraibar no dijo nada y siguió observando desde fuera. La chica parecía muy joven. En un principio había reflexionado sobre el asunto mientras aguardaba a que subieran la furgoneta, y había barajado la posibilidad de que fuera otro asesinato de género, pero, por la evidente diferencia de edad que había entre ambos, le extrañaba y mucho. ¿Qué vínculo había entre ellos? Cabía la posibilidad de que fueran completos desconocidos. Un asesino y una joven que tiene la mala suerte de encontrarse a la hora y en el lugar equivocado. Una mente perturbada y el maldito destino. Los flashes de las cámaras iluminaban momentáneamente la lúgubre parte trasera. Se fijó en que el cuerpo, a pesar de que carecía de vida, aún tenía la piel bronceada. Parecía tan saludable… Tan joven… Entró en la furgoneta con las calzas y se puso en cuclillas. Al mirarle a la cara se le cortó la respiración de golpe y notó un ligero mareo. Le pareció que sus costillas se contraían brutalmente aplastándole el corazón. Intentó sobreponerse de la impresión y comenzó a respirar controladamente para que la tensión le volviera a subir.

«Dios mío, es ella. Es ella», se dijo.

Aquel lunar en la mejilla y aquella belleza eran difíciles de olvidar. Quiso tomarla entre sus brazos y mecerla mientras le susurraba que lo sentía… «Lo siento, lo siento, lo siento…». ¿Qué hacía allí? ¿Por qué volvía a aparecer? Pensó que llegaba muy tarde y se sintió culpable por ello… Tremendamente culpable. Hizo memoria, pero había demasiadas lagunas y, además, en 2012 la mantuvieron al margen. Baraibar notó que se iba hundiendo en el fango. Ella era responsable de aquella muerte. Una variación…, o una pequeña decisión en el pasado, y tal vez aquella joven aún seguiría con vida. Tragó saliva. No se sentía con fuerzas de ponerse de pie. Miró al frente y vio que la forense la observaba. Blanca tardó unos segundos en dirigirse a ella y lo hizo en un susurro.

—Debería salir de aquí y tomar el aire —le aconsejó.

Le extrañó verla en aquel estado. La jefa de la UIC era una tía dura y a lo largo de su carrera se había enfrentado a situaciones similares e incluso peores. La forense lo achacó a la falta de sueño.

Baraibar afirmó con la cabeza pero no se atrevía a levantarse. Estaba demasiado conmocionada.

—¿Necesita ayuda? —preguntó de nuevo en un susurro.

—No, no. Gracias —contestó apresuradamente.

Debía salir de allí discretamente. Que nadie notara nada extraño. Volvió a mirar a la chica. Aún no podía creerlo.

Era ella. No había duda.

Cogió aire y se incorporó. La vista se le emborronó durante unos segundos, pero siguió adelante porque sabía que aquello pasaría. Una vez en el exterior, sintió como que todos le miraban. Se rascó la cabeza para disimular el boquete que se acababa de abrir en su conciencia. Debía llegar a su coche, debía sentarse en el Toyota e intentar relajarse. Primero tranquilizarse y después reflexionar… Caminó controlando el temblor de piernas y le pareció que estaba metida en un pasadizo. «Visión de túnel» se llamaba aquella sensación. Fijó la mirada en Jon y Eider, y se acercó. Debía mostrar normalidad. Solo unos minutos más y después al coche. Ellos la observaron sin decir nada.

«Vamos, Baraibar. Di algo», se animó a sí misma.

Carraspeó.

—Echad un vistazo a ver qué os parece —la voz le salió forzada.

Notó que Jon Ander analizaba su mirada. Tenía activado una especie de rayo láser, con el que intentaba penetrar más allá del extraño brillo acuoso que mostraban sus ojos.

«De momento no, Jon. Mantente al margen», pensó con tristeza.

Baraibar codificó sus pensamientos, y su rostro recuperó la frialdad que hacía meses que no le mostraba a su amante. Le dolió hacerlo.

—Mantenedme informada —ordenó siguiendo su camino.

Jon y Eider se miraron. Ambos lo habían percibido, pero aún no sabían qué era exactamente.

El desconcierto se apoderó de ellos dos.

Irun, 21 de abril de 2014. Lunes.

Se pegó una ducha rápida y se colocó los dos sujetadores de rigor. Se vistió unos vaqueros oscuros y un jersey holgado de punto fino verde botella. Se hizo una coleta alta y salió del servicio. Se bebió un café de pie, junto al microondas. Apenas tenía tiempo para nada más porque había apurado en la cama hasta el último minuto. Agradeció al menos haber podido descansar cuatro horas. Cuando abandonó el domicilio, Vanesa aún seguía dormida. Salió del barrio y tomó la Carretera Nacional 1. Llegó a la comisaría de Oiartzun en veinte minutos y fue directa a la sala de reuniones. Todos la miraron cuando entró.

—Buenos días —saludó traspasando el umbral de la puerta.

Al parecer era la última en hacerlo. Consultó el reloj y vio que no llegaba tarde. Aún quedaba un minuto para las ocho en punto. Se sentó junto a su compañero.

—Bien, ya estamos todos —comentó el comisario Koldo Mayo al tiempo que cerraba la puerta. Se puso junto a la jefa de la unidad.

—Espero que vengáis con energías renovadas porque nos espera un lunes bastante denso —aconsejó Juncal Baraibar—. Comenzaré con un dato muy reciente que tengo sobre la furgoneta. Hace apenas unos minutos me han llamado del laboratorio de la científica para decirme que han encontrado un compartimento oculto entre los sillones delanteros y la parte trasera. Un cubículo estrecho fabricado con paneles falsos. Ahora mismo están trabajando en ello. —Miró a su equipo. Jon Ander estaba anotando la información que acababa de darles—. Bien, seguiremos por el individuo que iba al volante. Como ya sabéis, esta madrugada pudimos comprobar el nombre del propietario de la furgoneta. Un tal Marcelo Uría Arco… Pues bien, el hombre que se voló la tapa de los sesos era él. Natural de Albacete, cincuenta y un años, exguardia civil… En 2011 fue inhabilitado por intentar boicotear una redada antidroga en Gijón. Por lo visto era consumidor habitual de cocaína y alertó a sus camellos particulares. Divorciado y con dos hijos de veinte y veintidós. Primero llegó la inhabilitación y seguido el divorcio. Desde entonces vivía en Bilbao. En una pensión modesta… Trabajaba por medio de una ETT descargando camiones tres veces por semana. Necesito que os desplacéis hasta la pensión —indicó dirigiéndose a Eider y Jon—. Hablad con todo el personal. Llevaba tres años alojado allí. Descubrid quién era Marcelo realmente y por qué llevaba el cadáver de esa chica en su *peculiar* furgoneta.

—De acuerdo —comentó Jon Ander.

—Vosotros dos recabad toda la información sobre la inhabilitación de 2011, y todos los datos que os llamen la atención —les ordenó a Eneko Jerez y Peio Campos.

Ambos afirmaron con la cabeza.

Baraibar suspiró y se quedó unos segundos callada. Clavó la mirada en un informe y se rascó la cicatriz con nerviosismo.

—La chica que iba en la furgoneta, envuelta en bolsas de basura, se llamaba Anna Karlatos. Era natural de Grecia y tenía veinte añitos. Sus padres denunciaron su desaparición en mayo de 2012…

—Joder… —soltó Jon Ander.

En la sala se escuchó un murmullo que empezó a ir en aumento.

—No llevaba nada encima con lo que pudiéramos identificarla y se le ha tomado la necrorreseña dactilar —informó el comisario para callarlos.

—Mañana llegarán sus padres —prosiguió la jefa—. Por lo que he podido averiguar, la policía griega le siguió la pista hasta Italia y allí se perdió. Pero de eso hace ya casi dos años…

El murmullo regresó a la sala de reuniones.

—Mañana tendremos los análisis forenses. Hasta entonces tenemos tarea por delante. Esta tarde espero la llegada de los hijos de Marcelo para el reconocimiento del cadáver, y también tengo que buscar a un intérprete para que mañana podamos hablar con los padres de Anna Karlatos —comentó reflexiva. Suspiró—. Creo que, de momento, eso es todo.

—En marcha —apremió el comisario—. Tenemos mucho trabajo por delante.

* * *

Se acomodó en su despacho y buscó en la lista de intérpretes. Hizo un par de llamadas hasta que dio con una persona que sabía griego y que podía personarse el martes en la comisaría. Baraibar tenía demasiadas cosas por delante y no sabía muy bien cómo enfrentarse a ellas. Quería hablar con alguien de la chica del lunar…, quería confesar que la conocía, que sospechaba cuál había sido el motivo de su asesinato… De momento controlaría sus pasos. Lo haría todo con cautela. Como si empezaran desde cero. Casualmente, el año en que desapareció Anna Karlatos fue muy duro para Juncal Baraibar. Lo recordaba como una pesadilla y lo acontecido no estaba nada nítido en su cabeza. Se tocó la cicatriz inconscientemente. El gusano blanco que descendía del labio a la barbilla le decía cada mañana que el pasado estaba ahí, que no era un sueño…, que jamás podría olvidarlo… Y de repente el destino lo traía de vuelta y lo hacía presente. Debía enfrentarse a su pasado, a su presente y a su futuro. Para ello, tenía que hacer memoria y recabar información. Toda la que pudiera. De pronto se sintió abrumada y tremendamente sola. Reflexionó durante unos minutos sobre sus posibilidades.

Descolgó el teléfono y marcó su número. Él tardó un rato en contestar.

—¿Qué tal, Juncal? Vaya la que tenéis encima…

—Sí, no he dormido nada esta noche y aún tengo mucho trabajo.

El subcomisario de la comisaría de Erandio chasqueó la lengua.

—Deberías irte a descansar. Tienes un buen equipo a tu lado. Deja que se encarguen de todo durante unas horas.

—El café me ayuda a estar bien. No te preocupes.

—¿Qué se va sabiendo del caso?

—Me gustaría poder hablar contigo, Padura —dijo sin contestar a su pregunta. Su voz sonó preocupada.

—Sí, claro. Lo que necesites —comentó expectante—. Estoy en el despacho y ahora mismo no me urge nada importante. Cuéntame, Juncal.

—Por teléfono no.

La línea se quedó en silencio.

—Bien, bien —murmuró pensativo—. Está bien.

—¿Cuándo? —preguntó con clara impaciencia.

Padura resopló por la nariz al otro lado.

—Me tienes ahí en hora y media —dijo por fin.

—Te lo agradezco mucho, Padura.

—Venga, nos vemos en un rato.

Ambos colgaron.

Juncal Baraibar sintió que los nervios se le alojaban en el estómago. Pensó que la falta de sueño y el café no ayudaban con eso. Debía aplacarse o acabarían devorándola. Tenía que estar al cien por cien ahora que le llegaba la ayuda. Padura era un viejo amigo en el que confiaba. Eran de la misma promoción y, desde que coincidieron en Arkaute, conservaban una buena relación.

* * *

La pensión en la que Marcelo se había alojado durante los últimos tres años estaba en una calle fea y gris de Bilbao. Las construcciones de los edificios y la ubicación te hacían sentir que estabas en un lugar al margen de todo, y en el que tu instinto te exigía salir rápido de allí. Eider pensó que en casi todas las grandes ciudades había sitios como aquel. Cerca del hostal había un bar del que salían voces. Parecía que dos hombres estaban enzarzados en una discusión. Al pasar por la puerta echó un vistazo al interior y se encontró a dos africanos hablando animadamente. El idioma y el volumen al que conversaban le habían dado una impresión equivocada. Uno de ellos le miró a los ojos y le sonrió de oreja a oreja. Eider no pudo evitar corresponderle. Aquella sonrisa resplandecía como una media luna.

—Estamos currando —soltó Jon Ander a su compañera—. Ya vale de coquetear… —bromeó.

Eider le dio un codazo.

—Yo no coqueteo, soy amable… —se defendió—. No sé lo que pasa, pero, desde que estoy soltera, me he dado cuenta de que los hombres me miran y me sonríen más… —comentó reflexiva. No pudo evitar pensar en Ochoa—. ¿Llevo algo escrito en la frente? Es que no lo entiendo, de verdad que no…

Jon Ander se rio de buena gana.

—Cuando Silvia me dejó, a mí eso no me pasaba… Se ve que soy poco resultón —se lamentó.

—No seas llorón.

A Eider le pareció que ambos estaban avanzando respecto a lo personal. Jon Ander ya no parecía incómodo al hablar de su ex y ella tampoco.

—Bueno, muy mal no te han ido las cosas… —murmuró ella con picardía.

Su compañero aceleró el paso y con dos zancadas se puso delante de la puerta del hostal.

—¿Entramos? —preguntó intentando ocultar una sonrisa.

Eider le siguió hasta el interior y se llevó una sorpresa al ver la recepción. Era un lugar limpio y modesto. Las paredes estaban pintadas de color vainilla y el mostrador era un semicírculo de madera. No sabía por qué, pero se había imaginado algo más siniestro. Una recepción con una lamparita encendida y un espejo antiguo al más puro estilo *Bates Motel*. Cosas del subconsciente. Ambos clavaron la mirada en un panel donde estaban las llaves de las habitaciones. Una chapa redonda, con un número grabado, colgaba de cada una de ellas. Sí, esas sí que eran como las de Norman. A Eider se le puso la piel de gallina. Otra vez el subconsciente haciendo de las suyas. Una mujer que rondaría los cincuenta años apareció por las escaleras.

—Hola, buenas —saludó seria.

Ellos la correspondieron.

Llevaba la melena gris, larga y lisa. Bajó con tranquilidad.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Somos de la Ertzaintza —anunció Jon Ander.

Le explicaron el motivo de la visita y le mostraron la documentación necesaria. La mujer pareció no inmutarse cuando escuchó que Marcelo había fallecido. Elevó las cejas discretamente y enseguida las volvió a bajar. Entró en el mostrador para coger la llave del panel.

—Vaya… —se lamentó de espaldas—. Marcelo llevaba con nosotras bastante tiempo.

—Tres años si no me equivoco —comentó Jon Ander.

—Sí, no lo recuerdo exactamente, pero mucho tiempo —dijo dándose la vuelta. De pronto parecía afectada—. Tengan, esta es la llave. Habitación siete.

—Nos gustaría poder hablar con usted antes de subir.

—¿Conmigo?

—Es algo rutinario. Nos gustaría que nos hablara un poco sobre Marcelo —dijo Eider.

Ella afirmó meditabunda.

—Creo que estaremos más cómodos aquí dentro —sugirió señalando una puerta que había junto al panel de las llaves—. Es un espacio en el que tomamos el café. Pasen, por favor.

Jon y Eider la siguieron.

—Siéntense. ¿Un café, una infusión, agua?

—Un café solo estaría bien, gracias —dijo Eider.

—Lo mismo —comentó Jon.

Había una mesa cuadrada con cuatro sillas. Se sentaron a la espera. Por un momento les pareció que eran huéspedes del hostal.

—Marcelo pagaba el día uno y lo hacía para todo el mes —dijo otra vez de espaldas—. Era un hombre tranquilo. Jamás le hemos tenido que llamar la atención por ningún motivo… Y él jamás ha protestado por nada. Iba y venía. Discreto y silencioso. No recuerdo una sola vez en la que trajera compañía. Siempre solo. No era especialmente hablador… o simpático. Pero aquí nos gusta la gente así. Gente que paga, no molesta al resto de huéspedes y va a su aire.

—¿Estaba usted al tanto de a qué se dedicaba? —quiso saber Jon Ander.

—Algo relacionado con descargar camiones —contestó dejando tres tazas y cucharillas—. Pero ni idea del nombre de la empresa ni de horarios… —añadió colocando la jarra con el café y el azúcar.

Sirvió el líquido en las tazas y se sentó. El aroma como a café recién molido inundó el pequeño cuarto embriagando a los allí presentes. Pese a que Eider había visto a la mujer meter las cápsulas en la máquina, no pudo evitar mirar hacia la encimera esperando encontrar un molinillo oculto o similar. Observó con decepción las cápsulas vacías. La fragancia le había traído recuerdos de la niñez. Cuando era pequeña había una tienda de café en la calle Mayor de Irun en la que molían los granos al momento. Toda aquella zona olía a intensa pureza. Su padre era un cafetero empedernido y ella cada sábado por la mañana le acompañaba a comprarlo. Eider tenía muy nítidos tres recuerdos de aquella rutina: el aroma, que por aquel entonces apenas llegaba al mostrador y que siempre iba agarrada de la mano del *aita*. Gilles Chassereau. Así se llamaba él. Cuando ella era muy pequeña no entendía por qué los demás padres no tenían el acento que tenía el suyo. Eider no recordaba esa anécdota y fue su madre quien se la contó al pasar los años. Al parecer ella creía que ese acento era cosa exclusiva de padres. «Acompáñame a comprar café, *Eideg*», esas erres que parecían ges. «*Adiós*, pequeña», ese adiós tan suyo que acentuaba a su manera. Eider pensó con tristeza que no pudo despedirse de él…, decirle adiós. Un infarto se lo llevó mientras trabajaba. Unos segundos bastaron para fulminarlo. Gilles Chassereau no regresó a casa jamás. Montse se quedó sola con sus dos pequeñas. Mari y Eider. Las tres mujeres de la casa. Más tarde fue Mari la que no volvió a casa. Sobredosis. Esta dejó sola a su pequeña Vanesa. Y volvieron a quedar tres supervivientes en la familia. Montse, Vanesa y ella. Tres chicas fuertes. Tres. Suspiró y revolvió el azúcar con la cucharilla. Agarró la taza y se la llevó a los labios. Aquel trago fue mucho más que eso. Por primera vez sintió a Guilles Chassereau en ella. Muchas veces le había observado mientras paladeaba el café de después de comer deseando ser mayor para poder sentir aquello. Se dio cuenta de que hacía tiempo que eso había llegado. Uno de sus anhelos había dejado de serlo y no se había dado ni cuenta.

«Soy igual de cafetera empedernida que tú, *aita*», dijo para sí.

—¿Cuántas personas trabajan en la pensión? —preguntó Jon Ander.

Eider se agarró fuertemente a la taza. No quería que sus recuerdos se esfumaran. No quería regresar a la realidad… Aquella poderosa fragancia la había trasladado de una manera tan brutal que le costó volver.

—Somos tres hermanas.

Eider quiso salir de allí y pasear junto a su melancolía. No se sentía con ganas de otra cosa. Se fijó en que Jon Ander la miraba.

—¿Marcelo tenía confianza con alguna en especial?

—No. Como ya les he dicho no era hablador e iba a su aire.

Eider apuró el café y le dieron ganas de pedir otro a la mujer canosa. Le pareció que estaba borracha. Ebria de nostalgia. No conseguía tomar las riendas de la situación. Flotaba y flotaba. Desde lo del divorcio estaba como en una montaña rusa. Tan pronto lloraba como reía. Emocionalmente desequilibrada.

—Marcelo no iba solo en la furgoneta —informó Jon Ander.

La mujer elevó las cejas.

—Llevaba a una chica envuelta en bolsas de basura… —soltó.

El oficial Jon Ander Macua percibió cómo se le cortaba la respiración. Su gesto apenas cambió. Era una mujer seria que no perdía la compostura. Se preguntó si se levantaría y se daría la vuelta para hablar como lo había hecho en las otras dos ocasiones. Por lo visto le resultaba más fácil hacerlo de espaldas.

—Dios mío —susurró.

Eider recordó a la chica muerta… Tirada en la parte trasera del vehículo, rodeada por plástico negro…, semidesnuda… Arrastró la taza para alejar la nostalgia. Debían llegar a la verdad y hacer justicia. Tenía que estar al cien por cien. No podía permitir que sus emociones emergieran y la arrastraran al fondo.

—¿No recuerda nada raro en el comportamiento de Marcelo? —preguntó volviendo al presente—. Cualquier detalle que le llamara la atención podría ayudarnos con la investigación.

—Nada de nada. Ya lo siento —dijo suspirando—. Marcelo…, Marcelo era de nuestros mejores clientes… Vaya por Dios… Jamás me hubiese imaginado algo así —añadió claramente afectada. Meneó la cabeza—. Intentaré hacer memoria por si me viene algo que pueda ayudarles.

—Se lo agradecemos.

* * *

Todo había saltado por los aires y Castillo no iba a parar hasta llegar a la verdad. No era la primera vez que una chica moría, pero era la primera vez que una chica como Bihotza moría. Aquella puta era diferente. Traía a los clientes de cabeza. Su belleza había enloquecido a más de uno y habían pagado unas cantidades desorbitadas por estar una hora junto a ella. Pero ese no era el mayor de sus problemas: además de haber perdido un diamante lo había perdido de una manera catastrófica. La Ertzaintza la tenía en la morgue junto al capullo de Picolo. Y estaba claro que querrían

respuestas. Él también. Se sentó en el sillón de su despacho y sus rodillas crujieron. Marcó el número.

—¿Sabes algo más, Vikingo?

—Nada más…

—Aún no me explico qué pudo pasar.

—Yo tampoco… Como ya te expliqué de madrugada, Bihotza estaba bien y salió de la casa de la muga en perfectas condiciones. Picolo la cargó en la furgoneta y les vi abandonar el lugar.

—Ese condenado gilipollas nos ha metido en un buen lío… —bufó con la mirada perdida—. A ver cómo salimos de esta.

—Ya sabes que puedes contar conmigo y que ayudaré en lo que pueda.

—Lo sé y te lo agradezco. Tengo que colgar —dijo repentinamente—. Mantente localizable, Vikingo.

El viejo miró la pantalla. Era Mastín.

—Dime.

—Ya estamos en la casa de la muga. Aparentemente todo está bien.

—¿No se habrá pasado la de la limpieza? —su tono sonó cabreado.

—No, no —se apresuró a aclarar—. Al final conseguí hablar con ella y aún no había venido.

—Bien, bien.

—Estoy en el dormitorio principal de la parte de arriba. La cama está deshecha. Hay vello púbico en las sábanas y cabellos largos. No hay rastros de sangre por ninguna parte. Se nota que las toallas están usadas y se ha utilizado la ducha.

—Págale al tipo lo que te pida.

—Sí, está aquí conmigo. Ahora mismo está rociando luminol por el dormitorio.

—De acuerdo. Llámame si hay cualquier novedad.

—Cuenta con ello.

Castillo se masajeó las rodillas y se levantó lentamente. Caminó con una leve cojera hasta el ventanal y lo abrió de par en par. El fresco se coló enseguida acompañado por varias gotas de lluvia. Se pasó las manos por la cara para secarse la humedad. Agradecía vivir alejado de la ciudad. Se concentró en el paisaje verde. En los montes y en los valles frondosos. El clima había conseguido que fuera una primavera fértil. Muy fértil. Las vistas y el silencio le despistaron durante unos segundos. Castillo, por un momento, pensó que todo estaba bien, que la mierda que estaba a su alrededor no crecía a pasos agigantados. Suspiró. No podía negar que era demasiada mierda y se acercaba como un tsunami. Deseó que no acabara engulléndolo todo… A su familia, a él.

Cerró la ventana y volvió a sentarse.

* * *

Cuando le vio entrando en la comisaría le dio un vuelco el corazón y por unos segundos se sintió a salvo. Necesitaba desahogarse. Hablar con alguien de confianza. Le hizo pasar a su despacho y cerró la puerta con llave. Padura estaba de pie, observándola con expresión preocupada.

—¿Qué está pasando, Juncal? —preguntó.

Ella se le acercó y se llevó la mano a la frente. Agachó la cabeza y negó en silencio. Padura dio un paso y la estrechó entre sus brazos. Le pareció que su amiga lloraba en silencio sobre su hombro.

—Todo se remonta a cuando Fran se voló la tapa de los sesos —explicó retirándose. No lloraba—. ¿Recuerdas más o menos cómo fue toda aquella historia?

—Sí, más o menos.

Baraibar tomó asiento y Padura la imitó. Ella juntó las manos sobre la mesa y le miró a los ojos.

—Fue en 2012. Estábamos investigando varios puticlubs de la zona. Tráfico de drogas, trata de blancas… Llevábamos tiempo sospechando que varios locales estaban vinculados con este tipo de negocios. Fran y yo creíamos estar pisándole los talones a la red que se ocultaba detrás de todo, pero cada vez que parecía que la tocábamos con la punta de los dedos, se esfumaba… Estaba claro que algo no cuadraba, que algo se nos escapaba o algo hacíamos mal. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas y vueltas, y llegó el momento en el que creía ver donde no había nada… Entonces empecé a notar comportamientos extraños en Fran y, con lo susceptible que yo estaba, no tardé en mosquearme. Comencé a investigarle por mi cuenta. En plan paranoica, además. Me daba vergüenza de mí misma, pero no era capaz de controlar el impulso de hacerlo. Registré su taquilla, su escritorio e incluso su coche. No me costó mucho descubrir que estaba implicado en la maldita red que tanto nos traía de cabeza, y todo empezó a cuadrar. El cabrón era el topo que estaba interfiriendo en la investigación… Confiaba en él, Padura. Confiaba mucho. Era mi compañero, pero también mi amigo. Tú ya sabes que llevábamos trabajando juntos muchos años. Ambos ascendimos a suboficiales a la vez. Conocía a su mujer y a su hijo, y les apreciaba… En fin… —susurró apretando los párpados—. No sabía muy bien cómo actuar. Lo correcto hubiera sido denunciarlo, hablarlo con el equipo… Pero no fui capaz. Había demasiada confianza para hacerlo de ese modo. Decidí hablar con él, solos los dos, con la estúpida esperanza de que me diera una explicación que lo aclarara todo… Fui una ingenua y una gilipollas al tomar aquel camino. Fran se vio acorralado como una bestia y reaccionó de una manera violenta. Lo que más recuerdo fueron sus ojos llenos de odio. Me miró de una manera intensa y malvada. Jamás me habían mirado así. Nunca, ni siquiera en las decenas de detenciones que he realizado, me había topado con algo tan profundo y oscuro. Creí haberme equivocado de persona, pero no lo había hecho. Era él. Era Fran y al parecer no le conocía en absoluto. Se puso como un loco y comenzó a insultarme. Yo, por supuesto, le amenacé. Le dije que aquello debía salir a la luz. Que tenía que pagar por todo lo que

había hecho. Que me avergonzaba de él, de haber trabajado durante tantos años con un ser tan ruin y traicionero. Ambos estábamos muy exaltados. Nos dijimos burradas. Apenas recuerdo cómo fue exactamente porque de pronto le vi con una navaja en la mano. Yo levanté las manos e intenté tranquilizarle. Me dijo que me había metido donde no me llamaban. «¿Cómo coño puedo mantenerte calladita ahora? ¿Cómo?», comentó entre dientes. «Suelta la navaja, Fran. Suéltala», eran las únicas palabras que yo podía articular. «¡Debería cortarte la lengua para que te callaras de una puta vez!», exclamó endemoniado. Y entonces lo hizo. Alargó la mano en un impulso de locura y me cortó el labio inferior. Enseguida noté la sangre caliente bajando por mi barbilla. Me llevé las manos a la cara y me horroricé al palpar la carne separada. Fran se quedó paralizado al verme la sangre en las palmas. Se le cayó la navaja y recuerdo que pensé: «Ya está, ya está», pero entonces sacó su arma reglamentaria. Todo mi ser comenzó a temblar. Creí que era mi final e hinqué las rodillas en el suelo. Cerré los ojos mientras seguía presionando la herida. Inspiré profundamente y decidí abrirlos. Si quería matarme, que lo hiciera mirándome a los ojos. Se me cortó la respiración al verle con el arma en la cabeza. Me levanté a toda prisa para intentar impedírselo, pero la detonación llegó en un segundo.

Padura resopló.

—Nunca me habías contado la historia con tanto detalle.

—Muchas noches el sonido de la detonación me despierta —confesó en un susurro—. Es una mierda con la que he de vivir.

—Y los de jefatura lo arreglaron todo para no ensuciar el buen nombre de la Ertzaintza… —recordó él a media voz—. La gran mayoría tuvo que aceptar que un compañero se había suicidado y punto. Y más adelante se desarticuló la red de trata de blancas y tráfico de drogas…

—Nunca salió a la luz la implicación de Fran. Nunca… Me forzaron a coger una baja larga mientras solucionaban el asunto. Cuando me incorporé, tenía la habilitación para oficial. Debería haber peleado para que la verdad se supiera. Debería haberlo hecho…, pero no lo hice. Me resistí ligeramente y después acepté el ascenso…

—No era decisión tuya… No hubieses podido hacer nada…

—Claro que sí.

—Juncal, no te engañes a ti misma… Sabes que aquí las cosas no funcionan como nos gustaría. Ni aquí ni en ningún sitio… En todas las instituciones hay mierda…

—La mierda lo único que trae es más mierda y deberíamos acabar con ella. Los políticos roban, las grandes empresas nos manejan y la policía miente. ¿Qué clase de personas somos?

El subcomisario de Erandio meditó sobre el tema.

—Me haces venir hasta aquí y me cuentas con detalle lo sucedido hace casi dos años. ¿Por qué, Juncal? ¿Qué ha pasado? —preguntó a media voz temiendo la respuesta.

—Fran tenía un catálogo. Lo encontré en la guantera de su coche. Era un catálogo de *escorts*. Recuerdo que eran chicas muy jóvenes y extremadamente bellas. Estaba claro que eran la parte más selecta de la trata de blancas. Yo me quedé con la cara de una de ellas. Era preciosa y tenía un lunar en el pómulo derecho con forma de corazón. Esta madrugada la he vuelto a ver. Estaba en la parte trasera de la furgoneta que se ha saltado el control de alcoholemia…, envuelta en bolsas de basura.

Padura se apretó la parte alta de la nariz con el dedo índice y pulgar.

—La red no se desarticuló, Padura. Estoy segura.

* * *

La habitación de Marcelo era el ático del edificio. Era grande y tenía un ventanal en el techo que iluminaba la estancia. Eider miró hacia arriba y observó a través del cristal mojado. El cielo seguía encapotado. El gris de las nubes era una mezcla entre antracita y azul marino. Observó a varias gaviotas sobrevolar los edificios a toda prisa. Estaba claro que se acercaba un buen chaparrón, tal vez granizo y tormenta. Se asomó al cuarto de baño y vio que también era amplio. Eider pensó que aquel ático había sido el hogar de Marcelo durante los últimos tres años. No estaba mal. Era bastante acogedor e íntimo. Aquella ventana dirigida hacia arriba le otorgaba luz e intimidad al mismo tiempo. Un hogar y una perfecta guarida. ¿Había sido la guarida de un asesino? Abrió el armario del lavabo y encontró papel higiénico, un desodorante, maquinillas de afeitar, lociones y diferentes cremas. Sobre el mueble había una pequeña pastilla de jabón y un tarro de colonia y, dentro de un vaso de cristal, un cepillo de dientes y un dentífrico. Todo estaba muy limpio. Eider intuyó que el servicio de limpieza ya había pasado por allí. Las toallas blancas estaban limpias y dobladas sobre una balda de aluminio que había sobre una gran bañera. Eider calculó que mediría un metro. En una esquina de esta, reposaban un bote de gel y otro de champú. Salió para reunirse con su compañero.

—Pantalones vaqueros, polos de diferentes colores, jerséis finos y un par de parcas —murmuró Jon Ander sin sacar la cabeza del armario empotrado—. En los cajones: calzoncillos, calcetines y camisetas de tirantes. Todo huele a limpio. La pensión ofrece servicio de lavandería. Hay bolsas en este compartimento del armario —añadió señalando la puerta de al lado.

—El baño también está muy limpio y ordenado. El armario contiene los típicos productos que utilizáis los hombres para la higiene personal y poco más —indicó al tiempo que se acercaba a la mesilla.

Debajo de esta había unos náuticos en tonos marrones. Abrió el cajón y descubrió una cartilla del banco y diferentes sobres con contratos laborales de la ETT. También finiquitos y nóminas.

—Esto se viene con nosotros —comentó Jon Ander agarrando una *tablet*.

Eider le miró. Su compañero estaba revisando los cajones del escritorio que estaba frente a la cama.

—Cargador, tabaco, auriculares, revistas de motor, un cortaúñas… —añadió revolviéndolo todo.

—Todo muy normal, ¿no te parece? —soltó Eider con mirada inquisitiva.

—Normal… —repitió reflexivo.

—Todo lo que debería haber en una habitación de un hombre común, *básico*. No sé cómo explicarme. Lo justo y necesario…

—Justo y necesario… —volvió a repetir.

—Síííí —dijo cansina—. Marcelo no era un tipo básico…, joder, llevaba un cadáver en la *furgo*…

—Aunque esto era su hogar, no lo era… Por aquí pasaba a diario la de la limpieza. Hiciera lo que hiciera fuera de aquí, dentro debía ser muy discreto. Un tipo *básico*.

—A eso me refiero. Que esto está así premeditadamente. Y no me mires pensativo y repitas *premeditadamente*… —le advirtió muy seria.

—Bien, de acuerdo. ¿A qué te refieres? Explícate y no te andes por las ramas.

—No me ando por las ramas. Me va viniendo a la cabeza según lo voy diciendo —dijo resoplando—. A ver… hay varias hipótesis, siempre las hay. Que transportaba una chica muerta es el motivo que hoy nos ha traído hasta aquí, ¿verdad?

—Sí, pero no era una chica cualquiera, no lo olvides… Partiendo de la base de que Anna Karlatos llevaba desaparecida desde 2012… —apuntó al tiempo que elevaba las cejas.

—El cadáver de una desaparecida en la parte trasera de la *Transporter* y una habitación demasiado correcta…

—Sí, sí…, si sé adónde quieres llegar. Te refieres a que este lugar está ordenado con cabeza. Muy aséptico, como si nadie viviera aquí pero fingiera hacerlo.

—Pero Marcelo sí vivía aquí…

—Todo dispuesto por si alguna vez alguien venía a registrarlo.

—Eso es —dijo Eider afirmando con la cabeza.

—El exguardia civil llevaba una doble vida…

—Esta habitación me huele a eso… Hay máscaras por todas las esquinas.

La primera reacción del suboficial Macua fue girar el cuello para buscarlas. A los segundos se dio cuenta de que había sido una metáfora.

—Hay una africana detrás de la puerta de la entrada —se burló Eider—. De esas alargadas y de madera.

—La señorita *Xaxeró* esta mañana está muy perspicaz… —soltó algo cabreado.

Eider reprimió una carcajada.

—*Sorry*… Es que me lo has puesto a huevo…

—Ya… —murmuró mientras se agachaba para mirar debajo de la cama.

Eider le ayudó a mover el colchón y echar un último vistazo a la estancia.

—Deberíamos hablar con el resto de hermanas de la pensión, y regresar a comisaría —sugirió Jon Ander guardando la *tablet*.

⁎ ⁎ ⁎

Hoy he podido asomarme por la ventana durante unos segundos. Al mirar hacia el exterior he sentido que ya no formaba parte de este mundo. Ha sido una punzada muy profunda, una certeza. Llovía y la hierba estaba verde y mojada. He imaginado que corría sobre ella, sí, que lo hacía sin miedo, por placer, descalza y sonriente… La mano de Klaudia me ha arrebatado mi sueño de golpe. Me ha retirado de la ventana con brusquedad, tirando de mi hombro hacia sí. «¿Qué te tengo dicho? A menudo, me da la impresión de que estás sorda, niña», me ha farfullado con los dientes apretados. No he contestado, mamá, simplemente he agachado la cabeza. Me ha mandado de vuelta al dormitorio y me he pegado una ducha. El chorro de la alcachofa se ha conchabado conmigo y ha fingido por unos instantes que era agua de lluvia. Me he sentido libre como un petirrojo. He llorado bajo ella, como una niña asustada. Con congoja, miedo, desesperación y pena. Hoy estoy especialmente deprimida. Me duelen los músculos de las piernas, de los brazos… Mi fatiga y mi tristeza empiezan a ser crónicas. Lo siento mucho y te pido perdón por ello, pero me cuesta sacar la energía. Solo quiero llorar, mamá. Además, estoy preocupada por Bihotza… Antes de ayer no volvió a casa.

Nuestras habitaciones son contiguas y lleva dos noches sin dormir en ella. A veces golpeamos ligeramente la pared para indicarnos que estamos bien. He probado por si acaso estoy equivocada, pero no he hallado respuesta. No está. No está… Tengo miedo por ella, por mí… Por todas. Me gustaría pensar que ha huido, que ha conseguido largarse y que va a alertar a la policía. Me gustaría pensar que me quedan pocas horas en este agujero… Me gustaría…

⁎ ⁎ ⁎

El subcomisario Padura le había dejado un amargo sabor de boca. Antes de regresar a la comisaría de Erandio, había accedido a comer algo rápido con ella. La había escuchado, pero su reacción no había sido la esperada. Parecía abrumado. Se preguntó si había una reacción perfecta. El asunto era bastante complejo. ¿Qué quería ella que hiciera Padura al respecto? Las arenas eran movedizas y debían caminar con cautela. Eso le había insinuado su amigo. También le había prometido que pensaría en ello y que ella, mientras, no se precipitara tomando ninguna decisión. Baraibar quedaba a la espera. Si ya era demasiado duro sentirse atada de pies y manos, ahora el forzado silencio la llenaba de impotencia.

«Yo ya estoy metida en las arenas movedizas hasta la cintura», se dijo angustiada.

O le tendían una mano o acabaría ahogándose. Tomó aire hondamente y sintió la presión en el pecho. El diafragma amenazaba con arrastrar sus costillas y hacerlas añicos. El teléfono del despacho comenzó a sonar. A Juncal Baraibar le pareció que el volumen del pitido había subido. ¿Siempre había sonado así de crispante?

—Baraibar —dijo contestando inmediatamente.

—…

—De acuerdo, voy para allá —concluyó.

La exmujer y los hijos de Marcelo la esperaban en el depósito.

Se levantó para reunirse con ellos y sintió que el diafragma se plegaba unos milímetros más.

* * *

Mastín miró de reojo al tío del maletín. Era la primera vez que trabajaba con él y no le quería perder de vista. Habían rociado con luminol toda la primera planta de la casa de la muga, también el desván y las escaleras, y no habían hallado rastros de sangre. El tío del maletín miró la superficie de la planta baja y se arrodilló para volver a sacar su material de trabajo.

—¿Cuánto tiempo calculas que nos queda para acabar? —preguntó Mastín, que ya no podía parar quieto.

—No lo sé —contestó escueto.

Mastín se mordió los mofletes por dentro. Detestaba a la gente que era tan callada. Le aburrían soberanamente.

—Voy al servicio —murmuró al tiempo que comenzaba a subir las escaleras.

El tipo del maletín no dijo nada.

Mastín lo miró desde la primera planta y se fijó en que ya tenía el bote de luminol en las manos. Se metió en el cuarto de baño de la habitación principal y cerró la puerta. Meó sentado en el retrete. Estaba cansado de estar de pie. El día se le estaba haciendo muy largo y había madrugado para conducir desde Bilbao. Sacó el teléfono móvil y, mientras expulsaba las últimas gotas, ojeó el Facebook. Dos chicas a las que no conocía de nada habían solicitado su amistad. Cotilleó un poco en el perfil de cada una y después le dio a aceptar. Mastín se ocultaba tras un nombre falso y una foto falsa. Había elegido la cara bonita de un modelo dominicano. Ese moreno traía locas a las tías. A veces chateaba con alguna de ellas y les decía cuatro guarradas. Se reía un poco durante un rato hasta que perdía el interés. A menudo, pensaba que, al igual que él, quizás ellas también le engañaban. Nunca sabría si aquellas fotos se correspondían a las personas con las que chateaba. Compartió un vídeo de una pareja *perreando* en una discoteca latina y guardó el móvil. Se puso de pie y se subió el pantalón. Miró hacia abajo y solo vio barriga. Aquella redondez impedía que se viera la polla e incluso los pies. Se subió la cremallera y el algodón del calzoncillo absorbió la última gota de pis. Rebuscó en el bolsillo de la cazadora hasta que encontró la papelina. No quiso pasarse con la cantidad porque estaba trabajando, pero si no hacía algo al respecto pronto se quedaría dormido. Depositó una diminuta montañita sobre el mueble del lavabo y lo alineó con el DNI. Enroscó un billete de veinte euros y se agachó. Esnifó de un tirón la delgaducha lombriz blanca. Le supo a tan poco que se tapó un orificio de la nariz e inspiró con fuerza para que el polvo le subiera lo más rápido posible. Se miró al espejo y no le gustó ni un pelo lo que vio

reflejado. Estaba ojeroso y tenía la tez apagada. Se puso otro tiro sobre el mueble y volvió a la carga. Esnifó con ansia. Se volvió a mirar en el espejo esperando encontrar la bonita cara del modelo dominicano, y sus ojos captaron algo rojo y brillante. Se agachó rápidamente y abrió el grifo para lavarse la sangre que le bajaba del orificio derecho. Las gotas rojas relucían sobre la porcelana blanca del lavabo. Sintió un repentino cosquilleo y no pudo evitar estornudar.

«¡Mierda!», se dijo malhumorado.

Le sobrevino una ristra de estornudos. Uno detrás de otro: achís, achís, achís… Mastín apenas tuvo tiempo para reaccionar y cubrirse con un poco de papel higiénico.

Cuando el picor cesó se dio cuenta de que había puesto el baño perdido. Estaba todo salpicado… Espejo, lavabo, suelo… Se lavó la cara y se sonó la nariz. Ya no le caía más sangre. Pasó la mano mojada por el espejo y por el lavabo. Vertió algo de agua en el suelo y frotó con los pies. Las deportivas embarraron la baldosa. Agradeció que el tío del maletín hubiese decidido empezar por aquella planta; de no haber sido así, ahora el luminol habría hecho que su sangre brillara por todas partes. Echó un vistazo antes de abandonar el servicio y se fijó en que las gotas de agua chorreaban por el espejo. Daba igual. La de la limpieza ya se encargaría de dejarlo como los chorros del oro. Comenzó a bajar las escaleras y vio que el tipo estaba de pie y muy quieto.

—Creo que tenemos algo. Observa.

Mastín se quedó junto a la barandilla de la escalera y esperó. El tipo roció el preparado sobre una zona en concreto del suelo: de la puerta de la entrada hasta tres metros hacia el interior. Apagó la luz. De repente un rastro azul se iluminó. Aquella fantasía visual alteró a Mastín, quien, pese a la oscuridad, observaba entusiasmado con las pupilas dilatadas. La reacción duró treinta segundos, después se fue apagando.

—¿No tenías que hacer fotos? —preguntó el tipo.

—Sí, joder —se lamentó—. Vuelve a echar la mierda esa.

El tipo lo roció otra vez y el mismo camino volvió a brillar. Aunque Mastín sabía que aquel hallazgo era un lío de la hostia, no pudo evitar sentirse pletórico. Hizo varias fotos antes de que desapareciera el rastro.

—La sangre se pierde al otro lado de la puerta. Supongo que habrá más en el porche, pero ahora mismo hay mucha luz ahí fuera —comentó el tipo.

—Esperaremos al anochecer, ¿tendrías algún inconveniente?

El del maletín meneó la cabeza.

—Voy a comprobar el resto de la casa —dijo mientras Mastín miraba embobado las fotos del móvil.

* * *

Baraibar no había visto derramar ni una sola lágrima en el reconocimiento del cadáver. La exmujer de Marcelo y sus dos hijos, después de mirar al circuito de cámaras y afirmar en silencio, habían agachado la cabeza. La oficial fue testigo de

cómo aguantaron estoicamente. Los tres estaban agarrados de las manos y no se soltaron en lo que duró el reconocimiento. A la salida, los hijos se atrincheraron a cada lado de su madre y la llevaron del brazo hasta el coche. La unión se podía respirar e incluso palpar con las manos. Era una especie de burbuja fuerte y resistente.

Ahora estaban en Oiartzun, en un pequeño despacho. Baraibar los tenía enfrente. La alianza no se había alterado. Los tres estaban muy juntos. Sus brazos se rozaban.

—Hace casi tres años que no le veíamos —susurró la exmujer—. La ruptura fue traumática.

—Entiendo —dijo Baraibar.

Milagros tenía cuarenta y ocho años. Llevaba el cabello oscuro y recogido.

—Marcelo nunca fue un hombre especialmente cariñoso conmigo. Pero a pesar de ello, yo le quería. Cuando le conocí yo tenía veinticinco años y estaba muy sola. Hacía dos años que había perdido a mi novio tras una larga enfermedad. Este chico y yo llevábamos juntos desde críos. Éramos vecinos en el pueblo y teníamos comprada una casita que queríamos reformar. Se fue muy joven y me quedé bastante perdida… No me acostumbraba a vivir sin él. Ahora, con la distancia, me doy cuenta de que estaba sumida en una gran depresión. Y no era para menos… Fue un palo perderle… —reconoció tomando aire—. Por aquel entonces trabajaba limpiando casas en el cuartel de la Guardia Civil de Oviedo, y un día apareció Marcelo. Le costó mucho trabajo conquistarme, pero logró hacerlo. Recuerdo que pensé que era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Gracias a él volví a tener ilusión por la vida. No tardamos en casarnos y en tener a los niños. Él insistía en formar una familia y así fue. Enseguida llegaron las infidelidades. Fue un mazazo para mí descubrir que se acostaba con una compañera suya…, más tarde con la mujer de otro guardia civil. Yo no daba crédito. Los niños eran pequeños y nos teníamos el uno al otro… ¿Qué demonios le pasaba? ¿Qué más quería? —lanzó aquellas cuestiones mirando a Baraibar como si aún esperara respuestas—. Le perdoné y nos fuimos del cuartel. Él pidió un traslado a Gijón y nos instalamos en un piso modesto. Intenté con todas mis fuerzas pasar página para que todo volviera a ser como al principio. Y lo conseguimos. Nos vino bien cambiar de aires y más en una ciudad costera. Pero con los años llegaron a mis oídos nuevos rumores… y lo fue echando todo a perder. Marcelo no tenía remedio con las mujeres porque, al parecer, no le daba la gana cambiar. Nos fuimos distanciando poco a poco hasta que todo acabó… Él quería seguir guardando las apariencias, y yo supongo que me sentía en deuda por haberme sacado del infierno de la depresión. Convivíamos, pero nada más. Él iba y venía sin darme explicaciones de nada. Yo no preguntaba… Tenía a mis niños y me centré en su cuidado. Éramos felices los tres y los años fueron pasando.

Milagros se quedó callada durante unos segundos. Sus ojos eran de un marrón claro totalmente uniforme. Una mirada limpia que se clavó hacia el vacío.

—Y después llegó la inhabilitación —la ayudó Baraibar.

—Sí… —admitió con tristeza—. Pese a las infidelidades y embustes vivíamos bajo el mismo techo, pero enterarme de que estaba metido en el mundo de la droga me forzó a dar el paso. Marcelo nunca había sido un ejemplo a seguir para mis hijos…, pero esto ya rizaba el rizo… No lo quería cerca de nosotros y nos separamos. A él se le juntaron demasiadas cosas, y lo sentí por él, pero ya era hora de mirar por mí y mis chicos —reconoció sin arrepentimiento ninguno—. Se preguntará por qué le cuento este rollo. Si le he soltado la historia de mi vida es porque quiero que me conozca a mí y a mis hijos, por eso hemos venido los tres… Quiero que sepa el tipo de personas que somos. Sí, fui la esposa de Marcelo y, sí, ellos son sus hijos, pero somos buena gente y no tenemos nada que ver con sus actos delictivos —expresó al tiempo que se metía un mechón suelto detrás de la oreja. Recapacitó un momento y después prosiguió—. Yo era una chica de pueblo que había sufrido muchísimo… No sé si elegí correctamente al casarme con él…, no lo sé… Pero gracias a eso ahora tengo mi familia. Él quería formar una familia, pero al final me ayudó a formar la mía.

—Le agradezco su sinceridad —comentó Baraibar—. ¿Entonces hacía casi tres años que no sabían nada de él?

—Sí, casi tres años. Al principio de vez en cuando se dejaba caer… Los primeros meses. También ingresaba algo de dinero en la cuenta para la manutención…, pero enseguida desapareció de nuestras vidas. Supongo que tampoco se sentía bienvenido. Los últimos años, vivir con él había sido como vivir con un pupilo. Venía cuando le daba la gana y se iba sin avisar. Los críos se habían acostumbrado a no tener una figura paterna muy definida, que digamos. Lo único que provocó enterarnos de toda la mierda que llevaba a sus espaldas fue que la brecha se hiciera más profunda. Ya no pintaba nada en nuestras vidas.

—¿Por qué cree que se fue a vivir a Bilbao?

—Antes de estar destinado en Oviedo lo estuvo en el cuartel de Bilbao. Supongo que quería alejarse pero a la vez instalarse en un lugar que le resultara algo familiar. Sí que me extrañó que no eligiera Albacete, su ciudad natal.

—Tal vez porque Albacete estaba lejos de ustedes —opinó Baraibar arrepintiéndose al momento. Las revelaciones de Milagros le habían hecho sentir como que estuviera tomando un café con una amiga. Se maldijo por ello.

—Vaya usted a saber sus motivos reales… —indicó Milagros encogiéndose de hombros—. Marcelo para nosotros era un verdadero desconocido. Y más en los últimos años…

—Me siento como una tonta haciéndoles esta pregunta, pero ¿recuerdan algo raro, algún amigo… qué sé yo?

—Yo no —negó con la cabeza y miró a ambos lados—. ¿Vosotros os acordáis de algo que os llamara la atención?

—Mi padre nos tenía totalmente al margen —dijo la chica—. Cuando éramos pequeños sí que nos atendía algo más. Nos gustaba mucho jugar al parchís y a la oca

con él. Cuando nos mudamos a Gijón recuerdo que los primeros años venía con nosotros a la playa. Pero poco a poco empezó a alejarse, a hacer su vida. Como si fuera un hermano mayor y no un padre… Después de las nuevas infidelidades todo empeoró. Comía a deshoras e intentaba no coincidir demasiado con nosotros. A mi hermano y a mí nos costó entender todo aquello. Una cosa era que hubiera roto con mi madre, pero ¿y nosotros? ¿También había roto con nosotros?

A Baraibar le volvió a dar la impresión de que le pedían respuestas. Pensó en la agente Eider Chassereau y se preguntó qué hacía ella en aquellos casos. La tía era psicóloga y se imaginó que le invadiría la necesidad de contestarles en plan terapia para poder ayudarles.

—Mi madre ha definido muy bien a mi padre al llamarle pupilo —prosiguió la chica—. Así lo sentíamos.

—Sí —apuntó el hijo—. Yo lo único que recuerdo de él, de los últimos siete años que convivió con nosotros, es que era como compartir piso con un huésped.

Baraibar reflexionó sobre las palabras de los hijos. Pensó que habían pasado una adolescencia dura o, cuando menos, extraña. Tenían suerte de tener a una madre cariñosa y entregada que había cuidado perfectamente de ellos.

—Les agradezco que hayan venido los tres. —Baraibar dejó su tarjeta sobre la mesa y la arrastró hacia las manos de Milagros—. Este es mi número. Llámenme si les viene algo a la memoria que creían olvidado.

—De acuerdo.

Se fueron levantando lentamente y les acompañó a la puerta.

—Entonces ¿mi padre era un asesino? —preguntó el chico antes de marcharse.

—Aún no lo sabemos —comentó—. La investigación todavía está en un punto muy incipiente.

—¿Le importaría comunicárnoslo cuando descubran la verdad? —pidió el joven —. Nos gustaría saberlo antes de que salga en todos los medios de comunicación.

Sus ojos tenían el mismo tono puro que los de la madre.

—Eso está hecho. Cuenten conmigo.

* * *

Ambos tomaron asiento en el despacho. Eider miró su escritorio y se topó con el informe de 2013 sobre el hallazgo de los huesos. Lo recogió con desgana y lo guardó en el primer cajón.

—De momento ahí te quedas —murmuró.

—Qué loca estás —comentó su compañero, que la observaba desde su sitio.

—Hazme caso en una cosa… —dijo mirándole fijamente.

—A ver, dispara.

—Este caso es importante y, si no, al tiempo…

Jon Ander soltó una sonora carcajada.

—Ríe, ríe…, ya me darás la razón.

—Si llega el día, lo haré —aseguró al tiempo que consultaba el reloj—, de momento tenemos una reunión por delante.

La mesa estaba compuesta por todo el equipo de investigación criminal. La oficial Juncal Baraibar, el suboficial Jon Ander Macua, el cabo Peio Campos y los agentes Eneko Jerez y Eider Chassereau.

La jefa se levantó y se colocó junto a la pizarra. Parecía tremendamente cansada.

—Por favor, contadme qué tal os ha ido el día —pidió mirando a Eneko y Peio.

—Marcelo Uría Arco llevaba veintisiete años en el cuerpo de la benemérita cuando fue inhabilitado —explicó Eneko—. Entró en la Guardia Civil con veintiún años y comenzó trabajando en la comandancia de Bilbao. A los cinco años pidió el traslado al cuartel de Oviedo. Hemos conseguido averiguar, preguntando a unos y a otros, que lo hizo después de tener varios altercados con un compañero. En Oviedo desempeñó su labor durante once años y después volvió a pedir el traslado, esta vez a Gijón. Este nuevo traslado, supuestamente, lo originó un lío de faldas. Aparte de esto que cuento, hasta el momento tenía el expediente totalmente limpio. Me imagino que vivir en un cuartel de la Guardia Civil será algo similar a un Gran Hermano. Demasiadas horas conviviendo y trabajando con la misma gente… —comentó encogiéndose de hombros—. En fin, al lío. En el año 2010 su sección estaba inmersa en la investigación de tráfico de droga en el barrio del Carmen de Gijón. Parecía una investigación de lo más sencilla, un par o tres de camellos, poca cosa… Pero, curiosamente, por muy poca cosa que fuera, eran más listos que ellos y se escurrían como anguilas. Varios compañeros de la comandancia gijonesa llevaban un tiempo sospechando que Marcelo consumía cocaína, y su comportamiento cada día era más esquivo. Comenzaron a seguirle y este les llevó hasta el barrio del Carmen. Ninguno sabía que frecuentara aquellos garitos. Descubrieron que era un habitual… Fue sencillo tenderle una emboscada. Se anunció una nueva redada en el barrio del Carmen y Marcelo corrió a alertar a sus colegas camellos. Marcelo fue inhabilitado inmediatamente.

—¿Qué dice el informe de los camellos? ¿Hubo detenciones? —quiso saber Baraibar.

Eneko sonrió con malicia. Pensó que la jefa se quedaba corta.

—Se hizo un seguimiento a estos tres camellos durante unos días. La Guardia Civil consiguió que el desenmascaramiento de Marcelo no trascendiera para que los traficantes operaran con normalidad. Estos acabaron llevando a los agentes hasta el puerto de El Musel, lo que les alertó de que podría tratarse de una organización importante. Se desplegó un gran dispositivo de vigilancia durante varias semanas hasta que interceptaron una embarcación tipo velero proveniente de Sudamérica —guardó silencio para comprobar las anotaciones y prosiguió—. Se incautaron doscientos setenta kilos de cocaína, nada menos, y acabó desmantelándose una red gallega de narcotráfico. Hubo muchas detenciones. Hasta donde llegaron las investigaciones, la droga de esta organización se distribuía por Asturias y Galicia.

—Joder —murmuró Jon Ander—. Narcos gallegos…

Baraibar le pidió a Eneko la información recabada y la leyó en silencio al tiempo que se acariciaba la cicatriz con el dedo pulgar. Al acabar, clavó la mirada al frente y se quedó pensativa.

—Si Marcelo estaba al tanto de esta organización criminal y de su alcance… —expuso Peio.

Cuando Peio se decidía a hablar todos prestaban mucha atención. El veterano del grupo solo gastaba saliva cuando creía que algo era importante. Le dejaron proseguir.

—Es un misterio… Hemos indagado al respecto y las investigaciones dejan a Marcelo al margen. El informe describe que era un consumidor habitual de cocaína y que alertaba de las redadas a sus camellos.

—Además, como desde la inhabilitación de Marcelo hasta la desarticulación de la red de narcotráfico pasó casi un mes… —aportó Eneko—. Es tiempo suficiente para desvincular una investigación de otra.

—Bien —dijo Baraibar resoplando—. Dejaremos a un lado las especulaciones, de momento… Vamos a continuar con la información recabada durante el día de hoy —continuó mirando a Jon y a Eider.

Jon describió lo encontrado en el ático del hostal y sus impresiones. Habían hablado con las tres hermanas que lo regentaban, y todas tenían una opinión similar hacia el huésped. Eider y él habían sacado una cosa en claro: «Pagaba el día uno para todo el mes y era discreto y silencioso».

—Todos intuimos que los de informática no van a sacar nada útil de la *tablet* que habéis encontrado… —soltó la jefa—. Ojalá nos equivoquemos.

—¿Aparecieron los hijos de Marcelo? —preguntó Jon Ander.

—Sí, esta tarde charlé con ellos y con su exmujer. Básicamente me vinieron a contar lo que Eneko y Peio nos han resumido. Su paso por diferentes cuarteles, los líos de faldas… No era un padre ejemplar ni mucho menos… Convivieron los cuatro hasta 2011, año de la inhabilitación, pero desde hacía algún año apenas tenían relación. Por lo visto llevaba siendo discreto y silencioso mucho tiempo antes de mudarse a la pensión bilbaína —opinó volviendo a resoplar—. Para más inri, antes de suicidarse en la furgoneta, destrozó su móvil. Parece que Marcelo no nos lo quería poner nada fácil… Hablaremos con su compañía telefónica, pero intuyo que esa tarjeta que carbonizó no estaba a su nombre.

—Este caso no me gusta ni un pelo —murmuró Jon Ander—. Tengo la impresión de que es tan profundo que podemos llegar a perdernos en él.

—De momento nos centraremos en mañana. Debemos seguir una línea fija para no despistarnos —miró en sus anotaciones—. Continuaremos con la vida del *misterioso* Marcelo. Mañana os toca a vosotros dos ir a Bilbao —dijo dirigiéndose a Peio y Eneko—. Id directos a la ETT y conseguid hablar con los compañeros del exguardia civil.

—De acuerdo.

—Y vosotros estaréis a mi lado cuando llegue la familia de Anna Karlatos.

Eider, además del cansancio en la jefa, percibió una tristeza que aumentó al nombrar a la chica griega.

—Mañana, a última hora de la tarde, Blanca nos va a hacer el favor de estar presente en la reunión para resumirnos el análisis forense y arrojar sus impresiones —informó tomando asiento—. Creo que hemos acabado por hoy. Habéis hecho un buen trabajo. Descansad.

* * *

El comisario Koldo Mayo estaba levantado y miraba a través de la ventana. Ya era de noche y la luz de las farolas se reflejaba sobre el asfalto encharcado. Le pareció que, al contacto con el suelo, el agua de la lluvia se volvía oscura. Oyó que alguien golpeaba la puerta del despacho y después abría. Se giró y vio a Juncal Baraibar.

—Buenas noches —saludó Juncal.

—Buenas noches. Te estaba esperando. ¿Qué tal ha ido el día?

Baraibar caminó hacia la silla y se sentó. No podía más con su cuerpo. Estaba tan agotada que, en las últimas horas, se había movido como por inercia. Sentía como si estuviese viviendo un sueño…, una pesadilla. Tenía que hablar con Koldo de muchas cosas y dudaba que le quedara energía para hacerlo.

Koldo la imitó y se acomodó enfrente.

—No sé por dónde empezar —reveló a media voz.

—¿No me has redactado el informe? —preguntó para ahorrarle saliva.

—Sí, por supuesto, pero hay detalles que debo comentar contigo en persona, sin que quede constancia en ningún informe.

Koldo la miró con cara de extrañeza.

—La chica… —dijo ella—. La chica —repitió en un tono más bajo.

—¿Chica? —preguntó desconcertado.

—Anna Karlatos. La chica griega que desapareció en 2012… La chica griega que el exguardia civil llevaba envuelta en bolsas de basura.

—Sí, claro, perdona, la víctima. Cuéntame.

—Me fastidia remontarme otra vez a lo de Fran… No sabes lo mucho que me jode.

Koldo la miró con el ceño fruncido.

Baraibar estaba tan cansada que por un instante barajó la posibilidad de largarse y dejar las cosas como estaban. Ambos, en el pasado, habían discutido mucho a costa del tema de Fran. No tenía ganas de movidas, de trapos sucios…

—¿A qué viene ahora lo de Fran?

—La maldita red de trata de blancas en la que él estaba implicado tenía a Anna Karlatos —soltó a bocajarro.

Los ojos de Koldo se abrieron de par en par. Se levantó de la silla.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que acabas de oír. Esa chica y ese lunar son difíciles de olvidar… Su foto estaba en un catálogo que encontré en la guantera de su coche.

Koldo caminó de nuevo hacia la ventana. Fuera todo seguía igual de húmedo y negro.

—Dios mío, Juncal, ¿estás segura? —preguntó girándose.

—Claro que lo estoy —dijo resoplando—. ¿Dónde coño está ese catálogo? —preguntó con energía renovada. Se levantó y fue hacia él.

—No lo sé… Yo no tenía la menor idea de la existencia de ese catálogo. ¿Qué hiciste con él? ¿A quién se lo diste?

—A nadie. Lo dejé donde estaba para que Fran no sospechara.

El uno estaba frente al otro. Koldo añoraba volver a tenerla entre sus brazos. En el pasado habían sido amantes, pero en 2012 pasó lo de Fran y aquello acabó distanciándoles. En agosto del año pasado, eufóricos tras resolver el caso del Harakin, se reconciliaron y poco a poco todo volvió a la normalidad. Koldo no sabía el porqué, pero, para su desgracia, la distancia había vuelto. Recordaba perfectamente cómo Baraibar empezó con excusas… Él finalmente se dio por aludido y dejó de insistir. Llevaban así varios meses y, pese a que se moría por recuperarla, no se atrevía a hablar del tema con ella. Él estaba casado y no tenía intenciones de dejar a Elvira. No podía prometerle nada… No era quién para exigirle nada.

—¿Hablaste de ello con alguien? —quiso saber Koldo.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —Baraibar se puso como histérica y se llevó las manos a la cara.

—Hey, tranquila —dio un paso hacia ella y la rodeó entre sus brazos. Su fragancia le envolvió completamente y se quedó paralizado. Sintió que la distancia le dolía más de lo que creía.

—Tú y yo somos igual de culpables —le recriminó al tiempo que se zafaba de sus brazos—. Nos dejamos embaucar y permitimos que la mierda se barriera bajo la alfombra. Nos convencieron con ese lema de no ensuciar el buen nombre del cuerpo… Llevo arrepentida desde entonces…

—Tú estabas muy tocada y la investigación cayó en otras manos —dijo para consolarla—. No te culpes. La red se desarticuló. Acuérdate de todas las detenciones y cierres de puticlubs…

—La red sigue activa, Koldo. Anna Karlatos lo demuestra… —Baraibar volvió a tomar asiento incapaz de seguir de pie—. Por Dios, ¿dónde ha estado esa chiquilla todo este tiempo? ¿Dónde? No quiero ni imaginar las calamidades por las que habrá tenido que pasar. Jamás podré perdonármelo… Jamás. Si no me hubiera dejado manejar de aquella manera, posiblemente Anna estaría viva ahora mismo.

Koldo caminó por el despacho y permaneció un rato en silencio.

—Pero…, pero ¿estás segura de que es la misma chica? —preguntó de pronto.

—Vete a la mierda, Koldo.

—Joder, perdona… Es que me cuesta creer todo esto.

—Te cuesta porque no quieres creértelo. Siempre has defendido al Cuerpo, independientemente de lo que haga. Abre los ojos de una puta vez.

—Vamos a ir por partes… El caso se cerró, ¿no?

—Sí, pero el trabajo no se hizo bien. ¿Por qué? No lo sé…

Koldo se frotó la calva.

—Revisaré el informe, ¿de acuerdo? De momento iremos con cautela. No compartas esta información con nadie.

Baraibar respiró entrecortadamente y le vino a la cabeza la imagen de Padura.

—Bien, está bien —murmuró.

—Si algo se hizo mal ya sabemos de dónde viene… —indicó él.

—De alguien de muy arriba… De la jefatura.

—Xabier y Cobo se encargaron de todo… De alejarte del caso, de la investigación, de tu nueva habilitación… A mí también me mantuvieron al margen. Yo estaba convencido de que la investigación se llevó hasta el final —murmuró pensativo.

—No sé ni por dónde continuar…

—Vas a continuar investigando el caso que ahora mismo nos ocupa. Así es como vas a continuar. Y vas a tener que disimular sobre lo de Fran.

—¿Qué vamos a hacer?

—Llegar a la verdad —señaló convencido.

—No me refiero a eso, ¿qué vamos a hacer para perdonarnos la muerte de Anna Karlatos?

—A Anna Karlatos la ha asesinado un criminal, no olvides eso jamás…

—Eso a mí ya no me vale…

—Céntrate en la investigación. De momento con eso tienes bastante.

—Claro —susurró apesadumbrada.

—Vete a casa y descansa. Mañana hablamos.

Baraibar no dijo nada más. Se levantó de la silla y salió del despacho. Dejó la puerta abierta y desapareció por el pasillo.

Irun, 22 de abril de 2014. Martes.

Eider madrugó para prepararle una sorpresa a su sobrina. Era su cumpleaños y no sabía cómo iba a estar de liada durante el día. Estaba claro que el caso de Anna Karlatos, de momento, les iba a ocupar mucho tiempo. Lo primero que hizo fue prepararle un *brownie* bien cargado de nueces y, después, envolver los regalos. Le había comprado principalmente ropa, un par de libros y un bloc de dibujo. Vanesa cumplía dieciocho años y eso la aterraba. Tenía miedo de que se sintiera mayor y empezara a tomar malas decisiones, como había hecho su madre en el pasado. Para Eider todavía era una cría y la quería en casa junto a ella. Poder seguir disfrutando de la vida y aprovechar lo que no había aprovechado con su hermana Mari. Vanesa y Eider eran bastante independientes y se complementaban bien. Ambas tenían un carácter gatuno. Aunque Eider, últimamente, estaba más mimosa. Estaba claro cuál de las dos era la gata vieja. No pudo evitar pensar en Anna Karlatos. A la edad de dieciocho años desapareció y dos años después había aparecido envuelta en bolsas de basura. Nadie sabía cómo la joven griega había acabado aquí. Jon, Baraibar y ella se verían hoy las caras con sus padres. Un trago en el que intentaba no pensar.

Oyó unos pasos al otro lado de la cocina y vio a su sobrina aparecer.

—*Egun on*, cumpleañera —Eider se acercó a Vanesa con una gran sonrisa. La estrechó con fuerza entre sus brazos y le ametralló la cabeza a besos. Besos a velocidad de abuela—. *Zorionak*, princesa —añadió en un susurro.

—Gracias, tía —murmuró al tiempo que la abrazaba con fuerza. Por primera vez en mucho tiempo, le dio un beso afectivo. Lo hizo en el hombro.

A Eider, por un instante, le pareció que también se comportaba como una gata vieja. ¿Sería la mayoría de edad? La apartó para mirarle a los ojos y los encontró entornados. Aún tenía las marcas de las sábanas en el pómulo derecho. Supo entonces que su cariño fuera de lo normal era debido a que aún estaba adormilada. Cuando se despejara volvería a ser la misma gata joven y esquiva, con bufidos incluidos.

—Siéntate y abre los regalos.

—¡Hala! Hay un montón —dijo con los ojos más abiertos.

—Disfruta de ellos mientras preparo el desayuno.

Enseguida la mesa se llenó de papeles y lazos de regalos. Una explosión de color que iluminó la cocina y el espíritu de ambas. Eider se agarró con uñas y dientes a aquella positividad, pues era consciente de que no tardaría en dar la vuelta.

—Muchas gracias —dijo al tiempo que doblaba una sudadera que acababa de desenvolver—. Te has pasado. ¡Son un montón de cosas! —añadió con una sonrisa en los labios.

—Los tickets están en esa bolsa. Si algo no te gusta o no te queda bien, cámbialo sin ningún problema.

—Me gusta todo, de verdad. En cuanto vuelva del cole me pruebo todos los modelitos. Bueno, la sudadera y los *leggings* los estreno hoy.

Eider cogió una bolsa para recoger los papeles de la mesa, pero, en el último momento, decidió arrinconar el colorido para que siguiera iluminándoles como si fueran farolillos japoneses. Desayunaron el *brownie* mientras charlaban animadamente y se despidieron con un beso. Vanesa salió de casa estrenando ropa y etapa nueva. Se la veía feliz con su mayoría de edad.

* * *

Le había costado conciliar el sueño y no había parado de despertarse durante la noche. A las siete de la mañana, Castillo decidió abandonar la cama. No soportaba más girar sobre sí mismo y sentir el quejido de sus rodillas. Salió de entre las sábanas y bajó los pies con cuidado. Se puso de pie y el dolor le hizo apoyar las manos en la pared. Se calzó las zapatillas de casa, y caminó despacio para calentar la musculatura y las articulaciones. Llevaba tiempo durmiendo en la planta baja. Eso de bajar las escaleras nada más salir de la cama se había convertido en un esfuerzo insoportable. Echó un vistazo hacia arriba y pensó que su mujer estaría durmiendo a pierna suelta. La tía no había querido cambiarse de habitación. Se había mantenido en el dormitorio más amplio con el pretexto de que allí abajo no podía conciliar el sueño. «Son demasiados años durmiendo aquí. Voy a ser incapaz de acostumbrarme. Si no te importa, yo me quedo aquí, cariño. Ya vendrán tiempos mejores», le había dicho meses atrás. Castillo sabía que no vendrían tiempos mejores. La afección de sus rodillas solo podía ir a peor… Lo jodido era que ella también lo sabía, pero le daba igual. Ni siquiera había intentado pasar allí abajo una noche. Fue a la cocina y calentó el desayuno en el microondas. Un triste té, que era lo único que le templaba el estómago y le espabilaba sin enfermarle… El café le ponía de los nervios y, para más inri, había dejado de digerir los lácteos. ¿Qué había hecho él para que todo estuviera cambiando en su interior? «Envejecer, Castillo, envejecer…», le había dicho su hermano no sin cierto temor a la respuesta.

Sacó tres rebanadas integrales de pan tostado, porque sin fibra extra ya era incapaz de cagar, y apoyó las manos en la mesa para tomar asiento. Hasta que sus nalgas no tocaron el cojín no dejó de sentir dolor. Mojó una rebanada en el agua caliente y, al llevársela a la boca, se sintió el hombre más desdichado del planeta. Masticó con desgana, con la tentación de tirarlas a la basura.

«¿Quieres cagar sin destrozarte el culo?», pensó. «Pues cómelas y calla».

Por si tuviera pocos problemas, ahora se sumaba lo de Picolo y Bihotza. La víspera había hablado con Mastín y le había relatado el hallazgo en la casa de la muga. Había rastros de sangre en el porche y de la puerta de la entrada hacia la mitad de la planta. El tipo al que habían pagado había encontrado también rastros por el jardín. Vikingo había mentido. Bihotza no había salido con vida de allí. El cabrón o cabrones la habían arrastrado hacia la casa y el luminol lo había revelado. Picolo

estaba muerto, pero Vikingo no. Castillo quería llegar hasta el fondo de la verdad. Además de estar en un buen lío y de haber perdido a la mejor chica, le habían mentido. Los mentirosos jamás salían impunes. Eso nunca lo había consentido ni lo consentiría ahora por muy jodido de salud que estuviera. Sacó el teléfono móvil y marcó el número.

—Buenos días, Castillo —contestó Mastín—. Esta mañana temprano he comenzado con el seguimiento.

—Bien, me alegro.

—Ayer a última hora acudió la de la limpieza a la casa de la muga y frotó a conciencia —explicó. Sabía que el viejo llamaba para que le pusiera al día. Le conocía de sobra—. Estuvo varias horas y le pagué bien para que no protestara por tener que hacerlo bien entrada la noche.

—Mañana mi sobrino Rodrigo se reunirá contigo —dijo el viejo—. Está cerrando un negocio en Galicia. Trabajaréis los dos juntos.

Mastín apretó los dientes. De todo el entorno de Castillo, al que menos quería a su lado era a *ese* sobrino. Menudo hijodeputa. Rodrigo era un chulo y un *farlopero*, no como él, claro, a él la coca le mejoraba el carácter… Rodrigo, sin embargo, cuando consumía, se volvía ruin y retorcido. Una auténtica bomba de relojería.

—Sí, me vendrá bien tenerle a mi lado —dijo fingiendo entusiasmo.

—Avísame si hay cualquier novedad.

—Lo haré.

Colgó y mojó otra rebanada de pan. La dejó demasiado tiempo en el aire antes de llevársela a la boca y un pedazo se estrelló contra el té. La mitad del líquido salió disparado hacia su cuerpo mojándole la parte de arriba del pijama. El viejo apretó los puños y se levantó con dificultad. Se dirigió al salón. Toda su ropa seguía en la planta de arriba. Miró las escaleras y esta vez no se contuvo.

—¡Cata! —gritó como un energúmeno. Abrió tanto la boca que sintió tirantez en la comisura de los labios—. ¡Cata! ¡Baja de una puta vez!

Si hubiesen tenido vecinos, además de Cata, también le habrían oído vocear.

* * *

La sala de entrevistas estaba más concurrida de lo normal. Sákis y Olga, que así se llamaban los padres de Anna Karlatos, hablaban en voz baja con la traductora mientras Baraibar, Jon y Eider aguardaban. Olga tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Llevaban viviendo una pesadilla desde hacía dos años y, después de todo lo pasado, ahora su hija aparecía muerta en circunstancias violentas.

—Dicen que tuvieron una discusión al poco de cumplir los dieciocho. Su hija no quería estudiar más. Quería trabajar y ganar dinero para poder viajar e independizarse —explicó la traductora.

A Eider se le encogió el estómago al oír aquellas palabras. Su sobrina tampoco tenía muchas intenciones de estudiar una carrera. Llevaba tiempo interesada en el

mundo del tatuaje y, además de estar acabando el bachillerato, recibía por las tardes clases de pintura y dibujo en el taller municipal de Irun.

—Al parecer, ellos insistían en que estudiara porque con la crisis lo tenía muy difícil para colocarse, y la animaban a seguir formándose para poder optar a algo mejor en un futuro —continuó mirando a Baraibar—. Tuvieron un tira y afloja durante unas semanas hasta que todo estalló. El 25 de mayo discutieron acaloradamente a la hora del desayuno. Aquel mismo día no volvió a casa después del colegio… Pusieron la denuncia por la noche y enseguida se activó el protocolo de búsqueda. Un mes después de la desaparición, su mejor amiga se acercó a la comisaría para confesar que ella sabía el paradero de Anna. Por lo visto, se había ido a Italia por su propio pie para trabajar como camarera en un bar de Venecia. La amiga reveló preocupada que se habían enfadado y que llevaba unos días sin saber nada de ella. Habían tenido una discusión a causa de la desaparición. Ella insistía en que tenía que llamar a sus padres, pero Anna se negaba porque temía que la obligaran a regresar a Grecia. La policía griega se puso en contacto con la italiana y, gracias a los datos de la amiga, dieron con el bar en el que había estado trabajando Anna. El gerente les explicó que ya no trabajaba allí. Según contó lo había dejado días antes porque había encontrado algo mejor. Cuando parecía que la investigación empezaba a girar positivamente, de pronto, y sin saber por qué, perdieron totalmente la pista de Anna. Lamentablemente no volvieron a saber nada de ella hasta este domingo.

—Pregúnteles si Anna o ellos conocían a alguien que residiera en España o que tuviera relación con el país —comentó Baraibar.

La traductora miró a los padres y tradujo la pregunta. La respuesta no se hizo esperar y además no hizo falta traducción. Ambos negaron con la cabeza.

El padre comenzó a hablar en su lengua indescifrable. La traductora le miró atenta.

—Quiere saber quién era el desalmado que llevaba a su hija en la furgoneta.

A Baraibar le costó hacerlo, pero, finalmente, se lo explicó mirándole a los ojos. Sabía que no iba a entenderle, pero quería transmitirle que lo sentía en el alma. Enseguida sus propias palabras se convirtieron en algo indescifrable en boca de la traductora. La madre dijo algo después.

—Olga quiere saber cuándo se pueden llevar a su hija. Me acaba de contar que, el mismo domingo en que Anna apareció, su madre murió. Luigina, que así se llamaba, vivía con la familia desde que enviudó y no quería dejar este mundo sin saber el paradero de su nieta… Murió unas horas antes de la llamada de la policía. Olga quiere hacerles un entierro conjunto.

El silencio que se hizo en la sala fue brutal. A Eider le dio la impresión de que alguien había pausado la imagen voluntariamente, como si no hubiera huevos para seguir escuchando o percibiendo el dolor que les envolvía.

—Dígales que lo siento mucho. —Fue Baraibar la que rompió el silencio. Lo hizo en un susurro—. Intentaremos que puedan llevársela lo antes posible. Yo me

encargaré de agilizarlo todo.

Eider se fijó en la madre y no pudo evitar toparse con su sufrimiento. Con una mano apretaba un pañuelo de papel demasiado usado y con la otra agarraba la del padre. La vio afirmar con la cabeza y mirar a la jefa. La hinchazón de sus ojos era una especie de fortaleza que ya no permitía derramar más lágrimas.

«Ya ha acabado todo», se dijo Eider con tristeza. Pensó en la angustia que debía de ser que un ser querido desapareciera, y se imaginó la sensación horrible tras descubrir el fatal desenlace… Años de sufrimiento, impotencia, desesperación… Ahora tan solo querían llevársela y enterrarla junto a su abuela. ¿Qué iban a hacer el resto de sus días? ¿A qué se iban a aferrar ahora que su hija ya había aparecido?

Se despidieron de los padres con un nudo en la garganta. La jefa les prometió que haría todo lo que estuviera en sus manos para llegar a la verdad. Después desapareció camino al baño y Eider y Jon no volvieron a verla hasta la reunión de última hora.

* * *

La visita de los padres de Anna Karlatos había dejado por toda la comisaría nubes más negras que las que había en aquel preciso momento en el cielo. El silencio solo se interrumpía si era necesario, y la dirección de las comisuras de los labios era de todo menos ascendente. Blanca, la forense, y todo el equipo de la UIC estaban en la sala de reuniones. Baraibar daba la impresión de querer desaparecer. Jon Ander jamás la había visto tan ausente. Parecía que el caso le hubiese pasado por encima. La víspera le había llamado explicándole que estaba muy cansada y que lo único que quería era llegar a casa y dormir. Pero él tenía muy claro que no solo era eso. Hubiese querido estar a su lado, poder entenderla… Sentía que la tía no pedía ayuda ni a tiros, y estaba claro que la necesitaba.

—La víctima recibió dos fuertes impactos en la cabeza. Uno de ellos le provocó un traumatismo craneal penetrante y fue el que le causó la muerte —leyó la forense —. También tiene un golpe importante en la espalda, a la altura de los omoplatos, y un esguince en la muñeca derecha. No hay marcas de ligaduras ni de mordaza, pero sí unos leves cardenales a la altura de los hombros. En las plantas de los pies hay signos de haber caminado descalza. Tiene rastros verdes de hierbas y alguna rozadura. También un moratón en el dedo pulgar derecho, y la uña resquebrajada y levantada. Debió de golpearse con algo.

—Está claro que huía —soltó la jefa.

—Tan solo llevaba puesta una tanga y una blusa que estaban manchadas de barro y hierba. También tenía mucho barro debajo de las uñas de las manos, en las rodillas y en la parte trasera del cuerpo. Creo que primero la arrastraron, ya sin vida, y después, tal cual estaba, la envolvieron en las bolsas. En la furgoneta se encontraron unos vaqueros, una americana y unos zapatos totalmente limpios. Sí, es muy probable que estuviera huyendo de su agresor… —opinó perdiendo la mirada en los informes —. La hora aproximada de la muerte fue entre las 20 y las 22 horas. Mantuvo

relaciones sexuales aquella tarde, pero no hay desgarro. ¿Fueron consentidas? ¿Accedió por miedo? De momento no lo sabemos.

Todos la miraban muy serios y en silencio, intentando asimilar la información.

—Debajo de las uñas de la mano derecha hemos hallado restos de piel humana mezclados con barro y, por supuesto, también tenemos el semen. Lo primero que haremos será cotejar el ADN con el de Marcelo. Suponemos que hallaremos coincidencias. He intentado encontrar arañazos en el cuerpo del supuesto homicida, pero la rama le destrozó parte del pecho y el abdomen. Tiene magulladuras por todas partes… Pese al accidente y a la perforación causada por la rama, la muerte de Marcelo ya saben qué la provocó.

—El cabrón se pegó un tiro —le ayudó Eneko.

—A quemarropa, en la sien derecha. Aunque les informo de que las heridas del accidente no le hubiesen permitido durar con vida mucho más. Tenía los órganos destrozados.

Las fotos de la parte delantera de la furgoneta, con Marcelo incluido, estaban sobre la mesa. Había sangre, mucha, y restos de masa cerebral. La imagen de la enorme rama serrada aún en el interior del abdomen daba bastante impresión. La cabeza reventada tampoco se quedaba atrás.

—¿Dónde ha estado Anna todo este tiempo? —soltó Baraibar mirando a los allí presentes.

—No lo sé. Sí puedo decir que estaba totalmente sana, bien alimentada y en forma. Llevaba hecha la manicura y la pedicura. Pese a que tenía el cabello largo, lo tenía en perfecto estado y con un corte moderno. Aparte de la vieja cicatriz de una apendicetomía realizada en la infancia, no he hallado ninguna operación más en su cuerpo. Sé que sería un hilo del que poder tirar, pero está limpia.

—Deberíamos mostrar fotos de la víctima y hacer un llamamiento a la población —señaló Jon Ander—. No sabemos nada acerca de su paradero durante estos dos años… Alguien ha tenido que verla en todo este tiempo…

—Sí, puede ser —dijo Eneko—. Igual la chica vivía por aquí cerca. Se escapó de Grecia en su momento y rehízo su vida… Se topó con este desalmado y la mató.

—No tenemos constancia de que estuviera empadronada en España —informó Baraibar—. Hemos pedido colaboración a la Gendarmería y al parecer en Francia tampoco. No hay ningún tipo de dato reflejado a su nombre… Ni laborales, ni bancarios… Nada. Anna era una especie de fantasma.

—Cabe la posibilidad de que viviera bajo una identidad falsa —expuso Eneko.

—No debemos descartar nada —murmuró Baraibar. De momento debía guardar las apariencias delante del equipo, pese a que tenía muy claro por dónde iba el caso.

También estaban las fotografías de la víctima sobre la mesa. Jon Ander cogió una en la que salía un primer plano de la parte posterior de la cabeza.

—¿Qué cree que fue lo que le produjo el traumatismo craneal? —preguntó dirigiéndose a la forense.

—Algo puntiagudo e irregular. La sangre de la herida estaba mezclada con barro y una pequeña cantidad de musgo. Aún estoy esperando algún resultado, pero todo indica que fue con algo del exterior… Un tocón, una piedra…

Eider prefirió coger una fotografía en la que salía la ropa de la víctima. Se fijó en los vaqueros. Eran modernos y desgastados. Tenían un corte bastante sexy. De tiro muy bajo. La cremallera era minúscula y la cinturilla algo más ancha. Enseguida supo de qué marca se trataba. Lo comprobó para asegurarse y después observó con detenimiento la tanga, los zapatos, la americana y la blusa.

—Les he hecho copias de los dos análisis forenses, donde podrán leer con detalle todo lo hallado —Blanca consultó el reloj—. Estúdienlos con atención y, si les queda alguna duda, ya saben dónde encontrarme —añadió al tiempo que arrastraba la silla para levantarse.

—Agradecemos que se haya tomado las molestias de acercarse —comentó Baraibar acompañándola a la salida—. Han sido dos días en los que me consta que el equipo forense apenas ha parado.

—Ahora le queda trabajo por delante a la científica. Tienen montones de muestras para analizar… ADN, tierra…

Baraibar y ella se quedaron hablando cerca de la puerta.

—He calculado más o menos, y aquí hay alrededor de cuatrocientos euros en ropa —cuchicheó Eider al tiempo que le pasaba la fotografía a su compañero—. La tanga es de Andrés Sardá, los zapatos de Calvin Klein, la blusa y la americana de Guess y los vaqueros de Colcci. No aparece el sujetador…

A Eider le extrañó que no estuviera por ningún lado. Ella siempre llevaba dos a la vez para mantener sus pechos bajo control, y se le hacía extraño imaginar que alguien pudiera salir sin ninguno.

—No, parece que no se halló sujetador —dijo examinando el resto de imágenes —. ¿Cuatrocientos euros? ¿Estás segura?

—Andrés Sardá, Calvin Klein, Guess, Colcci…

—¿Colcci? ¿Qué marca es esa?

—Es brasileña —explicó Eider—. La modelo Gisele Bündchen es la imagen de la marca.

—No me sonaba de nada…

—Es que no es fácil de encontrar… —comentó negando lentamente con la cabeza —. Las demás marcas las puedes adquirir en un montón de establecimientos. Creo que están a la venta hasta en El Corte Inglés, pero Colcci… Tengo que hacer una comprobación antes de nada. Debo averiguar si este modelo de pantalón es de esta temporada. El *showroom* para todo Euskadi está en Bilbao… Podríamos saber, por medio de los catálogos, de qué temporada es —indicó como una metralleta.

—A ver, Eider, por partes y en cristiano —le soltó Jon.

La agente Chassereau paró de golpe y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué no has entendido?

Él frunció el ceño.

—Bien, vale… —dijo pausadamente—. Tengo unas amigas que montaron una tienda de moda femenina en Irun y, entre otras marcas, tenían la de Colcci. Esta marca brasileña tiene unos pantalones vaqueros que sientan muy bien. Puedes apreciarlo en la foto. Son modernos y acostumbran a tener el corte con el tiro muy bajo.

Jon la miraba como el que escucha una explicación de ingeniería.

—Los proveedores de la zona suelen tener un *showroom* donde muestran lo que será la próxima colección. Tienen *books* y todas las prendas para que los gerentes de las tiendas puedan tocarlas y seleccionarlas para hacer el pedido. ¿Me sigues más o menos?

No abrió la boca.

—¿Aún no has entendido nada? —preguntó alucinada.

—Sí, sí —contestó frotándose la cara—. Esta persona…, este proveedor ¿podría decirnos en qué tiendas se puede encontrar la marca Colcci?

—Claro, también podría ayudarnos a saber a qué temporada pertenece este pantalón. Como bien he dicho antes, esta marca no es fácil de encontrar. La crisis se llevó por delante muchas tiendas *multimarca*, entre ellas la de mis amigas. En Gipuzkoa creo que solo la puedes encontrar en una de Donosti y en Zarautz… En Bizkaia había una tienda de la propia marca, pero también cerró… Si el pantalón tiene años es más difícil, pero si es de esta temporada tal vez alguna dependienta recuerde a Anna… Era una chica muy guapa. Llamaría la atención…

—Buenas noches a todos —dijo Blanca desde el umbral.

Se despidieron de ella y Baraibar volvió a su puesto. A ellos, aunque lo único que querían era poder irse a descansar, aún les quedaba resumir cómo les había ido la jornada. Empezaron Eneko y Peio. Relataron que habían estado en Bilbao todo el día, y que habían conseguido hablar con los jefes y compañeros de la ETT en la que Marcelo trabajaba. El exguardia civil no llamaba la atención en nada. El viaje a Bizkaia les había dejado igual. Un tío silencioso y solitario… Jon Ander le dio un codazo a Eider para que contara lo de la marca brasileña. Ella lo explicó como si tuviera delante una cuadrilla de niños. Gracias a su pericia le entendieron a la primera. Pensó que el único que no entendía un pimiento de moda era su compañero Jon.

—Mañana vais a seguir esa pista. Eider, encárgate de saber si el pantalón es de esta temporada. Si es así recorreos las tiendas *multimarca* de los alrededores.

—De acuerdo.

—Para mañana ya tendremos el listado de llamadas entrantes y salientes del teléfono de Marcelo. Me da que no pertenece al que destrozó en la furgoneta… Encargaos de averiguar todo acerca de cada número que salga reflejado.

—Hecho —contestó Eneko.

—Descansad y coged fuerzas para mañana.

* * *

Eider arrastró sus pies escaleras arriba. Tenía la costumbre de no usar el ascensor para mover un poco las piernas. Pasaba demasiadas horas sentada en la oficina o en el coche. Abrió la puerta de casa con ganas de ver a la cumpleañera. Solo había podido estar con ella por la mañana. La había llamado un par de veces y se había quedado más tranquila porque tenía planes de comer con una amiga e ir al cine. La casa estaba muy oscura y en absoluto silencio. Caminó hasta el dormitorio de Vanesa. La puerta estaba entreabierta y se fijó en que había una tenue luz. Llamó antes de entrar.

—Hola, ¿qué tal el día? —preguntó. Su sobrina estaba sentada frente al ordenador. Llevaba puesto un pijama que le había regalado por la mañana. Uno rosa con siluetas negras de murciélagos.

—Bien —dijo con una sonrisa—. Acabando de hacer un trabajo que tengo que entregar mañana a primera hora…

Eider la abrazó por detrás y le besó la cabeza. Olía a limpio y a ropa nueva. Sintió una angustia en lo más hondo de su ser. Detestaba que su sobrina pasara sola tantas horas. Cuando un caso importante llegaba a la unidad la absorbía demasiado…

—Siento haber estado fuera el día de tu cumpleaños —le confesó aún con los labios en el pelo.

—Tranquila. Comí con Miren en el restaurante de sus padres, luego fuimos al cine y cenamos algo en el centro comercial. He llegado hace un rato.

Eider no se lo dijo, pero hubiese deseado estar en casa cuando ella llegó. Evitar a toda costa que sintiera ningún tipo de soledad.

—¿Habéis averiguado algo nuevo? —quiso saber.

—Nada de nada. Hoy han estado en comisaría los padres de la víctima… Ha sido terrible —confesó—. Han venido desde Grecia. La madre nos ha contado que el mismo día que murió Anna también falleció su madre.

—Vaya, qué casualidad…

—Te dejo que sigas trabajando. Yo voy a cenar algo y a la cama —comentó incorporándose.

—Yo sé que vas a resolverlo —soltó cuando Eider ya estaba en la puerta—. Si tuviera a sus padres aquí delante se lo diría.

Eider sonrió.

—Buenas noches, cariño. Si necesitas cualquier cosa estoy en la cocina. Ah, estás muy guapa con el pijama nuevo.

Vanesa también sonrió.

Se calentó unas alcachofas al ajillo que tenía en la despensa y comió un poco de *hummus*. Tardó bastante en cenar porque tenía el estómago cerrado. Se preparó un batido de avellanas y cacao, con leche de avena, y eso sí que le entró bien. El goloseo siempre era bienvenido. Encendió la televisión de la habitación y se puso un almohadón en la espalda para estar algo incorporada. Dejó el sonido de fondo de una

película en la que salía Sigourney Weaver. No recordaba el título, pero ya la había visto. Trataba sobre fenómenos paranormales. Se fijó en que ya estaba acabando. Entró en la página de Colcci con el móvil. La modelo rubia Gisele salía en un primer plano luciendo un vestido de estampado exótico y unas gafas de sol. Una imagen de lo más veraniega. Eider volvió a la realidad en cuanto escuchó la lluvia golpeando contra la persiana, y le pareció ver a la modelo brasileña ataviada con una sudadera y un chubasquero sobre el vestido floreado. El típico *look* con el que solían acabar los turistas. Esa mezcla peculiar de prendas que jamás combinarías en tu ciudad… Suspiró y seleccionó los pantalones de la nueva colección. Fue pasando lentamente uno tras otro y le dieron ganas de probarse unos cuantos. Qué bien sentaban. O por lo menos a las modelos… Percibió una melodía y miró la tele. La película se había acabado y era la música de los créditos. Siguió con la página de Colcci y de repente le pareció verlo: Desgastado, pitillo, cremallera muy corta, tiro bajo, cinturilla ancha… Ahí estaba. Parecía el mismo que el de Anna Karlatos. Lo seleccionó para mirar con detenimiento el bordado de los bolsillos. Amplió la imagen con el índice y pulgar.

No cabía duda. Era ese.

* * *

Estaban sentados alrededor de la mesa. Le había pedido que pasara la noche con ella y él había accedido. Ambos cenaban en silencio unos canelones que Baraibar había sacado del congelador. La casa olía a queso gratinado y, gracias al calor del horno, la cocina no estaba tan fría como otras noches. Jon Ander bebió un trago de cerveza.

—Deberías contármelo de una vez —murmuró.

Juncal Baraibar se quedó paralizada y rápidamente disimuló metiéndose un bocado humeante.

—¿Quieres un poco de pan? —preguntó al tiempo que se ponía de pie. No soportaba que la observase tan fijamente. Le dio la espalda y cortó la baguette en seis trozos. Los colocó en una cesta de mimbre y la dejó sobre la mesa.

—Gracias —dijo él suspirando. Tomó un pedazo y rebañó la salsa de tomate frito que se había quedado en el plato.

—¿Te has quedado con hambre?

—No, no. Tranquila.

—Tengo arroz con leche en el frigorífico.

—Igual después del cigarro me como uno. ¿Te importa? —dijo sacando un pitillo.

—Fuma tranquilamente.

Jon Ander salió al balcón y encendió el cigarro. Había tanta humedad que tuvo que inspirar prolongadamente para que no se apagara. Escuchó el crepitar del papel que envolvía el tabaco. Expulsó una nube de humo hacia el cielo y apoyó los codos en la barandilla. Enseguida notó cómo se le mojaba el jersey y le llegaba el frío a la piel. Le dio igual y siguió en la misma posición. Estaba cansado y el abatimiento de

Baraibar también se había alojado en su cuerpo. Giró levemente la cabeza y la vio a través del cristal de la ventana. Estaba sentada y le daba vueltas al botellín de cerveza. Tenía la mirada perdida. Jon dio una última bocanada y apagó el cigarro en el cenicero que había en una pequeña mesita. Entró tomando aire y fue directamente al frigorífico.

—¿Quieres postre?

—No, gracias.

Jon se sirvió su arroz con leche y volvió a tomar asiento.

—Creo que me conoces de sobra para saber que no soy muy hablador —dijo con la boca llena—. Sé que algo te pasa, Juncal…

Ella se llevó el botellín a los labios y bebió toda la cerveza que le quedaba.

—Me gustaría poder ayudarte… —confesó dejando el postre de lado. Le miró a los ojos—. Eres una persona reservada y lo entiendo, pero eso que guardas no te está haciendo ningún bien.

Baraibar se pasó el pulgar por la cicatriz y continuó callada.

—No voy a insistir, ¿vale? —dijo preocupado—. Pero sabes que puedes contar conmigo.

Ella se levantó y abrió dos botellines. Los puso sobre la mesa.

—No estoy orgullosa de algunas cosas que he hecho en el pasado… —susurró por fin.

Esta vez fue Jon Ander el que no dijo nada. Dejó que siguiera.

—Hay cosas con las que tendré que vivir el resto de mi vida y es algo que no soporto —apoyó los codos en la mesa y acomodó la cara en las palmas de las manos —. Darte cuenta de que la muerte de una persona es la consecuencia de una mala decisión que tomaste tiempo atrás es muy jodido…, muy jodido, Jon.

El suboficial la miró intrigado.

—La muerte de Anna Karlatos, en parte, es responsabilidad mía.

El suboficial Macua frunció el ceño.

—Me da la impresión de que estás siendo muy dura contigo misma…

—¿Por qué presupones eso? —preguntó encogiéndose de hombros. Ahora parecía enfadada—. Aún no te he contado nada.

—Porque es la tendencia natural del ser humano. Cargar con más culpa de la que se es responsable…

Baraibar arrancó el papel del botellín y echó un trago para intentar disipar el nudo que crecía en su garganta. Posó la mirada en Jon, al que tenía justo enfrente. Era un tío grande y bueno a partes iguales. No era como el resto de mortales. Este era leal, buen padre, buen amigo y buen amante. Quiso acercarse a él y echarse a llorar en sus brazos. Le necesitaba más que nunca, pero temía su reacción. Jon era una persona de principios y tal vez no soportase lo que iba a contarle.

—Quizás deberíamos dejar las cosas como están —reculó ella.

—Ni lo sueñes, Juncal —soltó al tiempo que se levantaba.

Ella bajó la cabeza.

Jon cogió la silla y la puso a su lado.

—No voy a juzgarte, ¿de acuerdo? —le tomó de las manos.

A ella le costó levantar la cabeza. Le imponía tenerlo tan cerca habiendo de por medio una historia tan fea. No quería decepcionarle. No, a él no.

Jon Ander vio un brillo acuoso en sus ojos y se le encogió el alma al sentirla tan afligida.

—Hey, tranquila. Estoy aquí para ayudarte —apretó suavemente sus manos.

—Muchas veces miras la cicatriz de mi labio y sé que te preguntas por qué está ahí… —volvió a bajar la cabeza—. Pese a que te intriga, siempre has respetado mi silencio y es algo que te agradezco.

—Tómate tu tiempo, Juncal.

Baraibar se tomó su tiempo y después le contó toda la historia. Recorrió todos y cada uno de los lugares oscuros en los que había estado. Jon la escuchó en silencio.

—Y me siento como una mierda… Porque debería haber hecho las cosas de otra manera. Pero no las hice…

—Estabas bajo mucha presión e hiciste lo que ellos querían que hicieras —dijo algo frío. Le soltó las manos para agarrar el botellín de cerveza, pero no bebió ni un trago—. No te hubiesen permitido hacerlo de otra manera.

Baraibar de pronto se echó a llorar. Primero el silencio durante toda la conversación, y ahora aquella frialdad en sus palabras fue la gota que colmó el vaso.

Jon se quedó paralizado. Nunca la había visto llorar. Es más, nunca había visto a nadie hacerlo de esa manera. Percibió cómo el sentimiento de culpa la devoraba una y otra vez. Un monstruo gigante y cabrón que la acosaría el resto de su vida. De repente se dio cuenta de que no sabía cómo ayudarla. Solo ella podría liberarse de aquello. Sintió una gran impotencia. Pensó en su hijo Aitortxo. Independientemente del problema y de la solución, siempre le abrazaba.

—Ven aquí, anda —dijo a media voz mientras la apretaba contra sí. Sintió su cuerpo delgado asirse con fuerza—. Tranquila, tranquila. Estoy aquí y llegaremos a la verdad de este asunto. Pillaremos al auténtico culpable. No puedes atormentarte de esta manera.

—Pude hacerlo de mil formas —se lamentó.

—Ya está bien, Juncal…, ya está.

—No puedo… Estoy desbordada por esta historia… No dejo de pensar en la chica griega.

—Pues no te va a quedar más cojones que hacerlo. Tienes que coger las riendas. Deben pagar los responsables.

—Siento que necesito huir de mí misma, ¿alguna vez te ha pasado algo similar? —le preguntó con el rostro lleno de lágrimas.

—Estás siendo muy dura contigo misma —dijo a media voz mientras le secaba la cara con las manazas—. Y ahora te lo digo con conocimiento de causa.

Baraibar no pudo evitar sonreír y acurrucó la cabeza en su hombro. Estuvo así varios minutos. Sintió que el tiempo se detenía para darle algo de tregua, para fingir que nada malo pasaba.

—Anda, ve a lavarte la cara que yo recojo la cocina —dijo Jon mientras le besaba el cabello.

—Gracias, Jon —expresó retirándose de su hombro.

Baraibar le miró a la cara. Adoraba sus ojos marrones. No es que tuvieran una forma o color especial, pero sí despedían sinceridad a raudales. Jon Ander, para bien o para mal, era un tío de verdad, de esos que se muestran tal cual, de esos que no tienen miedo. Agradeció infinitamente sentir que en su mirada no había un ápice de reproche. Le acarició la barba como la primera vez que se encontraron en la cervecería. Se fijó en que tenía un puñado de pelos blancos anidando en su barbilla. Acercó la boca hasta ellos y notó la dureza de las canas. Ascendió lentamente hasta que sintió el calor y la humedad de sus labios. Él la correspondió con cariño besando también la cicatriz. Quería consolarla, demostrarle que estaba ahí y que no se iba a mover de su lado. Le agarró la cara con ambas manos. Casi la cubrían entera.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo. ¿De acuerdo? No lo olvides ni un segundo.

Ella se sintió cómoda entre las manazas y las palabras de Jon. Pensó que si cerraba los ojos podría incluso dormirse así, de aquella manera. Se dio cuenta de que confiaba plenamente en él, como nunca lo había hecho en nadie… Se preguntó si aquel sentimiento también sería amor y un latigazo le sobrecogió el pecho. Notó cómo todas sus terminaciones nerviosas se activaban de golpe, como movidas por un impulso eléctrico. Abrumada y con la piel de gallina buscó de nuevo el calor de su boca. Le agarró de la nuca y le besó intensamente. Rozó su lengua y no pudo evitar morderle los labios. Se puso de pie sin soltar su boca y se sentó a horcajadas. Le deseaba de una manera tan brutal que hasta ella misma se sorprendió. Le quitó la camiseta y el jersey de un golpe. Él le metió las manos bajo la sudadera y le soltó el sujetador. Ella se adelantó y, con un movimiento, se sacó las prendas por la cabeza. Jon se puso de pie agarrándola de las nalgas y ella enroscó las piernas sobre su cintura. La llevó hasta la cama e hicieron el amor con total entrega. Las sábanas fueron testigo de un ritual de movimientos y abrazos a los que no estaban acostumbradas. Fue una danza diferente y llena de mensajes mudos. Y, por primera vez, durmieron toda la noche abrazados. La esquina de Baraibar se mantuvo vacía durante siete horas y la sudadera, que muchas veces utilizaba como pijama, tirada en el suelo de la cocina.

Irun, 23 de abril de 2014. Miércoles.

Andrea se había vuelto una mujer huraña y desconfiada. Ella era consciente del porqué de su cambio de actitud, pero no dejaba que su cabeza volviera al mismo fango. Tenía que tirar para adelante como lo había hecho hasta ahora. ¿De qué serviría analizar la situación? ¿Iba aquello a devolverle a Fran? ¿A quién le importaba si sociabilizaba o no…? ¿A quién? Ella ya se había acomodado en su vida metódica. No era la soñada, pero ella se sentía cómoda. Había trazado cada minuto del día ella solita. Nadie le había echado una mano en nada. Nadie. Por eso, cada mañana se levantaba temprano y hacía la casa de cabo a rabo. Pasaba la aspiradora como si no hubiera un mañana y fregaba los suelos a conciencia. Abusaba de la lejía para desinfectar bien el baño y la cocina, y limpiaba el polvo de todos los muebles. Después, desayunaba y se duchaba. Un café con leche y tres tostadas con mantequilla y azúcar moreno. Siempre igual. Todas y cada una de las mañanas. Abandonaba el domicilio a las seis y media de la mañana, y a las siete en punto estaba sentada frente a la máquina de coser del taller. Se colocaba los auriculares y se conectaba a su emisora favorita. Solo se levantaba a la hora del almuerzo. Tenían quince minutos para engullir lo que trajeran. Ella, un sándwich de pavo y una manzana. En ese rato aprovechaba para ir al servicio porque, si lo hacían fuera de la hora del descanso, el jefe les miraba con mala cara. «Venid *meaos* y *cagaos*», aquel era el lema favorito del cabronazo de Pepe. Andrea, a menudo, pensaba que mucho se hablaba de la explotación laboral en otros países pero ¿qué cojones era aquello? No podías levantar la cabeza de la máquina de coser, no podías ausentarte ni para mear sin encontrarte con una bronca, no podías hablar con tus compañeras… y, además, para más inri, el cuarto de hora del almuerzo lo tenías que recuperar antes de irte. La jornada laboral se alargaba hasta las tres y cuarto. Y todo ello por el módico salario de algo más de seiscientos euros. Completaba aquel mísero sueldo limpiando la casa de una vecina un par de veces a la semana.

«Hacienda somos todos», pensó Andrea recordando el *spot* publicitario de la agencia tributaria.

Ella no declaraba aquel dinero y era lo más normal del mundo. Tal vez en otros países no estaba bien visto o eso le había parecido ver en documentales del norte de Europa. Aquí no estaba mal visto y, además, no conocía a nadie de su entorno que no hubiera cobrado en B en algún momento de su vida. Era lo más lógico y normal en un país de pandereta donde la corrupción política, en cada nueva convocatoria de elecciones generales, se premiaba con los votos que recibía el partido de turno.

Andrea, repentinamente, percibió el olor a vino. Giró la cabeza y vio a Pepe junto a su compañera. Las máquinas de coser estaban muy pegadas las unas a las otras, y le incomodó tener a su lado a un ser tan patético. Discretamente, bajó el volumen de la radio.

—He visto que has fichado a las siete y un minuto —le comentó muy serio.

—Sí, sí, lo sé —Mireia era joven y se ruborizó al contestar.

Andrea sabía perfectamente las normas. Si llegabas tarde, aunque solo fuera un minuto, te comías otro cuarto de hora para recuperar. A Mireia hoy le tocaba coser hasta las tres y media. Se compadeció de ella, más que por los quince minutos, por tener que aguantar el apestoso aliento a vino y porque aquello te recordaba lo miserable que era tu puesto de trabajo. Andrea evitaba a toda costa que el jefe se dirigiera a ella. No había llegado tarde ni un día e intentaba no destacar en nada. Eso solo se conseguía con el esfuerzo del metodismo. Huraña y metódica.

Y así debía continuar.

* * *

Las dos tiendas gipuzkoanas que vendían la marca Colcci no habían tenido aquel pantalón vaquero en toda la temporada. Jon y Eider habían decidido probar suerte en Bilbao y ya estaban en la entrada de Zabalburu. A Eider el trayecto se le había hecho bastante largo porque su compañero estaba muy silencioso. Parecía pensativo… Preocupado más bien.

—¿Cabe la posibilidad de comprar la marca por internet? —preguntó Jon Ander.

—Lo comprobé anoche y las pocas webs que venden esta marca no tienen ese pantalón en concreto.

Él suspiró.

—¿Estás bien? —comentó Eider.

—Sí, un poco cansado —contestó rápidamente.

—A la vuelta llevo yo el coche y, si quieres, te echas una cabezadita.

Él no contestó.

—¿Me has oído?

—Ya veremos.

—Qué poco te gusta ir de copiloto…

—Me mareo. Prefiero ir cansado que mareado —farfulló.

—De acuerdo…

Pasaron por la calle en la que estaba el hostal donde el exguardia civil había vivido sus últimos años, y Eider no pudo evitar recordar a las tres hermanas de cabellos grises. Se preguntó si ya habrían encontrado un nuevo huésped para el ático. Un huésped discreto y silencioso, como a ellas les gustaba. Pensó que su compañero encajaría bien en el *Bates Motel*… Era reservado y no muy hablador. Además, cuando algo le atormentaba, porque lo del cansancio Eider no se lo tragaba, el muy cabrón podía parecer incluso mudo.

Estacionaron en un *parking* y caminaron hasta la primera tienda. Eider había hablado a primera hora con el representante de la marca y le había dado las direcciones de todas las tiendas de Euskadi que vendían prendas Colcci. En Bizkaia había cuatro establecimientos; tres en Bilbao y uno en Getxo. Llegaron en cinco

minutos a la primera tienda. Tenía un aire *vintage* y se llamaba Bohemias. Tanto la puerta acristalada como el escaparate estaban recubiertos por un marco de madera color azul grisáceo. En la acera, junto a la entrada, había una bicicleta blanca con una cesta llena de girasoles y margaritas artificiales. Al entrar percibieron un aroma a frutas del bosque. A Eider le encantaba ese olor dulzón.

—Buenos días —saludó una mujer que estaba en el mostrador etiquetando bisutería.

Eider calculó que tendría cerca de los sesenta años. Llevaba el cabello negro con un corte a lo capitán Spock y unas gafas estilo años cincuenta. Se presentaron inmediatamente y esta les ayudó a localizar los pantalones vaqueros de la marca Colcci. Mientras lo hacían, una dependienta joven les observaba con curiosidad mientras doblaba ropa sobre una mesa central.

—Es este —señaló Eider conteniendo la emoción.

«¡Sí, sí! ¡Es este! ¡Ya lo tenemos!», pensó al tiempo que miraba a su compañero.

—Déjenme que lo lleve al mostrador para que puedan comprobarlo mejor.

Eider y Jon siguieron al pantalón como un silencioso séquito.

—No tengo ninguna duda. Este es el pantalón que buscamos. ¿Han vendido alguno? —preguntó impaciente.

La mujer se ajustó las gafas y pasó el lector de códigos por la etiqueta. Miró con detenimiento la pantalla del ordenador.

—Sí, varias tallas. Una treinta y cuatro, dos treinta y seis, una cuarenta… —dijo a media voz—. Esperen que lo vuelva a comprobar —la mujer murmuró por lo bajito antes de seguir—. Sí, eso es. Cuatro en total.

Eider sacó una fotografía de Anna Karlatos. La joven usaba una treinta y seis.

—¿Ha visto a esta chica alguna vez?

La versión femenina del capitán Spock la tomó entre las manos y la observó durante unos segundos.

—No —dijo meneando la cabeza—. No me suena de nada. Esperen un momento.

Salió del mostrador y caminó hasta la mesa central. Le mostró la fotografía a la dependienta y Eider vio perfectamente cómo negaba con la cabeza.

—¿Trabaja alguien más en la tienda? —preguntó al ver que regresaba con la foto en la mano.

—No. Solo ella y yo.

—¿Y recuerda quién compró este vaquero en la talla treinta y seis?

—Uf, no…, pero puedo comprobar una cosa —volvió de nuevo tras el mostrador y echó un vistazo a la pantalla—. Ambos se pagaron en efectivo… Uno a finales de enero y otro en marzo.

Eider y Jon se miraron.

—De acuerdo. Ha sido muy amable —dijo Eider. Dejó la tarjeta sobre la mesa—. Aquí tiene nuestro número. Le agradeceríamos que nos llamara si recordara algo acerca de este pantalón.

—Perfecto. Intentaremos hacer memoria.

Salieron de la tienda Bohemias algo desanimados, y se desanimaron aún más al comprobar que en el resto de establecimientos ni siquiera tenían a la venta el dichoso pantalón.

* * *

Hacía más de dos años que Baraibar no la veía. Cuando Fran murió le mandó varios mensajes desde el hospital, pero no tuvo las agallas de contestar las llamadas de Andrea. Estuvo ingresada una semana por el tajo en el labio y cuando le dieron el alta fue incapaz de acercarse a ella. ¿Cómo iba a decirle que su marido había estado metido en una red de trata de blancas? ¿Cómo? No tenía el valor suficiente y los de jefatura tampoco se lo permitían… Muchas veces había estado tentada de acercarse a ella. Aún se sentía culpable por no haberla arropado, consolado… El 13 de agosto de 2012 quedaba muy atrás y los abrazos no dados ya no estaban. Estos, en concreto, fueron engullidos por un tornado de estiércol. Baraibar se sentía muy ruin porque Andrea seguramente habría agradecido su compañía… pero ¿y las preguntas? ¿Qué hacía con todas ellas? Tendría tantas y ella…, ella no tenía permitido responderlas. No se veía capaz de someterse a ese interrogatorio sin acabar confesándolo todo… Sin acabar rompiendo el corazón de Andrea en millones de pedazos. Rojos y microscópicos. Un daño brutal e irreparable. Llamó varias veces a la puerta y, al no hallar respuesta, optó por regresar al aparcamiento y esperarla allí. De camino al coche, notó la misma inquietud que tuvo al aparcar. Era una sensación rara, como de que no estaba sola. Una especie de presencia que no podía quitarse de encima. Miró con disimulo a ambos lados antes de montarse en el vehículo. Cerró la puerta por dentro por precaución y miró por el retrovisor. No vio a nadie. Pensó que estaba demasiado susceptible. Suspiró e intentó relajarse. Volvió a mirar el espejo, esta vez para observarse el rostro. Le pareció que la cicatriz se abultaba. Le dio la impresión de que el gusano blanco se arrastraba barbilla abajo cargado de culpabilidad. Había tanta que pensó que podía rodear todo su cuerpo y no perder grosor. La oficial Juncal Baraibar atrapada en un gusano de decepción y pena. Se forzó en recordar la noche pasada. Jon Ander le vino a la cabeza. Él estaba a su lado y eso la reconfortaba. Deseaba perderse con él. Dejarse querer y quererle. Había dormido entre sus brazos y aún sentía la paz que le había transmitido. Necesitaba eso, le necesitaba a él… Su verdad, su lealtad… Con Jon no había temores ni desconfianzas, y eso era algo nuevo para ella. Quería eso en su vida. Ningún palo más…, ninguna mentira.

«Haz conmigo lo que quieras, Jon», se dijo. «Confío en ti… No volveré a resistirme. No volveré a tener miedo. Enséñame a ver como tú lo haces y llévame lejos de mí misma, por favor».

El sonido del motor de un coche le hizo abandonar sus pensamientos. Observó cómo el vehículo aparcaba a su derecha. El ruido cesó. Ambas se miraron a través de las ventanillas.

Era Andrea.

Baraibar vio claramente cómo apretaba los labios y el gusano se comprimió un poco más haciéndole temblar ligeramente.

* * *

Mamá, eres mi conexión con la realidad. Siento volver a meterme en tus pensamientos e imaginarme frente a ti, pero si no hablo contigo voy a perderlo todo… me voy a perder. Soy otra persona totalmente diferente a la que era, lo soy…, y debes perdonarme por ello. Me hacen daño por dentro y por fuera, y eso me ha cambiado. Eso, a menudo, me ha hecho odiarme. Sigo siendo hermosa. La misma niña hermosa que pariste, pero por dentro soy horrible. Me siento fea, sucia… Despreciable… Quiero decirte que, pese a todo, sigo queriéndoos y sigo anhelando la libertad. Es por eso por lo que te hablo cada día, para que no te olvides de mí, para no olvidarme yo de ti, de vosotros, de mí… Bihotza sigue sin dar señales de vida. El otro día me dio por pensar que había huido. Me dio por pensar que todo se iba a solucionar… Ya no creo eso, para nada. Si hubiese una posibilidad de que alguien pudiera salvarnos, la polaca se habría encargado de llevarnos muy lejos. Ha demostrado que aquí no corremos peligro… Intuyo que estamos en el culo del mundo y Bihotza…, y Bihotza es otro cantar. Me da miedo cada vez que reflexiono sobre ella. Pueden haberle pasado tantas cosas horribles…, tantas… Ya no me espera nada bueno. Las que estamos aquí encarceladas no tenemos un futuro, ni siquiera un presente.

Mamá, estoy asustada. Quiero volver a casa, quiero que me susurres que nada malo va a pasar, que todo se va a acabar.

* * *

Andrea salió del coche y abrió un paraguas. Se quedó quieta junto a la puerta. Baraibar sabía perfectamente que estaba esperando a que saliera, pese a que ni siquiera la miraba. Sacó la llave del contacto y se apeó lentamente. Estaba avergonzada y nerviosa. Se miraron de frente. Los ojos de Andrea estaban plagados de reproches. Alzó el brazo para cubrir a Baraibar con el paraguas.

—Cuánto tiempo, Juncal —susurró.

Baraibar afirmó con la cabeza.

—Siento haber estado tan ausente —reconoció titubeando.

—¿Por qué? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Porque sí, porque lo siento en el alma… Me hubiese gustado actuar de otra manera.

—No quiero saber por qué lo sientes, Juncal… Quiero saber el porqué de tu ausencia. ¿Qué te hice? ¿Qué pasó para que me dieras la espalda de esa manera?

Baraibar, aunque sabía que se enfrentaba a un encuentro muy duro, temió que fuera mucho peor de lo que pensaba.

—No lo sé… —dijo agachando la cabeza.

—No lo sabes…

—Fran…, Fran lo hizo delante de mí. Fue muy duro, Andrea… No fui capaz de sacar el valor para acercarme a ti y mirarte a la cara.

—Yo tampoco tenía valor para tirar para adelante y aquí me tienes —dijo a la defensiva.

—Me lo puedo imaginar y lo siento…

—Mi hijo y yo nos quedamos sin nada…

Baraibar suspiró.

—Y gracias a que el piso era mío… —prosiguió algo pensativa—. Lo heredé de mis padres cuando murieron. La familia de Fran no nos dejó nada, Juncal… Se quedaron con todos sus bienes. De la noche a la mañana Rafa y yo nos vimos sin ninguna fuente de ingreso.

—¿Cómo? —preguntó Baraibar—. ¿Y la pensión, el testamento…?

—¿Qué pensión?

—La de viudedad.

—Fran y yo no estábamos casados. Llevábamos dieciséis años juntos, pero ni siquiera éramos pareja de hecho. Cuando me conoció, yo era madre soltera y vivía de alquiler. Enseguida empezamos a convivir y, tras el fallecimiento de mis padres, nos mudamos a este piso.

—No sabía nada —confesó Baraibar.

—Yo llevaba años sin trabajar. Fran me convenció para que lo dejara porque con su sueldo podíamos vivir los tres.

—Dios mío, lo siento… Estaba convencida de que Rafa también era su hijo…

—Te llamé muchas veces… No sabía a quién recurrir. Estaba desesperada y, pese a que me dolía hasta el alma, necesitaba urgentemente un trabajo. Lo he pasado muy mal…

—Yo creía que no tendrías ningún tipo de problema con el tema económico.

—Pues estabas equivocada… Una vecina me ofreció un dinero a cambio de encargarme de la limpieza de su casa… Pero eran pocas horas y el sueldo no me llegaba a fin de mes… Rafa estaba en el primer año de universidad y no podía permitir que lo dejara.

Baraibar se llevó las manos a la cara.

—Pero supongo que no has venido a oír mis miserias… —dijo al tiempo que tomaba aire hondamente—. Además, eso ya es agua pasada. Hoy por hoy mi hijo y yo estamos muy bien.

—Me alegro mucho, Andrea… y si hubiese sabido la situación por la que estabais pasando…

—¿A qué has venido, Juncal? —la interrumpió.

Baraibar la miró en silencio.

—Independientemente del tema económico, sabías perfectamente que estaba pasando por una situación muy dolorosa —le soltó Andrea a bocajarro—. La más dolorosa de toda mi vida…

—Caí en una depresión —murmuró Baraibar intentando defenderse.

—Yo no tenía opción de caer en una depresión…

—Lo siento, Andrea… Lo siento muchísimo. No di la cara las primeras semanas y después…, después estaba muy avergonzada por haber actuado así. No tengo excusa y no sé qué más decirte.

—¿Fran y tú erais amantes?

—¡No! ¡No! —exclamó abriendo mucho los ojos—. Eso jamás, Andrea.

—Muchas veces llegué a esa conclusión. No entendía por qué me rehuías… No entendía nada.

—Nunca, y cuando digo nunca es nunca… Éramos compañeros y nos llevábamos bien. Tú conocías más que nadie nuestra relación. Me conocías de sobra…

—Creía conocerte, Juncal… Pero estaba muy equivocada. ¿Cuántas noches has cenado en nuestra casa? ¿Cuántos cafés nos habremos tomado tú y yo?

—Muchos…

—Y te esfumaste en cuanto él murió…

—Perdóname. Sé que no vale de nada que ahora me disculpe. Lo hecho, hecho está… Te dejé tirada cuando más lo necesitabas… Lo sé. A ti y a Rafa. Han sido dos años muy duros para mí también.

Andrea clavó la mirada en la cicatriz.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir a qué has venido? —preguntó altiva.

—Me siento como una egoísta —reconoció al tiempo que negaba con la cabeza.

—Suéltalo ya, Juncal. No tengo todo el día —dijo borde.

—Estoy investigando un caso que tiene cierta relación con uno en el que Fran y yo estábamos trabajando en el momento de su…, en el momento de su muerte.

—¿Y por qué crees que podría ayudarte?

—Tal vez, no sé… Tal vez encontraras algún tipo de documentación…

—Tras el fallecimiento, varios compañeros tuyos se pasaron por casa en dos ocasiones para llevarse todo lo relacionado con su trabajo…

—¿Ah, sí?

—Sí. Tu gente solo hizo acto de presencia en el funeral y para registrar mi casa… Tú ni siquiera eso.

—¿Conocías a los agentes que registraron tu vivienda?

Andrea rio sin ganas.

—Adiós, Juncal —farfulló dando media vuelta.

Baraibar se quedó plantada bajo la lluvia. Más que nunca quiso huir de sí misma.

* * *

Se habían recorrido las tiendas de Bilbao y por último la de Getxo. De todas ellas solo en Bohemias habían hallado el pantalón de Colcci. Ahora Jon Ander saboreaba un yogurt en su casa. Desde la confesión de Baraibar no había conseguido dejar de estar preocupado. La situación era bien seria y no tenía la menor idea de quién podía estar involucrado en ella. Jamás hubiese pensado que aquel tajo se lo había causado su propio compañero antes de pegarse un tiro… Recordaba que en su momento circulaban por la comisaría todo tipo de especulaciones. «Un accidente de coche». «Un navajazo de un yonqui». «Una mala caída haciendo parapente». Pero, por más que rumoreaban, solo unos cuantos eran conocedores de la verdad y la habían conseguido mantener en secreto todo ese tiempo… Baraibar no lo había soportado más y había cantado, entre lágrimas, pero cantado al fin y al cabo. Estaba seguro de que Anna Karlatos había sido el detonante y él le iba a ayudar a llegar a la verdad. Se lo debían a aquella pobre chica y a todas las demás. El teléfono le sacó de sus reflexiones.

—Suboficial Macua —contestó con voz ronca.

—Sí, oye, hola —dijo una voz tímida y femenina.

A Jon Ander le pareció que era una chica joven.

—Hola, ¿te puedo ayudar en algo?

Escuchó un pitido al otro lado y perdió la comunicación.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Sigues ahí? —pero no obtuvo respuesta.

Leyó el número y no le sonaba de nada. Le devolvió la llamada pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Se levantó de la mesa, tiró el envase del yogurt y metió la cucharilla en el lavavajillas. Se lavó los dientes antes de regresar a comisaría y se fijó en el espejo del baño. Su propio reflejo le recordó que sus entradas avanzaban lenta pero inexorablemente. Se enjuagó la boca y después se despeinó ligeramente para cubrirse las claridades capilares. Bajó a la calle y su coche le esperaba frente al portal. Tenía tanta hambre cuando regresó de Bilbao que ni siquiera lo había metido en el garaje. Recordaba que sus tripas empezaron a rugir a la altura de Zarautz y no dejaron de hacerlo hasta llegar a Irun. Ahora por fin tenía el estómago lleno. Abrió la puerta del conductor y no pudo evitar pensar en la cantidad de veces que se había agachado para comprobar que no le hubiesen pegado una bomba lapa a los bajos del coche. En el pasado, cuando no aparcaba en el garaje, aquel era un gesto obligado. En octubre de 2011 ETA anunció el cese definitivo de la violencia, pero a Jon Ander le costó casi un año quitarse aquella costumbre. Dio un portazo sin obedecer el impulso y condujo hasta la comisaría. Llegó en veinticinco minutos y se encontró a Eider en el aparcamiento. Se apoyó en el vehículo de su compañera y, mientras ella salía, se encendió un cigarro. Le ofreció uno cuando se puso junto a él.

—Toma, tu dosis diaria —murmuró con el paquete en la mano.

—No, gracias. Ya no fumo —dijo percibiendo el humo del tabaco negro.

A Eider no le gustaba especialmente aquel olor, pero no pudo evitar inhalarlo.

«La nicotina tira mucho», pensó.

—Ah, ¿no? ¿Y desde cuándo no fumas?

—Vanesa cumplió ayer dieciocho años y decidí que era un buen día para dejarlo.

—¿Y ella también lo ha dejado?

—No, tampoco se lo he dicho, pero tengo que ser un buen ejemplo para ella ahora que…, ahora que ya es mayor…

—¿Y cuando era menor de edad no tenías que darle buen ejemplo o qué?

—Sí, claro que sí…, pero la mayoría de edad me ha hecho recapacitar… Dieciocho años ya, ¿te lo puedes creer?

—Eider, solo fumabas un puto cigarro al día.

—Bueno, sí… pero a veces dos e incluso tres…

—Huy, cuidado…

—Oiga, un respeto…

Jon Ander se echó a reír al tiempo que expulsaba el humo hacia el cielo. Subieron al despacho y el teléfono móvil empezó a sonar en cuanto se acomodaron. Era otra vez aquel número.

—Suboficial Macua.

—¿Hola? —preguntó la voz femenina.

—Sí, hola. ¿Quién eres?

—Ya me perdonarás, pero antes me quedé sin batería…

—Tranquila, tranquila. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me llamo Miriam y soy la dependienta de la tienda Bohemias. Esta mañana os he visto hablar con mi jefa. Veníais buscando algo de información sobre un pantalón de Colcci, ¿verdad?

—Sí, así es.

—No sé si tendrá algo de relación con esa chica…, pero de vez en cuando suele venir una mujer a comprar ropa para sus hijas. Es una mujer con acento extranjero y suele llevarse prendas de diferentes tallas. Siempre paga en efectivo y no mira lo que se gasta.

—¿Concretamente se llevó el pantalón que estábamos buscando?

—Sí, recuerdo que entre otras prendas se llevó ese en la talla treinta y seis. Casualmente era mi vaquero favorito de esta temporada y estaba esperando a ver si llegaba a rebajas para comprármelo… Ella se llevó la última treinta y seis y me dio mucha rabia… Por eso me acuerdo.

—¿Qué más me puedes contar de ella?

—Que es bastante seria. Rondará los cincuenta años. Es una mujer alta, delgada y, aunque está muy estropeada, es de rasgos bonitos.

—¿Estropeada?

—Sí, tiene la piel muy arrugada. Parece un pergamino la pobre…

—¿Qué me puedes decir de su acento?

—Yo diría que es de Europa del Este… Ucraniana, rusa… No sabría decirte de dónde exactamente.

—¿Sabes su nombre?

—No, eso no.

—Tu jefa tal vez…

—No, se lo he comentado en cuanto os habéis marchado y no le sonaba. La última vez fui yo la que la atendí. Ella también la ha despachado alguna vez, pero no cae de quién puede tratarse.

Jon Ander no pudo evitar pensar en la versión femenina del capitán Spock y en el olor a frutas del bosque que pululaba por la tienda.

—¿Tenéis cámaras?

—Sí, pero las grabaciones se borran pasada una semana.

—¿Nos podrías hacer un favor?

—Claro.

—Llámanos si recordáis algo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto.

—Y si por un casual vuelve a hacer acto de presencia, por favor, guárdanos las grabaciones.

—Lo haré. A ver si hay suerte.

—Muchas gracias, Miriam. Estamos en contacto.

—De nada. Agur.

* * *

El encuentro con Andrea solo había servido para aumentar el sentimiento de culpa, el rechazo hacia sí misma y las ganas de escapar de su propio cuerpo. En el pasado habían sido amigas, no del alma pero amigas al fin y al cabo. Y ella le había dejado en la estacada permitiéndose embaucar por la decepción y la impotencia. Se aisló de tal manera que no se preocupó de los que más querían a Fran. Baraibar pensó en él… Por suerte o por desgracia había descubierto el tipo de monstruo en el que se había convertido…, pero la pobre Andrea no. Lo ignoraba totalmente y aún sufría su pérdida. No sabía muy bien por dónde continuar. Andrea le había revelado que, tras el suicidio, sus compañeros se habían pasado por casa en dos ocasiones para hacer un registro, pero no le había desvelado si les conocía a no. ¿Quiénes habían entrado en su vivienda y cuáles habían sido las intenciones reales? A Baraibar le chirriaba, y mucho, eso de que hubieran registrado dos veces el piso. Tenía que conseguir acceder al informe sin levantar sospechas. Koldo se iba a encargar de echarle un cable. Tenían que ser prudentes para no llamar la atención de los de jefatura. Hizo memoria sobre ellos y le vino a la cabeza el superintendente Cobo. Fermín Cobo llevaba más de cinco años al mando, los mismos que el intendente Xabier Recain, su mano derecha. Ambos hicieron hincapié en mantener la implicación de Fran bajo la alfombra. Cerró los ojos y se retrepó en el asiento del despacho. Se dio cuenta de que el miedo

anidaba en sus entrañas. La situación era tan complicada que sentía que se le escapaba de las manos. No dejaban de ser un maldito hormiguero custodiado por un oso palmero. Con solo acercar el hocico, su lengua de treinta centímetros lo arrasaría todo. Se sintió demasiado insignificante para llegar a la verdad, para cambiar el cauce de las cosas. Abrió los ojos y consultó el móvil. Tenía una llamada perdida. Aquel número no le sonaba de nada y tampoco estaba en su agenda. Devolvió la llamada para salir de dudas.

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer.

Baraibar pensó por un momento que tal vez era Andrea. Deseaba que hubiera recapacitado y quisiera charlar con ella.

—Soy Juncal Baraibar. Me ha llamado hace un rato.

—Ah, sí. La oficial de la comisaría de Oiartzun, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Soy Milagros. No sé si se acuerda de mí.

Baraibar no recordaba de pronto a ninguna Milagros, pero sí necesitaba uno con urgencia.

—La exmujer de Marcelo —la ayudó al no hallar respuesta al otro lado de la línea.

—Sí, sí. Perdóneme. Nos reunimos antes de ayer, si no me equivoco.

—Así es. Quería hablar de un asunto con usted. ¿Le pillo en buen momento?

—Sí, tranquila. Estoy en el despacho. ¿En qué puedo ayudarla?

—Bien, gracias. Me he tomado la libertad de hacer alguna indagación —soltó guardando silencio después.

Baraibar se irguió en el asiento y puso especial atención.

—Como bien le dije el lunes —prosiguió Milagros—, Marcelo era infiel por naturaleza.

—Lo recuerdo, sí.

—Tengo una amiga que es la mujer de un guardia civil. Nos hicimos íntimas en el cuartel de Oviedo y aún guardamos relación. Ella fue la que me puso sobre aviso acerca del comportamiento de Marcelo y me hizo abrir los ojos. Mi amiga es la típica persona que se entera de todo, tal vez porque es un poco cotilla, pero no me importa porque también es una buena persona. Pues bien, ayer estuve tomando un café con ella y le pregunté sobre las mujeres con las que Marcelo se veía. Le he confeccionado una lista con todas. No sé, he pensado que quizás alguna de ellas pueda ayudarles en la investigación.

«Las amantes», pensó Baraibar algo desconcertada.

—Me da cierta vergüenza reconocerlo, pero hay unas cuantas… Compañeras del cuerpo, mujeres de compañeros…

—Entiendo… —Baraibar reflexionó sobre su vida personal. También había sido amante de hombres casados. Intentaba no sentirse mal por ello. Ella no engañaba a nadie.

—Hay una mujer que me ha llamado especialmente la atención. Es la última de la lista, además. Se hacía llamar Klaudia y regentaba un puticlub en Bilbao. Un puticlub que por cierto lleva casi dos años cerrado. Lo he comprobado por Internet. El nombrecito del club tenía guasa…, se llamaba Lady Chatterley.

—Sí, muy ocurrente…

Baraibar había vuelto a leer recientemente la novela *El amante de Lady Chatterley* y aún recordaba los devaneos de la protagonista. Era tan fan que, además de haber disfrutado de la adaptación cinematográfica, debía reconocer que incluso le gustaba la canción de La Polla Records. Juncal tenía tres hermanos varones y, de chavales, uno de ellos había abrasado al resto con su música. A menudo discutían porque parecía que el *casette* solo le pertenecía a él. Recordaba que lo único que tenían en común su hermano punki y ella era aquella canción. Cuando sonaba en la habitación ambos la cantaban a pleno pulmón mientras sus otros dos hermanos se tapaban los oídos con las manos.

Deberás buscar un amante para ti
sentiré por él, Lady Chaterly.
Lady Chaterly, has de hacerlo para mí,
yo te miraré, Lady Chaterly.
¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Juega para mí.
¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Lady Chaterly.

—Mi amiga no tiene más datos acerca de esta historia porque cuando Marcelo dejó Asturias le perdió la pista… Lo de Klaudia fue un chisme que escuchó y ya no recuerda ni dónde. Ni siquiera me lo contó en su momento porque le pareció que ya no merecía la pena hablar de él… Después de todo el daño…

—Es comprensible —dijo al tiempo que anotaba los datos que acababa de revelarle.

—He pensado que Marcelo tal vez se mudara a Bilbao por esa mujer… Aunque también puede que la conociera allí ya una vez instalado… Quién sabe… ¿Quiere que le dicte el resto de nombres?

—Sí, se lo agradecería.

Baraibar apuntó a toda prisa los nombres que Milagros le facilitó. En total fueron ocho. Ocho amantes. Quedaron en hablar si aparecían nuevas informaciones.

* * *

El viejo le había llamado a primera hora de la tarde para ordenarle que se acercara al aeropuerto de Loiu y recogiera a su sobrino Rodrigo. «El vuelo llega a las 18:10h. Estate puntual», le había dicho. A Mastín lo que más le fastidiaba no era que el viejo dudara de su puntualidad, no, lo que más le molestaba era tener que trabajar con un

tipo como Rodrigo. Era malo el cabrón. Muy malo. Cuando se ponía de coca tenía la mirada de un asesino en serie. Daba la impresión de que podía ser capaz de hacerte cualquier cosa. Mastín no era un tío miedoso, pero Rodrigo le daba un respeto que detestaba. Cuando trabajaba con él intentaba mantenerse plano. No llamar su atención demasiado… No cruzarse con esa jodida mirada de psicópata. Esperaba que la misión terminara lo antes posible. De momento el seguimiento a Vikingo había ido bien. Le facilitaba la tarea eso de que no se saliera apenas de su rutina. Casa, trabajo, trabajo, casa. Pero claro, Mastín no tenía ni la menor idea de cómo iban a llegar al fondo del asunto. ¿Quién había matado a Bihotza y por qué? Por lo pronto esperarían a que Vikingo tuviera un desliz, algo que le pusiera en evidencia. Si el tío seguía actuando como hasta ahora, tendrían que apretarle las tuercas. Castillo quería saber y no iba a olvidar algo así. Llegaría al fondo y punto. No había término medio. Le importaba tres narices a quién se tuviese que enfrentar. Él era Castillo, y a Castillo nadie se la jugaba.

¿Dónde coño estás?

El teléfono móvil vibró y, al comprobar quién era, la pantalla le bufó a la cara. Era el depredador de Rodrigo.

«¿Que dónde coño estoy? Empezamos bien, cabronazo», pensó asqueado.

Estoy aparcado donde te suelo esperar siempre.

Las dos uves azules del WhatsApp le chivaron que *su amigo* ya lo había leído. No tardarían en verse las caras. Se puso una raya de coca en el interior del coche. Algo rápido y discreto sobre el dorso de la mano. Tenía que anestesiarse para aguantar a Rodrigo. Esnifó profundamente y se sintió reconfortado. Su azuquítar nunca le decepcionaba.

—Oh, oh —susurró mientras cerraba los ojos y apoyaba la espalda y la cabeza en el asiento del coche.

Un sonoro portazo le hizo pegar un respingo. De repente Rodrigo ya ocupaba el asiento del copiloto. Lo había hecho con el sigilo de un lince. Miró a Mastín con sus ojos verdosos, felinos. Perversos. Al parecer no era el único que había consumido azuquítar.

—¿Estás dormido o qué hostias? —preguntó de mala gana.

—No, claro que no. Tan solo estaba relajándome unos segundos.

—Ya puedes espabilarte… Castillo está que trina con este asunto.

—Lo sé perfectamente.

—Ah, ¿sí? Pues no se nota. Dime, ¿qué has descubierto?

—Que Vikingo mintió acerca de la muerte de Bihotza… La casa de la muga estaba plagada de restos de sangre…

—Eso no lo has descubierto tú… ¿Olvidas al *notas* del luminol?

Mastín colocó las manos en el volante. Tenía los brazos rígidos.

—¿Me has oído?

—Por supuesto…

—Hay que solucionar este asunto. Lo haremos a mi manera o volveremos igual que viniste…

—Si es lo que quiere Castillo…

—Es lo que quiero yo y con eso debería bastarte, ¿entendido?

Mastín afirmó con la cabeza, puso el motor en marcha y salió del aeropuerto sin decir ni mu. Rodrigo no le quitó el ojo de encima hasta que enfilaron la autopista. Aquella intimidación tan exagerada le causó un tremendo malestar por todo el cuerpo. Tenía el estómago revuelto y el efecto del azuquítar parecía haberse esfumado.

—No sé qué coño haces, tío…, pero cada día estás más gordo —soltó mirando al frente.

Mastín se mordió los carrillos conteniendo el impulso de pegar un volantazo. En aquel instante lo que más deseaba era que el vehículo diera vueltas de campana por la autopista.

* * *

Subió al trastero y rebuscó entre las cajas. En 2012, dos equipos de la Ertzaintza pusieron patas arriba su casa pero no se les ocurrió registrar el coche de Fran. Andrea encontró en la guantera varios papeles y un catálogo. En su momento decidió almacenarlo en el trastero y olvidarse de todo. Si las cosas hubiesen sido de otra manera, claro que les habría llamado, pero se había sentido tan abandonada que pensó que no merecían otra cosa. Le costó un rato hallar la caja. Era de zapatos y dentro estaba el material doblado. Volvió a poner la tapa y dejarla donde estaba. Ni siquiera ojeó el contenido. ¿Para qué? No serviría de nada y lo único que podía traerle eran problemas. Su política era no revolver la mierda y mirar hacia adelante como los animales. Regresó a casa, se sentó en el sofá y puso la tele. Estuvo diez minutos con la mirada clavada en la pantalla pero incapaz de concentrarse. Se tumbó y se tapó con una manta hasta la barbilla. Ella era bastante calurosa, pero el frío se le había alojado en el cuerpo. Sintió que varios escalofríos le recorrían de arriba abajo. Como si estuviera a punto de coger una gripe. Supo entonces que Baraibar había conseguido arruinarle la tarde. Dos años de trabajo consigo misma… Dos años… Y ahora aquella mujer regresaba con intenciones de poner su mundo del revés. Pensó en su día a día. Una mujer sola con el sueldo de oficial. Se podía imaginar lo acomodada que viviría la señorita… La había apreciado en el pasado y ese era el motivo por el que ahora la detestaba tanto. Sintió tal rabia que pensó que rozaba el odio… La inquina. Andrea no iba a permitir que volviera a destrozar su fortificación, no. Claro que no. Se había encargado de levantarla alta y robusta, y la defendería con uñas y dientes. Decidió que haría todo lo posible para impedir que interfiriera en su felicidad, en su futuro. Se levantó de un salto cargada de energía, se calzó unas botas y salió de casa.

* * *

Jon Ander y Eider se dirigían a la sala de reuniones para finiquitar el día. Antes de entrar, su compañero la retuvo en el pasillo y la miró de una manera extraña. Como apurado.

—Tengo que pedirte un favor —susurró.

Eider frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría que, de momento, no reveláramos la llamada de Miriam.

—¿Por qué?

—Ahora mismo no te lo puedo contar… Confía en mí.

Eider torció el morro.

—No entiendo nada.

—Ya lo sé y te lo explicaré, pero en su debido momento.

—Es un dato importante lo de la mujer extranjera…

—Lo sé y ese es el motivo. Deja que se lo cuente a Baraibar en privado antes de hacerlo público.

Eider resopló.

—De acuerdo…

—Te lo agradezco, Eider.

Entraron en la sala y sus compañeros ya estaban esperando. Eider dejó que fuera Jon quien resumiera el día para no meter la pata. El suboficial Macua explicó que solo habían hallado el pantalón en la tienda Bohemias pero que no tenían más datos. Fue breve y Eider se sintió muy extraña. Eneko y Peio informaron de que se habían pasado toda la jornada analizando el listado de llamadas entrantes y salientes del teléfono del exguardia civil. Por desgracia no revelaron nada nuevo porque Marcelo solo utilizaba aquella línea para temas laborales, familiares, cotidianos. Estaba claro que el teléfono que quemó en la furgoneta era el de los asuntos turbios, y no tenían la menor idea de a nombre de quién estaba registrada la línea… El tío lo había hecho muy bien para no dejar rastro.

—Los de informática tampoco tienen gran cosa —señaló Baraibar—. He hablado con ellos hace un rato sobre la *tablet*. Todo búsquedas normales, sobre todo de coches… Están intentando conseguir la contraseña del Gmail. No tenía nada más… Ni Instagram, ni Twitter, ni Facebook… —añadió suspirando—. ¿Cómo va el seguimiento de los últimos movimientos de la furgoneta?

—Estamos a la espera de que nos lleguen varias grabaciones de tráfico —explicó Eneko.

—Bien, perfecto. Mañana el subcomisario Padura y su equipo vendrán a primera hora. Debemos reunirnos con ellos y decidir cómo abordar el tema de Anna Karlatos. Mucha información se ha filtrado ya a la prensa y creo que ha llegado el momento de pedir ayuda ciudadana.

Peio lo anotó en su agenda.

—Hasta entonces, propongo que nos vayamos a descansar —concluyó omitiendo la llamada de Milagros.

Era importante seguir la pista de esa tal Klaudia y del club Lady Chatterley. Tenía pensado pasar la noche con Jon y revelárselo. Él podría encargarse perfectamente de esa tarea. No se le ocurría nadie mejor.

—Os veo mañana a primera hora.

El equipo afirmó con la cabeza y fueron abandonando la sala de reuniones.

—Jon, dame un segundo que quiero hablar contigo —murmuró antes de que saliera.

Jon Ander cerró la puerta.

—¿Qué tal estás, Juncal? —le preguntó.

—Agotada y todavía tengo que hacer unas compras… —reveló tomando aire—. ¿Te apetece cenar conmigo?

—No hay nada que me apetezca más.

Baraibar se acercó y le abrazó. Él le acarició la espalda.

—Me alegra que sigas a mi lado —le confesó. No pudo evitar pensar en Andrea y sentirse un ser ruin.

—Y aquí voy a seguir —confesó besando su cabeza. Adoraba a aquella Juncal cariñosa—. Tengo que pasar por casa para coger algo de ropa limpia.

—Bien, perfecto. Tómatelo con calma. Yo compraré algo en el súper del barrio y en cuanto llegue a casa te aviso. En lo que tardas en llegar, yo voy preparando algo para cenar.

—¿No prefieres que te eche una mano?

—Tranquilo, prepararé algo rápido.

—Entonces nos vemos en un rato —le miró a los ojos y le besó en los labios.

El contacto cálido le recordó lo mucho que le había echado de menos durante el día.

* * *

La vio salir del súper, cargada con una bolsa. Con la otra mano sujetaba el paraguas. Iba a paso ligero y no tardaría en meterse por las calles estrechas para llegar a su casa. Pensó que la lluvia iba a ser su perfecta aliada. Gracias a ella llevaba la cremallera de la cazadora subida hasta la barbilla y la capucha puesta sin levantar ningún tipo de sospecha. También el paraguas le serviría para cubrirse si le era necesario. La calle estaba oscura por aquella zona y la mayoría de los establecimientos estaban cerrados. Debía actuar rápido, muy rápido. Inhaló el aroma húmedo y nocturno mientras la iba siguiendo. Le pareció que estaba viviendo un sueño, una especie de irrealidad. En cada nueva pisada sentía que flotaba, como si la acera se hubiese vuelto de mantequilla. Pensó que el paso que iba a dar era necesario. Tenía que hacerlo sí o sí. Por su cuerpo pululaba una mezcla de sensaciones extrañas. Le fascinó descubrir que había algo de emoción en su fuero interno. Apretó la

empuñadura del cuchillo con la mano derecha. Se preguntó qué tal dormiría aquella noche.

* * *

Las asas de la bolsa se le clavaban en la palma de la mano derecha. Como siempre, había cargado más de la cuenta. Lo que más le pesaba era la media docena de cervezas alemanas y los tres *bricks* de leche. Solo eso ya sumaba seis kilos. La fruta y los yogures también contribuían a que el plástico cada vez estuviera más hincado en su piel. No podía llevar la carga con las dos manos porque la lluvia seguía sin dar tregua y debía mantener en alto el paraguas. Tenía pensado preparar una sopa calentita. Con tanta humedad era lo que mejor entraba y reconfortaba. De segundo haría un revuelto con los hongos que acababa de comprar. A ella con la sopa le hubiese bastado, pero Jon Ander tenía buen saque y, si no quería escuchar los rugidos de su tripa, más le valdría cocinar en abundancia. Había conseguido aislarse de las preocupaciones y tomarse la cena como una cita. La noche pasada se había entregado a él y eso le había hecho sentirse muy bien. Tenía intenciones de hacer lo mismo y dormir acurrucada junto a su enorme cuerpo. Él iba a estar a su lado. No había dejado de repetírselo. Cuidaría de ella y por una vez no se resistiría. De repente le asaltó otra vez esa dichosa sensación de que alguien seguía sus pasos. Se giró y vio a tres personas. Cada una de ellas a diferentes distancias y todas cubiertas con paraguas. Por la constitución distinguió que eran dos hombres y una mujer. Pensó que eran personas que, al igual que ella, regresaban a casa.

«El hogar es más hogar después de una larga jornada de trabajo», se dijo.

Tenía ganas de llegar y de quitarse la ropa húmeda, el calzado basto… Tenía ganas de ver su paraguas seco de una vez. Se metió por una calle más estrecha, por la que solía atajar, y se paró para cambiar de mano la bolsa. Le dolía tanto la palma que solo el roce del mango del paraguas le escoció. Escuchó unos pasos que cada vez se acercaban más. Pensó que otra persona había decidido atajar también por allí. Pese a que se repitió que era una desconfiada y una paranoica, volvió a girarse. Lo hizo lentamente y, al hacerlo, sintió que algo se lo impedía. Se dio cuenta de que tenía a la persona tan cerca que las varillas de sus paraguas se habían enganchado. La situación le hizo ponerse en alerta. ¿Qué hacía aquella persona tan pegada a su espalda? Observó un movimiento rápido de su mano y después un dolor en el costado. Baraibar supo que le habían clavado algo y enseguida le siguieron otros dos picotazos. El dolor la petrificó de pies a cabeza y no pudo evitar aflojar las manos. Los botellines de cerveza estallaron contra el suelo y el paraguas siguió enganchado, flotando en el aire. La persona volvió a arremeter contra ella y dos nuevas punzadas en el abdomen provocaron que doblara las rodillas y cayera al suelo. Notó cómo unas manos le revolvían la ropa. Tiraron con fuerza de algo. Ella solo consiguió ver un paraguas a modo de escudo. Lamentó no poder hacer nada para defenderse, para evitarlo. Estaba demasiado paralizada. Escuchó el chasquido del calzado sobre el

agua. La persona corría, huía. Agradeció que no siguiera ensañándose. Apretó los dientes para resistir el dolor. La palma de la mano ya no se quejaba, aquella molestia no era nada en comparación con la otra. Intentó gritar, pero no tenía fuerzas. Debía alcanzar su móvil y pedir ayuda. Intentó mover el brazo, pero este no recibía la orden. Vio cómo un tomate rodaba hasta alojarse debajo de la rueda de un coche aparcado. Era un tomate maduro. Rojo y sabroso. Era su tomate Eusko Label. Baraibar tiritó. Estaba de costado, podía sentirlo. La oreja contra el suelo, el frío intenso. Se preguntó si había llegado su hora, si de verdad no saldría de aquella. Miró la calle empapada y lo último que vio fue la luz de una farola reflejada sobre un charco. Escuchó que alguien gritaba a lo lejos y corría hacia ella. Sintió que ya no había prisa. Los últimos pensamientos se los dedicó a Jon Ander.

Lo hizo con los ojos cerrados.

* * *

Se sentó en el sofá mientras esperaba la llamada de Baraibar y no pudo evitar quedarse traspuesto. Se sobresaltó al escuchar un fuerte ruido, un golpe. Enseguida se dio cuenta de que era su teléfono, que se había caído al suelo. Se dobló para cogerlo y comprobó que era tarde, más de las once, y Baraibar seguía sin dar señales de vida. Decidió llamarla. Una voz le informó de que estaba apagado o fuera de cobertura. Se preguntó si se habría olvidado de la cita. Suspiró y decidió comer algo. Se preparó un par de sándwiches en el microondas y se los comió en pocos bocados. Se puso por fin las zapatillas de casa y regresó al sofá. Consultó el teléfono una última vez y se prometió no volver a hacerlo. ¿Y si le había pasado algo? De pronto esa pregunta invadió sus pensamientos. Juncal Baraibar nunca le había dejado tirado, pero debía reconocer que era una mujer un tanto especial… Tampoco le sorprendería si lo hacía alguna vez… Recordó toda la mierda en la que estaba metida y su temor de que algo le hubiera pasado tomó más peso. Volvió a llamarla. Otra vez esa voz femenina…

El teléfono está apagado o fuera de cobertura.

Decidió acercarse a su barrio. Estaba demasiado inquieto para seguir esperándola. No eran horas para presentarse en la puerta de su casa pero, si no lo hacía, no iba a conseguir conciliar el sueño. Le daba igual si se enfadaba al verle…

«Juncal, el cabreado debería ser yo. Ya sé que es muy tarde, pero no sabía si te había pasado algo… Joder, ponte en mi lugar», se imaginó que le decía en el mismo rellano.

Caminó hasta el garaje y salió de allí a una velocidad mayor de la permitida. El reloj del coche marcaba las 23:58. A la altura de Carrefour recibió una llamada. Se alivió como un ingenuo convencido de que era Baraibar. Ni siquiera consultó la pantalla y se lo llevó directamente al oído.

—Macua —contestó.

Escuchó atentamente y, de la impresión, tuvo que desviarse hacia un almacén de pinturas que había a la derecha de la carretera. Ni siquiera quitó la llave del contacto.

Retiró los pies de los pedales y el vehículo se caló bruscamente. Se llevó las manos a la cabeza y se apoyó contra el volante. No sabía qué hacer, a quién llamar. Su teléfono volvió a sonar. Vio que se iluminaba sobre el asiento del copiloto.

Era Eider.

Se lo llevó al oído sin contestar. No le salía la voz.

—¿Jon? ¿Estás ahí? —preguntó al no hallar respuesta.

Oyó una respiración entrecortada.

—Jon, dime algo… Acaban de llamarme de comisaría…

—Sí —susurró.

—¿A ti también?

Jon no dijo nada.

—Jon, por favor, contéstame.

—Sí, me acaban de llamar —dijo con la voz apagada.

—Dios mío… No puede ser —murmuró Eider conteniendo el llanto.

—Iba de camino a su casa cuando me han llamado. Habíamos quedado y no contestaba al teléfono —confesó aún en *shock*.

—¿Dónde estás?

—He tenido que detenerme en Oiartzun.

—¿En qué zona?

—En el aparcamiento del almacén de pinturas.

—¿En Cepinsa?

—Sí, aquí estoy.

—Bien, no te muevas. Voy para allá.

—No sé qué hacer… No lo sé —susurró como ido.

—De momento esperarme ahí. No tardo nada en llegar.

La respiración de Jon era pesada.

—¿Me estás escuchando? —insistió Eider.

—Sí, perdona. Te espero aquí.

Irun, 24 de abril de 2014. Jueves.

Tomó la Nacional 1 a toda prisa. Tenía el estómago revuelto y le temblaban las piernas. Le había dicho a su sobrina que su jefa había fallecido y que tenía que ausentarse… Que no sabría cuánto tiempo tardaría en volver a casa. Había contenido las ganas de llorar. Vanesa debía verla serena. Ahora recogería a Jon Ander y también se mostraría tranquila. No podía flaquear… Hoy, más que nunca, tenía que ser la fuerte de los dos. La que llevase el timón. No entendía qué había podido pasar. La habían acuchillado cerca de su casa. En una callejuela del Antiguo. Una lágrima surcó su cara y Eider se la secó rápidamente. No, no podía llorar. Debía taponar sus sentimientos. Ya habría tiempo de dejarlos salir. Ahora no. No. Temía relajarse y después no ser capaz de controlarse. Un muro de contención era lo que ahora necesitaba colocar. Lo puso macizo y alto en todas las narices de las emociones.

«Ahí quietas. Ya tendréis vuestro momento», se dijo.

Desde donde estaba ya podía ver el cartel del almacén de pinturas. Su corazón empezó a palpitar desbocado al observar el vehículo de su compañero. Sus manos comenzaron a temblar. Estacionó a su lado y se apeó del coche. Se dio cuenta de que sus piernas seguían temblando. No sabía muy bien qué hacer, qué decirle a Jon… Tragó saliva a duras penas y se dirigió hasta la puerta del copiloto. Al abrirla, se dio de bruces con una nube de humo de tabaco negro. A Eider el olor tan concentrado le molestó y notó cierto picor de garganta. Entró en el vehiculó y observó a su compañero. Estaba sentado y miraba al frente. Le dio una calada al cigarro y expulsó el humo hacia la luna delantera. Eider quiso abrir la puerta para que la nube se disipara. En su fuero interno también sentía que necesitaba disiparse. Le rodeó los hombros con el brazo. Quedó un poco ortopédico porque ella no abarcaba del todo a su compañero. ¿Qué tal estás? ¿Sabes algo más?… No le preguntó nada. Era obvio cómo se encontraba.

—Lo siento mucho —susurró a duras penas. Le pareció que se le había atascado en la garganta un nudo marinero. Áspero y grande.

—Debemos ir al lugar. Debemos irnos ya —murmuró sin mirarla.

—Sí, sí, por supuesto —Eider salió del coche y caminó hasta la puerta del conductor.

Jon salió de una manera basta y torpe, y dio tal portazo que Eider pensó que había desencajado la puerta.

—Te has dejado la llave en el contacto.

—¿Cómo? —preguntó totalmente descolocado.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Eider al tiempo que abría la puerta y sacaba la llave. Presionó el mando del vehículo para cerrar las puertas. Las comprobó una a una mientras su compañero la observaba en silencio. Pensativo.

Llovía débilmente. Eider pensó que un chaparrón iría mucho más acorde con la situación. Abrió la puerta del copiloto de su coche.

—Vamos, Jon. Entra —le ordenó. Estaba pasmado. Seguía en *shock*.

Él obedeció.

Ella cogió aire antes de acomodarse en el asiento. El corazón seguía desbocado en su pecho.

—Toma —le dijo entregándole la llave de su coche—. Guárdala.

La tomó entre sus manos y tardó un rato en meterla en el bolsillo.

—¿Seguro que quieres hacer esto? No tenemos por qué ir…

—Arranca el coche —la interrumpió.

Condujeron acompañados por los sonidos del limpiaparabrisas y de los neumáticos rodando sobre el suelo mojado. La radio no estaba puesta y ellos se mantuvieron en absoluto silencio. Eider no sabía qué decirle. Lo sentía a su lado, paralizado como una estatua de piedra.

* * *

Jon repasaba una y otra vez la conversación que, la noche pasada, había tenido con Baraibar. Debía memorizarla y no olvidar ningún detalle. Aquello era crucial. Se preguntó cuánta gente estaba al tanto de la historia de Fran. Era consciente de que iba a tener que actuar con una venda en los ojos. A partir de ahora el hermetismo sería su mejor aliado. Miró a Eider. Llevaba las manos apretadas sobre el volante. Su respiración era rápida y le brillaban los ojos grises. Tenía la nariz roja. Intuyó que estaba a punto de llorar. La tía aguantaba como una campeona. Mantenía el tipo delante de él. Sí, en ella podía confiar. No había dudado de ello ni un segundo. Eider era Eider. Eider Chassereau estaba con él y, pese a sus principios, se dejaría corromper… No le iba a quedar más remedio. A partir de ahora las cosas iban a cambiar. Era muy consciente de ello. Jon tenía un dolor intenso en el fondo de su pecho. Angustia, tristeza, rabia, impotencia… Pero las ganas de llegar a la verdad mantenían todo al margen. Debía centrarse. Pensar, procesar, decidir, actuar… Para cuando llegaran a la escena del crimen, debía tener interiorizada la conversación de la noche pasada. Un tatuaje en el hipocampo. Después tendría que forzar una hiperconsciencia para no perder ni un detalle. Era crucial. Observar, procesar, decidir, actuar…

Vio que Eider tomaba la salida hacia Ondarreta. Pensó que ya no les quedaba nada. Rodeó varias rotondas y se metió hacia el barrio del Antiguo. Sintió un vuelco al percibir el resplandor de las luces policiales. Se tuvo que preguntar tres veces seguidas si era cierto que Juncal había muerto.

«¿Ya no está?», pensó, aún con dudas, al tiempo que sentía un intenso dolor de cabeza.

* * *

La calle estaba totalmente acordonada. Daba la casualidad de que la comisaría de la Ertzaintza de Donosti estaba a pocos metros. Habían acudido muchos vehículos policiales al lugar del crimen. La asesinada era una compañera y estaba claro que habían tomado medidas de seguridad de alto nivel. Eider tenía la necesidad de abrazar a Jon Ander y llorar sobre su hombro. Baraibar había muerto. Quería compartir con él su pena, su dolor, antes de acercarse al cadáver. Quería que él también se desahogara, que pataleara si hacía falta. Pero sabía que eso no iba a pasar. Jon no había dejado de apretar la mandíbula y, nada más llegar al lugar del crimen, Eider se dio cuenta de que Jon recuperaba la serenidad. Por fin parecía cuerdo. Observó cómo miraba a ambos lados. Escrutaba a los allí presentes. No había mirones, solo compañeros. Los chequeaba de arriba abajo. Como si se tratara de un robot. Estaba presente el comisario y todo el equipo de la unidad. Eneko y Peio hablaban muy bajito entre ellos. La lluvia fina iba calando poco a poco. Eider se colocó la capucha. Pensó que se sentía más segura ahí metida. Quería llorar. Era lo único que de verdad quería. Se pararon junto a sus compañeros y no se dijeron nada. Miradas fugaces y cabezas gachas. Eider observó el cuerpo de la jefa.

«No, joder… Ahí no deberías estar. Todo tu jodido equipo está al otro lado. Danos una orden. Regresa a tu sitio… ¡Este es tu sitio!», se dijo con un nudo en la garganta.

Sintió que varias lágrimas nacían de sus ojos. Agachó la cabeza y se llevó un pañuelo de papel antes de que se precipitaran. La celulosa rápidamente absorbió el agua salada. Volvió a mirar el bulto que todos decían que era Juncal y se fijó en una bolsa del Super Amara. Había fruta, *bricks* de leche… Había cerveza… No consiguió ver nada más. Eran productos que había elegido la jefa. Nadie se los comería jamás.

«No dejes todo por hacer… Sube la compra. Recibe a Jon… Ahora mismo deberíais estar en la cama… Joder…, haz algo», pensó con impotencia.

Eider ya no podía con la pena y desanduvo sus pasos hasta su propio coche. Ni siquiera había buscado a Jon Ander con la mirada. Las lágrimas no le dejaban. Veía todo borroso…, además, estaba avergonzada. Avergonzada por no haberse controlado. Tenía que ser más fuerte. Su muro de contención se había ido a tomar por culo y ahora estaba ahí dentro llorando como una magdalena. Se sonó los mocos y escuchó sus propios lamentos.

—Ya vale —susurró cabreada.

Se volvió a sonar los mocos y se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos y los párpados hinchados. También la nariz y el labio superior. Una pinta que no quería que sus compañeros viesen. Se quedó cinco minutos ahí dentro controlando la respiración. Inspirar, exhalar, inspirar, exhalar… Hasta que su respiración dejó de entrecortarse. Salió del vehículo y se colocó la capucha otra vez. Se mojó las puntas de los dedos en el agua de la luna delantera y se refrescó los ojos. Empapó el mismo pañuelo de papel que había secado sus mejillas y se dio con él varios toques por la

cara. Tenía que conseguir descongestionarse un poco. Se soltó la coleta y dejó que la melena le cayera por la cara.

Regresó al mismo lugar. Buscó con la mirada a su compañero y enseguida lo localizó. Estaba con Juncal. Solo estaban los dos. A pocos metros estaba el forense de guardia. No era Blanca. Eider se preguntó si la forense tendría el valor de llevar el caso. La jefa y ella se conocían desde hacía muchos años. No eran íntimas, pero se apreciaban. Se identificó para que la dejaran pasar al otro lado del cordón policial. Se agachó para sortearlo y caminó hacia Jon. Le pitaban los oídos y le hormigueaban las manos. No sabía si ella también tendría el valor… No quería tenerlo… No quería pasar por aquello. Se colocó junto a su compañero y no dijo nada. No miró a su jefa. Solo al frente. Decidió hacerlo poco a poco. Se fijó en que la bolsa del Super Amara también contenía algún yogurt. El agua de la lluvia que había debajo del cuerpo estaba enrojecida. Le recordó al suelo de un barco pesquero. Lo había visto en la tele. Agua y sangre.

—Varias puñaladas —susurró Jon Ander—. Abdomen y costado.

Eider dirigió sus ojos hasta su compañero. Sintió que en cualquier momento la mandíbula le reventaría. La apretaba, la aflojaba, la apretaba, la aflojaba. Casi como un reloj. Tic tac. Un segundo y soltaba, un segundo y apretaba… La miró a los ojos. Eider no pudo evitar bajar la cabeza. Jon estaba triste pero, sobre todo, furioso. Sintió que ponía la mano sobre su hombro y apretaba ligeramente. La quitó enseguida.

—Alguien la pilló desprevenida y la atacó. No le dio tiempo de defenderse —explicó Jon Ander—. Tampoco solía llevar el arma encima… Da igual, no hubiese podido hacer nada… Le han robado la cartera y los móviles. Tenía dos. El de la empresa y el personal.

Eider suspiró. Seguía sin mirarla.

—No quiero dejarla aquí tirada… No quiero, Eider —confesó—. Pero debemos irnos.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. ¿Sabes a quién le van a asignar el caso?

—No lo sé… Aún no…

Permanecieron así unos segundos. Jon no podía apartar la mirada de encima de la jefa, y Eider todo lo contrario. Estaba deseando darse la vuelta de una vez.

—Vámonos. Tenemos trabajo por delante —murmuró él—. Es lo único que podemos hacer por ti —añadió dirigiéndose a ella—. Te juro que no pararemos, Juncal.

Se giró y se dirigió hacia la cinta policial. Eider le siguió. Se sentía como una cobarde. No había tenido las agallas de mirarla. Caminaron hacia el coche.

—Dame la llave —dijo a media voz—. Conduzco yo.

Ella lo agradeció. Estaba hecha una mierda. Se la entregó y se coló en el asiento del copiloto. Jon Ander tuvo que hacer más de un ajuste para adaptar, a su tamaño, el asiento y los espejos. Salió derrapando y enfiló la carretera. No se dirigieron la

palabra en todo el trayecto y, al acercarse al almacén de pinturas, Eider se soltó el cinturón.

—¿Qué haces? —preguntó Jon.

—Tu coche… Tu coche está ahí aparcado —indicó al tiempo que pasaban de largo.

—Átate el cinturón.

—¿Cómo?

—No podemos perder más tiempo. Ya lo recogeremos más tarde.

—¿Más tarde?

—Sí, más tarde.

Miró por la ventanilla. No tenía ganas de preguntar adónde se dirigían exactamente. Intuía que no tardaría en comprobarlo. Al poco de entrar en Irun, Jon Ander giró a mano derecha. Barrio de Ventas.

«Abel», pensó Eider.

Su exvecino… Su hacker…

Eider ya conocía el *modus operandi* de su compañero. Ahora le llamaría por teléfono para avisarle de que subía.

—Necesito tu ayuda y es urgente. Estoy en el portal. Ábreme.

Una vez en el ascensor Jon miró a Eider.

—Tengo que contarte muchas cosas, pero no hay tiempo —soltó—. En cuanto husmeen en los teléfonos de Baraibar, van a encontrar mi número, mis mensajes…

—No tienes nada que esconder, Jon…

—Ya lo sé, pero no puedo permitir que me aparten del caso.

—Esto no está bien…

—La jefa iba detrás de unos asuntos turbios… Unos asuntos relacionados con la comisaría y con la muerte de Anna Karlatos.

Eider le miró perpleja durante unos segundos y después meneó la cabeza.

—¿Puedo bajar del barco?

—No. Te necesito.

—¿Sabes todo lo que pones en juego? Antes de nada deberías contarme la historia y dejar que decida yo, ¿no crees?

—Sí, tal vez tengas razón, pero no hay tiempo.

—¿Tal vez tenga razón?

El ascensor se detuvo en el quinto piso. Jon Ander se frotó la cara.

—Soy un puto egoísta, Eider… Lo sé. No he pensado en ti en ningún momento —reconoció resoplando—. Vete a casa. Cuando acabe aquí me cogeré un taxi hasta el almacén de pinturas. Mañana lo hablamos con más calma —añadió sosteniendo la puerta. Le dio al botón del cero y después salió del habitáculo.

Las puertas automáticas se cerraron delante de sus narices. Eider recordó el caso del esqueleto entre las vías del tren. Seguía sin resolver. Ella quería centrarse en aquello… quería hacerlo…, pero después llegó lo de Anna Karlatos y el exguardia

civil… Y ahora la jefa yacía sobre la acera mojada de una calle del Antiguo. Ella quería centrarse en el caso de los huesos, joder… Ella quería. El ascensor llegó abajo. Miró el panel como hipnotizada.

Presionó el botón del quinto piso.

⁎ ⁎ ⁎

Llevamos días sin citas. Desde la desaparición de Bihotza todo ha cambiado. La polaca está más zorra que nunca. Nos trata como si estuviéramos en una perrera. Nos obliga a seguir con nuestra rutina y nos vigila muy de cerca. Hay una chica que parece de la India. Por aquí la llaman Priya. Nos hemos cruzado por los pasillos y nos hemos mirado con intención de comunicarnos. El manotazo que Klaudia me ha soltado en la cabeza me ha hecho tambalear… Priya ha mirado hacia el otro lado, con los ojos llorosos. Jacqueline, la otra carcelera, ha tirado de ella con brusquedad. He querido abrazar a Priya con todas mis fuerzas. Me hubiese gustado hacerlo y morir así, en sus brazos. Que algo bueno recorriera mi cuerpo antes de olvidarme para siempre de esta vida. Todas sabemos que Bihotza ha desatado algo gordo, algo importante… Mamá, ojalá tú sepas algo de ella. Aquí era lo más parecido que tenía a una amiga. Dime que está bien… Dile que aproveche la libertad por todas las que aún seguimos aquí, dile que no se odie y que aprenda a perdonarse. Volverá a ser bonita por dentro. Estoy segura de que sí.

⁎ ⁎ ⁎

Jon Ander había acercado una silla a la de Abel. El tío estaba frente al ordenador y tecleaba a gran velocidad. Se preguntó si la misma sangre que le llegaba a la punta de los dedos le llegaba al resto del cuerpo. Parecía tan parado… tan pasmado…

Un golpe en la puerta sobresaltó a ambos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Jon.

Él negó en silencio.

—De acuerdo. Levántate y mira por la mirilla —le ordenó al tiempo que sacaba el arma.

—¿Qué coño haces? —susurró con crispación.

—Cállate y dirígete a la puerta.

Ambos recorrieron el largo pasillo. La alfombra persa ayudaba a la hora de ser sigilosos. Abel acercó el ojo a la mirilla. Se giró.

Jon Ander le leyó los labios. Era una mujer. Esta vez fue él quien pegó el ojo a la puerta. Acto seguido abrió.

Eider y Jon se miraron durante unos segundos, después se apartó del umbral de la puerta.

—¿Recuerdas a mi compañera, verdad?

—Sí, sí, claro. Hola —saludó al tiempo que se ruborizaba.

—Hola —respondió ella.

—¿Continuamos? —apremió Jon Ander.

Regresaron a la habitación y se acomodaron alrededor de Abel. Los motores de los cuatro ordenadores emitían un zumbido constante. Hacía calor allí dentro. Al parecer Abel seguía siendo consumidor habitual de patatas a la vinagreta. La papelera estaba atestada de bolsas vacías y el olor del ambiente era agrio. Aguardaron en silencio un buen rato hasta que Abel abrió la boca para hablar.

—Ya estoy dentro. ¿Te imprimo el listado?

—Eso es. Imprímeme el listado de llamadas entrantes y salientes. De los dos números, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

Abel se levantó de un salto y se acercó a la impresora. Jon Ander pensó que cuando estaba trabajando se transformaba totalmente. Era un hombre nuevo. Ágil y dinámico.

—Aquí lo tienes —dijo entregándole los folios.

—Muchas gracias. Como bien te he dicho es muy importante para mí.

—De nada. Ahora eres tú el que me debe una. Te recuerdo que habíamos quedado en que no volverías por aquí…

—Hombre, Abel, no seas así… Somos amigos, ¿no?

Abel levantó las cejas.

—Si tú lo dices… —murmuró con desgana.

—Necesito que me hagas otro favor.

—¿Otro?

—Sí. Tienes que conseguir que nadie más pueda acceder a los datos de estos dos teléfonos.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó enrojeciendo—. ¿Has perdido el norte?

—Tranquilo, será algo temporal. Bloquéalos hasta nueva orden.

—No puedo hacer eso, Jon —dijo meneando la cabeza—. Me puedo meter en un buen lío.

—Seguro que encuentras el modo de no dejar rastro —aseguró al tiempo que se levantaba.

—No, joder. Eso no me lo pidas.

—Es importante, Abel.

—¡Siempre es importante!

—Se han cargado a una compañera. Mañana podrás leerlo en todos los periódicos.

Abel reflexionó durante un momento y después caminó hacia la ventana de la habitación.

—¿Harás eso por mí? —comentó Jon Ander acercándose a su espalda.

—No podré mantener los datos bloqueados durante mucho tiempo… —le advirtió a media voz.

—No sabes lo mucho que te lo agradezco.

Abel expulsó prolongadamente el aire de sus pulmones.

* * *

Ambos estaban en el piso de Jon Ander. Se habían acomodado en la cocina y Eider había escuchado toda la historia sin apenas respirar. Ahora por fin sabía por qué la jefa cargaba con aquella fea cicatriz. Jamás se hubiese imaginado algo así… Jamás. Jon Ander estaba serio y ojeroso. Eider era consciente de que no pararía hasta descubrir la verdad.

—¿Por qué estás seguro de que toda esta historia tiene que ver con su…? —Eider no consiguió acabar la pregunta. Era demasiado reciente para pronunciar la palabra muerte.

—Porque sí, Eider. Baraibar estaba muy preocupada con todo este asunto…

—La jefa ha metido a mucha gente en la cárcel… Hay personas tremendamente vengativas.

Jon Ander negó con la cabeza.

—También existe la posibilidad de que un politoxicómano lo hiciera para robarle… —siguió argumentando ella.

—Todas esas hipótesis las van a seguir los investigadores que asignen para el caso… Nosotros debemos adelantarnos y averiguar quién cojones está al tanto de la red de trata de blancas que mantenía secuestrada a Anna Karlatos.

A Eider se le puso la piel de gallina.

—Esto es demasiado… —confesó angustiada.

—Les llevamos ventaja. Tenemos la lista de llamadas entrantes y salientes de Juncal —indicó colocándola sobre la mesa—. Empezaremos por aquí.

Eider se tapó la cara con las manos y tomó aire por la nariz.

—Joder, es que fíjate —se quejó él—. Mi número aparece una y otra vez. No voy a poder ocultarlo durante mucho tiempo…

—Entonces pongámonos en marcha —expresó Eider sacando energías de donde no las tenía.

Se levantó y empezó a abrir los cajones de la cocina. Encontró lo que buscaba en el de la mesa. Dejó un par de bolígrafos junto al listado.

—Averigüemos a quién llamó los últimos días y quién la llamó. Prepara algo de café y saca el portátil —ordenó.

Jon Ander no tardó en ponerse en marcha.

Diez minutos después las tazas humeaban y el motor del ordenador zumbaba acompasándose con el del frigorífico.

* * *

Era muy temprano y en la sala de reuniones hacía un frío húmedo. El comisario Koldo se preguntó si la calefacción conseguiría caldear el lugar y los huesos de los allí presentes. En la sala había cuatro esqueletos que calentar: el suyo, el del superintendente Fermín Cobo, el del intendente Xabier Recain y el del subcomisario Padura de Erandio. El frío que sentían estaba tan adentro que alcanzaba el tuétano.

—A partir de ahora trabajarás bajo las órdenes del comisario Koldo Mayo —indicó el superintendente mirando a Padura—, y sustituirás a la oficial Juncal Baraibar hasta nuevo aviso. Ocuparás su oficina y llevarás la investigación de su asesinato. Sé que teníais buena relación, ¿estarás a la altura?

—Por supuesto —dijo con total convencimiento.

Koldo se fijó en el cabello rizado y repeinado del subcomisario Padura. La luz del fluorescente se reflejaba sobre la gomina. No sabía si aquel ungüento se lo habría aplicado por la noche o por la mañana… Él no había podido pegar ojo y supuso que Padura también llevaría muchas horas sin dormir. Conocía la relación que mantenía con Baraibar y se podía imaginar el dolor que estaría sintiendo en aquel momento. Lo que Koldo no tenía muy claro era si el subcomisario estaba al tanto de que Baraibar y él, en el pasado, habían sido amantes.

—Está bien, confiamos en ti para hacerlo —apuntó el intendente.

Koldo observó ahora a ambos. Aquellos altos mandos de la Ertzaintza iban juntos a todas partes. En los corrillos se les llamaba Epi y Blas porque, entre otras cosas, uno era alto y otro bajo. Epi era el intendente, con su cara redonda y su bajo vientre apretado bajo el cinturón. Blas tenía la cabeza alargada y un tono amarillento. Koldo muchas veces se había preguntado si no padecería alguna enfermedad hepática o alguna otra cosa. No era normal aquel color. Pensó que no le caían bien, ninguno de los dos. Pero esto era algo normal en aquellos ambientes. Nadie caía bien a nadie. El peso del poder siempre estaba presente y se subía a la cabeza más que una porra, un uniforme o una pistola.

—El caso de Anna Karlatos, de momento, va a pasar a manos de tu equipo de Erandio —prosiguió Blas—. Ya que tú vas a ausentarte durante una temporada, encárgate de poner al mando a un oficial.

—Tengo en mente a una persona. Es perfecta para dirigir la UIC.

—Está bien. En tus manos lo dejo —dijo el superintendente meditabundo—. Ordena también a dos hombres de tu equipo que vengan cuanto antes a comisaría. Que alguien les ponga al día sobre la investigación y que se lleven a Erandio toda la documentación recabada hasta el momento.

—Eso está hecho.

—¿Se sabe algo más? —preguntó Epi.

Tres pares de ojos le miraron sin saber muy bien a qué se refería. Había demasiados frentes abiertos.

—Me refiero a… me refiero a Juncal.

Nadie dijo nada hasta que transcurrieron varios segundos.

—Aún está en el anatómico forense —susurró el comisario Koldo—. Blanca quiere participar en la autopsia. Hasta la tarde no la llevarán al tanatorio.

—¿Qué sabemos del funeral? —quiso saber el superintendente—. ¿Se le va a hacer ceremonia oficial?

—No, no —se adelantó Padura—. He hablado con sus hermanos y no quieren hacer nada. Opinan que Baraibar era muy discreta y hubiese preferido algo más íntimo.

—De acuerdo, de acuerdo…

El comisario consultó la hora y carraspeó antes de hablar.

—En un rato tenemos programada la primera reunión del día con el equipo.

—Perfecto. Mantenednos informados —dijo el superintendente poniéndose en pie.

Los cuatro abandonaron la estancia.

* * *

Aitortxo veía los dibujos animados mientras desayunaba. Estaba sentado en la cocina con un radiador en los pies. Llevaba puestos unos calcetines del Athletic que le quedaban grandes en los dedos. Siempre quería llevar algo de su equipo favorito y del de su *aita*. Le fue a dar volumen a los dibujos desde el mando a distancia y sin querer cambió de canal. Miró la televisión con atención. Estaban dando las noticias.

Silvia sacó del armario unas katiuskas azul marino. En lo que llevaban de año eran las terceras que compraba. Creía que era el calzado preferido de su hijo. Eso y un gran charco, y ya tenía pasatiempo para rato. No tenía la menor idea de dónde sacaba aquella energía para saltar como si fuera un muelle. Entró en la cocina y las noticias de la tele llamaron su atención. Se quedó paralizada con las botas en la mano.

—¿Se ha muerto la amiga del *aita*? —preguntó el niño con la boca llena.

Silvia miró las imágenes con perplejidad. Hablaban de la jefa de su exmarido.

—¿Conocías a Baraibar?

Aitortxo se encogió de hombros.

Silvia se sentó a su lado.

—¿La conocías, cariño? —insistió en un susurro.

—Conozco a Juncal. Es su amiga. ¿Se ha muerto? —preguntó con los ojos brillantes.

—¿Juncal es la amiga con la que habéis estado alguna tarde?

—Sí, ¿se ha muerto?

Silvia suspiró, volvió la cabeza al televisor y decidió apagarlo.

—No lo sé, cariño. Luego llamo *al aita*, ¿de acuerdo? —dijo dándole un beso en la frente.

—También es mi amiga. Me gusta ir con ella a las rocas de Francia —explicó preocupado.

—Lo sé, mi vida —dijo a media voz. Se agachó para ajustarle los calcetines y le colocó las botas.

A Aitortxo no le gustó nada la manera en la que le había mirado su *ama*. Pensó que Juncal había muerto pero que no se atrevía a decírselo.

—Acaba de desayunar o llegaremos tarde —comentó incorporándose y saliendo de la cocina.

El niño apuró el Cola Cao en silencio. Al ponerse de pie se miró la goma brillante de las katiuskas y pensó que no tenía ninguna gana de saltar sobre los charcos.

* * *

Pisar aquella sala solo hizo que aumentara la angustia. La jefa siempre esperaba a su equipo entre la mesa y la pizarra. Un enorme vacío ocupaba el lugar. Un agujero negro. Infinito. Eider no pudo evitar mirar a ambos lados. Sintió que la buscaba por la sala de reuniones. Se sentó junto a su compañero Jon Ander, que, sin descanso, seguía apretando la mandíbula. Eider pensó que a aquel ritmo el hueso no le duraría más de una semana.

«Tranquilo, Jon, tranquilo», quiso decirle.

No quería ni imaginarse cómo se sentiría en aquel preciso momento. Si ella se encontraba así, cómo se encontraría él… Su interior estaría siendo devorado por una multitud de emociones… Ira, pena, impotencia… Venganza.

Peio y Eneko entraron en el más absoluto silencio.

—¿Qué tal? —preguntó Eneko sin esperar respuesta.

Se acomodaron en sus asientos y los cuatro se miraron con tristeza. Nada volvería a ser como antes. El comisario llegó acompañado por el subcomisario Padura y este último cerró la puerta.

—No voy a hablar de lo duro que es este momento para todos nosotros —murmuró el comisario—, y voy a ir directamente al grano. La jefatura ha decidido que seamos nosotros quienes llevemos la investigación de la oficial Baraibar. —Al pronunciar su nombre sintió una especie de eco en su cabeza, en su pecho… No quiso recordar la cantidad de veces que había estado entre sus brazos y se esforzó en continuar—. Entendería perfectamente que alguien prefiera mantenerse al margen… Les informo de que el subcomisario Padura va a estar al mando de la investigación.

Padura miró a Eider y esta quiso recostar la cabeza sobre la mesa. Estaba demasiado cansada para ruborizarse. ¿Padura iba a dirigir el equipo? ¿El Torerillo? No, por favor… Aquel hombre robaba el aire que respiraba. Le intimidaba. Su mirada penetrante iba deshaciéndola como si le lanzase rayos láser. El Torerillo era correcto, educado y bien parecido, pero también raro de cojones.

—Dos suboficiales de Erandio vienen hacia aquí —prosiguió Koldo—. De momento se van a encargar del caso de Anna Karlatos. Ustedes dos se ocuparán de ponerles al día y facilitarles toda la documentación que tenemos sobre la investigación —explicó mirando a Eneko y a Peio—. Y Macua y Eider de recopilar

las grabaciones que pueda haber en el barrio del Antiguo, alrededor de la escena del crimen.

Los cuatro afirmaron con la cabeza.

—A primera hora de la tarde comenzaremos con el registro de la vivienda de Baraibar. Macua y Eider se encargarán de inspeccionar el lugar y de hablar con los vecinos. Ustedes dos, con los hermanos. Son tres, si no me equivoco.

—Sí, tres varones —corroboró Padura.

—El cuerpo de Baraibar será llevado al tanatorio a última hora de la tarde. Supongo que allí nos veremos.

Nadie dijo nada.

—¿Están todos seguros de querer llevar esta investigación? —preguntó Padura.

Eneko, Jon, Peio y Eider se miraron entre sí. A ninguno le cupo ninguna duda.

—Por supuesto que estamos seguros —dijo Jon en representación de todos.

—Me alegra —murmuró el nuevo jefe.

* * *

Llevaban de subidón desde primera hora de la mañana. Ambos tenían la impresión de que la coca les espabilaba e, inútilmente, habían intentado disimular el uno delante del otro. Tanto a Mastín como a Rodrigo se les había ido la mano a la hora de elegir la cantidad a esnifar, pero ninguno se había reprochado nada. Cuando recibieron la llamada de Castillo estaban dentro del coche.

—Dime, Castillo —contestó Rodrigo mostrándose sereno.

—¿Alguna novedad?

—Vikingo no ha dejado de ir de aquí para allá. No hemos parado en todo el día.

—Creo que las aguas están demasiado revueltas. Corréis peligro. Han asesinado a una oficial de la Ertzaintza y la vigilancia ahora mismo es máxima.

Rodrigo se quedó un rato en silencio, hasta que decidió contestar.

—Deberíamos continuar el seguimiento —opinó bajando el tono—. Cuando se azuza un avispero la crispación provoca que estos insectos actúen con torpeza.

—Sigo sin entender dónde coño estabais ayer a la hora del asesinato de la oficial —dijo de mala gana, con desconfianza.

—Ya te lo he explicado antes —contestó con el tono aún más bajo—. El avión vino con mucho retraso.

—¿Con cuánto retraso? ¿Con cuánto…? ¿A qué hora exactamente llegaste a Loiu?

Rodrigo no pudo evitar tragar saliva y que se le oyera al otro lado de la línea.

—Ahora mismo no lo recuerdo, Castillo. Era muy tarde y nos entretuvimos cenando algo.

Mastín sacó el teléfono móvil y fingió que hurgaba en él. No quería que le cayera una bronca, tenía que fingir que no estaba prestando atención a la conversación o Rodrigo después iría a por él. Debía reconocer que estaba disfrutando mientras

escuchaba a su *compañero*… El tío parecía otro mientras hablaba con Castillo. Era con el único con el que se bajaba los pantalones.

«Ya puedes subírtelos y colocarte una coquilla para protegerte los huevos», pensó con inquina. «Porque como tu tío se entere de lo que has hecho…».

—¿Cenando algo? —preguntó cabreado—. No sé si es peor que me decepciones o que me mientas, Rodrigo. Espero que no me entere por ahí de algo de lo que te puedas arrepentir toda la vida… Bastantes problemas tenemos ahora mismo.

—No sé a qué te refieres.

—Sí, sí lo sabes. Te conozco muy bien y te gusta hacer las cosas a tu manera, sin esperar órdenes.

«Te los va a arrancar de cuajo, *colega*», se dijo Mastín. El corazón le palpitaba a una velocidad anormal.

—Te equivocas, Castillo. No he hecho nada de lo que me arrepienta.

—No, tal vez tú no te arrepientas… ¿Cómo lo has llamado antes? ¿Azuzar el avispero?

—No, Castillo. De verdad que no. Tienes mi palabra. Yo jamás…

—Abortad la vigilancia hasta nueva orden —le interrumpió.

Rodrigo no dijo nada.

—¿Lo has entendido?

—Sí, sí, perfectamente.

Castillo colgó y Rodrigo miró la pantalla durante unos instantes.

—Sabes que sería capaz de cortarte la lengua, ¿verdad? —dijo observando a Mastín—. La puta boca cerrada o lo haré. Castillo no puede enterarse de nada.

Mastín apretó los labios.

—¿Me has oído? —insistió con los ojos muy abiertos.

—No tengo intenciones de decir nada, tranquilo —murmuró entre dientes.

—Y guarda el móvil que estamos a otra cosa, hostias —bramó mirándole de reojo. Puso el motor en marcha y pisó el acelerador.

* * *

Llevaban un rato recorriendo el barrio del Antiguo y hablando con los comerciantes de la zona. En total había un par de establecimientos con cámaras exteriores de seguridad y ambos estaban cerca de Super Amara. Eider llevaba las grabaciones en el bolso e iban de camino al coche para examinarlas en comisaría.

—Ya tengo los datos de los emisores y receptores del listado de llamadas de Baraibar —dijo Jon Ander.

—¿Algo que haya llamado tu atención?

—La mayoría son mías y de sus hermanos…

—Entiendo…

—También llamó a Padura dos días antes, pero, como bien sabemos, eran bastante amigos.

—No sé si voy a soportar tenerle como jefe —se lamentó Eider.

Jon Ander sonrió levemente. Desde lo de Baraibar era la primera vez que lo hacía.

—El cabrón no te quita los ojos de encima —opinó sacando las llaves del coche.

—No me lo recuerdes…

—¿Te importa llevar el coche a comisaría?

—No, claro —dijo Eider sorprendida.

—Quiero aprovechar el trayecto para llamar a la exmujer del guardia civil.

—¿La de Marcelo? —preguntó parándose en seco—. ¿El mismo que transportaba el cadáver de Anna Karlatos?

—Sí, también llamó a Baraibar… Además, fue ayer mismo.

Eider no dijo más y tomó las llaves. Abrió la puerta, colocó el asiento a su medida y ajustó los espejos. Jon Ander ya estaba sentado a su lado con el móvil en la oreja.

—Buenos días. ¿Es usted Milagros?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la comisaría de Oiartzun. Verá, no sé si lo habrá leído en la prensa, pero la oficial que llevaba la investigación de su exmarido ha fallecido.

Eider percibió cómo a Jon la última palabra se le estrangulaba en la garganta.

—He oído algo en las noticias, pero no estaba segura al cien por cien de que fuese ella… Dios mío… Es terrible.

—Sé que usted y ella hablaron ayer mismo por teléfono sobre la investigación.

—Sí, sí… qué horror —volvió a lamentarse—. Además, fui yo la que la llamé.

—Quiero que sepa que ahora mismo soy yo el oficial que está al mando —mintió —, y que si cree que hay algo importante que deba saber, no ha de dudar en informarme.

Milagros no tardó en explicarle el motivo de la llamada y le relató lo mismo que la víspera le había contado a Baraibar. Jon Ander aprisionó el móvil entre la oreja y el hombro y anotó todos los datos que le fue dando. Quedaron en llamarse si había novedades.

—El tal Marcelo era un picaflor… —informó Jon Ander al tiempo que guardaba el teléfono en la cazadora—. Milagros me ha pasado una lista de sus amantes. Todas las aventuras, excepto una, las tuvo en Asturias…

—Háblame de la excepción.

—Se hacía llamar Klaudia y regentaba un puticlub en Bilbao…

—Una *madame*, nada menos…

—Una *madame* de un *puti* que ya no está abierto. Club Lady Chatterley, para ser exactos.

—Vaya… Parece un club selecto para puteros intelectuales…

—No te engañes, Eider. Era un puticlub de toda la vida… —farfulló reflexivo—. Quiero saber más de ese garito y de esa mujer. Todo esto tiene una pinta muy fea… Por un lado tenemos el tema de la inhabilitación del *expicoleto*.

—Sí, los camellos del barrio del Carmen de Gijón y la posterior interceptación del barco en el puerto El Musel… —le ayudó Eider.

—Por otro lado, lo de esta amante… y finalmente la aparición del cadáver de Anna Karlatos en el maletero.

—Anna llevaba desaparecida desde 2012 y Baraibar la vio en ese maldito catálogo de *escorts* —recordó Eider—. Prostitución, drogas y trata de blancas. Esto es muy gordo, Jon.

—Fran se pegó un tiro y el *expicoleto* también. ¿A quién protegen? ¿De qué tienen miedo?

Los dos se quedaron callados.

—Debería dejar de llamar desde mi número —murmuró Jon Ander—. En cuanto sepan que Baraibar y yo estábamos juntos rastrearán mis llamadas y llegarán a Milagros… No sé quién o quiénes son, pero quienes sean no deben enterarse de que ya estamos tras la pista.

—¿No te ha extrañado que el caso de Anna Karlatos se haya ido para Erandio y que nos hayan asignado el de la jefa? —preguntó Eider mirándole fijamente.

—Sí, mucho. Lo lógico hubiese sido al revés… Habernos dejado como estábamos y que el equipo de Erandio investigara el asesinato de Baraibar.

Tardaron un rato en dejarse de mirar a los ojos.

* * *

A primera hora de la tarde decidieron acercarse a casa de Baraibar. Su compañera le había preguntado una y otra vez si se veía capacitado para ello, y él había acabado cabreándose con ella. Sabía perfectamente que Eider lo hacía por su bien, pero la falta de sueño y las emociones desbordadas empezaban a pasarle factura. Introdujo la llave en la cerradura y miró a su compañera. Quiso pedirle perdón por haberla llamado pesada, pero no lo hizo… Quiso echar a correr, pero tampoco fue capaz… Abrió la puerta tomando aire. Solo la entrada del piso ya le trajo buenos recuerdos, pero se enturbiaron al momento. En aquel pasillo Baraibar y él echaron el primer polvo… El 15 de octubre del año pasado. A Jon se le daba bien recordar las fechas. Después de aquel encuentro llegaron más y anheló los que aún deberían estar por venir. Intentó tragar saliva y la garganta se cerró dificultándoselo. Peleó durante unos segundos hasta que por fin consiguió tragarla. Su compañera cerró la puerta y el sonido le abstrajo de sus recuerdos. No podía anclarse, no podía… El tiempo apremiaba y pronto le sacarían de la investigación.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Eider a media voz. Se sentía un poco absurda allí dentro.

—Algo que arroje luz sobre el caso… Generalmente indagamos sobre la vida privada de la víctima…, porque la mayoría de las veces el asesino es alguien cercano. ¿Tenía Baraibar un amante? —comentó irónico, sintiéndose también absurdo—.

Joder…, me sé esta casa de memoria… Estos olores. Hay arroz con leche en el frigorífico —añadió esta vez con una profunda tristeza.

—¿Crees que habrá algo sobre ti en su ordenador?

—No lo creo. Todas las conversaciones las manteníamos por teléfono…

—Pues nada… Registraremos la casa de cabo a rabo para borrar tu rastro —susurró contrariada.

—Podrías fingir que no te encuentras bien y largarte a casa, Eider… O simplemente reconocer que el caso te supera —dijo apoyándose sobre la pared—. Creo que aún no somos conscientes de la magnitud que puede tomar este asunto.

Eider tardó un rato en contestar.

—No, no me voy a ir.

—No quiero que dudes, ¿de acuerdo? Va a llegar un momento en el que no vamos a poder elegir salirnos.

—Lo sé, lo sé —contestó agobiada.

—Yo voy a empezar. Piénsatelo mientras tanto —dijo de camino al dormitorio.

—¡¿De qué vas?! —exclamó Eider inesperadamente.

Jon se giró sobresaltado y observó a su compañera, que empezaba a llorar. Comenzó a caminar a paso ligero hacia él.

—Sí, ¡¿de qué vas?! —insistió al tiempo que levantaba las manos y le golpeaba el pecho.

Jon Ander le agarró de los puños. Eider luchaba sin fuerzas.

—Eider, tranquila —susurró mirándola a los ojos—. Ya está, ya está —añadió para sosegarla. Las emociones también estaban desbordando a su compañera.

—Esto es una mierda —confesó—. Nuestras vidas se pueden ir al garete, joder.

—Ya lo sé y es por eso por lo que insisto tanto.

—Joder, Jon. Ya vale. Ya lo tengo decidido… Deja de una puta vez de recordarme las consecuencias que nos puede traer… —el cabreo sustituyó al llanto—. ¡Ya vale!

—Me siento como un cabrón, ¿por qué te crees que insisto tanto? En cierta forma, cada vez que lo hago, estoy deseando que te marches.

—No voy a hacerlo. Joder. ¡No voy a hacerlo!

—Bien, vale, bien —se apresuró a decir. No quería enfadarla más.

—O sea que, por favor, no vuelvas a tocar el tema. No puedo enfrentarme a él una y otra vez. Si me tiro a la piscina me tiro… Ya está, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo —murmuró soltándole los puños.

Eider se llevó las manos a la cara para tapársela.

—Deberíamos empezar ya —su voz sonó hueca bajo las manos.

—Yo me encargo del dormitorio —dijo Jon abandonando el pasillo.

Se sentó en la cama y escuchó cómo los pasos de Eider se alejaban. A ambos el tema les estaba empezando a desequilibrar. Se concentró en registrar la estancia a conciencia. Consiguió apartar la pena hasta que se topó con una piedra redondeada. Estaba en la mesilla de Juncal. Aquella piedra se la había regalado Aitortxo.

Recordaba perfectamente el momento en el que lo hizo. Los tres estaban en la cornisa francesa y su hijo recolectaba las piedras más redondas. Seleccionó la más perfecta para Juncal. Jon la tomó en su mano. Era gris y suave. La erosión del mar le había dado aquella forma que Aitortxo encontró especial.

Jon se la guardó en el bolsillo de la cazadora sin pensárselo. Para él también era especial.

* * *

Jon y Eider habían estado revisando las grabaciones de las cámaras del barrio del Antiguo, pero, para desgracia de ambos, la calle donde Baraibar había sido acuchillada quedaba un tanto lejos de aquellas imágenes. Habían observado en silencio a la jefa salir de Super Amara cargada con una bolsa, y también a un montón de gente ir de aquí para allá. Hombres y mujeres que se protegían de la lluvia con grandes paraguas. Jon se retrepó en el asiento y miró al techo. El reloj avanzaba y pronto se pondrían de camino al tanatorio. Escuchó la melodía del teléfono móvil y ojeó la pantalla.

Era su exmujer.

—¿Qué tal, Silvia?

—Bien, ¿y tú? He visto las noticias esta mañana… –dijo titubeando. Su tono de voz nunca perdía la dulzura—. Siento mucho lo de tu jefa…

—Gracias. Ha sido un palo…

—¿Sabéis qué ha podido pasar?

—No, aún no.

—Te he oído hablar de ella en infinidad de ocasiones… ¿Te puedes creer que hasta esta mañana no he sabido su nombre?

—Ya, claro… Siempre, la jefa…, o Baraibar…

—Eso es… —susurró ella.

—¿Qué tal está Aitortxo? —preguntó para cambiar de tema.

—Está bien… En parte te llamaba por él.

—¿Ha pasado algo? —comentó incorporándose.

—Esta mañana estaba viendo la tele cuando dieron la noticia de lo de tu jefa… El pobre se quedó bastante impresionado… Y me preguntó si tu amiga se había muerto.

—Vaya…

—Aitortxo solía hablarme de una amiga tuya que se llamaba Juncal… No sabía que era ella… No lo sabía…

—Sí —reconoció tomando aire lentamente—. Baraibar y yo…

—De verdad que lo siento mucho, Jon —le interrumpió. No buscaba explicaciones ni ponérselo más difícil—. No sabía muy bien qué decirle a Aitortxo.

—No te preocupes. Si vuelve a preguntarte algo le comentas que yo hablaré con él.

—De acuerdo… Jo, Jon…, no sé qué más decirte.

—No tienes que decirme nada.

Silvia echó el aire al otro lado de la línea. Daba la impresión de que el aliento que uno echaba el otro lo tomaba.

—Estoy aquí para lo que necesites. Sé que desde la separación nuestra relación es bastante distante…, pero yo te aprecio mucho, Jon —confesó vacilando—. Eres un buen hombre y un buen padre. Si puedo ayudarte en estos momentos tan duros…

—Gracias, Silvia… —Jon tenía la piel de gallina. Volver a oír a su exmujer tan cercana le hizo sentirse aún más vulnerable. No era el momento. No. Él ya había superado la ruptura y la distancia debía mantenerse donde estaba.

—Solo quería que lo supieras, ¿de acuerdo?

Jon reflexionó un momento y una idea invadió su cabeza.

—La verdad es que sí necesitaría que me hicieras un favor. ¿Aún conservas aquel viejo móvil de tarjeta prepago?

—Sí, creo que está en el cajón del salón.

—Te agradecería mucho si me lo prestaras durante unas semanas y no preguntaras para qué.

Silvia guardó silencio durante unos segundos.

—Vale…, sí, sí. Ven a por él cuando quieras.

Jon estaba seguro de que, si llegaba el caso, los teléfonos de Silvia no serían investigados.

—Muchas gracias, mañana me paso a por él. Te debo una. Dale un abrazo a nuestro chico —concluyó. Tenía ganas de colgar.

Silvia sonrió con tristeza al otro lado.

—Lo haré. Nos vemos mañana.

* * *

Ambos acudieron juntos al tanatorio. Ella no quería dejarle solo y, al parecer, él no quería estarlo. Ahora Jon estaba en el interior de la sala, junto a Juncal. Eider no había sido capaz de acompañarle y, además, entendía que era un momento demasiado íntimo para hacerlo. Seguramente Jon se estaría despidiendo de ella. Los últimos meses había sido feliz a su lado. Eider lo sabía perfectamente. Habían congeniado y tocaba decir adiós para siempre. Aquel para siempre le provocó un nudo en la garganta y una presión en el pecho. Intentó controlar las lágrimas que afloraban en sus ojos. Lo sentía por Juncal. Le habían arrebatado la vida injustamente… Y lo sentía por su compañero, que anhelaría durante mucho tiempo más instantes junto a ella. La vida y la muerte… La muerte y la vida… Miró hacia el pasillo y observó que Lía y Ochoa llegaban en aquel preciso momento. Eider estaba apoyada en la pared, con los brazos cruzados. Tenía frío y estaba cansada. Se separó de la pared y caminó hacia ambos. Lía le sonrió con tristeza y después se fundieron en un abrazo. Permanecieron así durante unos segundos y las lágrimas rodaron por las mejillas de

ambas. Hacía meses que no se veían pero Eider percibió un sentimiento muy fuerte entre las dos. Su amiga Maika las había unido para siempre.

—¿Qué tal estás? —preguntó Eider al tiempo que se soltaban.

Lía la miró a los ojos. Debía mucho a aquella agente. En octubre del año anterior ella le rogó que resolviera el caso de su amiga, cometido hacía más de catorce años, y ella lo hizo. Para bien o para mal, lo hizo.

—Estoy mejor, gracias. Poco a poco.

—Date todo el tiempo que necesites —le aconsejó—. Te mereces eso y más.

—Sí, eso dice mi médico. De momento voy a seguir de baja.

Eider le acarició el hombro y después dirigió la mirada hacia Ochoa.

—Hola, Ochoa —se puso de puntillas y le dio dos besos.

—Hola. ¿Qué tal? —preguntó él.

—Bueno…, aún en *shock* —reconoció a media voz.

—Sí, todos estamos muy conmocionados. ¿Se sabe algo más?

—De momento nada nuevo. Nos han asignado el caso a nosotros —señaló Eider encogiéndose de hombros—. La verdad es que bastante tenemos con asimilarlo como para empezar a investigarlo… —confesó bajando la cabeza—. Estamos un poco confusos.

—Quién mejor que su equipo para llegar a la verdad —comentó Lía—. No conozco a una unidad más cualificada que la vuestra.

—Estoy con Lía. Además, era una compañera y merece prioridad —opinó Ochoa.

—Supongo que, sin ella, ya no estamos igual de cualificados —susurró suspirando—. No os podéis hacer a la idea de lo que significa entrar en la oficina y no verla por ningún lado…

Lía la miró y Eider se arrepintió de aquellas últimas palabras. Su compañera se había tenido que adaptar a muchas ausencias en los últimos meses.

—¿Juncal tenía pareja? —preguntó Lía.

Eider quiso negar con la cabeza, pero se le quedó bloqueada.

—No —dijo finalmente. Se imaginó a Jon Ander junto a ella. Le pareció que estaba tardando demasiado tiempo en salir de la sala. Temía que levantara sospechas.

—Disculpadme un momento —dijo Lía—. Voy a saludar a una compañera.

Ochoa y Eider se miraron y se quedaron en silencio.

—Vaya palo… —murmuró él—. Aquel chico se parece a ella —añadió.

Eider se giró y observó a la gente que hablaba entre susurros. La cúpula de la Ertzaintza estaba al fondo del pasillo. El subcomisario Padura no se movía del lado de la familia. Por lo visto tenía más relación con la jefa de lo que ella pensaba.

—Sí, es uno de sus hermanos. Son tres chicos. Su padre murió hace años y su madre está ingresada en una residencia con demencia senil. Han comentado que no se lo iban a decir.

—Lógico…

—Han decidido no hacer ninguna ceremonia oficial. Mañana la incinerarán en la más absoluta intimidad —Eider se llevó los dedos índices a los lacrimales y apretó. El cansancio llevaba horas haciendo mella.

—Si necesitas airearte, hablar o tomar algo en algún momento, llámame, ¿vale? —soltó Ochoa.

Eider se quedó petrificada. Llevaban tiempo con un café pendiente y el pobre volvía a la carga.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta —sonrió con timidez—. Desde luego que, el día que tomemos algo, pago yo…

—A mí con tal de poder charlar un rato contigo me da igual quién pague de los dos.

«Vale, guay… Una declaración de intenciones en toda regla y en medio del tanatorio. Bonito sitio… ¿Me tomas el pelo?», pensó al tiempo que se ruborizaba.

Un incómodo silencio cogió a ambos de los hombros, como si se tratase de un colega.

—Uf…, estoy agotada —dijo ella para espantar al nuevo colega.

—Deberías irte a casa a descansar.

—Sí, estoy esperando a Jon. Hemos venido en su coche.

Ochoa miró a ambos lados.

—Está dentro —explicó Eider—. Creo que está hablando con alguien… —mintió.

—Mira, por ahí viene.

Eider giró sobre sus talones y vio que el suboficial Macua caminaba hacia ella totalmente ausente. Le pareció que le habían robado parte de él.

—Habrá que irse ya —sugirió intentando conseguir contacto visual. Su compañero estaba sobrepasado por la situación. Había perdido la noción del tiempo allí dentro. Le agarró del codo para que reaccionara.

Jon por fin la miró.

—Habrá que irse —repitió.

—Sí, sí, claro.

—¿Qué tal, Macua? —Ochoa le tendió la mano.

Jon se la estrechó enseguida y después se dirigió a Eider.

—Sí, vamos que te acerco a casa —dijo recuperando la compostura.

—Bueno, Ochoa. Nos vemos mañana —concluyó Eider—. Despídeme de Lía, ¿de acuerdo?

—Sin problema. Hasta mañana.

* * *

Mamá, echo de menos tu arroz con verduras y tus patatas fritas. A menudo, me despierto pensando que estoy en casa. Son unos segundos de desorientación que adoro, a los que me aferro como una posesa. Siento que estoy en mi habitación, en mi

cama… Te oigo a lo lejos, en la cocina. Escucho el ruido de las sartenes y percibo el aroma a tus recetas. Noto mariposas en el estómago. Algo muy intenso. Grande. Me doy cuenta de que estar en casa, con vosotros, es verdadera felicidad. Pero qué poco dura esa sensación… Daría mi vida por perderme en esos instantes y no regresar a esta mierda de vida. Aquí solo hay dolor y tristeza. Una rutina carcelaria en la que la mayor parte del tiempo la pasamos encerradas en nuestras celdas. Ellas las llaman «habitaciones», pero en realidad son celdas. Nos obligan a salir para hacer ejercicio y pasar por el solárium. Siempre bajo la atenta mirada de Klaudia o Jacqueline. Intentan que no coincidamos por la casa y nos llevan la comida a las celdas. Sé que cada una de nosotras, a diario, reza por que sea Jacqueline la que nos toque como carcelera. Es una zorra y cocina de pena, pero la polaca es mil veces peor. Creo que nunca dejaré de odiarlas…

Mamá, me da vergüenza decírtelo porque esto me convierte en un monstruo, pero deseo la muerte de la polaca con todas mis fuerzas.

* * *

Aquella había sido la última vez que vería a Baraibar y era consciente de que esa imagen no se le borraría jamás. Aún le costaba creer lo que había sucedido. Ni siquiera el tanatorio, o haberla visto tendida en el suelo del barrio del Antiguo, era suficiente para hacerse a la idea de que no se trababa de un mal sueño. Sabía que durante mucho tiempo se haría la misma pregunta cada vez que se despertase. «¿Pero esta puta locura está pasando de verdad?». Eider seguía a su lado. Había estado cerca todo el rato.

«Eider», se dijo.

A él no le apetecía hablar, pero la quería a su lado. No sabía muy bien por qué. Siempre había sido un tipo bastante independiente y resuelto, pero agradecía su compañía comprensiva. Su compañera sabía estar a la altura en cualquier situación y ahora más que nunca le había quedado claro.

—Deberíamos trabajar unas horas. —Sus primeras palabras fueron aquellas—. Tenemos pendiente el tema del puticlub Lady Chatterley y todo lo relacionado con la investigación del puerto de Gijón.

—Sí, lo que haga falta —susurró Eider—. Pero esta vez, si no te importa, lo haremos en mi casa.

Él la miró.

—Acuérdate de que Vanesa vive conmigo… No quiero que pase sola tantas horas.

—Sí, claro. Perfecto. Ahora mismo no estoy muy centrado, perdóname.

—No hay nada que perdonar. Curramos en mi casa y preparo algo para cenar.

Jon la miró. Esta vez con expresión de horror.

—Anda, no exageres… La última vez que cenamos en el restaurante Landare recuerdo que hasta te chupaste los dedos…

Jon rio de medio lado y se concentró en la carretera.

—Cuando hablemos por teléfono deberíamos hacerlo desde móviles que no estén registrados a nuestro nombre —soltó de repente—. Mi ex me va a prestar uno viejo.

—Joder…

—Tal vez Vanesa tenga alguno por ahí —le sugirió.

Eider se quedó pensativa.

—Tarde o temprano descubrirán que me estaba viendo con la jefa…

—Somos compañeros… Lo lógico es que haya cierto contacto entre los dos…

—Cualquier precaución es poca.

—Está bien —dijo suspirando.

Ambos trabajaron hasta bien entrada la noche. Jon Ander comió sin rechistar lo que Eider cocinó e incluso rebañó el plato. Encontraron la dirección exacta del puticlub, así como toda la información referente a la investigación que se llevó a cabo sobre la redada en el puerto El Musel de Gijón. Ahora Eider estaba preparando un bizcocho para su sobrina. El reloj marcaba más de media noche y oficialmente ya era el día de la opilla. El 25 de abril era el día de San Marcos y era tradición en Irun, Hondarribia y Rentería que las madrinas prepararan a sus ahijados solteros un bizcocho decorado con huevos cocidos y caramelos. Tantos huevos como los años del ahijado. En el caso de Vanesa, Eider era su tía y no su madrina, el bizcocho era vegano y los huevos de chocolate negro. La tradición, que empezó siendo panecillos con huevos cocidos al horno, se había ido adaptando a los cambios de la sociedad y a cada hogar. Dejó la opilla, aún caliente, cubierta por un trozo de papel de aluminio y caminó hacia el salón. Jon Ander se había quedado traspuesto en el sofá. El ordenador estaba encendido sobre una pequeña mesa y él recostado de medio lado. Eider le tapó con una manta y apagó el ordenador. Agradeció que estuviera dormido. Jon se merecía descansar y desconectar. Juncal Baraibar ya no estaba… Dormido era el único modo en el que su compañero podría olvidarlo.

Irun, 25 de abril de 2014. Viernes.

Jon Ander se había marchado temprano y ella ni siquiera se había dado cuenta. Cuando se acostó estaba tan agotada que había dormido del tirón. En teoría su compañero estaría ahora en Bilbao, tras la pista del puticlub. Ella sin embargo estaba en Donosti, en el barrio del Antiguo, en el bloque de la jefa… Había hablado con varios vecinos y, por suerte, no mencionaron a ningún hombre. «Apenas se la veía por aquí». «Se pasaba el día fuera de casa». «Yo ni sabía que trabajaba para la Ertzaintza», eran las frases que más se repitieron. Eider regresó al rellano de Baraibar. Solo le quedaba hablar con los propietarios de aquella vivienda. Hacía una hora había estado allí mismo, pero no le habían abierto. Llamó al timbre. A sus espaldas estaba el hogar de la jefa. Le recorrió un escalofrío. Evitó girarse. Escuchó unos pasos al otro lado y la puerta se abrió. Una anciana menuda asomó la cabeza.

—Buenos días —Eider se presentó mostrando la placa y le resumió el motivo de la visita.

—Sí, sí. Ha sido terrible —se lamentó la mujer—. El otro día la vi por la mañana, y mire ahora… Me cuesta creerlo… Da miedo salir a la calle… Da miedo —añadió colocando la mano sobre el pecho.

—Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Es buen momento?

—Claro, claro —dijo la señora abriendo más la puerta—. Pase, por favor.

—Muy amable.

La anciana esperó a que entrara y después cerró lentamente.

—Sígame.

Eider caminó detrás de ella por el pasillo. La mujer andaba despacio y algo inclinada hacia adelante.

—Siéntese, estaremos más cómodas —indicó señalando el sofá del salón.

Los muebles eran muy antiguos, pero estaban como nuevos. Maderas oscuras y, decorando las vitrinas, vajillas setenteras. Olía a ambientador de lavanda.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, muy amable.

Eider se acomodó en el sofá y la señora se sentó en la esquina de una butaquita.

—Juncal era una mujer muy reservada —dijo sonriéndole y observándola. Tardó un rato en proseguir—. Muchas veces me la crucé por las escaleras, o en el ascensor…, pero ella siempre iba con prisa. Casi nunca estaba en casa. Sabía que era funcionaria, pero fíjese usted que siempre creí que trabajaba en Hacienda… Ninguno de los vecinos estábamos al tanto.

—Ya, entiendo… ¿Recuerda algo que llamara su atención? ¿Algo raro o sospechoso?

—No, la verdad es que no.

—¿Sabe si tenía pareja? ¿La vio usted con alguien alguna vez?

—He visto a un hombre un par de veces. Una noche les vi entrar juntos en casa. Y una mañana a él solo salir por la puerta.

—¿Me podría dar una descripción?

—Sí. Recuerdo que tenía el cabello corto y oscuro. También que llevaba una barba poblada. Era muy alto, pero no solo alto, era grande.

—¿Gordo? —preguntó para despistarle.

—No, no. Grande. Ancho de hombros. Fuerte.

«No hay duda, se refiere a Jon Ander», pensó Eider.

—¿Algún dato más acerca de él?

—Tendría una edad similar a la de ella, quizás algo más joven…

—¿Coincidieron en el rellano?

—No, no. La primera vez que le vi era muy tarde. Yo estaba dentro de casa… Oí ruidos…, ya sabe…

Eider comprendió que había observado a su compañero a través de la mirilla.

—Sí, claro, entiendo —susurró.

—Una no puede confiarse… —opinó meneando la cabeza—, y menos ahora…, después de lo que le ha pasado a esta pobre chica. He dejado de tomar la pastilla de dormir para estar un poco pendiente… Tengo miedo a que pase algo y me pille totalmente desprevenida… Ya sabe…

—Debería intentar descansar. El suceso ocurrió en la calle. No se preocupe por su seguridad.

—Corren malos tiempos… Cuando tenía su edad recuerdo que vivíamos sin esta desconfianza. Las puertas siempre abiertas… ¿No le parece increíble? Hoy en día una no puede bajar la guardia…

Eider sonrió.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó la señora.

—Treinta y seis.

—Yo hago noventa a finales de año. Hágame caso en lo que le digo, que podría ser su abuela… De hecho, tengo nietos de su edad.

—Se conserva muy bien —dijo Eider—. Muy muy bien.

—Estoy llena de achaques, no se crea. Y mis hijos vienen a diario para echarme una mano.

—Bueno, así le hacen compañía.

—Sí, no me puedo quejar de hijos.

—Eso me alegra —dijo levantándose del sofá—. Ha sido muy amable respondiendo a mis preguntas.

—No ha sido nada, mujer. Cuando quiera ya sabe dónde vivo.

La anciana le acompañó hasta la puerta.

—Tenga mucho cuidado. Haga caso a esta vieja y no baje la guardia —le aconsejó antes de cerrar la puerta.

* * *

Estaba claro que el local llevaba mucho tiempo cerrado. La fachada gris estaba cubierta por carteles de conciertos, de cursillos, de alquileres de habitaciones… La puerta también era gris y había un pequeño letrero en el que se leía a duras penas «Club Lady Chatterley». Jon Ander había indagado al respecto y, por lo que sabía, el local estaba a nombre de una polaca llamada Bogdana Jakov. El puticlub estaba en una calle trasnochada de Bilbao. Alrededor había media docena de bares y clubs también cerrados. Echó una ojeada hasta que descubrió una pequeña mercería. Se acercó hasta la puerta y vio que hasta las diez de la mañana no abrían. Decidió tomar un café en el primer bar que encontrase abierto. Anduvo a buen paso por la misma calle hasta que entró en uno muy viejo. Había una señora mayor al otro lado de la barra. Se sentó en una pequeña mesa después de pedir. El garito olía a grasa, a suciedad. Se fijó en varios jamones que colgaban sobre la barra. No le gustaba ese tipo de bares. Pensó en Eider… A él no le gustaban, pero su compañera los detestaba. Si estuviese con ella no habría entrado ni loca. Habrían andado calle abajo hasta encontrar otro bar en el que no tuvieran expuestas *patas de cerdo desmembradas*, como decía ella. No pudo evitar sonreír. Fue una sonrisa sincera pero triste a la vez. La noche pasada se había quedado frito en su sofá. Había dormido como un tronco durante seis horas. Ahora estaba totalmente espabilado. Tenía cansancio acumulado, pero la adrenalina no le dejaba notarlo. Lo enmascaraba aliándose con su sed de verdad. De venganza. Por sus venas corría más rabia que sangre. Todo lo sucedido le parecía un sueño…, una pesadilla. Una puta locura. No soportaba que el recuerdo de Baraibar hubiese sido sustituido por una sombra negra, pero ahora mismo era lo único que veía cuando pensaba en ella. Solo había oscuridad. Ella, que había entrado en su vida iluminándolo todo, se había largado dejando ese jodido abismo.

«Volveré a pensar en ti como lo hacía cuando estabas viva. Te lo prometo», se dijo con un nudo en la garganta.

Bebió el café de un trago para disipar la pena y salió sin decir adiós. Cuando llegó a la mercería, ya estaba abierta.

—Buenos días —saludó una mujer de mediana edad. Tenía unas gafas colgando de una cadenita.

—Buenos días. Verá, me gustaría hacerle unas preguntas sobre el local Lady Chatterley.

La mujer entornó los ojos y frunció el entrecejo.

—Sí, le hablo del puticlub —explicó Jon.

—Espere que haga memoria… —pidió al tiempo que guardaba un rollo de lazo negro—. Que yo sepa ya no queda ningún club abierto.

—No, ya lo sé. Del que le hablo está unos locales más abajo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Lady Chatterley.

—Ay, Dios mío… Qué memoria tengo —se lamentó—. No sé de cuál me habla exactamente. Si no le importa muéstremelo —añadió saliendo del mostrador.

Ambos se dirigieron hasta la puerta y Jon señaló con el dedo índice.

—Está ahí enfrente. El de la fachada gris.

—Ah, sí, sí. Por aquí lo conocíamos como el club de Klaudia. Nada de *Lady algo*…

—¿Por qué el club de Klaudia?

—Porque creo que era suyo. Ella se encargaba de las chicas y de todo lo demás.

—¿Era la *madame*?

—Sí, digo yo… Les pagaba y les organizaba el horario. El club cerró hace casi dos años. ¿Qué es lo que busca? —quiso saber la mujer.

—Verá, soy suboficial de la Ertzaintza y estoy al mando de una investigación.

—Ah, vaya, perdone —dijo ruborizándose.

—No hay nada que perdonar. ¿Le suena el nombre de Bogdana?

—¿Bogdana…? No. Además, no lo había oído en la vida.

—Bogdana Jakov.

—Qué va.

—¿Me podría contar todo lo que sabe sobre Klaudia?

—La verdad es que siempre la veía de lejos. Cuando pasaba por la calle y eso. Lo que sé sobre ella es por lo que me contaban las chicas. Solían venir a comprar lencería. Antes, además de botones e hilos, también vendía ropa interior. Con tanto club por metro cuadrado, el negocio se adaptó a las necesidades de la calle. Empecé trayendo algún conjunto suelto, que mostraba en el escaparate, y acabé convirtiendo la mitad de la mercería en tienda de lencería. Las chicas no miraban lo que gastaban. Les gustaban las marcas buenas. Según contaban, Klaudia se portaba bien. Cobraban más que en otros clubes.

—¿Era española?

—No, no, era polaca. O al menos eso era lo que decían las chicas…

—¿Aún tiene relación con ellas?

—Qué va… El local cerró de la noche a la mañana y no volví a verlas —dijo encogiéndose de hombros—. Me extrañó porque tenía buena clientela… De hecho, era el último club que quedaba abierto en la calle.

—¡Luisa, prepárame dos metros de goma de braga! —exclamó una mujer asomándose por la puerta.

A Jon Ander el corazón quiso salírsele por la boca del susto.

«¿Goma de braga?», pensó alterado. «¿Qué demonios es eso?».

—Vale, vale —dijo la mujer algo avergonzada—. ¿Negra o blanca?

—Blanca. Voy a comprar el pan y a la vuelta la recojo —explicó desapareciendo calle abajo.

—Como ve, el negocio vuelve a ser una mercería al cien por cien. No hay ni rastro de lencería…

«Pero aún hay cosas de bragas… Goma…», se dijo intrigado.

—Le agradezco su colaboración. Una última cosa —comentó al tiempo que rebuscaba en su cazadora—. ¿Esta mujer es Klaudia?

La señora tomó la fotografía entre las manos.

—Se le da un aire… No se lo puedo asegurar, pero se le parece bastante.

—De acuerdo. De nuevo, muchas gracias.

—De nada. Suerte con la investigación.

Jon Ander salió de la mercería y, de camino al coche, guardó la fotografía que había sacado del DNI de Bogdana Jakov.

⁎ ⁎ ⁎

Eider, aprovechando que su sobrina estaba en el monte con sus amigas celebrando el día de la opilla, estaba comiendo con Jon para hablar de cómo les había ido la mañana. A primera hora de la tarde tenían reunión y debían estar de acuerdo en lo que iban a contar.

—Solo una anciana te vio en todo este tiempo. Eso sí, te ha descrito tal cual eres…

Su compañero tomó aire profundamente y al expulsarlo relajó los hombros.

—Vaya…

—No está mal, Jon, no te desanimes. Además, la mujer tiene noventa años… Daré una descripción completamente diferente a la que me ha facilitado… Calvo, estatura media, delgado… Me da pena por ella, porque está totalmente en sus cabales, pero, si alguna vez la entrevistan y te vuelve a describir, no me quedará más remedio que poner en duda su memoria. —Eider se sintió fatal por lo que acababa de decir, pero no quiso comentárselo a su compañero.

—Vale…, entonces Baraibar se veía con un hombre calvo, de estatura media y delgado.

—Es tu nuevo *alter ego* —bromeó sin ganas—. ¿Qué me cuentas tú?

—Tenemos dos mujeres que creo que son la misma persona. Klaudia es el *alter ego* de Bogdana Jakov… O sea, la amante del exguardia civil en realidad se llama Bogdana y era la propietaria del club Lady Chatterley.

—Ya empezamos con los nombres falsos…

—Bogdana es polaca, ¿recuerdas de dónde era la mujer que describió Miriam, la chica de la tienda Bohemias?

—De Europa del Este.

⁎ ⁎ ⁎

Eider y él habían acudido a la reunión de primera hora. Su compañera había tenido que mentir con respecto a la descripción del amante de Juncal Baraibar. Jon lo sentía por ella. Estaba haciendo un esfuerzo inmenso. Lo hacía por él y por la jefa. Eider era

una tía de principios y había pasado un mal trago al falsear el testimonio de la vecina anciana. Las mentiras y omisiones casi consiguen asfixiarles. Jon lo había experimentado y percibido en la cara de Eider. Respiró el oxígeno limpio de la calle. Solo recordarlo ya le robaba el aire. Era consciente de que estaba arrastrando a su compañera al lado oscuro y le dolía, le jodía…, pero no podía permitirse el lujo de pensar demasiado en ello o acabaría tirando la toalla.

«No voy a tirarla, Juncal. Eso jamás», se dijo para sí.

Ahora Jon se encontraba enfrente de la puerta de Andrea. Baraibar, la noche anterior a su muerte, le contó toda la historia de Fran… La trata de blancas, el catálogo en el que Anna Karlatos destacaba entre las demás chicas, el tajo en el labio inferior y el posterior suicidio. También le dijo que por la tarde iría a hacer una visita a su viuda por si recordaba algo. Jon y ella no volvieron a hablar del tema y no tenía la menor idea de si se habrían reunido finalmente. Cogió aire y llamó al timbre.

La puerta no tardó en abrirse.

—Buenas tardes. Mi nombre es Jon Ander y soy suboficial de la Ertzaintza —se presentó rápidamente.

—¿Ha dicho de la Ertzaintza?

—Sí, ¿es usted Andrea Melsan?

—¿No le habrá pasado nada a mi hijo, verdad? —preguntó palideciendo.

—No, tranquila. Vengo por otros motivos. Estoy al mando de una investigación y me haría un gran favor si pudiera atenderme.

Andrea soltó el aire que por unos segundos había contenido.

—De acuerdo, ¿de qué se trata?

—No sé si se habrá enterado del fallecimiento de una oficial de la Ertzaintza de Oiartzun… El cuerpo sin vida de Juncal Baraibar apareció la noche del miércoles. Ella era compañera de su marido Fran, no sé si lo recordará.

El rostro de Andrea seguía pálido, pero la aflicción había sido sustituida por una especie de dureza en su expresión.

—Sí, algo he oído en las noticias. Lo siento mucho —dijo bajando la mirada.

—La oficial Baraibar tenía previsto hacerle una visita para hacerle unas preguntas sobre Fran.

—¿Ah, sí? —reveló extrañada, levantando de golpe la cabeza.

—¿No tuvo lugar ese encuentro?

—No, no. Además, me sorprende… La última vez que vi a Juncal fue hace más de año y medio…

—Sé que quería hablar con usted sobre una investigación que su marido estaba llevando antes de su fallecimiento…

—Fran no era mi marido. Éramos pareja, pero nunca llegamos a casarnos.

—Perdóneme…, no tenía esa información.

—Tranquilo, solo quería aclarárselo.

—¿Usted estaba al tanto de dicha investigación? Era sobre un tema de trata de blancas. No sé si recordará algo.

—Fran no solía hablarme de los casos y a mí tampoco me gustaba preguntarle sobre ellos. Prefería mantenerme al margen.

—Entiendo.

—De todas maneras, cuando Fran murió, varios compañeros se encargaron de registrar mi casa. Vinieron para llevarse todo lo que hiciera referencia a la investigación que tenía entre manos. Debería hablar con ellos. Acudieron en dos ocasiones…

—Sí, estoy al tanto —mintió—. No voy a molestarla más. Le agradezco su tiempo, Andrea.

—¿Qué se supone que debería recordar sobre el caso? Han pasado más de dieciocho meses desde que Fran…, desde el suceso… No acabo de entender muy bien su visita.

—Es un caso que hemos reabierto —explicó—. Hablar con usted formaba parte del protocolo. A veces la información o un cabo del que tirar aparece donde menos esperamos. Es una cuestión de minuciosidad.

—Siento entonces no haberle servido de ayuda.

—No se preocupe, ha sido muy amable.

* * *

Estaba sola en la oficina. Había demasiado silencio para su gusto. Aquel vacío le recordaba una y otra vez que ya no estaba la jefa. Eider había mentido a sus compañeros y al subcomisario Padura. Lo había hecho sin poder evitar ruborizarse. Los vasos sanguíneos de su piel se habían dilatado para chivar al resto que era una embustera. No se sentía orgullosa, y se torturaba una y otra vez por dos motivos: por engañar y encima por no saber hacerlo… Se concentró en la pantalla del ordenador. Estaba indagando en toda la información que había sobre el Club Lady Chatterley. Jon tenía razón, la tal Bogdana Jakov era la propietaria. Por aquel entonces regentaba ese negocio y al parecer hoy en día no trabajaba. Tenía cincuenta y cuatro años y llevaba más de treinta viviendo en España. Los últimos diez, afincada en Bilbao. Miró la fecha de clausura del puticlub. Agosto de 2012. Aquella fecha le sonaba. Sí, desde lo de Baraibar, Jon y ella habían hablado mucho sobre esos días. Consultó todos los apuntes. El 13 de agosto Fran se voló la tapa de los sesos, después de aquello empezaron a caer varios clubes de alterne de Irun y alrededores. En teoría se desarticuló la red de trata de blancas… ¿Por qué el Club Lady Chatterley, que funcionaba bien, se cerró voluntariamente de la noche a la mañana? La casualidad en las fechas le puso la piel de gallina. Bogdana y sus chicas desaparecieron sin hacer ruido. ¿Una retirada a tiempo? Eider siguió investigando al respecto. Leyó varias veces los informes y las noticias que había acerca de la desarticulación de la red de trata de blancas. Fueron detenidas un total de catorce personas, entre ellas cuatro

mujeres de nacionalidad polaca. El cabecilla de la red era un empresario de la noche. Captaban a mujeres humildes, de diferentes países de Sudamérica, con la promesa de un trabajo en un bar. Les transferían dinero para el viaje y, cuando llegaban, les explicaban que primero debían cubrir la deuda que tenían con la organización. Les obligaban a ejercer la prostitución para cubrir los gastos del viaje, y la nueva deuda que se generaba por hospedaje y manutención. Malvivían en un caserío, y las coaccionaban para mantener relaciones sexuales con los clientes de los diferentes clubes de alterne que tenía la red. Eider se llenó los pulmones y retuvo el aire unos segundos con los ojos cerrados. Lo expulsó lentamente y movió la cabeza a ambos lados para que su cuello crujiera. No lo consiguió. Hizo un croquis con toda la información recabada. Decidió llamar a Jon para contarle que el cierre del Club Lady Chatterley coincidía con la desarticulación de la red, en la que, curiosamente, estaban implicadas cuatro mujeres polacas. Marcó el contacto y se lo llevó al oído. Jon Ander no contestó.

—Llámame cuando oigas el mensaje —dijo Eider antes de colgar.

Consultó el reloj y se dio cuenta de que era tarde. Recogió su escritorio y abandonó el despacho.

—¿Ya de retirada?

Eider escuchó la pregunta a sus espaldas y se giró para contestar a Ochoa.

—Sí. Hoy me ha tocado ser la última. ¿Tú también?

—Sí, me cambio y me voy a casa.

Ambos caminaron juntos por el pasillo.

—¿Te apetece tomar ese café que tenemos pendiente?

Eider sintió que se ruborizaba de nuevo y esta vez no era por embustera. Pensó en Vanesa. Estaba con sus amigas celebrando el día de la opilla y todas ellas se iban a quedar a dormir en casa de Miren. Decidió aceptar y quitárselo de encima… No a Ochoa, era un tipo majo… Pero la propuesta iba a estar danzando por su cabeza y por los pasillos de la comisaría hasta que no aceptase.

—Está bien —dijo cansada pero sonriente—. No me va a venir nada mal tomar un poco el aire.

—Si me das cinco minutos me quito el uniforme.

Eider se le quedó mirando.

—No tardo nada en cambiarme —añadió rápidamente. Ahora era él el ruborizado.

—Sí, sí, tranquilo.

Le esperó en el aparcamiento y fueron a tomar algo al 20, un bar de la avenida Euskal Herria, cerca de casa de Eider.

* * *

Tuvo la impresión de que el tiempo no hubiese pasado. Jon caminaba por Pasajes en busca del taller mecánico. Esta vez iba en son de paz, pero la última vez que Eider y él estuvieron allí les tocó correr detrás del sospechoso. Se llevó un chasco cuando

comprobó que el portón estaba cerrado. Las manchas de aceite que solía haber en la acera habían desaparecido bajo la lluvia. Observó que salía algo de luz del interior. Tocó la puerta.

—¡Está cerrado!

Jon reconoció la voz. Era él. Decidió no insistir más y esperar a que saliera. Se arrimó todo lo que pudo al edificio para protegerse de la lluvia. Cerró el paraguas porque los balcones le guarecían. Enseguida escuchó el ruido de unas llaves y el sonido metálico de la puerta. La cabellera pelirroja del chico no tardó en asomar. Vio cómo se sobresaltaba al sentir su presencia justo en la salida. Ambos se miraron a los ojos. Jon se topó con resentimiento y desconfianza en su mirada.

—¿Qué tal, Ibon? —preguntó para romper el hielo.

—Estoy bien, gracias.

—Me alegra.

Ibon cerró la puerta con la cabeza algo inclinada. Los mechones cobrizos le cubrían la cara. Guardó las llaves en el abrigo y se puso frente a Jon.

—¿Y bien? —comentó en un susurró.

—Necesito tu ayuda. No te robaré mucho tiempo.

El chico elevó las cejas.

—Me gustaría poder hablar contigo —prosiguió—. En un lugar tranquilo.

Ibon le observó durante unos segundos. Macua le había hecho pasar muy malos momentos en el pasado, pero también le salvó la vida… Eso no podía olvidarlo.

—De acuerdo. Sígueme. Al final de la calle hay un bar de *txikiteros*. Las mesas siempre están vacías porque la clientela no se separa de la barra…

—Perfecto.

Ibon se adelantó a paso ligero. Jon abrió el paraguas y le siguió a una distancia prudencial. No se veía caminando junto a él. Lo único que consiguió al seguirle fue recordar el día en que les hizo correr a Eider y a él por aquella misma acera…

«Puta vida», se dijo con cierto humor. «El cabrón esprintaba como un gamo», pensó. Le dieron ganas de echarse a reír.

Jon le siguió hasta el fondo del bar. Como bien había explicado Ibon, los *txikiteros* estaban arrimados a la barra. Txakoli, vino, zurito… Todos eran hombres y todos sostenían un vaso en la mano.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Ibon al tiempo que se quitaba el abrigo y lo colgaba en la silla.

—Una caña.

El chico desapareció y no tardó en regresar con dos cervezas. Tomó asiento frente a Jon y se sacudió la lluvia del cabello. Jon pensó que tenía buen aspecto. Pese a que lo encontró bastante mejorado, no vio un ápice de aquel magnetismo del que hablaba Eider… Aquella belleza mágica de ser mitológico que había apreciado ella… Su compañera era así. Él era un tío, ¿cómo demonios iba a opinar sobre la guapura de otro tío? Bebió un trago de cerveza aguada y decidió ir al grano.

—Voy a ser breve. ¿Quién mueve la droga en Bilbao?

Ibon, primero, se quedó pasmado mirándole, y después se llevó las manos a la cara y se la frotó enérgicamente.

—¿Me tomas el pelo?

—En absoluto.

El pelirrojo bebió dos tragos seguidos de cerveza.

—Vosotros sabéis perfectamente quién mueve la *farlopa*… No me vengas con historias… Pregunta a algún compañero de Bizkaia.

—Es un tema extraoficial.

Ambos se quedaron un rato en silencio.

—Yo ya estoy fuera de toda esa mierda. No tengo ninguna intención de recordar el pasado.

—Me alegro por ti. Tienes buen aspecto, por cierto.

—Tú no, tío —soltó al tiempo que meneaba la cabeza.

—Solo necesito eso, Ibon… Nada más.

Ibon miró a ambos lados. Los clientes seguían en la barra.

—Podría hacer memoria y recordar algún nombre… Hace años que no voy a Bilbao a comprar, eso ya lo sabes. Y no sé si esa gente aún seguirá al mando.

—Sí, lo sé y lo entiendo.

El pelirrojo suspiró.

—Dame un par de días, ¿de acuerdo? —dijo apurando la cerveza.

—Perfecto.

—El domingo nos vemos aquí a la misma hora —concluyó poniéndose en pie.

Jon consultó el reloj y afirmó con la cabeza.

* * *

Apenas se apreciaba la música de fondo por el bullicio de la gente. Había ambiente y el bar ya empezaba a oler a fritanga por culpa de las primeras cenas. Patatas, aros de cebolla, hamburguesas y bocadillos, ese era básicamente el contenido de la carta. Eider y Ochoa se acomodaron en una mesa.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Ochoa.

—Una cerveza, pero pago yo —contestó.

—De eso ni hablar. Si quieres la próxima vez…

Eider sonrió. No se iba a librar tan fácilmente del agente Ochoa. Le observó mientras caminaba hacia la barra. Era un tío alto, muy alto. Calculó que mediría algo más de metro noventa. Tenía el cabello bastante canoso y muy corto. Su sonrisa era impresionante. Siempre parecía estar alegre. Un gesto cargado de honestidad y positividad. Eso le gustaba de él. Nada más… O, por lo menos, de momento. No quería que se llevara falsas esperanzas. Eran compañeros de comisaría y nada más. Eider no pudo evitar pensar en Josu. Hacía mucho que no le veía. Aún le echaba de menos en casa, en la cama… En su vida… En el momento en que él se fue de casa,

ella le quería con toda su alma. Se fue para tomarse un tiempo… y no volvió jamás. No volvió porque fue ella la que acabó rompiendo definitivamente. Aún seguía sin poder entender cómo había podido acostarse con otra mujer mientras recapacitaba sobre la relación… Eider no fue capaz de perdonarle. Después de tantos años…, de tanta confianza y complicidad… La comprensión se le quedó demasiado grande. Lo intentó, pero no lo consiguió. Se lo imaginó en el restaurante, con el delantal blanco y el cabello alborotado, cocinando todo tipo de delicias. También echaba de menos aquello. La crema catalana con un toque amargo a limón…, las brochetas de *seitán* y *champis*…

Ochoa dejó una cerveza, un vino y una cesta de aros fritos sobre la mesa. Eider cruzó los dedos para que no se tratase de calamares. No le apetecía explicar que no comía nada de origen animal. Sabía qué tipo de preguntas venían después de una revelación como aquella. «Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?». «¿Pero pescado tampoco?». «¿Y lo haces por salud o por los animales?». «Yo es que sin jamón no podría vivir». «¿Y no echas de menos la carne?». «Seguro que te falta algún nutriente. ¿Te haces análisis periódicamente?». Blablablá, blablablá, blablablá… Prefería mil veces irse a la cama antes que aguantar una lluvia de preguntas de aquel estilo. «¿Que por qué no como nada de origen animal? Porque no me da la gana. ¿Y por qué tú sí?». Esa era su respuesta favorita. Pero por educación nunca la había pronunciado.

—He traído unos aritos de cebolla para picotear.

Eider suspiró relajada.

—Gracias.

Él se acomodó y, al hacerlo, sus rodillas se rozaron bajo la mesa. Era tan pequeño el espacio que era imposible no toparse con las extremidades de un tío tan alto. Él permaneció así, pero ella enseguida las retiró. Discretamente, eso sí. Las fue ladeando poco a poco.

—¿Qué tal estás? —preguntó Ochoa a media voz—. Vaya mazazo…

—Aún conmocionada… Ha sido tan repentino y violento, que cuesta creerlo.

—¿Se sabe algo más?

—Nada de nada —murmuró al tiempo que cogía un aro de cebolla—. ¿Tú qué tal con tu nuevo compañero?

—Uf, no me hables…

—¿Y eso?

—Aún no sé de dónde coño ha salido este personaje… ¡Pasa de todo! Bueno, de todo menos de su aspecto físico. Es tipo los tíos esos de la tele.

Eider frunció el ceño.

—Sí, los del programa ese. Hombres y mujeres, o mujeres y hombres.

—Ah, vale, sí, sé de cuál me hablas.

—Pues eso…

—Vaya con Andoni. ¿Así se llama, verdad?

—*Bai*, Andoni el Ceniciento…

Eider sonrió.

—Así le han apodado los veteranos.

—Pues ya te puedes ir acostumbrando a él, porque Lía tiene para largo con la baja.

—Sí, aún tardará en incorporarse —murmuró reflexivo—. Por lo menos la veo algo mejor.

—Pobre mujer… Cuesta creer por lo que ha tenido que pasar.

—Lía es muy fuerte. Hablamos muy a menudo y estoy seguro de que saldrá de esta.

—Me alegra saber que sigues a su lado.

—Lía y yo no llevábamos mucho tiempo patrullando juntos, pero conectamos enseguida.

Eider se quedó en silencio mientras masticaba un aro de cebolla.

—Vaya conversación que estamos manteniendo… Más triste y negra, imposible —soltó Ochoa.

—Tienes toda la razón. Deberíamos hablar de cosas más alegres.

—¿Cuándo coges las vacaciones este año?

—Esa sí que es una pregunta genial. Sí, desconexión, por favor… Las cojo en julio.

—¿Y te vas a alguna parte?

—Sí, a París con mi sobrina.

Aquella respuesta volvió a llevar la conversación por los derroteros de la amargura. Ochoa se interesó por Vanesa y a Eider no le quedó más remedio que contar la historia de su hermana Mari.

—Todos llevamos el peso de nuestros muertos. Siempre nos acompañan…, allá adonde vayamos —apuntó Eider sonriéndole. Sus ojos reflejaban melancolía—. No te culpes, Ochoa, tú lo has intentado. ¿Quién te iba a decir que el tema de las vacaciones iba a desembocar en algo así? —bromeó.

—Veo que tú también eres una mujer fuerte.

—Se hace lo que se puede —Eider volvió a sonreír.

Pese al bullicio, escuchó perfectamente la melodía de su teléfono móvil.

Era Jon.

—Discúlpame un momento.

Se levantó rápidamente y salió al exterior. Tardó dos minutos en regresar.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias, pero me reclaman en casa.

Eider sabía perfectamente que Ochoa pensaba que se refería a su sobrina. Pero no, el que le reclamaba era el suboficial Macua… En diez minutos habían quedado en el portal.

«Qué trajín de hombres… Cualquiera que me vea…», se dijo para sí.

—Sí, se ha hecho un poco tarde.

—Gracias por el rato, la bebida y el picoteo.

—Cuando quieras, repetimos.

Se despidieron en la puerta del bar. De camino Eider se olisqueó las prendas y el pelo. Desprendía un tufo a fritanga difícil de airear. Decidió que al llegar a casa toda la vestimenta iría al cesto de la ropa sucia, incluidos los calcetines…

* * *

—Antes de nada, deja que me descalce —comentó Eider al entrar en casa—. Tengo los pies helados por culpa de esta humedad —bufó.

—Sí, tranquila. Lo que necesites. Voy encendiendo el ordenador.

Eider entró en su dormitorio y se cambió de arriba abajo. Apestaba a cocina de bar. Se soltó la goma del pelo y se volvió a hacer la coleta bien alta. Se miró en el espejo del armario. Tenía cara de cansada. El peso de la semana siempre hacía acto de presencia y las ojeras del viernes eran muy difíciles de disimular. Puso la calefacción en marcha y regresó a la cocina.

—¿Has cenado algo? —le preguntó a su compañero.

—Un par de *pintxos* de tortilla.

—¿Te preparo un café? Yo voy a tomar uno con un poco de opilla.

—Sí, estaría bien. Gracias.

Eider caminó hacia el armario y sacó la vajilla.

—He visto a Ibon —dijo Jon de pronto.

Eider no pudo evitar girarse y mirarle fijamente.

—¿Ibon? ¿Nuestro Ibon?

—El mismo…

—¿Y qué tal está?

—Tiene buen aspecto.

—¿Dónde te lo has encontrado?

—He ido al taller mecánico para charlar con él.

Eider siguió observándole sin decir nada. Jon le resumió el encuentro.

—Me acabas de dejar sin palabras…

—En este caso hay un nexo entre el tráfico de drogas y la trata de blancas. Solo hay que analizar el pasado de Marcelo el *expicoleto*… Además, es el patrón típico en estas redes… Nunca se conforman. La codicia corre por sus venas… Cuando se les detiene acaban imputados por delitos contra los derechos de los ciudadanos extranjeros, delitos relativos a la prostitución… Contra la salud pública por tráfico de droga… Necesitaba saber quién mueve la droga ahora mismo en Bilbao y no se me ocurría a quién recurrir… No podemos confiar en nadie ahora mismo.

Eider suspiró y reflexionó durante unos segundos.

—Me jode ser yo quien lo sugiera…, pero tal vez podríamos hablar con…, con…, con el subcomisario Padura.

—¿Con el Torerillo?

—Sí, ya lo sé… Es un tipo peculiar… Pero no sé si te diste cuenta de que en el tanatorio pasó más tiempo con la familia de Baraibar que con la cúpula de la Ertzaintza…

—Sí, me di cuenta… Al parecer eran más amigos de lo que yo pensaba.

—A eso me refiero —reflexionó antes de proseguir—. También tenemos la opción de hablar con el comisario. Juncal y él tenían una estrecha relación. Recuerda que, en el pasado, fueron amantes.

—Sí, lo sé. ¿Te fijaste en él en la última reunión? Le vi cansado y afectado.

—Ha sido un palo para todos. Me contaste que tuvieron una relación bastante larga, ¿no?

—Así es.

—Podría ser un buen candidato…

—Tal vez, pero aun así prefiero seguir siendo muy prudente.

—Dios… ¿y recurres a Ibon? —cuestionó al tiempo que ponía los platos con la opilla sobre la mesa.

Jon Ander dio un bocado y no contestó.

—Sabe rara, pero está buena.

—En fin… —susurró ella—. ¿Y te ha facilitado los nombres?

—No, aún no. El domingo volveremos a vernos —informó con la boca llena—. También le he hecho una visita a la expareja de Fran.

Eider llevó los cafés y el azúcar y se sentó junto a su compañero para escuchar el resumen del encuentro. Después fue ella la que le contó sus indagaciones con respecto al puticlub bilbaíno.

—¿O sea, que el cierre del Club Lady Chatterley coincide con la desarticulación de la red en la que estaban implicadas cuatro mujeres polacas? —preguntó alucinado.

—Eso parece…

—Mañana por la mañana deberíamos hablar con Miriam, la de la tienda Bohemias.

—Sí, deberíamos charlar con ella sobre la mujer con acento de Europa del Este que se llevó el pantalón de Colcci.

Irun, 26 de abril de 2014. Sábado.

Se dirigió hasta el barrio de Ventas. A Jon Ander se le hizo extraño conducir sin el sonido monótono del limpiaparabrisas. Por primera vez en mucho tiempo, el día había amanecido sin lluvia. El cielo conservaba alguna nube pero eran más finas y tenían pinta de ir a disiparse. Sintió un atisbo de emoción al observar que entre las nubes asomaba un pedazo de cielo azul. Un azul luminoso e intenso. No supo por qué, pero le hizo experimentar como que había esperanza para todo. Inmediatamente se culpó por ser un gilipollas y la ausencia de Baraibar le estrujó las entrañas. Dolía. Aquello dolía y mucho. No podía olvidar que, la víspera, habían incinerado su cuerpo en la más absoluta intimidad. Ya solo quedaba un puñado de cenizas que ni siquiera sabía adónde habían ido a parar… Volvió a mirar el cielo. Se preguntó por qué muchas personas seguían creyendo en el cielo después de la muerte. Además de por qué, se preguntó cuántas lo hacían y le abrumó la respuesta.

«Es más fácil pensar que estás ahí arriba, Juncal», pensó con los ojos humedecidos. Era la primera vez desde su muerte que las lágrimas afloraban. «Sería bonito creer… Sería bonito imaginar un futuro en el cielo junto a ti, junto a mis padres… Todos juntos volando de nube a nube. Todos juntos como un jodido enjambre de abejas».

De pequeño, cuando aún creía en los Reyes Magos, en el Ratoncito Pérez, en el cielo y el infierno, a menudo reflexionaba sobre a qué marido elegiría su abuela cuando muriera. Se había quedado viuda muy joven… Viuda dos veces. ¿Volaría de la mano junto a su primer marido o junto al segundo? Su abuela quiso a los dos y aquella cuestión le invadía constantemente. ¿Había que tomar ese tipo de decisiones en el cielo?

Jon Ander era un niño cuando aquellas dudas le asaltaban. No tardó demasiados años en dejar de creer. Suspiró frente al portal de su exmujer y su hijo, y llamó.

—¿Sí? —contestó Silvia a través del interfono. Su voz sonó enlatada.

—Soy Jon —contestó. Quería pedirle el favor de que cuidara de Aitortxo durante la mañana, pero no consiguió articular palabra.

—¿Subes un momento?

Jon se quedó paralizado ante la pregunta. Siempre esperaba a su hijo en el portal. Él no había vuelto a subir a casa y la propuesta se le quedó atragantada. Le dio la impresión de que hubiera leído sus pensamientos.

—Te abro —insistió ella sin esperar respuesta.

El clic de la puerta hizo que por inercia llevara la mano hasta la manilla y empujara. Entró en el portal.

«Vale, sí, subo», se dijo de camino al ascensor.

Cuando llegó al rellano la puerta estaba abierta. Al entrar se topó con ese olor. El aroma a hogar, a felicidad, a dolor. Silvia y Aitortxo, Aitortxo y Silvia. Ya no podía

pensar en Juncal como antídoto. Ella le había ayudado a olvidar, a pensar en una efe mayúscula de felicidad. Se dio cuenta de que necesitaba un antídoto nuevo para superar toda la mierda. Uno potente, casi mortal.

—*¡Aitaaaaaaaaaa!* —voceó su hijo al tiempo que corría a sus brazos. Llevaba puesta la mochila de Spiderman que botaba sobre su espalda.

Jon Ander supo en aquel instante que no le pediría a Silvia que cuidara de él durante la mañana. Se dobló y abrió los brazos para recibirle. Aitortxo se asió a su cuerpo como un pequeño chimpancé. Él lo arropó y fue consciente de que ahí mismo estaba su antídoto. No necesitaba buscar más. Su chico era su talismán. Quiso decirle que le quería, que le necesitaba… Tenía un nudo en la garganta. Le besó el cabello fino y limpio. Silvia les observaba desde el quicio de la puerta de la cocina. Sonreía con cierta tristeza.

—¿Quieres tomar un café? —le invitó su ex.

Jon dejó a su hijo en el suelo, pero el pequeño le agarró de la mano. A Jon, aquel gesto le volvió a reconfortar.

—¿Cuándo nos vamos, *aita*? —preguntó mirándole desde abajo.

Cuando Aitortxo tenía planes con su *aita*, no tenía intenciones de perder el tiempo.

—Ahora nos vamos, cariño —contestó con una sonrisa. Después miró a Silvia—. Te agradezco el café, pero… ya sabes —añadió cogiendo en brazos otra vez a su hijo.

—Lo entiendo…

—¡Nos vamos, nos vamooooosssss!

—Ay, qué cagaprisas eres, Aitor —dijo Silvia acompañándoles hasta la entrada —. Pasadlo muy bien y obedece al *aita* —añadió dándole un beso en la frente. Su hijo tenía las piernas enroscadas en la cadera de Jon.

—Pásalo bien, *ama* —la imitó.

—Lo haré, lo haré —dijo volviéndole a besar la frente—. Si surge cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Sí, tranquila, cuenta con ello.

Silvia le miró a los ojos y se acercó para darle un abrazo. Fue breve y algo torpe.

—Lo siento mucho —le susurró.

Jon afirmó con la cabeza y salió cargado con Aitortxo.

De camino al coche se dio cuenta de que estaba más triste que ningún otro día. Abrazó fuerte a su hijo y le dieron ganas de seguir andando, sin rumbo fijo… Caminar y caminar con Aitortxo pegadito a su pecho. El calor le llegaba muy hondo, donde nada más conseguía hacerlo. Donde un iceberg había decidido instalarse… Su chico conseguiría deshacerlo, poco a poco. Miró al cielo y volvió a divisar el pedazo azul.

* * *

Mientras los macarrones se cocían, Eider aprovechó para hacer la casa. Jon y ella tenían intenciones de ir a Bilbao para hablar con las chicas de la tienda Bohemias. Su sobrina se había quedado a dormir en casa de una amiga y llegaría a la hora de comer. Eider pretendía estar de vuelta para esa hora y así poder pasar un rato con ella. Escurrió la pasta, echó un poco de aceite de oliva para que no se apelmazase y se pegó una ducha rápida. El chorro de agua caía sobre su cabeza cuando le pareció escuchar un portazo. Pensó que serían los vecinos. Acabó de aclararse el pelo y salió para secarse. Afinó el oído y le llegaron varios sonidos. La casa no estaba tan silenciosa como la había dejado y no pudo evitar ponerse en guardia. Se ajustó el cinturón del albornoz y abrió la puerta con sigilo. Volvió a percibir ruido. Había cierto movimiento al final del pasillo y podía sentirlo. Era algo delicado, discreto. Caminó descalza y de puntillas hasta su dormitorio. Estaba en el otro extremo del pasillo. El corazón palpitaba acelerado. Asomó la cabeza con cautela. No había nadie. Metió la clave en el teclado de la caja fuerte que ocultaba su armario, y sacó su H&K compact. Se sentía asustada pero también paranoica. Apretó los párpados. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿En qué se estaba convirtiendo? Un ruido más intenso le hizo tensarse de nuevo. Sujetó el arma con fuerza y recorrió el pasillo. El sonido provenía de la habitación de Vanesa. «¿Vanesa, estás ahí?», quiso preguntar. Pero ¿y si no era ella y alertaba a quien fuera que fuese? Baraibar había sido asesinada… Eso no podía olvidarlo. Se desplazó lentamente, pegada a la pared. Llegó hasta la puerta con los músculos clavados al suelo. La gravedad en aquel momento pesaba toneladas. La puerta estaba entreabierta. Se colocó junto al marco y movió la cabeza hasta que consiguió que su ojo derecho percibiera qué era lo que sucedía en el interior. Le costó un poco localizar a la persona. Eider apretó los dientes al verla. Era ella…, era Vanesa. Guardó el arma en el bolsillo del albornoz, se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas. Se sintió al borde de la locura. Se preguntó si corría tanto peligro como para haber reaccionado así. No se gustó ni un pelo. Ella no era así, joder, no lo era. Se incorporó y llamó a la puerta.

—¿Sí?

Eider abrió.

—Qué susto me has dado. No te he oído entrar —reconoció mirando a su sobrina. Vanesa estaba pálida. Supuso que ambas.

—Dije «hola» al entrar —comentó seria.

—Ah, no te oí y como pensaba que vendrías más tarde… ¿Estás bien?

—Se ha muerto la *amona* de Miren —dijo con los ojos llorosos.

—Vaya… ¿estaba malita? —preguntó acercándose a su sobrina. El arma pesaba dentro de su bolsillo.

—No, era mayor, pero estaba bien. Vivía con la tía de Miren y esta mañana se la ha encontrado en la cama. Dicen que igual de un infarto.

—Pobre mujer…

—Nos acabábamos de levantar cuando han llamado. Ha sido un drama. He estado un rato con Miren, pero luego he preferido dejarles solos.

—Anda, ven aquí —dijo Eider abrazándola. Le acarició la melena larga y le dio un beso en la mejilla—. ¿Has desayunado?

—No.

—Voy a prepararte algo.

—Tranquila, no tengo hambre. Se me ha cerrado el estómago.

—Es mejor que comas algo, aunque sea un poquito. Aún queda opilla.

—Está bien. Ahora voy.

Eider puso una taza con bebida de avena en el microondas y, mientras se calentaba, guardó su H&K compact en la caja fuerte. Se le había hecho eterno cargar con ella por casa. No veía el momento de dejarla en su sitio. Puso la mesa y Vanesa no tardó en llegar.

—Gracias —dijo tomando asiento.

—Come despacio y no te fuerces demasiado. Voy a acabar de prepararme.

—¿Te vas a algún lado? —susurró su sobrina.

Eider se quedó quieta junto a la puerta. Sí, se iba a Bilbao con Jon Ander. Pero no, no quería dejarla sola.

—Había quedado con Jon para ir a Bilbao, pero lo voy a anular —lo soltó en el mismo momento que tomaba la decisión.

—¿A Bilbao?

—Teníamos pensado hacer un par de comprobaciones y regresar a la hora de comer, pero ya lo haremos en otro momento.

—Ah, era para encargarte unos marcos de Ikea. Quiero enmarcar para mi habitación algunos de los dibujos que estoy haciendo en el curso.

El sonido del timbre le hizo dar un respingo.

—Será Jon.

Miró por la mirilla y se dio cuenta de que no venía solo. Se avecinaba un cambio de planes.

* * *

Los cuatro iban en el coche de camino a Bilbao como una gran familia. Jon no había sido capaz de pedirle a Silvia que cuidara a Aitortxo, y Eider no había querido dejar sola a Vanesa. A Jon se le habían puesto los ojos como platos, reflejando puro terror, al oír la palabra Ikea. Ahora Vanesa y Aitortxo charlaban en la parte de atrás. Por lo visto habían conectado bien.

—No hace falta que entres, te puedes quedar en el coche o dando una vuelta mientras Vanesa y yo miramos los marcos.

Él suspiró.

—Qué grande está Aitortxo —comentó volviendo la cabeza hacia atrás—. Hace mucho que no le veía y lo que ha crecido…

—En julio hace cinco años.

—Es súperguapo, además.

—El más guapo —dijo orgulloso.

A Eider le encantó la sonrisa que su compañero tenía dibujada en la cara. Agradecía verle así. Llegaron a Bilbao en poco más de una hora y aparcaron el coche en el *parking* de la última vez. Cerca de la boutique Bohemias, Eider le pidió a Vanesa que cuidara de Aitor mientras se encargaban de un asunto.

—Enseguida salimos. No os mováis de esta calle —insistió ella.

—De acuerdo. Vamos, Aitortxo —dijo llevándole de la mano hasta una tienda de juguetes.

Jon y Eider les observaron y, hasta que no se detuvieron enfrente del escaparate, no entraron en Bohemias. Se notaba que era sábado porque había más gente que el miércoles anterior. Los tres probadores estaban ocupados y había varias personas ojeando las prendas de los colgadores. La primera en verlos fue la versión femenina del capitán Spock. Elevó las cejas y con el dedo índice empujó las gafas hasta su sitio. Miró a ambos lados y se dirigió hacia ellos. Parecía agobiada.

—Buenos días —saludó Eider—. No les robaremos mucho tiempo, pero necesitamos hacerles una pregunta.

—Estamos a tope… Ahora mismo me es imposible atenderles.

—Solo será unos segundos —intervino Jon Ander.

La mujer miró para atrás y después expulsó el aire por la nariz.

—De acuerdo, suban por esas escaleras y espérenme en el almacén.

—Muchas gracias. Se lo agradecemos —añadió Eider.

Pasaron cinco minutos hasta que volvieron a ver a la mujer. A causa del estrés tenía las mejillas sonrosadas.

—Los sábados solemos tener mucha gente, y más después de Semana Santa —explicó ligeramente acelerada.

—Lo único que queremos es que vean una fotografía —informó Jon Ander—. Miriam nos habló de una mujer que frecuenta la tienda y que se suele llevar prendas de diferentes tallas para sus hijas. En teoría también se llevó el pantalón Colcci que buscábamos el miércoles pasado.

—Sí, Miriam me habló de ella, pero aún no he caído de quién se trata. Me comentó que le parecía que era de Europa del Este.

El suboficial Macua le enseñó la fotografía.

La mujer se volvió a ajustar las gafas y la observó durante unos segundos.

—Vaya, sí, esta mujer ha comprado alguna vez.

—¿Está segura?

—Yo diría que sí. Estos ojos son difíciles de olvidar. Ahora lleva el cabello más claro que en esta fotografía. Tiene una melena rubia —apuntó pensativa—, sí, rubia y con flequillo recto. Voy a ver si Miriam puede subir un momento.

Jon miró la fotografía de cerca. Tenía los ojos claros y algo rasgados. Parecían azules o verdosos. Esperaron otros cinco minutos hasta que la chica apareció por las escaleras. Enseguida reconoció a la mujer.

—Sí, sí. Es la misma. A ella me refería cuando os llamé por teléfono —afirmó impresionada—. Pero ¿cómo habéis…?

Miriam no acabó la pregunta porque se dio cuenta de que no le iban a responder. No pudo evitar ruborizarse.

⁎ ⁎ ⁎

En todo este tiempo no me he atrevido a confesártelo, mamá. Me daba vergüenza porque ella no soy yo. Le hacen cosas horribles y le hacen sentir fea por dentro. Se llama Dana, mamá… Se llama Dana… Así es como se dirigen a mí. Mi verdadero nombre ya da igual. A veces te escucho en sueños y tu voz dulce lo pronuncia con amor. Es algo bonito que intento conservar en mi consciencia. He de reconocer que me esfuerzo para no pensar en él, porque me da miedo que la polaca entre en mis pensamientos y me cruce la cara. Ella solo quiere que sea Dana, que no sea otra persona, que no sea la que era. Pero es muy fuerte y anida en mi interior, por mucho que quiera ocultarla. Algún día saldrá y se atreverá a hacerle todo lo que Dana no se atreve. Le seccionará la yugular y observará cómo se desangra sobre la baldosa blanca. Las chicas y yo haremos un círculo alrededor de ella al más puro estilo rito satánico. El brillo granate y a borbotones borrará todo lo que nos ha hecho pasar… Y pagará con su vida la nuestra. Su muerte nos otorgará el futuro que ha enterrado.

⁎ ⁎ ⁎

Miraban ensimismados la cantidad de pequeños muñecos de goma que había en el escaparate de la juguetería. Estaban todos los personajes de Disney, de Warner… Había animales de todas las especies. Aitor tenía la mano caliente. Vanesa se la mantenía con fuerza porque tenía miedo de que saliera corriendo. Apenas le conocía y no se fiaba.

—¡Mira, está Elsa! —exclamó el niño señalando.

—¿Quién?

—La de *Frozen*.

—Ah, sí, *Frozen*. ¿Es bonita? No la he visto.

—Síií. Me gusta mucho.

—Apuesto a que la has visto más de diez veces —dijo Vanesa dándole un empujoncito.

—O miles, o setenta, o cien —aseguró emocionado.

—Vamos, que te la compro. ¿O cuál prefieres? Elige la que más te guste.

—¿Tienes dinero? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Vanesa se le quedó mirando y dedujo que Aitor pensaba que ella también era una niña.

—Tengo algo de dinero.

—¿En serio? ¿Te lo ha dado tu *ama*?

—No, me lo ha dado mi tía Eider. Vivo con ella.

—¿Y tu *ama* dónde vive?

Vanesa se quedó petrificada y se le hizo un nudo en la garganta.

«¿Cómo diablos se le dice a un crío que alguien está muerto?», pensó confundida. Nunca antes había tenido que explicárselo a un niño.

—Mi *ama*…, mi *ama*…, mi *ama* está en el cielo —dijo para salir del paso.

—¿Está muerta?

—Sí, Aitor, está muerta.

El pequeño reflexionó durante unos segundos.

—La amiga de mi *aita* también se ha muerto.

—Vaya, lo siento…

—Él no me lo ha dicho…, pero lo he visto en la tele. Se llamaba Juncal y también era mi amiga.

—¿Te refieres a Juncal Baraibar?

—No lo sé. Solo Juncal…, solíamos ir a las rocas de Francia. Era mi amiga —insistió.

Vanesa le acarició la cabeza con cariño. Sí que sabía que Juncal Baraibar había sido asesinada, pero lo que no sabía era que salía con Jon Ander. Eider y Jon últimamente pasaban mucho tiempo juntos y había empezado a sospechar que tal vez tuvieran una relación. No supo por qué pero se sintió aliviada. Jon era un poco burro para su tía.

—¿Y tu *aita* vive con vosotras? —dijo Aitor volviendo a la carga.

Vanesa tomó aire.

—No. Solo vivimos las dos.

—Ah, entonces como yo. Mi *aita* no vive con nosotros.

Cruzó los dedos para que no preguntara más. ¿Cómo contarle que no tenía la menor idea de quién era su padre?

—¿Entonces Elsa?

—¡Sí, Elsa, Elsa! —exclamó saltando.

Entraron y tardaron muy poco en salir. Cuando lo hicieron, Eider y Jon Ander estaban frente al escaparate. Los cuatro comieron en Ikea y, mientras compraban, Jon aprovechó para echar un vistazo al barrio de Bogdana. Se pasó toda la tarde aparcado al lado de su portal sin hallar ni rastro de ella.

Pasajes, 27 de abril de 2014. Domingo.

El suboficial Jon Ander Macua se pasó buena parte del domingo en la capital bizkaina. Madrugó mucho para conseguir estar al pie del cañón a las nueve de la mañana, y permaneció más de nueve aburridas horas aparcado frente al portal de Bogdana sin conseguir ver ni rastro de ella. A las seis y media decidió ponerse de nuevo en la carretera. Había quedado con Ibon a las ocho y no quería llegar tarde. Cuando aparcó en Pasajes y salió del coche, sintió que tenía las piernas entumecidas a causa de las horas que había pasado allí metido. Como aún quedaba un cuarto de hora para la cita, decidió dar una vuelta por las calles de la ciudad. Necesitaba poner el cuerpo en marcha y anduvo a paso ligero. Hacía fresco y eso le ayudó a despejar la cabeza. Llevaba unos días sin llover y era de agradecer. El cielo estaba estrellado y la luna parecía un fino trazo a pincel. Pensó que aquel paseo era sin duda el mejor momento del día. Llegó al bar a las ocho y un minuto. Ibon aguardaba en la misma mesa en la que se habían reunido el viernes. Pidió una cerveza antes de sentarse.

—¿Quieres algo? —dijo frente a Ibon.

—No, gracias. Acabo de pedir.

Jon se desplomó sobre la silla, se llevó el botellín a los labios y echó un trago. Le dio la impresión de que hubiese corrido la Behobia-San Sebastián. Estaba agotado y sus músculos atrofiados.

«Tengo que empezar a entrenar», se dijo.

—¿Qué tenemos? —preguntó sin preámbulos.

—Hay un tipo —susurró mirando a ambos lados.

—Bien, dispara.

—Se encarga de suministrar droga a pequeños camellos. No sé para quién trabaja, pero está claro que para alguien importante.

—Sigue.

—Mercancía buena pero, eso sí, exige exclusividad. Si se entera de que has andado pillando a otro, deja de pasártela para siempre. Sin excepciones, además. Es muy tajante en eso.

—¿Nombre?

—Si vas de listo date por jodido, porque él y toda la chusma que tiene detrás son los que manejan. Por lo que he oído, tarde o temprano todo camello acaba recurriendo a él. No tiene competencia en cuanto a calidad-precio…, en cuanto a cantidad, disponibilidad…

Jon miraba muy atento al chico. Estaba nervioso, incómodo. Sus ojos verdes brillaban. No bajaba la guardia y vigilaba a todo el que entraba en el garito. Jon pensaba que no debía preocuparse tanto. Aquel bar era de viejos. Solo apto para *txikiteros*.

—No sé su nombre, pero se hace llamar Mastín. Me lo han descrito como un tío gordo. Es algo así como un bufón que va de guay. Al parecer, él en sí no da miedo… El cabrón no se ensucia las manos si tiene que ajustar cuentas, pero sí da la orden. Es mala gente.

—¿Es extranjero?

—No, no. El tío es de aquí.

—¿Tienes más información?

—Él decide dónde y cuándo pasarte la mierda. Además, te avisa con muy poco margen y exige puntualidad. Un colega de un colega casi se mata por intentar acudir a la hora. Se la dio con la moto y se rompió una costilla. Mastín no volvió a venderle.

—¿Edad?

—La mía más o menos…, tal vez algo más. No creo que llegue a cuarenta.

—¿Tú tienes su número?

—No es fácil acceder a él. No hace negocios con nadie nuevo a no ser que sea a través de viejos clientes. Si yo quisiera pillarle tendría que pedírselo a un colega y, por medio de otro colega, me conseguiría una cita. Con este método evita filtraciones no deseadas… Estos viejos clientes se la juegan porque se responsabilizan de la nueva transacción, motivo por el cual se quedan con una pequeña parte… Para compensar, ya sabes… Mastín es un hueso duro de roer y hasta que no te has citado varias veces con él no te mete en su cartera de clientes. Estar en contacto directo con Mastín es algo así como ascender en el negocio. En el fondo todos desean eso porque les otorga cierto poder y, por supuesto, más beneficios. Quien está en este negocio es porque le gusta el dinero fácil. Cuanto más dinero mejor… Dentro no eres consciente de que no es nada fácil y de que cuanto más asciendes más se complica.

Jon le observaba en silencio. Reflexionó sobre todo lo que le acababa de contar.

—Me conoces —prosiguió Ibon—. Sí, he estado en el negocio, pero he sido un camello de poca monta y lo sabes. Jamás me he citado con este individuo… y no por falta de medios. Más bien por dejadez. En mis intereses no estaba eso de ascender o de forrarme… Por suerte o por desgracia mis motivaciones eran otras… —suspiró y se revolvió el cabello pelirrojo—. Me bastaba mientras me diera para poder costearme lo que consumía.

—No vuelvas a jugártela. Tu vida estuvo a punto de irse a la mierda, no lo olvides.

—Sí, pero ahí he de decirte que la coca no tuvo nada que ver… Acuérdate de que un puto psicópata se metió en nuestras vidas… —apuntó al tiempo que giraba el botellín sobre la mesa.

—Sí, eso es otro cantar… Cómo olvidarlo… Pero yo me refería a Lorena.

Ibon se le quedó mirando muy serio, después echó un trago de cerveza.

—Ah, entonces no estuvo a punto de irse a la mierda… Se fue del todo —afirmó a media voz.

—Eres muy joven. Tienes toda la vida por delante.

—Claro…

—Agradezco mucho tu colaboración. Este es mi número —dijo sacando un boli y escribiendo sobre una servilleta de papel.

—No te molestes, aún tengo tu tarjeta en casa.

—No, no, a ese número no me llames, hazlo a este —indicó empujando hacia él la servilleta.

—¿Qué tal tu compañera?

—¿Eider? Está bien.

—Leí en la prensa la resolución del caso de Maika… Un trabajo fino… Después de tantos años sin resolverse… Me pareció increíble que consiguierais llegar a la verdad…

—Gracias.

—No sé qué me ha pasado, pero desde lo del Harakin me ha dado por seguir las investigaciones de asesinatos. Busco en prensa los avances… Cosas así.

—Mira a ver… Este año salen bastantes plazas para ser *ertzaina*.

La carcajada que soltó Ibon hizo girarse de golpe a todos los *txikiteros* que estaban frente a la barra.

—Muy bueno, Macua —aseguró con los ojos llorosos.

—Te lo decía en serio…

—Sí, seguro que sí… ¿Con mis antecedentes? —meneó la cabeza con intensidad —. Tal vez en otra vida…

—Cuidado con dejar cosas pendientes para otra vida…

—Tranquilo, la Ertzaintza y yo no tenemos nada pendiente —bromeó apurando el botellín—. Estoy contento con mi trabajo de mecánico. Me gusta hurgar en los motores y de vez en cuando seguir vuestras investigaciones.

—Me alegra verte así, tío. Te lo digo de verdad.

Los dos se miraron a los ojos. A ambos les unía una experiencia atroz. Muerte, sangre, incomprensión. Miedo… Aquellos recuerdos pasaron como a cámara rápida por las cabezas de los dos. Ahora estaban ahí, frente a frente. Ya no había tirantez. Odio. Al fin y al cabo estaban vivos, recordándolo en silencio.

—Espero que deis caza al que le ha hecho eso a vuestra compañera —soltó Ibon.

—Yo también lo espero.

Oiartzun, 28 de abril de 2014. Lunes.

—Tres puñaladas, una en el costado y las otras en el abdomen. Dos de las heridas eran punzantes, el cuchillo entró y salió. La otra era incisa, la puñalada se desplazó de derecha a izquierda. Un par de centímetros. Esta última nos da la pista de que el autor es diestro y de que utilizó un cuchillo de punta afilada de unos quince centímetros —dijo Blanca sin retirar la mirada del informe.

Eider pensó que su voz apenas tenía energía. Realizar el examen forense a una compañera de trabajo no debía de ser tarea fácil. Supuso que, después de veinte años en el oficio, habría visto muchos cuerpos sobre la mesa de acero inoxidable, pero esta vez era diferente. Ahora estaba en la sala de reuniones y, en vez de dirigir sus palabras a la oficial Juncal Baraibar, hablaba de su cadáver, de las heridas que le habían causado la muerte… A Eider todo aquello le pareció una broma macabra. Esa investigación deberían llevarla otras personas, otro forense…

—Su cuerpo no presentaba signos de defensa. El autor actuó rápido —prosiguió la forense—. Tras las puñaladas se cayó de costado. Tenía hematomas en la cadera derecha que lo demuestran. Cuando llegaron a socorrerla ya era tarde, había perdido mucho volumen de sangre. Juncal murió desangrada. El miércoles 23 de abril, hacia las diez de la noche, su corazón se paró al bombear en vacío.

De pronto pareció que los corazones de los allí presentes también se habían detenido. La sala se quedó en absoluto silencio. Aquel resumen, aquel final…, dolía. Dolía como una puñalada de esas que había descrito Blanca. Una punzante en el centro del pecho. Eider tragó saliva y le dio la impresión de que el sonido retumbaba por las paredes. Blanca tenía los ojos vidriosos. Se imaginó que los de ella estaban igual. No se atrevió a mirar a Jon. Estaba a su lado. Inmóvil como la pizarra que solía utilizar la jefa.

Parecía un atrezo congelado. Una imagen pausada…, en off. El comisario Koldo agachó la cabeza y Padura caminó hasta la ventana dando la espalda a los demás. El cabello rizado y repeinado todavía se veía más horrible desde aquel ángulo. Parecía un casco, sin vida ninguna. A Eider aquel pensamiento le hizo salir del bucle triste y gris que la envolvía.

—Gracias, doctora Mendia —dijo Padura a media voz.

Eider nunca le había escuchado a nadie llamarla así. Siempre había sido Blanca la forense. Siempre. Intuyó con desasosiego que, de ahora en adelante, sería la doctora Mendia. Pequeños y grandes cambios. Los detestaba. Bastante duro y radical había sido el asesinato de la jefa como para que también tuvieran que modificarse otros detalles.

«¿Por qué? ¿Por qué? Siempre ha sido Blanca y así tiene que seguir siéndolo», pensó con impotencia. Le dieron ganas de soltárselo a Padura. «Debemos mantener esa costumbre en memoria de Juncal. A ella le gustaría. Debemos hacerlo».

—No puedo ayudar en mucho más —susurró apesadumbrada—. He hallado restos de fibras pegadas en una de las heridas. El autor llevaba guantes. No dejó ADN…, no me ha dejado nada de lo que poder tirar.

Padura seguía con la mirada perdida a través de la ventana. Contestó sin girarse.

—No se preocupe, doctora Mendia.

Eider no pudo evitar cerrar los ojos.

—Le agradecemos todo lo que ha hecho —dijo el comisario mirándola a los ojos —. Ahora es nuestro turno.

—Siento una gran impotencia —reconoció. Respiró entrecortadamente—. Me gustaría poder hacer más.

—Daremos con el autor, se lo aseguro —concluyó el comisario.

Padura por fin se giró. También tenía los ojos vidriosos, pero Eider no supo identificar a qué se debía aquel brillo. ¿Odio? ¿Pena? ¿Venganza? Había algo más en el fondo de aquel iris acuoso.

Blanca agachó la cabeza y comenzó a recoger los papeles que tenía sobre la mesa.

* * *

Hacía mucho tiempo que los cuatro no coincidían en el despacho. Después de la visita de Blanca, se habían quedado muy tocados. Cada uno estaba frente a su ordenador. Debían seguir investigando, debían encontrar alguna pista.

—Los teléfonos de la jefa dejaron de emitir señales en cuanto se los sustrajeron —opinó Eneko rompiendo el silencio.

Tres pares de ojos le miraron.

—No era un aficionado. ¿Qué tipo de asesino o ladrón hace algo así? Algo tan tan inteligente, por Dios… —prosiguió encogiéndose de hombros—. No estamos acostumbrados a ver este tipo de actuaciones.

—No, tienes toda la razón —apuntó Jon Ander.

—¿Alguno de vosotros tiene el tráfico de llamadas de los móviles de Baraibar?

—Pensaba que Peio y tú os ibais a encargar de ello —señaló Jon sin poder disimular cierta alteración. Abel le vino a la cabeza… También todas las llamadas que Juncal y él habían intercambiado.

—Yo también creía que nos íbamos a encargar nosotros. Pero Padura no dice ni mu. Solo tenemos la información de que los teléfonos dejaron de emitir señales… —farfulló, poniéndose de pie—. Yo a este tío no sé por dónde cogerle… Han pasado más de noventa y seis horas… y seguimos esperando. Voy a ver qué diablos pasa.

El portazo fue sonoro. Los tres se sobresaltaron como gatos. Eider pensó que las emociones estaban un tanto trastocadas y desorientadas. Cogió aire hondamente y se sobresaltó más. En breve saldría a la luz la relación que su compañero mantenía con la jefa.

«Todo va a saltar por los aires. Todo va a saltar por los aires», se repitió como en trance.

Cerró los ojos y una palabra asaltó su cabeza.

Casa.

«Quiero irme a mi casa», se dijo angustiada.

* * *

Padura acababa de estar reunido con el comisario para estudiar a fondo la autopsia. La doctora Mendia había hecho un buen trabajo a la hora de realizar el análisis forense de Juncal Baraibar. Ahora él ocupaba su asiento. Intentaba hacerlo el menor rato posible. Prefería salir del despacho o mantenerse de pie. Allí sentado no podía evitar sentir que estaba usurpando un lugar que no era el suyo… Estar allí le recordaba una y otra vez su muerte… Necesitaba regresar a Erandio, a su despacho. Estaba seguro de que aquellas paredes le ayudarían a olvidar. Tenía la total certeza. Su oficina era como su hogar, una guarida en la que sentirse a salvo del peligro que acechaba. De pronto escuchó que alguien aporreaba la puerta. Se puso de pie de un salto.

—Adelante.

El agente canoso se asomó. Era Eneko. Siempre se le había dado bien recordar los nombres.

—¿En qué puedo ayudarle, Eneko?

El agente se coló y cerró tras de sí.

—¿Qué pasa con el listado de llamadas entrantes y salientes? —soltó sin preámbulos.

—¿Perdona? —preguntó descolocado. No acostumbraba a oír esas insolencias a los de su equipo de Erandio.

—Los teléfonos de Juncal Baraibar… El tráfico de llamadas… ¿Dónde están?

—Ya les dije que la orden judicial estaba enviada a la compañía telefónica.

—No, no nos lo dijo —apuntó con serenidad y absoluto convencimiento.

Padura frunció el ceño.

—Han pasado más de noventa y seis horas desde su asesinato. Deberíamos estar trabajando en ello —apuntilló.

En aquel instante Padura supo que jamás se llevaría bien con aquel individuo. Se preguntó si Juncal lo hacía.

—He procedido como dicta el protocolo y le aseguro que la orden judicial salió con la mayor brevedad. Les avisaré en cuanto llegue —dijo caminando hasta la puerta—. ¿Quería algo más? —añadió abriéndola.

Eneko se giró y observó al subcomisario. Estaba ahí pasmado invitándole a que abandonara el despacho. Quiso decirle que llamara y metiera prisa a los de la compañía, pero optó por dirigirse a la puerta y despedirse con un escueto «No, gracias. Quedo a la espera entonces».

* * *

El cansancio ya empezaba a hacer mella en él. Jon Ander estaba de vuelta en Bilbao. Después de la jornada laboral había decidido volver a hacer guardia delante del portal de Klaudia. Había barajado la posibilidad de que, tras la muerte del picoleto y de la chica griega, se hubiese largado a Polonia o a algún otro lugar. Tenía la opción de preguntar a los vecinos, pero de momento no había querido arriesgarse. Le pegó un mordisco a un *falafel* que acababa de comprar antes de entrar en el barrio. La salsa de yogurt le supo a gloria. Tenía hambre y lo devoró en tres bocados. Lamentó no haber cogido otro más. Abrió una lata de Coca-Cola y bebió varios tragos. Mientras lo hacía, vio cómo una mujer salía del portal. Era una mujer rubia de melena. Se atragantó y las burbujas se le fueron por la nariz.

—¡Mierda!

Parecía ella, Klaudia, Bogdana… Sí, parecía la misma.

La polaca no tardó en subirse a un Ford *Kuga* gris antracita e incorporarse a la carretera. El suboficial Macua metió las servilletas y la lata en una bolsa de plástico y la anudó para que no se derramaran los restos de la Coca-Cola. Salió del aparcamiento a toda prisa y divisó el Ford *Kuga* a cierta distancia. Entre ambos había tres vehículos. No podía permitirse el lujo de perderla de vista. Aguzó los cinco sentidos. Consultó el reloj. El del coche marcaba las 21:34.

«Tengo toda la noche, Bogdana», se dijo, sintiendo que por fin tiraba del hilo adecuado.

Salieron de Bilbao y tomaron la carretera de Mungia. Condujeron más de media hora en dirección Bakio. Jon la seguía con la suficiente cautela para no ser descubierto, pero sin extraviarla. Por la BI-2101 apenas había casas y ya llevaban un rato en el que eran los únicos que circulaban por aquella carretera secundaria. Decidió aminorar y cruzar los dedos. Cuando el Ford *Kuga* alcanzó un tramo de curvas, giró a la izquierda y Jon lo perdió de vista. Mantuvo el ritmo con la esperanza de divisarlo en cuanto llegara a aquel lugar. Aguantó con paciencia y, al introducirse en la zona serpenteante, vio las luces traseras perdiéndose de nuevo. Esta vez hacia un desvío que había a la derecha. El suboficial la siguió y condujo más de un kilómetro perdiendo y recuperando los pilotos rojos. El corazón no dejaba de sobrecogerse. De pronto vio que giraba a la derecha y comenzaba a ascender por un camino más rural. No quiso precipitarse y redujo la marcha para pasar por la entrada lo más lento posible. La luz de sus faros se reflejó en una señal que estaba colocada al principio del camino. «Propiedad privada. Prohibido el paso», pudo leer claramente.

Más arriba una verja y un portón.

* * *

La higiene era un requisito fundamental. Al entrar en casa percibió el aroma a gel de ducha. Exigía que las chicas usaran aquel, no otro. Era un olor a jabón tradicional, a limpieza clásica. Le gustaba ese y punto. Se dirigió a la cocina con paso presuroso. Siempre iba y venía a aquella velocidad, como si tuviera prisa.

—Buenas noches —saludó.

Una mujer rubia y delgada estaba frente a la placa de vitrocerámica. Daba vueltas a algo que cocía en una olla.

—Buenas noches, Klaudia.

La polaca se fijó en su cabello encrespado y alargado por varias extensiones. Lo tenía como en bloque, lo tenía sucio…

—Por el olor he deducido que las chicas ya han pasado por la ducha —murmuró acercándose.

«Tú también deberías lavarte un poco ese pelo, Jacqueline», pensó mirándola de reojo.

—Sí, ya están aseadas —contestó intimidada.

Klaudia se asomó a la olla.

—Hoy toca macarrones con zanahorias al vapor —explicó la rubia rápidamente —. Hidratos de carbono, antioxidantes y beta caroteno para conseguir un bonito dorado en el solárium.

—Bien —dijo observándole la boca.

Klaudia no pudo evitar asquearse al ver en movimiento la vieja silicona que campaba libremente por sus labios. Parecían irritados, inflamados. Enfermos. Daba la impresión de estar sufriendo algún tipo de reacción alérgica. Jacqueline había sido una mujer bella en el pasado, pero se había pasado con los retoques. Llevaba desde muy joven destrozándose a golpe de bisturí. Tenía cuarenta y tres años muy mal llevados. La conocía desde hacía dos décadas. Ambas coincidieron en un club de alterne de Castillo. Era la primera vez que Klaudia se encargaba de las chicas y Jacqueline era una de ellas. Recordaba perfectamente a aquella chica preciosa… La recordaba, sí. También recordaba lo rápido que se dio cuenta de su ambición y sus ansias de dinero…, de su falta de escrúpulos. Era rubia, era fría, era codiciosa. Era hermosa y zalamera. Aún conservaba la mayoría de aquellas cualidades.

—He de hacer una llamada. Avísame cuando esté la cena de las chicas.

—De acuerdo.

—Por cierto, a mí prepárame otra cosa —dijo de camino a las escaleras.

—Claro, Klaudia.

La polaca subió hasta su dormitorio y se encerró en él. Marcó el número.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —preguntó Castillo.

—De camino a la casa he sentido que alguien me seguía.

—¿Estás segura?

—No, pero siempre me dices que a la mínima sospecha te avise.

—¿Matrícula?

—Conducía a una distancia prudencial. Una monovolumen oscura.

—¿Nada más?

—No.

—Mandaré a alguien.

—De acuerdo.

Oiartzun, 29 de abril de 2014. Martes.

Volvió a marcar el número. Era la tercera vez que llamaba a su compañero. Eider se encontró con la misma respuesta. Varios tonos y Jon sin contestar. Miró su asiento. Eran casi las nueve de la mañana. Una hora de retraso. No era propio del suboficial Macua, y menos con el caso que tenían entre manos… Hizo memoria. La víspera le contó que iba a regresar a Bilbao para hacer guardia delante del portal de Klaudia. Se despidieron en el aparcamiento de la comisaría y no había vuelto a saber nada de él. Tomó aire para intentar disipar la angustia. Tenía un mal presentimiento. Se levantó y anduvo hasta la ventana con la esperanza de verle aparecer con el coche. El aparcamiento estaba en la más absoluta tranquilidad. Los coches que había estaban aparcados. El cielo despejado y el suelo seco. Por fin llevaba varios días sin llover. Eider echó la vista atrás y le pareció mentira. Habían chupado tantas semanas de lluvia…, tanta agua…, que llegó a pensar que aquel clima había llegado para quedarse eternamente. Tomó aire de nuevo. Apenas habían pasado unos minutos desde la última vez, pero no pudo evitar volver a consultar la hora en el móvil. Se fijó en que tenía una llamada. El número no le sonaba. Cogió su otro teléfono, el que verdaderamente era suyo, y entró en la agenda para comprobar si allí figuraba. Hizo un barrido de arriba abajo y de abajo arriba. No había rastro. Aún lo tenía en la mano cuando empezó a sonar. Era otra vez el mismo número. Pensó que igual era algún antiguo conocido de Vanesa ya que era el viejo teléfono de su sobrina. Decidió contestar.

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Eider? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo —contestó sin poder evitar que le recorriera un escalofrío por la columna vertebral. Aquel número solo lo utilizaba para hablar con Jon. No se lo había dado a nadie más.

—No consigo dar con Jon Ander —explicó sin presentarse.

Eider aguardó en silencio.

—Llevo toda la mañana llamándole —prosiguió. La voz sonaba preocupada.

—Perdona, ¿quién eres? —dijo ella.

—Soy Abel… Su vecino Abel.

Eider cerró los ojos aliviada y se dio cuenta de que llevaba un rato conteniendo la respiración. Se relajó y boqueó en silencio como un pez moribundo.

—La última vez que estuve con Jon Ander me dio tu número por si necesitaba hablar con él y no conseguía localizarle… —reveló cortado—. ¿Estás ahí? Eider, ¿sigues ahí?

—Sí, sí. Pero ahora mismo no estoy con Jon, ya lo siento. ¿Te puedo ayudar yo en algo?

Eider le escuchó resoplar.

—Estoy un poco agobiado…

—¿Qué ha pasado? —preguntó extrañada.

—Es sobre la petición que Jon me hizo… No puedo retener durante más tiempo el bloqueo del listado de llamadas de vuestra compañera…

—Ya…, entiendo. —Se llevó la mano libre a la nuca y miró hacia el techo.

—Debería salirme del sistema ahora mismo.

—Joder —murmuró Eider.

—Sí, lo sé y lo siento. Pero ya le dije que no podría mantenerlo durante mucho tiempo. Lo he alargado lo más que he podido.

—¿Podrías hacerlo al menos durante una hora más?

—Me estoy jugando el pellejo…

—Solo hasta que localicemos a Jon.

Abel chasqueó la lengua.

—Por favor…

—De acuerdo. Pero solo durante una hora. Cuando veas a Jon dile que a las diez se acaba el bloqueo.

—Bien, está bien. Muchas gracias.

—De nada.

Ambos colgaron a la vez.

«Mierda, mierda, mierda…», dijo para sí. «Jon, ¿dónde demonios te has metido?».

* * *

Un intenso dolor en los globos oculares le despertó. Tenía los ojos cerrados y era incapaz de abrirlos. Sus párpados pesaban toneladas. Sintió la boca tan pastosa que tragó saliva a duras penas. Reflexionó sobre la víspera. Dejó el coche en un aparcamiento y se dirigió a pie para husmear. Consiguió colarse por un hueco que había en la verja y se dio cuenta de que la casa tenía mucho terreno alrededor. Se acercó con sigilo, pero una cámara en la puerta principal le hizo retroceder. La construcción del caserío le llamó bastante la atención. Mucho. Jon volvió a tragar saliva e intentó espabilarse. No pudo. Estaba agotado. Gruñó. De repente escuchó llantos, gritos agudos. Infantiles. Abrió los ojos de golpe y se incorporó. Reconocía esas voces perfectamente. Eran los mellizos de su vecina que salían de casa para ir al cole. Solían hacerlo a las nueve y cuarto. ¿Qué hora era? Cogió el móvil de la mesilla y estaba apagado, se había quedado sin batería. El otro había dormido en el bolsillo de la chaqueta. Salió de la cama de un salto y se dirigió a la cocina. El reloj de la columna marcaba exactamente aquella hora… Nueve y cuarto. Había quedado con Eider a las ocho.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joderrrrr…!», se lamentó para sí.

Extrajo el teléfono de la chaqueta y la llamó.

—Jon, joder, ¿dónde narices estás?

La crispación de Eider no le dejó ni explicarse.

—En la cama… —soltó con la voz especialmente ronca—. Me he quedado dormido.

—Vale, bien… —murmuró suspirando.

—¿Ha pasado algo?

—Estaba preocupada… Mucho.

—Tranquila, estoy bien. No va a pasarme nada.

—Me ha llamado Abel. A las diez desbloquea el acceso a la lista de llamadas de Baraibar.

—Voy para allá.

—No tardes.

⁎ ⁎ ⁎

—Es un caserío totalmente aislado —explicó Jon Ander al tiempo que se acomodaba en su escritorio—. Desde la carretera ni se ve. Hay que tomar un camino privado para poder acceder a él. Es el típico *baserri* grande, reformado. Pero es raro, porque en la fachada tan solo han construido unas pequeñas ventanas. —Se quedó pensativo mientras le daba vueltas a su café doble—. Primero seguí a la polaca hasta el camino y busqué un sitio donde dejar el coche. Lo hice a casi un kilómetro, en el aparcamiento de un merendero. Por suerte la noche estaba despejada y la luz de la luna me permitió ver el suelo que pisaba.

—¿Había algún coche aparcado? —preguntó Eider.

—No, ni siquiera el de Klaudia. Esos *baserris* son enormes… La gente suele construir garajes en las antiguas cuadras.

—¿Viste a alguien?

—Ni rastro. Las pequeñas contraventanas estaban echadas. La casa parecía estar cerrada a cal y canto. Daba la impresión de que allí no viviera nadie o de que fuera una especie de fortaleza. Ver esa fachada da una sensación rara… No sé cómo explicarme.

—Dame la dirección exacta —pidió Eider frente al ordenador.

Jon le dictó las coordenadas que tenía guardadas en el mapa del móvil.

—Esta mañana he estado indagando sobre Bogdana Jakov —comentó Eider mientras las introducía a golpe de tecla—. Como ya sabemos, cerró el *puti* Lady Chatterley hace casi dos años. Nada más hacerlo, solicitó la RGI y estuvo cobrándola durante los primeros meses. Se la quitaron porque no acudió a varias citas concertadas por Lanbide. Al parecer la tía pasaba del seguimiento. Lleva un año y medio sin percibir ningún ingreso o, por lo menos, ingresos legales… Y todos los meses paga un alquiler de setecientos euros.

—Esta noche tengo pensado regresar.

—Descansa un poco, anda —opinó Eider.

—Ya he descansado esta mañana —bromeó sonriendo—. Por cierto, anota mi número fijo por si vuelve a pasar algo así. Llámame a casa sin problema —dijo al tiempo que se lo dictaba.

—Espérate al fin de semana y voy contigo —propuso guardándolo en la memoria de su móvil.

Jon hizo caso omiso, tiró el vaso vacío y se concentró en su ordenador. Ambos siguieron recabando información sobre la polaca y el caserío.

—¿Se puede?

Eider y Jon miraron hacia la puerta.

Era el nuevo jefe… Era Padura. A ambos se les hizo rarísimo ver su cabeza asomando por la puerta. Le observaron sin decir nada. Parecían asombrados.

—Tengo el tráfico de llamadas de Juncal —anunció muy serio.

Aquella lista ensombreció a ambos. Eider tragó saliva.

—Eneko y Peio iban a encargarse de revisar los números, ¿saben dónde están?

Eider decidió romper el monólogo del Torerillo.

—Tenían cita con un *supuesto* testigo —informó Eider al tiempo que entrecomillaba en el aire al decir la palabra «supuesto»—. A primera hora me han confesado que el tipo no les había dado ninguna confianza.

—Ya, entiendo —murmuró pasándose la palma de la mano sobre los rizos engominados—. Cuando regresen, por favor, díganles que se pasen por mi despacho.

—De acuerdo —comentó Eider.

—Gracias.

El jefe desapareció de la vista de los dos y cerró tras de sí.

—No queda tiempo, Eider. De aquí en adelante me esperan varios interrogatorios…

—Sí, a ti y mí… —reconoció negando con la cabeza—. Es lo que hay… Ojalá este tiempo ganado haya servido para algo.

—Ojalá —murmuró suspirando—. Tengo algo sobre la casa a la que me llevó la polaca. Pertenece a un cántabro. Un don nadie.

—Un testaferro.

—Probablemente. Trabajaba en una sucursal bancaria. Lleva años prejubilado por problemas cardíacos. Es el propietario del caserío desde el 2006.

—¿Qué se cuece en esa casa?

—Nada bueno… —confesó mirándole a la cara—. Eider, el tema del listado lo ha precipitado todo y hay un pequeño cambio de planes. Me iré después de comer. Haré guardia en la casa y veré quién entra y quién sale. Necesito recabar la máxima información. No regresaré hasta que quieran hablar conmigo, ¿de acuerdo?

Eider tomó aire, pensativa.

—Seguimos sin saber quiénes están metidos en este asunto… —le recordó Jon Ander—. Debemos mantener esta historia en secreto.

—¿Esto está pasando de verdad?

—Por desgracia, sí. Baraibar tenía la certeza y fue asesinada. No lo olvides. Cautela, ¿vale?

—Cautela —repitió a media voz.

* * *

A Jon se le hizo mucho más fácil conducir de día por aquella carretera rural. Dejó el coche en el mismo merendero y se dirigió al caserío a paso ligero. De camino se cruzó con un chico que claramente iba de paseo con su perro, y con un hombre que llevaba un par de bastones de senderismo. Ambos saludaron al pasar junto a él. Se preguntó por qué en el monte la gente se saluda y en la ciudad no. Supuso que respirar aire puro pone de buen humor. Pensó que él ni estaba de buen humor ni quería cruzarse con nadie. Cuanto más desapercibido pasase, mejor. Se coló con rapidez por el hueco que había en la verja y subió, medio agachado, por el amplio terreno. La hierba estaba descuidada y la vegetación alcanzaba buena altura. Gracias a la cantidad de lluvia que había caído, el follaje estaba espectacular. Jon inhaló el aroma a campo salvaje y le recordó a su niñez, a cuando sus amigos y él se perdían durante horas en los montes del barrio. Se camufló entre la maleza y observó la espigada cizaña, los llantenes de punta marrón que tan bien conocía. Las niñas del barrio montaban tiendas de mentira y los llantenes hacían las veces de regalices. La madreselva, de plátanos y las piedras, de pesetas. No tenía la menor idea del porqué de aquellas asociaciones, pero a todos les parecían bien. Recordó también que fingían que las grandes hojas de los plátanos de sombra eran barras de pan. A Jon le pareció totalmente surrealista. ¿Una hoja verde con forma de media estrella una barra de pan? De pronto sintió un picor en el dorso de la mano derecha. Observó varios granitos enrojecidos. Se dio cuenta de que había sido el roce de una ortiga. Guardó las manos en los bolsillos y decidió concentrarse en el camino. Prosiguió su ascensión hasta que llegó a la altura de la casa. Se quedó resguardado, a una distancia prudencial, entre la hierba y un par de robles. Su intención era vigilar el mayor tiempo posible y saber de una vez qué se cocía en aquel caserío. Cuando estaba a punto de sentarse, observó que delante de él la maleza se movía. Echó la mano al arma.

—¡Esto es propiedad privada!

Escuchó Jon Ander. Una figura apareció de entre la hierba. Era un tío.

Un tío grande.

—Solo quería descansar un poco.

—Aquí no puedes estar. ¿No has visto la señal que hay al comienzo del camino? —preguntó frente a él—. Hay una verja que delimita la propiedad…

Jon Ander se enderezó completamente. El tipo era tan alto como él pero bastante más gordo. No contestó a su pregunta. Sabía perfectamente que el individuo le habría observado colarse y subir medio agachado. Se maldijo. No había sido descuidado, la cámara de vigilancia estaba en la casa pero no por el camino. No entendía cómo había podido verlo.

—¿Quién coño eres?

La pregunta pilló a Jon totalmente desprevenido.

—¿Quién coño soy? —repitió frunciendo el ceño.

Ambos se observaron durante unos segundos. El aspecto del tipo y su pregunta no le daban ninguna confianza. Debía cortar la conversación y largarse de allí lo más rápido que pudiera. La mano seguía sobre el arma. Intentaría marcharse de buenas maneras. Esperaba que se lo permitiera porque no tenía ninguna intención de quedarse allí. Lo primero que sintió Jon fue el sonido contra el aire, después el susto al recibir el impacto y, por último, un dolor intenso en la cabeza.

Se desplomó de costado totalmente *KO*.

—¿Qué hostias haces? —le preguntó a Rodrigo, que ahora estaba enfrente. Jon Ander separaba a ambos. Estaba en el suelo, inerte, como un fardo.

—Tenía un arma, gilipollas. ¿Por qué cojones crees que no movía la mano del costado?

Mastín miró al intruso. La sangre brillaba sobre su pelo negro. Vio cómo Rodrigo doblaba la espalda y extraía el arma de la que hablaba.

—Es una H&K UPS compact 9 mm —murmuró observándola con detenimiento.

—El arma reglamentaria de la pasma, joder —farfulló Mastín.

—No te quedes ahí pasmado y ayúdame a meterlo en casa —ordenó Rodrigo volviendo a doblar la espalda y tirando de la cazadora del subinspector Macua.

* * *

Cuando Eneko y Peio entraron en el despacho, ya era media tarde. Eider había estado investigando sobre el caserío. Actual y antiguos propietarios, permisos de obra… Quería saberlo todo acerca de aquella casa. Jon estaría ahora mismo haciendo guardia en los alrededores y Eider sentía que también tenía que darle duro, aunque fuera desde el despacho. Observó que Eneko llevaba unos folios en la mano.

Era el tráfico de llamadas de Baraibar.

«El maldito listado», pensó.

Eneko vio que lo miraba embobada.

—Padura acaba de entregárnoslo —dijo frente a ella—. Me ha comentado que esta mañana os dejó el recado.

—Sí, es verdad —susurró sin mirarle a la cara—. Se me había pasado por completo. Ahora que te he visto me ha venido a la cabeza.

—¿Estás bien?

—Claro…, sí. Gracias.

Eneko permaneció frente a ella, inmóvil, durante unos segundos.

«Aparca esa lista unos días», quiso decirle. «Solo un par de días».

Él se retiró silenciosamente hacia su mesa, preguntándose por qué su compañera le había esquivado la mirada. Eider no era así…, aquel comportamiento no era propio de ella. Cuando hablaba siempre clavaba aquellos ojos grises.

—¿Queréis un café? —preguntó ella—. Voy a la máquina.

Ambos negaron con la cabeza.

Necesitaba salir de aquel despacho. Las sospechas se habían presentado incluso antes de que vieran el número de Jon Ander en aquel listado. Estaban jodidos…, muy jodidos. Se dirigió a la máquina y sacó un solo descafeinado. Hubiese preferido uno doble y con cafeína, pero bastante alterada estaba. Bebió un trago y el calor bajó por su garganta. Pensó que tenía que buscar un pretexto para salir de allí. Algo para investigar fuera de la comisaría. A poder ser, en la calle.

—Hoy el día se me está haciendo especialmente largo, ¿a usted le pasa lo mismo?

Eider escuchó a sus espaldas a Padura. Su voz aterciopelada era inconfundible, pero, sobre todo, sus frases llenas de cortesía. Sintió cómo el calor del café le subía a las mejillas. Se giró antes de contestar.

—Sí, reconozco que un poco largo.

Padura metió unas monedas en la máquina.

Eider dio unos pasos hacia la izquierda. Bebió un trago largo. Deseaba ver el vaso vacío. Percibió el olor a café. A ese café que ella se habría tomado si todas las cosas estuvieran en su sitio. Observó cómo su líquido, en vez de bajar por su garganta, bajaba por la del jefe. Se fijó en el movimiento de su nuez. Arriba, abajo. Suspiró sin que se le notara.

—Acabo de estar con sus compañeros —expresó sin mirarle.

Eider intuyó que esperaba que le contara el motivo de por qué no les había pasado el recado.

—Sí, lo sé —dijo sin defenderse. Pensó que no merecía la pena gastar saliva a lo tonto, pronto todo saltaría por los aires y tendría que gastarla en explicaciones.

La miró a los ojos, fijamente, como si hubiera leído sus pensamientos.

El calor del descafeinado seguía en sus mejillas.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó serio.

«La oficial en punto muerto…, pero la otra, se está poniendo muy interesante», quiso confesarle.

—De momento no hemos avanzado demasiado. ¿Qué tal va el caso de Anna Karlatos? —comentó rápidamente para no bajar la mirada.

—El equipo de Erandio está centrado en los movimientos de Marcelo. Están reuniendo todas las grabaciones de tráfico del mes de abril para averiguar su rutina.

—Era un tipo solitario y se movía en un ambiente muy controlado… —opinó Eider—. Ojalá que alguna pista arroje algo de luz.

—Sí, eso esperamos —dijo dando otro sorbo.

—¿Se sabe algo más del compartimento oculto que la científica encontró en la furgoneta?

Padura miró el contenido del vaso y reflexionó antes de contestar.

—Hallaron algún resto en su interior.

—¿De droga? —preguntó. Aquel compartimento tenía toda la pinta de ser el lugar perfecto para transportar fardos.

—No, biológicos.

Eider levantó las cejas.

—Los de la científica están trabajando en ello. Supuestamente hay ADN de diferentes personas. —Apretó el puño para doblar el vaso y lo tiró a la papelera.

Ninguno dijo nada más.

* * *

Mamá, no sé qué pasa. Tengo mucho miedo. La polaca me ha llevado de la muñeca casi a rastras. Me ha encerrado en la habitación. Todo ha sido muy rápido. Yo estaba en la cinta andadora. Llevaba diez kilómetros a buen ritmo cuando he oído un ruido. Me he bajado de un salto y con el corazón a mil. Klaudia ha aparecido enseguida. «¡Vamos, vamos!», ha dicho bruscamente. Me ha agarrado con fuerza y me ha conducido hasta el dormitorio. Ahora estoy aquí dentro. No sé qué hacer… Algo ha sucedido. He oído mucho escándalo. Esta casa acostumbra a estar en silencio. ¡Mamá, estoy asustada! ¿Y si vienen a por mí? ¿Y si me espera algo más horrible de lo que ya me hacen? Tengo que pensar, eso es lo que tú me aconsejarías. Mirar a mi alrededor y concentrarme. Pero esto ya lo tengo más que visto. Aquí no hay nada, nada para defenderme…, ni siquiera para hacerme daño… Si van a venir que sea cuanto antes, por favor. Solo pido eso.

* * *

La jaqueca más terrible que había tenido en su vida. Eso pensaba Jon respecto al dolor de cabeza tan brutal que le recorría de las sienes a la nuca. Estaba mareado y tenía el estómago revuelto. Enderezó el cuello a duras penas. Estaba sentado en una silla y enseguida se dio cuenta de que tenía las manos atadas a su espalda. Se miró los tobillos y descubrió que los tenía rodeados por la típica cuerda de fibras color paja. Tenía tantas vueltas sobre las piernas que casi le llegaban a las rodillas. Movió las muñecas y sintió la aspereza en la piel. Supuso que le habían atado con la misma cuerda. Miró a su alrededor. Era una habitación de techos altos. A unos tres metros, en la pared derecha, había un pequeño ventanuco por el que entraba algo de luz. Los suelos eran de cemento y se fijó en que no había nada más. Escuchó voces al otro lado de la puerta. No supo si hacerse el inconsciente o mantenerse erguido. Las bisagras de la puerta emitieron un sonido agudo. Se fijó en el tipo gordo. Llevaba un cubo de agua. Sospechó que entraba con la intención de que recobrara el sentido.

—Parece que la bella durmiente se ha despertado —farfulló con una sonrisa nada amable. Pulsó el interruptor con el puño cerrado.

A Jon la luminosidad le acentuó la jaqueca. Entornó los párpados para mitigar el dolor. Se esforzó en mirarle y observó que otro tipo iba tras él. Un par de segundos le

bastaron para ver todo el mal que albergaban los ojos del nuevo. Una mirada fría, vacía, perversa, sin escrúpulos… Sintió que estaba jodido. Ese tipo de gente dotada de malicia y carente de empatía habitaba este mundo para hacer el mal. Estaba hecho de otra pasta que el gordito, de eso estaba seguro. Ambos unos hijosdeputa, pero les diferenciaba aquel matiz tan importante. Adelantó al tipo gordo dándole un empujón y se puso frente a Jon.

—Nos vas a decir quién coño eres y qué haces aquí —dijo inclinándose hacia él.

Jon vio todavía más perversión y oscuridad. Se fijó en un brillo blanco que chispeaba en la fosa nasal derecha.

«Lo que me faltaba… Un puto loco *encocado*», pensó sintiendo que se escapaba toda posibilidad de salir vivo de allí. De pronto temió más por el dolor que por la muerte en sí.

—¿Te ha dejado sordo la hostia en la cabeza? —dijo muy cerca.

Jon percibió su aliento a resaca, a sed, a estómago revuelto…

—¡¿Eh?! Te pregunto si la hostia te ha dejado sordo —comentó al tiempo que le agarraba con ambas manos de la cabeza. Apretó sobre la contusión.

Jon percibió la presión y le causó tanto dolor que pensó que iba a perder el sentido.

—Mudo, sordo y gilipollas —murmuró el gordo detrás del loco.

—No vamos a salir de esta habitación hasta que nos digas quién coño eres —dijo soltándole la cabeza, no sin antes darle un meneo, y dando un paso atrás—. Hace unas horas te pillamos subiendo agazapado. ¿Por qué? Nos lo vas a contar. ¿Por qué llevabas una H&K UPS compact 9 mm? También nos lo dirás.

Jon cerró los ojos.

—No alargues la tarde. Vas a acabar cantando. Ahórrate sufrimiento —le aconsejó el otro.

* * *

Por si tenía pocos problemas, ahora aparecía aquel individuo. Castillo estaba en el almacén del LM, uno de los bares de copas del que era propietario. Le había pedido al camarero un crianza y lo saboreaba con anhelo. El médico le tenía prohibidas las bebidas alcohólicas, entre otras cosas, pero hoy había decidido hacer una excepción. Pensó en su mujer y se la imaginó con los brazos en jarras y con su, cada vez más frecuente, mirada desaprobatoria.

«Vete a tomar por culo, Cata», se dijo. «No tienes ni puta idea del lío en el que posiblemente estamos metidos».

Castillo había estado recapacitando sobre qué pasos dar. Según le había contado su sobrino, el hombre había llegado a pie y llevaba consigo una H&K UPS compact calibre 9 mm. Aquella arma era la reglamentaria de varios cuerpos policiales y eso le había generado cierto desasosiego. Podía ser un agente de la Ertzaintza o de los maderos, pero le extrañaba eso de que hubiera aparecido solo. No era propio de un

policía. No se quitaba a Vikingo de la cabeza. ¿Y si lo había mandado él? El cabrón se la había jugado con lo de Bihotza y ya no se fiaba ni un pelo. En el pasado le habría llamado para que le ayudara a descubrir la identidad del tipo…, pero las cosas habían cambiado en poco tiempo. Vikingo ya no era de fiar.

Vikingo era un traidor.

Escuchó susurros al otro lado y enseguida vio entrar a su sobrino y a Mastín.

—¿Habéis descubierto algo?

Mastín y Rodrigo tomaron asiento.

—El tío no tiene intenciones de colaborar —adelantó Mastín.

Rodrigo sacó el móvil y pulsó «galería».

—Es este —añadió mostrándole la foto a su tío.

Castillo sacó unas gafas del bolsillo de la camisa, se las colocó y tomó el teléfono. Observó al individuo. Estaba sentado en una silla. Tenía las manos hacia atrás y en sus ojos no parecía haber miedo.

—No lo había visto nunca. Parece un tío grande.

—Sí, medirá más de metro noventa —informó Rodrigo.

—El cabrón no ha dicho ni mu. Es un hueso duro de roer —explicó Mastín—. De momento no le hemos apretado las tuercas. Estábamos pendientes de recibir tus órdenes.

Castillo guardó las gafas en el bolsillo y tardó unos segundos en hablar.

—Apretadle las tuercas y averiguad de quién se trata.

—Claro, Castillo —dijo Rodrigo con una sonrisa torcida.

—Pero mantenedlo con vida… —advirtió mirando a su sobrino—. Podemos llegar a necesitarlo.

Rodrigo afirmó con la cabeza.

—Además del arma, el móvil y la llave ¿llevaba encima algo más? —quiso saber.

—Nada más… —contestó Mastín—. No hemos hallado el coche por ninguna parte.

—Antes de nada, buscadlo a fondo. Tiene que estar en algún sitio. No creo que haya llegado andando.

—Puede que alguien le haya acercado…, puede que un taxista —opinó Mastín al tiempo que se rascaba la barriga.

—Ayer Klaudia dio el aviso de que la seguían. Tiene que tratarse de la misma persona. Además, esa llave indica que aparcó su vehículo en algún lado.

—Daremos con el vehículo, Castillo —aseguró Rodrigo—. Averiguaremos de quién coño se trata.

Cuando estaban con el jefe ambos fingían que eran un gran equipo.

—La casa ha dejado de ser segura —dijo Castillo súbitamente—. Tengo que mover unos hilos y conseguir un lugar para trasladar a las chicas. Mañana como muy tarde deberíamos hacer el traslado.

Irun, 30 de abril de 2014. Miércoles.

Eider, por la noche, había llamado a Jon Ander para ponerle al día, pero no había obtenido respuesta. Se había acostado tarde e inquieta, y no había conseguido dormir bien. Se levantó temprano y miró los dos teléfonos. Jon no le había devuelto las llamadas. Volvió a intentarlo antes de desayunar. Ambos seguían apagados o fuera de cobertura. Buscó el número del teléfono fijo. Si estaba dormido se iba a tener que levantar. Lo sentía por él, pero que lo hubiese pensado antes de no contestar a sus mensajes de voz. Marcó con mano temblorosa. Tenía un mal presentimiento. Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos… Y así hasta diez. Decidió colgar. Volvió a marcar.

Nada.

«¿Dónde estás, Jon?».

Se tomó un café menos cargado de lo habitual y se pegó una ducha. Disimuló los nervios delante de su sobrina y la acompañó mientras desayunaba. Preparó un guiso de lentejas con seitán para comer, y menestra de verdura para cenar. Necesitaba mantenerse activa. Se despidió con un beso fugaz y se encaminó a comisaría. No tenía la menor idea de qué iba a encontrar allí. La víspera, sus compañeros estaban trabajando en el dichoso listado de llamadas entrantes y salientes de la jefa.

Se acomodó en su sitio y conectó el ordenador. No había rastro de Eneko y Peio. Estaba sola, ansiosa, y lo único que podía hacer era esperar a lo que se le avecinaba. Tendría que guardar la calma. Escuchó pasos y susurros en el pasillo. A Eider se le aceleró la respiración. Oía su corazón por todas partes. Estaba dentro de los oídos, en la tripa… Los latidos se le habían disparado y resonaban como una batucada delirante. El toc, toc de la puerta le hizo dar un respingo. Padura se asomó al segundo.

—Buenos días, Eider.

—Buenos días. —La voz le salió ronca y forzada. Carraspeó.

—¿El suboficial Macua aún no ha llegado?

—No, no —contestó precipitadamente. Se puso de pie y caminó hasta la ventana —. No, el coche tampoco está aparcado.

—¿Te importaría acompañarme a la oficina?

Eider tragó saliva. Era la primera vez que le tuteaba.

—¿Ahora? —preguntó por preguntar. Estaba tan alterada que no sabía ni qué decir.

—Sí, por favor.

—Bien, vale. Está bien —dijo al tiempo que se acercaba a la puerta.

Padura salió al pasillo y se dirigieron juntos hasta la oficina. Eider se dio cuenta de que al andar arrastraba los pies, llevaba los hombros caídos y una gran bola en la

boca del estómago. Su cuerpo se negaba a seguir el destino que le aguardaba. Sintió que se encaminaba a una especie de cadalso.

—Siéntate —le indicó mientras sostenía la puerta.

A Eider aquella orden le sonó menos educada de lo que Padura tenía por costumbre. No había en sus palabras un ápice de edulcorante, de almíbar… No había un ápice de nada bueno.

Él cerró la puerta.

«Es el fin», pensó ella.

* * *

Aquel miércoles 30 de abril amaneció exactamente a las 7:02. Mastín y Rodrigo, sin perder un minuto, salieron para hallar el vehículo del intruso. Condujeron por todos los caminos blancos que había alrededor de la casa y buscaron por las zonas de aparcamiento. A aquellas horas apenas había vehículos por ninguna parte. Con el buen tiempo los días festivos se llenaban de domingueros, pero ese día era miércoles, el último miércoles de abril. A las 8:32 se metieron la primera raya de cocaína con el pretexto de aguzar los sentidos. Lo hicieron en el aparcamiento de un merendero, bajo la atenta mirada del coche de Jon Ander. Cada vez más exaltados, continuaron su búsqueda.

—No está por ninguna parte, joder —soltó Rodrigo al tiempo que golpeaba el volante.

—Repasemos otra vez —sugirió Mastín.

—Ni hablar. Vamos a apretarle las tuercas a ese hijo puta…

—No nos cuesta nada echar una ojeada de camino a la casa.

—Me da la impresión de que estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Tarde o temprano tendremos que deshacernos de ese tipo… Si el coche está por aquí sería una cagada por nuestra parte no haber dado con él…

Rodrigo no dijo nada. Pisó el acelerador y derrapó con las ruedas traseras.

Regresaron a los mismos aparcamientos hasta que, a las 9:07, por fin dieron con él. Estaba en un merendero, oculto entre dos árboles. Ambos se miraron fugazmente y no dijeron nada. Era el mismo merendero en el que se habían metido las primeras rayas del día. Al presionar el mando, las puertas se abrieron. Mastín y Rodrigo se colocaron un par de guantes y se pusieron manos a la obra. La guantera fue lo primero que registraron. Entre un montón de papeles encontraron el permiso de circulación, recibos del seguro del coche y una cartera. Toda la documentación nombraba al mismo tipo; Jon Ander Macua.

* * *

Castillo había quedado con Mastín y Rodrigo. Al igual que la víspera, les había citado en el bar de copas LM. Tenía información sobre Jon Ander Macua y le urgía

compartirla con ellos. Los tres estaban sentados en la mesa del almacén.

—El tipo es suboficial de la Ertzaintza —soltó después de saborear un trago de un crianza. Giró la copa de vino y el líquido granate pintó el vidrio levemente.

Mastín y Rodrigo se miraron.

—Joder. —Los ojos de Rodrigo brillaban de pura excitación.

—Sí, sospechábamos que pudiera ser un *zipaio* —dijo Mastín—. Su arma nos dio la pista.

—¿Qué quieres que hagamos con él? —preguntó Rodrigo.

—La cuestión es qué hacía husmeando en la casa… —reflexionó Mastín.

—Mi informador me ha revelado algo bastante perturbador.

Ambos le miraron.

—Al *ertzaina* este se le busca por su posible implicación en el asesinato de la oficial de Oiartzun. —Castillo cogió aire antes de continuar—. Al parecer nadie está al tanto de su paradero… y sospecho que trabaja para Vikingo. Supongo que, tras la muerte de Fran, este *ertzaina* es el que se encarga del trabajo sucio.

—Vaya con Vikingo… Menudo cabrón —bufó Mastín—. Primero Bihotza y después la pava de la Ertzaintza.

—Deberíamos deshacernos de él —opinó Rodrigo exaltado—. Tenerlo en la casa, y con vida, solo nos traerá problemas.

Observó a su sobrino. Castillo tenía la certeza de que había sido él el que se la había cargado. El muy capullo a menudo no se paraba a pensar las cosas. Impulsivo y violento. En muchas situaciones ese carácter le beneficiaba, pero no en todas.

—Sí, os desharéis de él y de su coche. Pero no sin antes sacarle información.

—No va a colaborar, Castillo —señaló Rodrigo—. Ese tío va a permanecer callado como una tumba. Vamos a perder el tiempo…

—Hacedle cantar.

—Sí, jefe —murmuró Mastín.

Rodrigo le miró de reojo. No le soportaba. Cada día menos. Era un pelota y un bufón.

—Esta noche sacaré de la casa a las chicas. El trabajo tiene que estar hecho para entonces, ¿de acuerdo? Y no dejéis ningún rastro de él.

—Eso está hecho —aseguró Rodrigo—. ¿Quién se va a encargar de la extracción de las chicas?

—Ahora que no está Picolo tendrá que hacerlo tu hermano Santi.

Rodrigo afirmó con la cabeza.

—Vamos, no hay tiempo que perder —les apremió apurando la copa—. Mantenedme informado.

* * *

La oficina de Juncal Baraibar estaba como siempre. Había silencio y orden, pero no estaba ella. Enfrente, Padura, su nuevo jefe. Un completo desconocido. Eider sintió

que le faltaba el aire. Controlaba las respiraciones porque su pecho intentaba tomar oxígeno con avaricia. Estaba demasiado ansiosa y empezaba a descontrolarse. El Torerillo la observaba sin decir nada. La psicoanalizaba con descaro. Claramente esperaba su reacción. Eider de eso sabía un rato. Solo le quedaban algunas asignaturas para acabar la carrera de psicología. Aquellas herramientas deberían haberle servido para despistar al jefe, pero no lo hicieron. No sabía cómo ocultar sus nervios, su verdad, su mentira… Desde el primer contacto visual la había desenmascarado. ¿A qué esperaba él?

—¿Y bien? —preguntó Eider. El tono le salió un poco borde. Los nervios y el exceso de oxígeno empezaban a hacer de las suyas.

—¿Por qué crees que te he hecho venir a mi despacho?

A Eider no le molaba eso de que le contestaran con una pregunta.

«¿Por qué crees que debería saberlo?», pensó. La primera opción fue seguir con el juego, con las preguntas. «No sé, dímelo tú», o, la segunda opción, decantarse por la chulería.

—¿Ha pasado algo? —Eligió seguir con las preguntas pero fingiendo ingenuidad.

Padura volvió a reflexionar.

—En el listado que la compañía telefónica nos ha facilitado, hemos hallado una infinidad de llamadas de tu compañero a Juncal Baraibar y viceversa —soltó muy serio, sin quitarle los ojos de encima—. Y nos ha extrañado.

—No sé qué decirte… Ella era la oficial de la unidad y Jon el suboficial. Tiene lógica cierta comunicación entre ambos.

—Se llamaban a deshoras y sospechamos que pudieran tener una relación sentimental.

Eider tragó saliva.

—¿Jon con Juncal? —preguntó fingiendo asombro. Sobreactuaba tanto que ni siquiera un niño la hubiese creído.

El jefe permaneció un rato en silencio.

—Llevamos toda la mañana intentando localizarle.

—Sí, yo también le he llamado. —Aquella fue la primera verdad de la mañana—. Suele ser muy puntual y temía que se hubiera dormido.

—¿Has conseguido hablar con él?

—No, qué va. No me ha cogido.

—He estado revisando el informe de la investigación —dijo al tiempo que buscaba entre el taco de hojas que tenía sobre el escritorio—. El viernes 25 de abril, tú y él os encargasteis de hablar con los vecinos de Juncal Baraibar. En este folio hay un resumen de cómo os fue el día. Está redactado por ti y pone esto: «Un hombre de unos cincuenta años, calvo, estatura media, delgado…», es la descripción de una persona que se veía con Juncal, ¿no es así?

—Sí, sí, así es. Recuerdo que la dio una mujer que estaba a punto de cumplir noventa años. Según me contó, coincidió dos veces con él.

—¿Te contó u os contó?

—Nos repartimos las viviendas. A algunas personas las entrevisté yo y a otras, él.

—No me cuadra, Eider… Nada de esto me cuadra… —aseguró suspirando.

«¿Por qué sigues con la farsa?», se preguntó ella. Seguía peleando pese a que todo estaba bastante claro.

—Asuntos internos está de camino. Van a abrir una investigación y querrán hablar contigo.

Eider se puso blanca, después roja.

—Claro, entiendo.

—No te muevas de la comisaría. No tardarán en llegar.

—De acuerdo —susurró poniéndose de pie—. ¿Necesitas algo más?

—De momento eso es todo.

—Estaré en mi oficina, entonces.

—Eider —dijo Padura cuando esta ya estaba en la puerta—. Piensa muy bien lo que vas a decirles.

¿Consejo? ¿Advertencia? Eider no supo muy bien cómo tomarse aquellas últimas palabras.

* * *

Apretó los párpados antes de abrirlos. Había conseguido dormir unas horas y ahora sentía un dolor intenso por todo el cuerpo. Seguía sentado en la silla. Tenía las muñecas atadas a su espalda y los tobillos uno junto al otro. Abrió los ojos e intentó enderezarse. Notaba la columna como anquilosada. Dolía cada centímetro de músculo, de hueso…, cada articulación. La víspera, la pareja de impresentables le había hecho la misma pregunta un millar de veces. Querían saber quién era. Jon no había abierto la boca. Le habían dado algún que otro empujón y una ristra de chillidos. De momento, poco más. Aún tenía la molestia en la cabeza. No sabía con qué le dejaron inconsciente cuando entró en el terreno de la casa, pero lo que sí sabía era que había dejado de sangrar. Le dolía como si tuviera un chichón gigante. Cuando movía la cabeza lo notaba ahí arriba. Grande como un sombrero de copa. Decidió que debía hacer algo antes de que regresaran. Había probado desatarse varias veces. Comenzó a moverse de lado a lado hasta que consiguió balancearse con más movimiento. El sombrero de copa se quejaba con cada nuevo vaivén. Jon se impulsó con fuerza hasta que la silla se quedó a dos patas durante un par de segundos. Cayó de lado como un saco. Su propio peso le machacó el hombro y el brazo aprisionado. Y por desgracia el cabrón del sombrero no salió rodando, no, seguía incrustado en su cabeza. Intentó hacer algo de costado, algún movimiento que le facilitara poder desatarse, y sintió que su pobre columna anquilosada crujía. Echó aire por la nariz con impotencia. Estaba muy bien atado. Tenía que reconocer que habían hecho un buen trabajo con la cuerda. Llenó sus pulmones y, cuando se disponía a arrastrarse para intentar desgastar la cuerda, la puerta se abrió.

* * *

Tenía ganas de salir corriendo, de llorar, de esconderse del mundo. Eider estaba aterrada. ¿En qué mierda de lío se había metido? Era un laberinto trucado, un laberinto con una única y demoníaca salida. Ya no tenía opciones. Todos los caminos le dirigirían hacia allí. Tendría que dar la cara, cargar con su culpa y responsabilizarse. Desde la resolución del caso del Harakin había gozado de una buena reputación, pero eso estaba a punto de finalizar. Pensó en París. En julio tenía intenciones de visitar la capital francesa con su sobrina. Recordar aquello y a Vanesa le incrementaron las ganas de llorar. Hacía apenas unos días su vida era bastante normal. Todo iba bien. ¿Qué diría la pobre Vanesa de ella? ¿Qué diría? «Cariño, iremos a París. Pase lo que pase nos perderemos en los trescientos metros de altura de la Torre Eiffel. Seguro que desde allí arriba vemos el mundo de otra manera». Sí, pensaba decirle todo aquello y más. Solo le importaban los suyos. Qué más daba la reputación, el trabajo… Su sobrina primaba entre todas las cosas. Le explicaría que Jon Ander era su compañero y amigo, que lo había hecho por él. Por la confianza que tenían, por Baraibar… Vanesa era inteligente y compasiva. Iba a entenderlo. Eider se convenció de ello. ¿Cuál era el mensaje que le transmitía con sus actos? «Ayuda a los tuyos». No se arrepentía de haber ayudado a Jon. Entre ambos había una relación más allá del interés y eso les hacía fuertes. Sintió una angustia al pensar en él. Le dio la impresión de que estaba muy lejos, demasiado lejos.

Antes de salir del laberinto tendría que encontrarlo y tirar de él. Encaminarse juntos hacia la salida demoníaca. Sí, juntos. Se fue al baño antes de entrar en la oficina y se encerró allí. Lloró en silencio durante unos minutos. Descargar para volver a tomar las riendas. Se lavó la cara con agua fría y se dirigió al despacho. No podía perder más tiempo, pero debía confiar en alguien. No estaba capacitada para hacerlo sola. Cuando entró, vio a sus compañeros. La miraban en silencio. Serios.

—Hola —dijo Eider.

—Hola.

Ambos contestaron a la vez. No hubo más palabras.

Eider sacó una hoja y apuntó cinco nombres: Padura, Koldo, Peio, Eneko y Ochoa. Su lista blanca. En uno de ellos recaería toda su confianza. Era consciente de que se la jugaba a una carta. Miró el folio. Normalmente, hacía caso a su instinto. Tenía buena intuición. A golpe de vista Ochoa y Peio fueron los vencedores.

«Pros y contras», se dijo.

Peio parecía un tío de fiar. Siempre le había dado aquella impresión, pero también era demasiado *segurola*. Estaba a punto de jubilarse y le gustaba no salirse de su zona de confort. Ochoa era un tipo majo e íntegro. Eider sabía que no dudaría en ayudarla si se lo pedía. Pero temía que pusiera en riesgo su carrera por la atracción evidente que sentía por ella. El que lo hiciera tenía que hacerlo por principios, no por otra cosa. Por llegar a la verdad.

Suspiró.

Eneko se llevaba a matar con Jon Ander. Pero era pura dinamita. Un agente nervioso y capaz. Incluso tramposo si la situación lo requería. ¿Era Eneko el elegido pese a las diferencias con el suboficial Macua?

Eider se rascó la cabeza con nerviosismo.

Padura y Koldo arrancaban la lista blanca. Ambos habían tenido una estrecha relación con la jefa. Padura y ella habían sido muy amigos, y Koldo y ella habían tenido un romance. Además, comisario y subcomisario… Eso les otorgaba una gran ventaja. La ayuda podría llegar a ser más potente. Tenían más contactos.

Se levantó de la silla y salió del despacho sin decir nada. Caminó por el pasillo guiada por su instinto. Se paró delante de la puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante —escuchó al otro lado.

Entró.

—¿En qué puedo ayudarla, Eider? —El comisario la miró con cara de pena. Sus ojos caídos siempre transmitían aquel sentimiento.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Se acomodó enfrente.

—He estado hablando con Padura —dijo sin poder evitar agachar la cabeza.

—Asuntos internos va a meter mano, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé.

—¿Qué puedo hacer por ti, Eider? Eres una de las mejores agentes de la UIC… ¿Qué ha pasado?

Eider le miró a los ojos. Su tono de voz era grave pero afable. Daba confianza. Baraibar había mantenido una relación sentimental con él. Posiblemente le atrajo aquello, además de su constitución poderosa. Jon también era así. Grande y bueno. Un tío de verdad. Pero había algo que les diferenciaba. Algo también de peso. Algo grande.

«¿Qué fiabilidad tiene un tío que engaña a su mujer con otra?», se dijo recapacitando.

Aquella era la diferencia entre Koldo y Jon Ander. Eider estaba muy sensibilizada con las infidelidades. No pudo evitar que una gran equis se dibujara sobre el nombre del comisario.

—Quería decirte que has sido un buen jefe todo este tiempo —confesó antes de irse—. Y que no he hecho nada de lo que me arrepienta.

Percibió una intimidad que jamás había tenido con el comisario.

—Déjame ayudarte, Eider. Estoy atado de pies y manos, pero algo podré hacer.

—Te lo agradezco, Koldo. Tal vez más adelante…

De vuelta en el pasillo, el tanatorio le vino a la cabeza. Aquella postura de Padura… Aquella postura. Dedicando más tiempo a los hermanos de Baraibar que a la jefatura… Detestaba tener que admitir que Padura era el vencedor de su lista

blanca. La amistad que ella sentía por Jon era el fiel reflejo de la del nuevo jefe con la jefa.

Llamó a su puerta.

* * *

El tipo gordo y el malo entraron con una energía que en segundos invadió el espacio. Cerraron dando un portazo y se colocaron junto a él. Jon estaba en el suelo, de costado. Desde ahí abajo lo vio todo más negro.

—Vaya, vaya, Jon Ander Macua… ¿Nos puedes explicar qué demonios haces ahí tirado?

El ser despreciable se acuclilló para escupirle la pregunta a la cara. Jon se estremeció al oír su nombre en boca de aquel tipo tan ruin y perverso. Habían conseguido averiguar su identidad. ¿Cómo? Cerró los ojos durante unos segundos y no vio venir el primer golpe. La patada le alcanzó el estómago irradiándole el dolor hacia la espalda y las ingles. Mientras se retorcía en el suelo, pudo apreciar cómo el tipo se movía con agilidad y volvía a arremeter contra él. Esta vez el puntapié se hundió a la altura de las costillas una y otra vez. Jon perdió la cuenta del número de veces. ¿Cuatro? ¿Cinco? Cuando por fin se detuvo, llegó el dolor… Estómago, costados, pecho. Todo su interior gritaba. El tipo se carcajeaba y saltaba como un boxeador impaciente por el tercer asalto. El gordo se interpuso entre ambos. Era una mole perfecta para retener al boxeador.

—Para un poco, joder —farfulló al tiempo que le daba la espalda.

—¿Qué hostias haces, Mastín? ¡Puto aguafiestas de los cojones! —gritó alterado.

A Jon Ander le pitaban los oídos en respuesta a la agresión, pero, pese a eso, escuchó perfectamente el mote de Mastín, el mote de la mole… ¿Dónde había escuchado aquel nombre? Había sido recientemente, pero el dolor no le dejaba recordar con claridad.

—Tranquilízate un poco, joder… —dijo girando el cuello para mirarle—. Castillo lo ha dejado muy claro.

—Venga ya. Pírate de aquí —le exigió con inquietud—. Está claro quién lo ha mandado.

—Jon Ander, te aconsejo que colabores. Cuéntame por qué te sorprendimos ayer merodeando por aquí —soltó arrodillándose junto a él.

Antes de eliminarlo debían sacarle los motivos de su visita.

Rodrigo se carcajeó con histerismo.

A Mastín estaba empezando a desquiciarle su comportamiento. Se mordió los mofletes por dentro.

—Debemos eliminarlo y no dejar rastro. Quita de en medio y déjame que haga mi trabajo.

—Vamos, Jon Ander —le susurró mirándole a los ojos. El gesto del *ertzaina* reflejaba dolor—. Puedo acabar con tu sufrimiento. Sabes que él no se lo va a poner

fácil a la muerte.

El suboficial apretó los dientes. Sabía que Mastín hablaba muy en serio. No iba a salir con vida de allí. Esa verdad se palpaba en el ambiente, en la energía del demente que saltaba detrás de ambos. No regresaría a casa…, no volvería a ver a su hijo. Se tendría que criar sin él. Pensó que Silvia era una madre excelente y no le faltaría de nada. Supliría las carencias con esfuerzo y cariño. A Jon se le puso un nudo en la garganta que le dolió más que las patadas. No iba a ver crecer a Aitortxo. Iba a perderse algo tan mágico. El amor incondicional de su hijo, la admiración. Esos tipos le iban a separar de su talismán. Allí mismo, en aquel suelo de cemento…, con aquella luz escasa.

—Sabemos que te manda Vikingo… Ese malnacido de Vikingo —prosiguió la mole.

El *ertzaina* le miró fijamente con expresión de no entender. A Mastín aquel gesto no le cuadró. De repente sintió que alguien le agarraba por detrás, de los hombros, y le tiraba al suelo.

—¡Con las ganas que tenía yo de machacar a un *zipaio*! —gritó con las facciones desencajadas.

Esquivó a su compañero, que intentaba levantarse a duras penas, y le lanzó otra patada, esta vez en la barbilla.

A Jon se le cerraron los dientes de golpe y se mordió la lengua. La boca se le llenó de sangre. La herida de la cabeza palpitó.

—¡Me cago en tu puta vida! —voceó Mastín. Por fin había conseguido ponerse de pie—. ¡Se te está yendo la pinza!

—¡Me estás jodiendo la fiesta, imbécil! —Rodrigo se encaró a su compañero. Se puso a un palmo de su cara.

Mastín percibió el mal aliento de Rodrigo. Apestaba a mal cuerpo. Se le había ido la mano con la coca y quizás también con el *speed*. Sus pupilas transmitían un abismo oscuro y maligno. Podía cruzársele el cable en aquel instante y comenzar a patearle a él también.

Jon, para evitar tragarse la saliva ensangrentada, abrió la boca y sintió el chorro deslizarse de la comisura hasta el suelo. Intentó imaginarse a sí mismo desde fuera. Sentado en una silla, tirado de lado, atado… Con la tripa destrozada y sangrando por la boca.

«Qué asco de final», pensó.

En ese momento la imagen de sí mismo le recordó a la del pelirrojo. Él también estaba atado y sangraba cuando lo liberaron del Harakin.

«El pelirrojo, sí», se dijo.

Fue Ibon el que hacía apenas unos días, en el bar de los *txikiteros*, había nombrado a Mastín. Él fue el que le contó que en Bilbao un tipo gordo apodado Mastín movía la droga.

—Haz con el *zipaio* lo que te salga de los cojones —soltó Mastín bruscamente. No soportaba aquella situación. Tenía a Rodrigo enfrente. Se le había encarado y ahora mismo era el punto de mira de aquel loco.

Rodrigo forzó una mueca con la boca. Una sonrisa delirante se dibujó en sus labios.

Jon vio que se dirigía hacia él. No tardaría en volver a la carga. Carraspeó antes de hablar.

—Mastín, Mastín —la voz le salió ronca—. Si quieres puedo contarte a qué he venido.

—El *notas* ahora quiere hablar —dijo desternillándose de risa—. Es demasiado tarde, colega. Pasamos de tus explicaciones.

—Calla un poco, Rodrigo. —Mastín se adelantó.

—Tú eres el que mueve la droga. Yo lo sé. Te buscaba a ti.

Mastín primero miró a Rodrigo, luego a Jon y otra vez a Rodrigo.

—¿Eres consciente de quién ha traído a este tipo aquí? No ha sido Vikingo —le reprochó.

—¿De qué coño me hablas?

—Joder, Rodrigo, yo ya te lo advertí…

—¿Tú me advertiste qué? —preguntó de malas maneras.

—Que lo de abrir mercado en Gipuzkoa era una idea de mierda… Y más sin el consentimiento de Castillo. ¡Tú y tu puta prisa! Te has saltado todas las precauciones que hemos mantenido todos estos años, ¡joder! Ahora por tu maldita culpa alguien ha hablado más de la cuenta… y este es el resultado. ¡Joder!

—Te dije que como volvieras a mencionar este asunto iba a cortarte la puta lengua —dijo entre dientes.

—El jefe va a matarnos —farfulló.

—¡Te dije que como volvieras a mencionar este asunto iba a cortarte la puta lengua! —repitió de carrerilla. Tenía los ojos muy abiertos. Parecía que iban a salirse de las órbitas.

—No debí hacerte caso. No debí… —susurró al tiempo que negaba con la cabeza.

Si ahora mismo estaban en aquella situación era culpa, única y exclusivamente, de Rodrigo. Le repateaba que siempre hiciera las cosas a su manera. Ahora a Mastín le pesaba no haber hablado con Castillo o, por lo menos, no haberse desvinculado. Rodrigo le provocaba un respeto insano que rozaba el miedo y eso debía cambiar. Por la mala cabeza de su compañero, el *ertzaina* estaba allí y, para más inri, le había nombrado a él… Sí, a él. No a Rodrigo… A él. No tenía ninguna gana de cargar con las culpas. Sintió cómo nacía en su pecho un cabreo monumental.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rodrigo con rabia.

—Que no debí hacerte caso —dijo elevando el tono y el mentón.

—A ti la *farlopa* te está volviendo idiota —comentó al tiempo que se le volvía a encarar.

Sintió cómo su compañero le clavaba la mirada. Pese a que Rodrigo tenía las pupilas dilatadas y respiraba aceleradamente, Mastín le mantuvo la mirada, no se amilanó. Los pocos segundos que transcurrieron se le hicieron eternos. Observó con alivio cómo relajaba el gesto y se daba la vuelta lentamente. Mastín tomó aire en silencio. De repente vio a Rodrigo girarse hacia él y lanzarle un puñetazo en el centro de la cara. La nariz comenzó a chorrear sangre. Se llevó las manos al rostro. El dolor le subía hasta las sienes.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Me has jodido la nariz! —berreó presionando.

Rodrigo hizo caso omiso y empezó a empujarle una y otra vez haciéndole retroceder. Mastín era incapaz de quitar las manos de la nariz. Rodrigo continuó embistiéndole hasta que consiguió acorralarle contra la pared.

—Eres un puto mierdas —dijo entre dientes—. Un cobarde y un futuro chivato… Lo veo en tus ojos. Castillo iba a agradecer que abriéramos mercado en Gipuzkoa…, pero eso no lo veías entonces ni lo ves ahora… Lo único que quieres es irle con el cuento. Lo estás deseando, ¿a que sí? Solo eres un gordo de mierda, nada más. No entiendo por qué mi tío confía tanto en ti —añadió muy cerca.

Mastín volvió a sentir en el pecho el monumental cabreo. Crecía como una alimaña salvaje. Se quitó las manos de la cara y arremetió contra Rodrigo. Le empujó con tal ímpetu que lo lanzó al suelo. Por sus brazos pululaba una energía endiablada. Se acercó con dos zancadas y lo elevó agarrándole de la pechera. Volvió a lanzarlo al suelo con una nueva embestida. Estaba fuera de control y el dolor de su pecho le oprimía hasta rabiar. Se acercó por segunda vez y lo recogió del suelo como si se tratara de un muñeco relleno de guata. Para él no pesaba nada. ¿Quién era ahora el *mierdas* de los dos? Le sostuvo en el aire agarrándole de la ropa y de la carne. Le miró a los ojos. Respiraba tan fuerte que le salpicó partículas de sangre.

—Eres un capullo —soltó Rodrigo al tiempo que intentaba zafarse—. Vas a arrepentirte, joder. ¡Suéltame!

—Tú eres el mierda ahora… —farfulló envalentonado.

Recogió al muñeco con los brazos para impulsarle con todas sus fuerzas. Pegó su frente a la suya. Rodrigo pataleaba.

Jon Ander, que seguía en el suelo de costado, veía a ambos pelearse. Ahora el loco estaba en manos de Mastín. Por fin se le veía insignificante. Observó cómo la mole lo volvía a lanzar por los aires. Esta vez cayó sobre sus piernas. Jon sintió el peso y escuchó un golpe seco. Elevó el cuello y lo primero que vio fue la mirada perdida del tío. Había sido la cabeza. Había impactado contra la silla. Quizás contra una pata. El tipo parecía estar muerto. Miró a Mastín. Tenía la cara ensangrentada y sudaba. De pronto le vio agarrarse el pecho con las dos manos. El gesto de la boca se le desencajó y se hincó de rodillas en el suelo de cemento. Cayó de lado y se retorció durante unos segundos hasta que dejó de moverse completamente.

Jon Ander no daba crédito. Al cabrón le había dado un infarto. La mezcla de cocaína y adrenalina había sido demasiado para ese tío. Parpadeó e intentó arrastrarse

unos centímetros para quitarse al tipo desnucado de encima. Hasta muerto tenía esa maldita mirada de loco. El dolor que sentía en la zona de las costillas era insoportable, pero le consoló pensar que él no iba a ser el único muerto de aquel sótano.

* * *

Miró al jefe a los ojos y se sentó. Eider podía escuchar su propia respiración como amplificada. Era grave y profunda, le dio la impresión de que no le pertenecía. Esa no era ella. Ya no era ella. Hacía horas que había dejado de tener control sobre sus actuaciones. Padura observaba en silencio, ni siquiera le preguntó qué quería.

—Sí, mantenían una relación sentimental. Si mal no recuerdo, desde octubre —explicó sin titubeos—. Te puedo asegurar que fue lo mejor que le pasó a Jon en mucho tiempo. Le hacía falta alguien como Juncal. Congeniaban bien. A ella también se la veía más alegre. Yo estaba al tanto de esta relación, pero no de lo demás. De lo de la trata de blancas me enteré después de su asesinato.

Ahora fue ella la que guardó silencio. Se fijó en Padura. Estaba serio, también algo inquieto.

«Tú también sabías lo de la trata de blancas», se dijo Eider.

—Me refiero a lo de Anna Karlatos. Juncal la reconoció en cuanto la vio muerta en la parte trasera de la dichosa furgoneta. No lo dudó ni un segundo y comenzó una investigación extraoficial. Jon la estaba ayudando. ¿Debería seguir explicándote con detalle todo este tema o, como intuyo, estás al tanto?

Padura parpadeó, se repeinó el pelo engominado. Dudaba.

—No voy a esperar a asuntos internos —prosiguió Eider en un susurro—. Ojalá mi intuición me falle, pero creo que Jon está en peligro. Si estoy aquí es porque necesito tu ayuda. No puedo dejarle en la estacada, no puedo. Jon y yo somos amigos además de compañeros. —Se tapó la cara con las palmas de las manos y tomó aire antes de retirarlas—. Me la estoy jugando dirigiéndome a ti. Soy consciente. Pero es que no sé a quién recurrir. Juncal tampoco tenía muy claro en quién confiar.

—Hay protocolos que seguir —dijo por fin Padura—. Este no es el modo.

Eider se puso de pie.

«Chica tonta», se dijo. «Has elegido al tipo equivocado».

—No hay tiempo —soltó convencida.

—¿Adónde vas?

—He intentado explicarte que Jon está en peligro. —A Eider le entraron unas terribles ganas de llorar. ¿Cómo demonios iba a hacerlo sola? Solo esperaba que Padura la dejara salir de comisaría—. Tal vez ya sea demasiado tarde para él.

—Siéntate —ordenó mirándola a los ojos.

—No voy a sentarme. —Se dio la vuelta y llegó en dos pasos a la puerta. Salió del despachó envuelta en el más absoluto nerviosismo.

Solo debía alcanzar su bolso y llegar al aparcamiento. Alargó las zancadas por el pasillo y entró en el despacho. Sus compañeros la miraban. Estaban serios y parecían preocupados. Ninguno dijo nada. Ella alcanzó su bolso y salió al pasillo. Corrió hasta el exterior. No miraba a nadie. No era capaz de ver nada. Tenía que salir de allí. Vio su coche a un par de metros. Buscó la llave mientras acortaba la distancia. Se le atascó entre la cremallera y le costó unos segundos hacerse con ella. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, alguien le agarró del brazo. Intentó zafarse con violencia y alcanzar con la mano libre la manilla.

—Para un momento, Eider —dijo Padura intentado no levantar la voz.

Ella se dio la vuelta y le miró a la cara. Ambos estaban muy cerca. Él la sostenía con fuerza del antebrazo.

—No vas a conseguir retenerme. Si lo haces, te arrepentirás toda la vida. —Lo dijo de una manera que sonó a amenaza.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó apretándole aún más.

Eider miró la mano de Padura, que tanta fuerza ejercía.

—Me haces daño. ¿Qué coño quieres de mí?

El jefe la soltó de inmediato. Dio un paso atrás.

—Quiero que recapacites. Si Jon de verdad está en peligro, ¿cómo pretendes ayudarle? ¿Poniéndote en peligro también? ¿Te parece una decisión cabal?

—¿Vas a dejar que me vaya? ¿O prefieres que montemos un numerito delante de las cámaras del aparcamiento? —comentó abriendo la puerta del coche.

—Joder… —bufó al tiempo que buscaba en los bolsillos del pantalón—. Acompáñame.

—No, no voy a acompañarte.

—Iremos en mi coche —dijo mostrando la llave—. Explícame adónde tenemos que ir y, de camino, relátame la investigación con todo detalle.

Eider le miró, después miró su vehículo. Podía entrar, poner el motor en marcha y salir de allí. Podría hacerlo. Aquella decisión era clave para marcar un destino. El destino.

—No voy a retenerte —murmuró el jefe negando con la cabeza—. Puedes largarte tú solita…

Eider tomó aire hondamente.

—Realmente no entiendo qué te pasa —continuó él—. Has pedido mi ayuda y, pese a que me la estoy jugando, te la estoy ofreciendo…

La imagen en el tanatorio volvió a su cabeza. Era lo único que tenía. Él con los hermanos de Baraibar. Los de jefatura en la otra esquina de la sala.

—Vamos —susurró ella—. No perdamos más tiempo.

* * *

Jon no sabía cuánto tiempo había pasado exactamente. Estaba sudoroso y seguía en la misma posición incómoda. A pesar de que le dolía todo, había conseguido dormirse

varias veces. Vagaba entre la inconsciencia y la consciencia. Movió la cabeza para mirar a los dos fiambres.

«Joder, es real», se dijo. «Ha pasado de verdad».

Le costaba creer en la situación en la que estaba metido. Parecía una broma macabra… Una paranoia de las grandes. Y lo peor de todo era que tarde o temprano llegaría alguien a rematar el trabajo. Era consciente de ello. Hacía horas que, con vida, ya no pintaba nada. Le había arañado minutos a la muerte, pero no pasaría de eso. Volvió a quedarse dormido y una voz aguda le despertó de golpe. Cuando Jon abrió los ojos vio a Klaudia con las manos en la cabeza. Parecía horrorizada. Pensó que lo lógico ante aquella escena dantesca.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué demonios ha pasado?! —exclamó histérica.

Jon Ander no tenía fuerzas para contestar, tampoco se lo estaba preguntando a él directamente. Lanzaba las preguntas al aire. Se acercó a los muertos y les tomó el pulso. Después miró a Jon Ander. Se aproximó con cautela y comprobó que sus muñecas y pies estuvieran atados correctamente. Volvió a mirarle a la cara y se alejó como el que se aleja de un demonio. A causa de los nervios andaba como espatarrada. Aceleró el paso hasta el umbral de la puerta y sacó el móvil. Se lo llevó a la oreja.

—Castillo, Castillo. ¡Esto es horrible! —confesó temblando.

—¿Qué pasa, Klaudia?

—Es horroroso —dijo al tiempo que comenzaba a llorar.

—Me estás asustando. ¡Tranquilízate!

Ella sollozaba. No conseguía articular palabra.

—¡Klaudia, joder! ¿Qué ha pasado?

El llanto se volvió más sonoro.

—¡Dime algo ahora mismo! —exigió con autoridad.

Se sorbió los mocos.

—¿Me estás oyendo?

—Están muertos… ¡Muertos! Todos muertos.

—¿Quiénes?

—Rodrigo y Mastín.

—¡¿Qué dices?!

—Están muertos, Castillo.

—¿Dónde coño está el *ertzaina*?

—Está aquí.

—¿Muerto?

—No, no. Está atado a una silla y herido.

—¿Ha sido él?

—No lo sé, Castillo.

—¿No lo sabes?

—Está atado. ¿Cómo ha podido hacerlo? Ay, Dios mío… Ay, Dios mío —susurró sollozando.

—Escúchame, Klaudia.
—Estoy asustada…
—¡Escúchame! Ve a por la escopeta y vigílalo hasta que yo vaya.
La polaca volvió a sorberse los mocos.
—¿Estás escuchándome?
—Sí, Castillo, la escopeta.
—Eso es. Dile a Jacqueline que también coja una.
—De acuerdo.
—Haz el favor de serenarte.
—Sí, perdona.
—¡Y coged las escopetas inmediatamente! —insistió fuera de sí.
—Ahora mismo, Castillo.
Ambos colgaron a la vez.

* * *

Padura conducía deprisa pero de una manera nada brusca. Eider había aprovechado el trayecto para contarle todo lo que sabía. A ratos se arrepentía de su elección y se decía a sí misma que se había equivocado completamente. En esos momentos no le quedaba más remedio que tomar aire e invocar a la suerte. Cuando estaban a punto de entrar en Bilbao, Padura le confesó que Juncal Baraibar, dos días antes de su asesinato, le pidió ayuda con todo este tema. Le aseguró que desde entonces estaba haciendo una investigación por su cuenta. Eider no supo si creerle. Estaba totalmente a su merced y podría narrarle cualquier fantasía. Pensó que como cuentacuentos no tenía precio. Aquella voz profunda y serena…, aquella seriedad constante…

—Estoy impresionado con la investigación que habéis conseguido llevar a cabo —dijo después de un largo silencio.

—Ahora mismo lo único que me parece es que fue una mala idea… —confesó Eider—. No dejo de pensar en Jon —añadió negando con la cabeza.

—El pantalón vaquero os llevó hasta la tienda Bohemias, y allí recordaban más o menos a la mujer que lo había comprado —recapituló él—. La exmujer de Marcelo, el exguardia civil, el tipo que llevaba el cadáver de Anna Karlatos, os pasó una lista con los nombres de sus amantes. Entre ellos destacaba el de Klaudia, la *madame* del club de alterne Lady Chatterley. Casualmente, Klaudia y la mujer que compró los vaqueros son la misma persona. En realidad se llama Bogdana Jakov y es polaca. El suboficial Jon Ander Macua se encargó de poner un dispositivo de vigilancia delante de su portal hasta que consiguió localizarla. —Miró a Eider brevemente—. Y la siguió hasta la casa misteriosa. Regresó a Irun por la noche y por la mañana te dio las coordenadas exactas. Y, como el tráfico de llamadas de los móviles de Juncal ya estaba en nuestras manos, decidió volver a la casa y adelantar la vigilancia.

Ella asintió con la cabeza.

—Y desde entonces no sabes nada de él.

Ambos se miraron a los ojos.

—Bravo —susurró él inesperadamente—. Un gran trabajo.

A Eider se le puso la piel de gallina. Había hecho un resumen sin fisuras. O el tío tenía una memoria prodigiosa, o de antemano ya contaba con algún dato.

Ambos guardaron silencio varios kilómetros, hasta que por fin llegaron al camino rural. Eider le indicó el lugar donde su compañero, la vez anterior, dejó el coche.

—Me explicó que era un merendero grande que contaba con muchos árboles y, gracias a eso, pudo dejarlo oculto. Desde allí hasta la casa hay que andar un rato, pero no quería levantar sospechas.

—Supones que esta vez repitió a la hora de elegir estacionamiento.

—Sí. Y nosotros también deberíamos dejarlo allí.

—De acuerdo.

Tardaron quince minutos en encontrar el lugar. Aparcaron entre dos árboles y salieron del coche. Cada uno fue en una dirección para no perder más tiempo. El merendero era más grande de lo que pensaban y les costó un rato dar con él. Fue ella la que lo localizó y se acercó corriendo. Cuando llegó, jadeaba. El corazón le iba a mil. Tendría que controlar los nervios si de verdad quería ayudar a Jon. Miró a través de la ventanilla del conductor y descubrió que la guantera estaba abierta. Aquello no le gustó ni un pelo. Comprobó todas las cerraduras. No estaban forzadas. Volvió a mirar la guantera. Le pareció que alguien había revuelto en su interior. Sobre la alfombrilla estaba el permiso de circulación, un paquete de pañuelos de papel y un CD.

—Me da muy mala espina —le dijo a Padura, que llegaba en aquel preciso momento.

El jefe lanzó un vistazo rápido.

—Voy a llamar a dos de mis hombres de Erandio.

Eider abrió los ojos y elevó las cejas.

—Son de confianza, Eider —añadió al ver su cara de susto.

—¿Estás seguro?

—Sí, muy seguro. Pongámonos en marcha. Les llamo de camino.

Caminaban a buen ritmo. Padura iba algo más atrasado porque iba hablando por teléfono. En cuanto colgó y alcanzó a Eider, esta le asaltó.

—¿Qué lograste averiguar? —preguntó muy seria.

Ahora era él el que tenía cara de susto, la exigencia de Eider le había pillado desprevenido.

—Dices que Juncal te pidió ayuda dos días antes de su asesinato —prosiguió ella —, y que estabas investigando por tu cuenta.

—Sí, pero no llegué tan lejos como vosotros. Básicamente me centré en la redada de 2012. Aquella que tuvo lugar después del suicidio de Fran y en la que cayeron bastantes clubs de alterne.

Eider miró el suelo de cemento blanco. Las sienes le palpitaban.

* * *

Jon Ander no entendía por qué aquella mujer le miraba desde la puerta apuntándole con una escopeta como si apuntara a una bestia…, al mismísimo demonio… Pensó que los verdaderos demonios eran ellos. ¿Por qué no eran conscientes? La polaca, de vez en cuando, desplazaba la mirada hacia los cadáveres y no podía evitar que le temblara la barbilla.

«¡Se han matado entre ellos!», se dijo Jon Ander. Apretó los puños detrás de la silla para soportar el dolor. «¿Qué hostias te has pensado? ¿Que he sido yo? Ojalá pudiera hacerlo, sí. No dudaría en acabar contigo ahora mismo…».

—*Monstrum*, *monstrum*… —susurró ella con pavor.

A Jon le pareció que la muy cabrona había leído sus pensamientos. No se molestó en mirarla. Él era el monstruo, sí, se había dado por aludido. Cerró los ojos lentamente y cayó en un sueño profundo.

El suboficial Macua se despertó al escuchar una voz masculina. La polaca hablaba con un hombre mayor. No era demasiado alto. El recién llegado también miraba la escena con espanto.

—¿Le has preguntado qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el viejo.

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —soltó enfadado.

—Es un *monstrum* —susurró.

—Déjate de supersticiones, Klaudia. ¡Un *monstrum*, un *monstrum*! —gritó desquiciado.

Miró a Jon Ander y decidió caminar hacia él.

Klaudia observó cómo su jefe sacaba el arma. Se preguntó por qué lo hacía si el *ertzaina* estaba atado.

«Porque también tienes miedo», se respondió a sí misma con la piel de gallina. Elevó la escopeta y apuntó al monstruo desde la puerta.

—¡Mírame! —exclamó el viejo a dos pasos de él.

Jon Ander entornó los ojos.

—¿Puedes oírme?

Afirmó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí?

Jon habló, pero su voz salió sin fuerza.

—Habla más alto.

Jon lo intentó varias veces hasta que consiguió que el viejo pudiera escucharle.

—Es obvio. —Dos palabras nada más.

—¿Obvio? ¿De qué coño hablas?

—Se han… matado… el uno… al otro —dijo despacio y en un murmullo.

Castillo miró a Rodrigo, que yacía cerca de Jon. Tenía los ojos abiertos y un golpe en la cabeza. Se fijó en que su mano derecha estaba manchada de sangre. Observó a Mastín. Tenía la nariz reventada y los puños asidos al pecho. Era totalmente surrealista.

—¿Quién te ha mandado? —le preguntó apuntándole con la pistola.

Jon negó con la cabeza.

—¿Quién? —insistió.

—Nadie.

—Ya… Seguro —masculló mirándole con odio—. Te manda tu jefe.

Jon quiso reírse, pero lo único que consiguió fue toser y escupir sangre. Aquello le causó un dolor por todo su interior.

—No tengo jefe —dijo con los ojos cerrados. Una lágrima se liberó de entre los párpados.

—Sí, claro que tienes jefe. Ese jodido traidor.

Jon abrió los ojos.

—Tu jefe de la comisaría, claro que sí. ¿Quién si no? Puto Vikingo… —farfulló al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza—. Juro que me las pagará.

* * *

Eider casi podía sentir cómo su corazón bombeaba sangre a todos los rincones de su organismo. Padura y ella estaban frente a la casa, agazapados entre la maleza. Cuando estaban en plena ascensión habían visto llegar un coche a buena velocidad. Ahora estaban valorando qué pasos seguir. Como bien había descrito Jon, la casa parecía una fortaleza. Las ventanas eran pequeñas y estaban cerradas a cal y canto. Daba la impresión de que allí no viviera nadie.

—Ahí hay una cámara —señaló Padura con el arma.

Eider observó y afirmó con la cabeza.

—Deberíamos acercarnos más —propuso—. Túmbate. Nos arrastraremos hasta allí.

Eider apoyó los codos sobre la hierba y empezó a reptar siguiendo a Padura. El olor a tierra húmeda alcanzó sus fosas nasales. Esquivaron la cámara de vigilancia sin bajar la guardia. Consiguieron llegar a la parte trasera de la casa y se apoyaron contra la pared. Eider estaba exhausta. Le quemaban los músculos de los hombros y brazos. Se dio cuenta de que reptar era una manera de moverse que cansaba profundamente.

—Rodearemos la casa hasta llegar al garaje —susurró Padura.

La agente Chassereau casi tuvo que leerle los labios. Afirmó con la cabeza.

Sabían dónde estaba el garaje porque habían visto cómo el coche entraba en esa zona de la casa. Sin despegar el cuerpo de la pared, fueron avanzando lentamente. Por la parte trasera de la casa no parecía haber cámaras. Llegaron a la esquina que unía el lateral con la parte delantera. Se detuvieron. Debían pensar antes de continuar. La cámara les esperaba. Padura se sentó pegado al borde y asomó un ojo.

—Hay una puerta metálica —volvió a susurrar—. Intuyo que esta es la única entrada que vamos a poder franquear. No tenemos demasiadas posibilidades. Intentaré abrirla desde aquí.

Eider observó cómo sacaba un silenciador del bolsillo interior de la cazadora. Se preguntó por qué tenía uno encima, y la piel se le volvió a poner de gallina. Le impactó ver cómo lo ajustaba con destreza.

Padura se tumbó en el suelo. Volvió a asomar un ojo. Adelantó el arma y apuntó.

Eider escuchó el chasquido metálico y no pudo evitar sobresaltarse.

—Creo que he acertado —dijo mirándole a los ojos.

—¿Quién eres? —Eider solo movió los labios, pero percibió que Padura había entendido la pregunta. La observó durante unos segundos hasta que volvió a hablar.

—Correré hasta la puerta e intentaré entrar. Si no he conseguido abrirla, dispararé de frente. Vigila desde aquí y, en cuanto me veas entrar, sígueme.

Eider bajó la cabeza y miró al suelo. Se sobresaltó al sentir una mano debajo de su barbilla. Padura le elevó la cara.

—Disponemos de unos segundos. Debemos ser prácticamente invisibles.

Eider tragó saliva. ¿Había llevado al verdugo hasta su propia tumba? ¿Era eso?

«No me jodas… ¿Tan fácil te lo he puesto?», pensó. «¿Y ahora se supone que he de seguirte?».

—Céntrate, Eider. ¿Estás preparada?

«Lo siento, Jon», se dijo.

—¿Eider?

—Sí, te sigo.

—Prepara tu arma.

En cuanto Eider la sacó, Padura rodó por el suelo. Ella no daba crédito a lo que estaba viendo. Vio cómo se ponía de pie de un salto para penetrar en la fortaleza. El cabrón había acertado con el primer disparo. El corazón retumbó en su pecho. Era su turno. Se pegó a la pared y corrió hasta la puerta. Entró. Temblaba y no tenía ni idea de cómo había llegado tan rápido hasta allí. Se giró para cerrar la puerta, pero Padura ya lo había hecho. Estaba tras ella. Se llevó el dedo índice a los labios para indicarle que no dijera ni una palabra. Se puso en cuclillas. Ella le imitó. Tantearon el terreno. El garaje era una habitación grande. Apenas entraba luz. Había cuatro vehículos aparcados. Uno era el que habían visto subir; otro, el Ford *Kuga* que Jon había seguido, supuestamente era el de Klaudia; el tercero, un Volkswagen *Touran* gris oscuro o negro; y, el último, un Mercedes *Smart*. Parecía azul noche y de cinco puertas.

—Hay demasiados coches —opinó Eider en voz baja—. No tenemos ni idea de la cantidad de personas que hay en la casa.

—No estamos solos. La ayuda lleva rato esperando mi señal.

Padura sacó el móvil y envió un mensaje.

—Tenemos que ocultarnos en la casa —susurró guardando el móvil.

Eider no tenía la menor idea de si hablaba en serio o era un farol. ¿De verdad contaban con ayuda?

Ambos se pusieron tras la puerta que parecía dar acceso al inmueble. Padura pegó la oreja en la madera. Todo estaba en absoluto silencio. Abrió lentamente y se asomó. Eider aguardaba pegada a la pared, con el arma en las manos. Vio salir a Padura y se movió para cubrirle las espaldas. La luz de la estancia le hizo entornar los ojos durante una milésima de segundo. Enseguida reconoció un gran salón. Padura le hizo una señal. Eider salió y cerró tras de sí. Le siguió hasta detrás de un sofá. Se acuclillaron entre la parte trasera del sillón y la pared. El jefe le señaló unas escaleras que ascendían. Observaron en silencio. Se oían murmullos. Como una conversación en la lejanía. Intentaron descubrir de dónde venían las voces y localizaron una puerta abierta. Padura salió con sigilo y regresó a los pocos segundos.

—Hay unas escaleras hacia abajo. Parece un sótano, una bodega… —susurró.

Envió otro mensaje.

* * *

—Hay que limpiar todo esto —dijo Castillo mirando el cuerpo de Mastín—. Tenemos que acabar con el *ertzaina* y sacar a las chicas de aquí.

—¿A quién vas a llamar?

—Tenía solucionado el tema de la extracción de las chicas. Había conseguido temporalmente una casa y Santi se iba a encargar del traslado…

—¿El hermano de Rodrigo?

—Sí, el mismo… —Miró a su sobrino muerto—. Esto lo cambia todo…, por supuesto que lo cambia todo…

El teléfono de Bogdana comenzó a sonar. Ambos se sobresaltaron. Agarró la escopeta con una mano y con la otra sacó el móvil. Castillo la interrogó con la mirada.

—No me suena el número —dijo meneando la cabeza. Lo guardó.

Castillo tomó aire y reflexionó mientras miraba al *ertzaina*. Tenía los ojos cerrados y no se movía. Con un poco de suerte nadie tendría que rematarle. Se acercó para comprobar si respiraba justo en el momento en que el móvil de Bogdana volvía a sonar.

—Coge, anda —le ordenó. Estaba cabreado. Sobrepasado.

—¿Sí?

—…

—Sí, soy yo.

—…

—Ah, sí, sí.

—…

—¿Un papel?

—…

—De acuerdo.

—…

—Sí, sí, mañana me paso.

—…

—De nada.

Colgó.

Castillo la miraba.

—Era de Lanbide. Necesitan un papel o no sé qué.

—¿Un papel?

—De cuando percibí la RGI. No he entendido bien. Estoy demasiado nerviosa —admitió guardando el móvil—. Ya volverán a llamar mañana u otro día.

Un timbrazo les volvió a sobresaltar. Era de la verja que daba acceso al camino que llevaba a la casa. Klaudia se asomó a las escaleras con la escopeta apuntando al techo. La tenía apoyada en el hombro.

—¡Jacqueline! ¡Jacqueline! —voceó histérica—. ¡Mira a ver quién es!

—¡Sí, sí! ¡Voy! —se escuchó a lo lejos.

Ambos esperaron con la mirada perdida hacia las escaleras. El tiempo pareció detenerse.

—¡Jackie! ¡Jackie! —la llamó Klaudia.

No se oía nada al otro lado.

—¡¿Jackie?! —insistió.

—¡Es un chico que ha perdido a su perro!

Castillo y la polaca se miraron.

—¿Un chico?

—Sí —contestó desde arriba de las escaleras—. Me preguntaba si lo había visto por el terreno.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Castillo.

—Un border collie. Blanco y…

—No, joder —la interrumpió—. El perro no, hostias. ¡El chico! —añadió con crispación.

—Ah, ah.

—¿Miraste por la cámara?

—Claro, claro. Era un chico joven.

—Voy a subir —indicó con enfado—. Quédate vigilando a lo que queda de tu *monstrum*… Ni siquiera sé si aún respira.

Klaudia no pudo evitar apuntarle con la escopeta.

* * *

Habían sido testigos de todos los movimientos desde detrás del sofá. Por las voces, habían contado tres personas. Dos mujeres y un hombre. De momento solo habían

visto a la tal Jacqueline. Era delgada y calculaban que tendría entre cuarenta y cincuenta años.

—Voy a subir —escucharon que decía la voz masculina—. Quédate vigilando a lo que queda de tu *monstrum*… Ni siquiera sé si aún respira.

Eider miró a Padura. No le inquietaba que el tipo subiera, no, le había impactado el resto de la frase.

«Ni siquiera sé si aún respira», se repitió Eider.

¿De quién hablaba? Las pulsaciones se le dispararon. ¿Ciento cuarenta, ciento sesenta? Estaba descontrolada.

El tipo apareció por las escaleras. No era nada joven, más de sesenta, y su estatura era baja.

—Busca la grabación en la que salga el chico del perro —dijo mirando a la tal Jacqueline—. ¿Dónde demonios has dejado la escopeta? —preguntó deteniéndose. Se frotó las rodillas doloridas.

—En la encimera… La apoyé un momento para contestar —dijo corriendo a la cocina.

—No bajes la guardia, joder. Tenemos dos muertos en el sótano y otro a medias…

—Lo sé, lo sé… Perdona.

—Sabía yo que confiar en mujeres me iba a pasar factura —farfulló—. Que no te vea volver a bajar la guardia…

Jacqueline cogió la escopeta. No fue algo premeditado, más bien fue un pensamiento involuntario, pero se visualizó a sí misma apuntando al viejo y volándole la tapa de los sesos. Jamás había confiado en ella y, mucho menos, tratado con respeto. Ella llevaba todos estos años buscando una palabra amable…, mendigando alguna mirada afectuosa. Le tembló la mano y tuvo el deseo de volver a dejar la escopeta en la encimera. Temía que ese torrente contenido le sobrepasase y actuara por ella. Demasiadas horas aguantando desprecio… Demasiadas.

—¿Voy a tener que buscar yo mismo la grabación? ¡Espabila!

Jacqueline sostuvo la escopeta con la mano izquierda y con la derecha empezó a manejar los botones del monitor.

Padura y Eider habían escuchado la escena y él había enviado el tercer mensaje.

El timbre sonó.

Ambos aprovecharon el momento para escabullirse hasta las escaleras. Bajaron con sigilo. Eran estrechas y cada uno rozaba una pared con el hombro. La pistola al frente. La respiración acelerada.

«Jon», pensó Eider.

Al final de la escalera había una puerta abierta. Vieron la espalda de una mujer rubia y tres cuerpos en el suelo. Era un espacio cuadrado. Una ventana pequeña y suelos grises. La última escalera crujió bajo el pie de Padura. La polaca se giró.

Disparó.

* * *

Klaudia había visto a dos extraños junto a la puerta. Iban armados. Iban a por ella… A por ellos. Disparó para defenderse y para alertar a Castillo. Al apretar el gatillo la fuerza hizo que el tiro se le desviara y, el retroceso, tirarla al suelo. El hombre y la mujer se agacharon y se miraron. Ambos estaban ilesos.

Eider de pronto vio a Jon. Estaba ensangrentado y atado a una silla. El corazón le dio un vuelco. Tenía los ojos cerrados. Sintió que se le paralizaban las piernas.

Klaudia tenía a tiro ahora a la mujer que miraba y llamaba al *ertzaina*. Desde el suelo podía calcular y retener el disparo. Apuntó con decisión.

Eider escuchó otra vez aquel disparo y volteó la cabeza para mirar a Padura. Ese silbido seco solo podía haber salido del silenciador. Tenía el arma en alto. Miró a la polaca. En mitad de la frente se le había dibujado un agujero rojo. Observó un hilo de sangre que bajaba lento y denso. Se fijó en la escopeta. El cañón se dirigía hacia ella.

Arriba se oían voces. Padura desapareció escaleras arriba y Eider corrió a los pies de Jon. Hincó las rodillas junto a su cuerpo.

—¡Jon, Jon! —gritó con desconsuelo. Le temblaban las manos. Su compañero estaba pálido y sudoroso, y había un charco de sangre bajo su cara—. ¡Jon! ¡Ya estoy aquí!

Oyó un disparo en la planta superior.

—¡Hey! ¡Escúchame! —dijo llorando. Le tomó el pulso en el cuello, pero solo era capaz de sentir el suyo propio. Acercó el oído a su boca, pero su corazón retumbaba por cada rincón de su ser. El llanto se hizo sonoro. No quería todo aquello. No valía para aquello. Se prometió dejar toda esa muerte. Se lo prometió. Miraba al suboficial Macua tras el velo de las lágrimas. Incrédula. Sobrepasada. De pronto vio cómo el estómago de su compañero subía y bajaba. Se movía levemente, pero se movía al fin y al cabo.

—Jon —susurró sorbiéndose los mocos. Se acercó y le besó la cabeza manchándose de sangre—. Ya estoy aquí. Soy yo.

Eider vio un movimiento en sus globos oculares, bajo los párpados. Abrió los ojos lentamente. Ella le sonrió como una tonta. Con la cara congestionada y ensangrentada. Él susurró algo. Acercó la cabeza hasta su boca.

—Juncal —dijo a duras penas—. Has venido…

A Eider se le encogió el alma.

—Hey, Jon. Soy yo, mírame. Soy Eider.

Jon la observó y de repente se agitó.

—Eider, Eider… Le he oído… —susurró arrastrando las palabras.

Eider le agarró de las manos, que tenía aprisionadas detrás de la silla. La cuerda que rodeaba sus muñecas estaba tensa.

—El jefe…, el jefe está implicado.

—¿Qué jefe? —Eider tragó saliva.

—Nuestro jefe… de Oiartzun.

—¿Padura?

—No sé… nombre…

Eider intentó desatarle el nudo de la cuerda, pero fue incapaz. Rebuscó en los bolsillos y se ayudó con la llave de casa para rasgarla. Se raspó varias veces el dedo índice por culpa de la fuerza que ejercía.

—Ya está, ya está —expresó al tiempo que la desenrollaba de alrededor de las muñecas.

Hizo lo mismo con la de los tobillos. Esta le costó menos. Retiró la silla del cuerpo de su compañero y, con cuidado, le ayudó a ponerse boca arriba.

—Despacio, despacio —le aconsejó.

Jon estaba agotado y se lamentaba. Se llevó las manos a la tripa.

Eider le retiró las manos y le levantó el jersey. Tenía hematomas a la altura de las costillas. Se alivió al no ver heridas de arma.

—Voy a sacarte de aquí. No te muevas —susurró mientras le volvía a cubrir con el jersey.

Exhausto, cerró los ojos.

Eider se puso de pie y miró los cadáveres de los dos hombres. Se preguntó qué narices había pasado allí. Después miró a Klaudia. La polaca había muerto hacía apenas unos minutos. Vista y no vista. Padura podía haberla herido, pero se la había cargado. Se agachó para coger la escopeta que se había quedado en el suelo y la dejó junto a su compañero.

—No voy a tardar —le aseguró.

Su compañero afirmó con la cabeza.

Subió las escaleras con sigilo. Jon estaba vivo. Era lo que ahora mismo le importaba.

Jon estaba vivo e iba a sacarle de allí.

* * *

Del salón accedió a la cocina. Era allí donde percibía el movimiento. Echó un vistazo rápido para valorar la situación. Cinco personas. Padura de espaldas. Enfrente, sentado en una silla, el señor mayor que había visto desde detrás del sofá. En el suelo la tal Jacqueline, bocabajo y esposada. Un tercer y cuarto hombre se acababan de asegurar de ello y, uno de ellos, de una patada, alejaba la escopeta de su cuerpo. Eider vio que se giraba y la miraba a los ojos. Inmediatamente se apuntaron con las armas.

—Es la agente Chassereau. Baja el arma —ordenó Padura—. ¿El suboficial Macua? —añadió mirándola.

—Vivo. Está vivo. Hay que llevarle a un hospital.

—Baja el arma, Eider —dijo acercándose.

—Quiero sacarlo de aquí. Está malherido.

—Sí, lo haremos. Tranquilízate y baja el arma —insistió.

Escucharon un trote proveniente de las escaleras. Eider apuntó hacia allí. Un quinto hombre bajaba a toda prisa.

—¡Jefe! ¡Hemos encontrado a una chica! —exclamó con cara de espanto—. Estaba encerrada en una habitación. Nos ha confesado que lleva meses secuestrada. No sé cuántas más puede haber.

A Eider el corazón le dio un vuelco, bajó el arma.

—¿Está bien? —preguntó Padura.

—Sí, muy asustada.

—Registrad la planta superior de cabo a rabo. La agente Chassereau os ayudará.

Eider corrió escaleras arriba.

* * *

Oigo muchas voces por la casa. Hay una en concreto que se dirige aquí. ¡Ay, Dios mío! No puedo soportarlo más. Me duele el pecho. Mucho. Estoy arrinconada junto a la cama. Me temblaban tanto las piernas que me he deslizado hasta el suelo. He oído disparos, sí, eran disparos. Vamos a morir todas. Nos ha llegado la hora. Lo sé… Se ha acabado para nosotras. Ojalá que sea rápido, mamá. Pensaré en ti antes de volar libre. Lo haré, te lo prometo. Jamás te olvides de mí. Os he querido todo este tiempo. Habéis sido lo único que me ha mantenido con vida. Gracias por escucharme, mamá. Sé que lo has hecho desde la distancia. Percibiéndome día a día, consolándome… ¡No, no! El tirador se mueve. Alguien viene, alguien quiere entrar. Escucho patadas y violencia. Me tapo los oídos para no oír nada más. Aprieto los ojos. Que sea rápido, que sea rápido. Percibo la luz del pasillo y no puedo evitar abrir los ojos. Hay una mujer. Lleva un arma en las manos. Está llorando y manchada de sangre. Tiene los ojos muy claros, grises. Cristalinos. Veo cómo guarda el arma y se arrodilla frente a mí. Está muy triste, está asustada. Me abraza, me abraza fuerte y de verdad. Yo aún tengo las manos sobre los oídos, pero ya no presiono sobre ellos. Me dejo rodear por sus brazos. Apoyo la cabeza sobre su hombro. «Me llamo, Eider, soy policía. Todo va a salir bien. Todo va a salir bien». Lo dice de una manera sincera…, lo dice a la vez que me mece.

* * *

Cinco chicas. Cinco desapariciones. Cinco vidas rotas. Cinco familias desesperadas. Cinco fueron las rescatadas. Cada una estaba encerrada en una habitación. Habitaciones que simulaban las celdas de una cárcel. Todas ellas hablaban castellano, pero ninguna era de España. Había una joven de la India, dos de Brasil, otra de Rusia y, la última, de Etiopía. Eider y los otros agentes las trasladaron a un pequeño salón que había en la misma planta. Fueron testigos de algo inusual: pese a que lloraban desconsoladamente, se abrazaban entre ellas y se preguntaban los nombres las unas a las otras.

—Todo va a salir bien —dijo Eider conteniendo las ganas de llorar. Estaba muy emocionada—. Estáis a salvo. Por fin estáis a salvo.

Se sentaron en un sofá y se acurrucaron. Un agente llevó un par de mantas y se las tendió desde la distancia. No quería asustarlas, intimidarlas. Habían forjado una burbuja de protección. Por fin estaban juntas. Solo ellas entendían por lo que habían tenido que pasar. Nadie más lo sabría jamás, por mucho que se empeñasen en explicarlo.

—¿Dónde está ella? —preguntó una chica brasileña.

—¿Quién? —quiso saber Eider.

—Klaudia. ¿Dónde está?

—Está muerta —susurró Eider.

La chica india comenzó a llorar sonoramente. Sus lágrimas eran de nervios y alivio. Volvieron a abrazarse y en segundos el llanto contagió a todas.

—No volverá a haceros daño —aseguró Eider.

Miró al agente que había llevado las mantas y se acercó a él.

—He de bajar. Mi compañero está en el sótano. Está herido. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Habla con Joseba.

—¿Joseba?

—El jefe. Joseba Padura. Él está al mando.

—Tenemos que llevarnos a estas chicas de aquí. Hay que movilizar a un equipo de psicólogos. Necesitan atención en todos los sentidos —susurró.

—Háblalo con él.

Eider no entendía la reacción de aquel agente. Bajó las escaleras a toda prisa. Allí abajo todo seguía tal y como lo había dejado. Jacqueline en el suelo y el hombre sentado en una silla. Observó cómo Padura sacaba el móvil.

—Creo que le tenemos —dijo alejándose hacia el salón.

Eider le siguió. Miró hacia las escaleras que llevaban al sótano…, que llevaban a Jon. Había prometido sacarlo de allí.

—Está dispuesto a colaborar.

—…

—Moviliza a un equipo hasta la casa.

—…

—Sí, sí. Y habla con el juez para que prepare las órdenes.

—…

—De acuerdo. Te llamo enseguida.

Colgó.

—¿Qué está pasando aquí, Padura? —preguntó ella.

—Ahora no tengo tiempo, Eider.

—Tenemos que llevarnos de esta casa a las chicas, a Jon…

—Un par de doctoras de confianza están de camino.

—¿Doctoras de confianza? —preguntó al tiempo que sacaba el móvil.

—¿Qué haces, Eider?

—Voy a llamar a una ambulancia.

Padura le arrebató el teléfono con un movimiento rápido.

—¡Hey! ¿Qué haces? —preguntó al tiempo que intentaba recuperarlo.

—El suboficial Macua está bien. Tenemos algo importante entre manos.

—No puedes hacer esto… No puedes —dijo empujándole—. Devuélveme el teléfono.

—Tranquilízate. Dame algo de tiempo y te lo explico.

Eider tenía los ojos como platos.

—Venga, Eider. Confía en mí. Baja a ver al suboficial mientras yo hablo con el detenido —insistió muy serio—. Quédate con él. Voy en un rato.

Eider se llevó las manos a la cabeza y volvió a mirar las escaleras. Se dio la vuelta y bajó. Allí también, más o menos, todo estaba como lo había dejado. La única diferencia era que su compañero estaba tapado con una manta. Se acercó con el corazón en un puño. Otra vez estaba en posición fetal y tenía la cabeza apoyada en un cojín.

—Jon, Jon. Soy yo.

Se sentó en el suelo, junto a él. Tenía los ojos cerrados. Le preocupó al encontrarlo más pálido y sudoroso. Le tomó el pulso. Esta vez no le costó hallarlo. Lo tenía muy acelerado. Le acarició la cabeza y volvió a mirar el cadáver de la polaca.

* * *

Castillo no dejaba de darle vueltas a lo mucho que se habían torcido las cosas en pocas horas. Había perdido. La puta partida se había acabado. Jaque mate. No estaba dispuesto a morir. El cabrón de Vikingo había desencadenado el fatal destino. Él había matado a la chica griega. Lo tenía muy claro. Por culpa de sus actos y de sus decisiones la Ertzaintza había hallado la furgoneta con el cuerpo de ella y de Picolo. Todo eso había precipitado un final que no estaba escrito. Un imperio desmontado por su mala cabeza… Por su prepotencia… Ahora le pesaba haber confiado en él. Era consciente de que detenido tenía los días contados. Vikingo no iba a permitir que Castillo viviera. Eso ponía en riesgo su seguridad. Sabía que él se encargaría de limpiarlo rápidamente y ese era el motivo por el que había decidido cantar y negociar.

«Vas a pagármelas todas juntas», pensó. «De caer, mejor que caigamos los dos».

El tipo al mando se le acercó.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo.

—Bien.

—Le llamarás y quedarás con él en esa casa de Irun.

—Sí, en la casa de la muga.

—Un grupo de la Ertzaintza se va a encargar de equiparla con cámaras. Todo lo que habléis será grabado. Estaremos muy cerca y, en cuanto lo veamos posible,

procederemos a su detención.

* * *

Jon había abierto los ojos brevemente, pero los había cerrado. Ahora una de las *supuestas* doctoras de confianza estaba con él. Eider se había alejado algunos pasos para observar cómo le examinaba. Vio a Padura bajar por las escaleras. No quedaba un ápice de gomina en su cabello. Estaba despeinado y aquel aspecto desaliñado le hacía parecer más joven. Ambos se encontraron a medio camino.

—Como bien sabes, Juncal me pidió ayuda. —El jefe fue directo al grano—. Empecé a investigar todo el tema de la red que se desarticuló en 2012 pero, sobre todo, me centré en el momento en el que se suicidó Fran y sacaron a Juncal de la investigación. Me interesaban especialmente aquellos movimientos precipitados. En un principio colaba eso de limpiar el buen nombre del cuerpo…, pero, al descubrir que la trama no se había desarticulado, dejó de encajar. Estaba claro que se ocultaba algo gordo. Curiosamente hubo una persona en la comisaría de Oiartzun que tuvo mucha mano en todo este tema. Mi intuición me llevaba equivocadamente hacia alguien con más poder, pero iba descaminado.

—Hay que trasladar a este hombre a un hospital —interrumpió la doctora.

—Ocúpate de mantenerlo estable. Enseguida procederemos a su traslado.

—No, no —soltó Eider—. Trasládelo ya, por favor.

—Eider, escucha —dijo agarrándola de los hombros—. Si hay una filtración, por pequeña que sea, llegará a sus oídos y nos será muy difícil detenerle.

—No puedo más, no puedo más… No entiendo nada.

—Cuando Juncal fue asesinada, yo ya sospechaba de él. En Erandio habíamos empezado a investigarle. Ese fue el motivo por el que yo ocupé el puesto de Juncal en Oiartzun, para poder estar cerca de él.

A Eider le zumbaban los oídos. No podía creerlo… No quería.

—Si hay suerte hoy pagará por ello. No puede salir impune…

—Jon no puede morir. Me da igual tu investigación.

—Esto es muy gordo, Eider.

—Jon no puede morir —repitió negando con la cabeza—. Ese cabrón no va a cobrarse una víctima más.

Miró a la doctora.

—Deberíamos trasladarlo ya —susurró desde el suelo—. Lo más probable es que tenga una hemorragia interna.

—Deja que nos lo llevemos. La doctora y yo lo acercaremos hasta un hospital. No daremos datos de ningún tipo.

—No puedo permitirlo. ¿Sabes todo lo que pones en juego?

—Por favor, Joseba.

Padura miró al suelo.

A ella le repateó aquella reacción.

—¿Dónde estaría tu puta investigación si no llega a ser por él? —preguntó enfadada—. ¿Eh? ¿Dónde cojones estaría? No tendrías nada. ¡Nada!

Al no obtener respuesta, Eider corrió hasta Jon Ander.

—Ayúdame, por favor —le rogó a la doctora.

Esta se levantó y miró a Padura.

—Me da igual lo que digas. Voy a sacarlo de aquí ahora mismo —aseguró destapándole.

—¡Eider!

—No pondré nada en juego —dijo llorando. No podía con el peso de Jon. Sola no podía—. Lo dejaré en la puerta del primer hospital. Te lo prometo.

Tiró de sus axilas.

—Te harás daño y le harás daño a él —murmuró la doctora.

—Pues ayúdame, ¡hostias! —gritó desquiciada.

Volvió a tirar de él.

—Jon, Jon. Tengo que sacarte de aquí. Despierta —le dijo al oído.

Pero Jon no abría los ojos.

—Vamos, Jon. Hazlo por Aitortxo —le suplicó.

Hincó las rodillas y se llevó las manos a la cara.

—Jon, joder… ¡Jon! Pon de tu parte.

—Irás con uno de mis hombres y lo dejaréis en la puerta —indicó inesperadamente Padura. Tenía el móvil en la mano—. Ni se te ocurra entrar con él o le ordenaré que te espose.

Eider lloraba desconsoladamente arrodillada frente a Jon.

—¿Has oído?

—Sí, sí. Lo prometo.

—Tengo una camilla plegable en el coche —dijo la doctora.

Eider vio alivio en su rostro.

* * *

El comisario Koldo Mayo no se había imaginado, ni por lo más remoto, que Juncal Baraibar y Jon Ander Macua tenían una aventura. Se preguntó desde cuándo. No hacía tanto tiempo se había estado acostando con él. No pudo evitar que le repugnara la idea de que hubiese estado con los dos a la vez. No entendía por qué había bajado el nivel de esa manera. Había pasado de estar con un superior a estar con un inferior. No lograba entenderlo. Meneó la cabeza y no pudo evitar sentir que lo que más le repateaba era que seguramente empezó a rechazarle por él, por un suboficial… El teléfono le abstrajo de sus pensamientos.

—Dime, Castillo.

—¿Qué tal, Vikingo?

—Bien, sin novedades —contestó el comisario. Entre ambos había cierta tirantez.

—Necesito tu ayuda.

—¿Ha pasado algo?

—Me gustaría verte. Es urgente.

—¿Hoy?

—Te lo agradecería.

—Me tendrás que explicar a qué viene tanta prisa…

—He trasladado a las chicas. Esta semana me entran varias nuevas y necesitaba una casa más grande.

Vikingo se irguió en la silla. Desde lo de Bihotza no había vuelto a estar con ninguna chica.

—Veo que el negocio sigue prosperando. Me alegro.

—Sí, y no veas qué chicas…, pero es por medio de unos polacos de los que no me fio ni un pelo. Klaudia me puso en contacto con ellos y no sé… Está yendo todo muy rápido.

—Ya veo.

—Me gustaría pasarte los nombres y que echaras un ojo.

—No sé si hoy va a ser posible… Hay mucho jaleo en comisaría.

—No te robaré demasiado tiempo. Estoy en Irun. Si quieres podemos vernos en la casa de la muga.

Vikingo se quedó callado durante unos segundos.

—Llevaré el catálogo para que las veas. Son preciosas, especiales…, como a ti te gustan. Tal vez incluso vírgenes.

Consultó el reloj de su muñeca.

—¿A qué hora estarás?

—Haré un recado antes de pasarme. ¿Te viene bien en un par de horas?

—Sí, está bien. Haré un hueco.

—Nos vemos, Vikingo. Gracias.

El comisario colgó. Un *flashback* de Bihotza recorrió su cabeza. Deseó encontrar en aquellas chicas la mirada salvaje de su chica griega. Sintió la presión bajo la bragueta.

* * *

Ya estaba todo hecho. No había marcha atrás. Un equipo de la Ertzaintza tenía todo dispuesto. Había cámaras por la casa y ellos aguardaban por todas partes. Castillo esperaba sentado en el sofá que había en el salón central. Vikingo llegaría en cualquier momento. Entraría por la puerta que conectaba el garaje con la casa y empezaría la función. Por su culpa se encontraban en aquella situación… Por su puñetera culpa. Castillo pensó en Cata, su mujer, y en sus dos hijas. A ninguna le había faltado de nada. Una era psicóloga en una prestigiosa clínica privada y la otra, la directora de una sucursal bancaria. Todo se iba a ir a la mierda. En cuestión de horas, además. Las tres chuparían interrogatorios y registros. Era consciente de que, a partir de ahora, le odiarían profundamente. No por decepción, no, porque todas ellas

sabían que los negocios que manejaba eran más que turbios… No, más bien le odiarían por no haberlo mantenido bajo control. Eso no podrían perdonárselo. ¿Qué pasaba con la reputación? ¿Qué iban a hacer ellas ahora? A Castillo no le dio ninguna pena. Las tres eran unas malcriadas y habían cogido la mala costumbre de tratarle con condescendencia. Sus hijas habían salido a la madre. De él no tenían nada… Nada. Le dolía reconocer que pocas visitas le esperaban en la trena. No pensaba lamentarse por ello. Castillo escuchó el motor de un vehículo.

Era Vikingo.

—Aquí tenéis a vuestro hombre —dijo mirando hacia el techo. No sabía dónde estaban las cámaras exactamente, pero intuyó que por ahí arriba.

Se levantó y le esperó de pie.

La puerta se abrió.

—Muy buenas, Vikingo —dijo con una sonrisa forzada.

«Tú sí que vas a ser una gran decepción, colega», pensó al ver al comisario. «Estás jodido, cabrón».

—¿Qué tal, Castillo?

Se estrecharon las manos. Ambos apretaron más de lo normal.

—No tengo mucho tiempo —apuntó Vikingo—. He de volver a comisaría.

—Tranquilo, será rápido.

—Bien, cuéntame.

Castillo miró hacia la puerta de la entrada.

—¿Sabes que pagué a un tipo para que registrara la casa de cabo a rabo?

—¿La casa nueva?

—No, Vikingo. Esta casa. Cuando la chica griega murió, Mastín y un tipo vinieron a esta casa. Quería saber qué demonios había pasado.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes… Según me contaste, Bihotza salió ilesa de aquí… Pero eso no fue lo que realmente sucedió —señaló negando con vehemencia—. El tipo que trajo Mastín roció el suelo con luminol. Imagino que como comisario no hace falta que te explique para qué sirve el compuesto químico de marras, ¿verdad?

—Castillo, ¿me explicas a qué estamos jugando?

—Tú jugaste conmigo, con mi confianza —dijo señalándole con el dedo índice—. El suelo estaba lleno de sangre. Había rastros en la entrada, en medio del salón… En el exterior. ¿Qué hostias le hiciste a Bihotza? ¿Por qué demonios no me llamaste?

—Me ha costado mucho buscar tiempo esta tarde y no he venido para perderlo.

—No has venido para perderlo… Has venido a aclarar las cosas. Es simple. Creo que deberíamos limar asperezas y empezar de cero.

Vikingo negó lentamente con la cabeza.

—Venga, hombre, que Anna Karlatos no es la primera puta que muere en la historia… —prosiguió Castillo—. Los accidentes ocurren. Asúmelo como tal.

—No voy a asumir una responsabilidad que no es mía.

—Vikingo y su maldito orgullo… Durante estos días he esperado que me lo contaras… Que saliera de tu boca. Qué iluso he sido. Tú jamás vas a reconocer tal cosa… Reconocer que se te fue de las manos… Que la mataste.

—Te aconsejo que no acuses tan a la ligera sin pruebas. ¿Un reguero de sangre? No es suficiente, Castillo. Se me ocurren mil historias al respecto.

—Claro…, claro…

—Deberías tenerme más respeto. Me la he jugado por ti.

Castillo puso cara de sorpresa.

—Ilústreme, señor comisario —se mofó.

—Tuve que hacer cierta limpieza entre mi gente… Que sepas que había una persona que os empezaba a pisar los talones.

—¡Venga ya, Vikingo! —exclamó carcajeándose—. No me gustan las mentiras, pero mucho menos los faroles.

—No tengo que demostrarte nada. A estas alturas de la película ambos sabemos quién es quién. Cree lo que te dé la gana.

—¿Hablas de la oficial? ¿Me lo dices en serio?

—Lo sabes perfectamente. No entiendo a qué viene este numerito.

—No es ningún numerito —reconoció. Hasta apenas unas horas siempre sospechó que su sobrino Rodrigo se había encargado de ese asunto. No pudo evitar pensar en su cadáver.

Vikingo observó cómo se le ensombrecía el rostro.

—Bien, entonces creo que estamos en paz. Quedan limadas nuestras asperezas —continuó Castillo.

—Creo que deberíamos tomarnos un tiempo —murmuró Vikingo—. Poner tierra de por medio durante unos meses.

—Sí, claro, como una pareja de amantes. —Rio a carcajadas—. Anda, deja que te enseñe el nuevo catálogo. Ya verás cómo cambias de idea.

Castillo caminó hasta la puerta que conectaba la casa con el garaje y cerró tras de sí.

A Vikingo le sobresaltó la violencia con la que había dado el portazo. De repente escuchó ruidos por todas partes. Cuando quiso darse cuenta, estaba rodeado por un montón de *ertzainas* que le apuntaban con sus armas.

El subcomisario Padura caminó hacia él. Tenía los puños apretados. La rabia se había instalado en su organismo y pujaba por patear a aquel malnacido. Él había silenciado a su amiga… Él era el asesino de Juncal. Se lamentó en lo más hondo de su ser por no haberlo impedido. La ayuda que le pidió llegaba muy tarde para ella. Se puso enfrente, con la cabeza bien alta, aparentando tranquilidad. El comisario miraba en todas las direcciones.

—Koldo Mayo, quedas detenido por el asesinato de tu compañera la oficial Juncal Baraibar, por la supuesta implicación en el asesinato de Anna Karlatos, por…

—¿Esto qué es? ¿Esto qué cojones es? —preguntó nervioso. Se giró con brusquedad hacia la puerta que conducía al garaje.

—Te aconsejo que no te muevas —le dijo Padura a sus espaldas—. Vamos a proceder a tu detención.

—Estás loco —soltó mientras se daba la vuelta para mirarle—. Soy el comisario. ¡El comisario!

Padura hizo un gesto a dos de los agentes y estos se acercaron con rapidez.

—Esposadlo —ordenó mirándole a los ojos. Si hubiese tenido la capacidad de fulminarlo lo habría hecho. Padura, por primera vez, experimentaba el odio hacia otro ser humano.

El comisario sintió las manos de los agentes e intentó zafarse. Koldo Mayo era un tío alto y grande. Tuvieron que acercarse varios *ertzainas* más para controlarle. Consiguieron llevarle hasta el suelo e inmovilizarle boca abajo. El propio Padura se encargó de esposarle.

—¡Os vais a arrepentir! —exclamó con todas sus fuerzas—. ¡Os vais a arrepentir todos vosotros! —Tenía el moflete derecho contra la baldosa del suelo y miraba de reojo. Un agente le sostenía la cabeza para que no la levantara—. ¡Tarde o temprano saldrá a la luz esta sucia trampa! ¡¿Quién coño os creéis?! ¡¿Habéis olvidado quién soy yo?!

A duras penas le arrastraron hasta un coche patrulla que habían mantenido oculto durante la operación, pero que ahora esperaba a las afueras de la casa. Las luces azules se reflejaban en la fachada. Vikingo miró la loma a través de la ventanilla trasera y el recuerdo de Bihotza huyendo regresó a su cabeza. El coche arrancó. De pronto creyó estar viviendo un mal sueño y sus sentidos dejaron de estar conectados a la realidad. No veía, no oía… Aquello no podía estar pasando realmente.

Donostia, 12 de mayo de 2014. Lunes.

Los titulares de todos los periódicos, incluso los extranjeros, hablaban de la comisaría de Oiartzun y de Koldo Mayo. El Lehendakari Iñigo Urkullu llevaba cinco ruedas de prensa en doce días. El asunto era muy gordo. La implicación de un comisario de la Ertzaintza en dos asesinatos y en una red de semejante envergadura había puesto patas arriba al Gobierno vasco. Eider apagó la televisión de la habitación del hospital y miró a Jon Ander. Su compañero dormía plácidamente. Era un verdadero alivio verle allí tumbado. Hacía apenas unas horas que había salido de la UVI. Su vida, por fin, ya no corría peligro. Se sentó junto a la cama y esperó a que se despertara. Jon se había librado por los pelos, pero había muerto gente inocente como Anna Karlatos y Baraibar. A Eider le gustaba pensar que sus muertes no habían sido en vano. Cinco chicas, las chicas de la casa, tenían una nueva oportunidad. Esa red había caído. Claro que sabía que no era ni sería la única, pero esas cinco chicas, a esas alturas, ya estarían en sus hogares, con su gente. Las pobres tenían trabajo por delante. La lucha debía continuar. Se lamentó por ellas. Había heridas demasiado profundas…, demasiado dolorosas. Les deseó toda la suerte del mundo.

—¿En qué piensas? —susurró Jon.

Eider le sonrió con cariño.

—¿En qué crees que pienso?

—Depende de tantas cosas… —contestó Jon al tiempo que le daba a los mandos de la cama para incorporarse levemente.

—Ah, ¿sí?

—Todo depende de qué Eider esté aquí sentada. ¿Eres la Eider filosófica? ¿O la analítica? No, espera, seguro que eres la sensible. No, no, la terca… —Jon se esforzaba por parecer alegre.

—Qué gracioso —dijo negando con la cabeza.

—Hey, no me interrumpas, que me han faltado un par de *Eiders*.

—¡Ja!

—Tal vez seas la Eider dura, o la valiente…

Eider sonrió con tristeza.

—Gracias, compañera.

—En el fondo fue un acto egoísta, que lo sepas. —Le miró a los ojos—. No me imagino trabajar sin ti… No me imagino una vida sin ti —confesó a media voz.

—Retomaremos el caso de los huesos —bromeó para evitar emocionarse más—. ¿Es eso lo que buscas con tu amabilidad?

—Claro que es eso. ¿Qué si no?

El suboficial levantó la mano y Eider se la chocó.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó observando los puntos secos de la cabeza y el moratón que amarilleaba en la barbilla. Su compañero había adelgazado bastante.

—Estoy mejor. ¿Vas a contarme por fin toda la historia?

—Jon… Acabas de salir de la UVI.

—Ni Jon ni hostias… Me habéis ido pasando la información a cuenta gotas… Creo que me merezco la verdad de una vez.

—Te veo recuperado… —dijo meneando la cabeza.

—Vamos…

—Ya no sé ni lo que te he contado durante estos días.

—Poco, muy poco. Empieza de una vez.

Eider perdió la mirada por la ventana y tardó un rato en comenzar.

—Al parecer, cuando Juncal te contó toda la historia de la chica del lunar y el catálogo, también informó a Padura. Él se centró en la redada de 2012 y en los movimientos tras el suicidio de Fran. Eso le llevó hasta Koldo, que, por lo que parece, fue el que movió todo el tema. Según figura en los informes, se empeñó en mandar a casa a Juncal. Con pretextos muy convincentes, la verdad, y los de jefatura lo vieron bien. Descubrir esos informes le olió muy mal a Padura, porque, según le había dicho Koldo a Juncal, él había estado totalmente al margen. Por ese motivo decidió abrir una investigación en la comisaría de Erandio.

Jon Ander miraba muy atento.

—Apenas habían pasado unas horas desde el inicio de esa investigación, cuando asesinaron a Juncal.

Jon no pudo evitar bajar la cabeza.

—Aquello hizo que saltaran todas las alarmas en Erandio —prosiguió Eider—. Algo gordo se cocía en la comisaría de Oiartzun. Tomaron la decisión de sacar de allí el caso de Anna Karlatos, iniciar el del asesinato de la jefa y mandar a Padura para vigilar a Koldo.

—Joder…

—Padura nos ha estado vigilando muy de cerca —señaló al tiempo que reflexionaba unos segundos—. Al igual que nos pasó a nosotros, él tampoco tenía la menor idea de quiénes estaban implicados. Cuando salió a la luz tu posible relación con Juncal, todo se precipitó. Y todo se complicó al no dar señales de vida… Yo no sabía en quién confiar… Le elegí a él. Y qué suerte tuvimos, Jon —le confesó llevándose una mano a la frente—. A punto estuve de contárselo todo a Koldo.

Jon observaba muy quieto entre la blancura de las sábanas. En su mirada había una mezcla de pena y rabia.

—Estuve muerta de miedo todo el camino de aquí a Bakio. No sabía si había confiado en el tipo equivocado… No sabía nada. Joder, si yo hubiera estado al tanto de que contaba con un equipo detrás… Joder. Padura fue excesivamente prudente. Qué barbaridad.

—¿De verdad que entrasteis solos en la casa?

—Sí, su equipo nos seguía muy de cerca. Él me hacía creer otra cosa, que había pedido ayuda a un par de compañeros en los que confiaba. Pero no era así. El

operativo se puso en marcha desde que salimos de la comisaría de Oiartzun. Una vez dentro y, después de comprobar lo que allí se cocía, entró el resto.

—Qué locura.

—Castillo quiso negociar enseguida. Sabía que Koldo se encargaría de limpiarlo y optó por adelantarse. Y le tendieron la trampa famosa…

—Joder con Padura…

—Calla, calla, que no sabes una cosa.

—Ah, ¿no?

—Antes de ser subcomisario, era Berrozi. Incluso llegó a ser jefe del grupo de operaciones especiales.

—¿Padura? ¡Venga ya! No da el perfil.

—Sí, sí lo da…

—¿El Torerillo?

—Si llegas a verle en acción, te cagas.

—Pero por qué he tenido que perdérmelo —se lamentó.

—Todo el tiempo estuviste presente, Jon —le recordó.

—No me lo recuerdes, que me ha costado mi bazo… —dijo al tiempo que se llevaba la mano a la izquierda del estómago—. Ahora soy un hombre sin bazo. Incompleto —añadió con dramatismo teatral.

A ambos les vino el recuerdo del sótano de la casa. Los dos pasaron unas horas horribles.

—Por cierto, me tienes que contar qué narices pasó allí abajo con esos dos hombres que estaban muertos a tu alrededor.

—Aquello fue surrealista… Vaya par de gilipollas…

Jon Ander le resumió lo que le sucedió a la extraña pareja de *farloperos*.

—Lo recuerdo y aún me tengo que decir a mí mismo que es real. Qué locura. Me da la impresión de que Tarantino escribió el guion de los últimos acontecimientos de aquella casa…

Ambos se quedaron callados. No pudieron evitar revivir parte de la historia.

—El semen que se halló en el cuerpo de Anna Karlatos y la piel de debajo de las uñas no pertenecían al expicoleto, como sospechamos en un principio, sino al comisario… —le informó Eider.

Se miraron a los ojos. Seguían sin dar crédito.

—Y se ha podido comprobar que Fran y él llevaban tiempo colaborando con Castillo.

—¿Y el registro en su casa? —quiso saber.

—El muy idiota guardaba el sujetador de Anna Karlatos. En una caja fuerte. ¿Recuerdas que en la furgoneta solo estaba la tanga?

—Sí, y te llamó mucho la atención aquel detalle… Eran de un diseñador español, ¿no?

—Sí, Andrés Sardá.

—Hostias, no me encaja… En el comisario no me encaja… ¿Ese cabrón guardaba un trofeo como un psicópata?

—Eso parece…

Jon Ander la miró con escepticismo. Enseguida el rostro se le ensombreció.

—¿Y no guardó ningún trofeo de Juncal…? —preguntó con tristeza.

Eider negó con la cabeza.

—Estos días he soñado mucho con ella —confesó en un susurro.

Estuvieron en silencio un buen rato hasta que alguien llamó a la puerta. Silvia se asomó. Llevaba a Aitortxo en brazos.

Eider percibió el brillo que surgió en los ojos de su compañero. La vida le brindaba otra oportunidad. Ahí tenía a su pequeño.

«Disfruta, Jon, te lo mereces», pensó.

—Hey, campeón —dijo con alegría sincera—. Te he echado de menos.

Su sonrisa era lo único que se veía sobre aquella cama de hospital.

* * *

Andrea, durante los últimos días, había recopilado toda la prensa que recogía la noticia de la comisaría de Oiartzun. El nombre de Fran salía una y otra vez. Le había dolido leer esas cosas de él. En un principio se había negado a creerlo, pero había sido imposible conservar ese estado de ignorancia. Subió al trastero para coger la caja que guardaba la famosa documentación y la bajó a casa. Había mantenido todo aquello oculto, pese a que le olía mal, pese a que varios agentes habían registrado la casa buscándolo. Ella había preferido omitir la existencia de aquello con la esperanza de que, haciéndolo, dejara de existir. Tiró los periódicos a la basura y vació el contenido de la caja en la fregadera. La cara de una chica apareció delante de sus ojos. Era Anna, Anna Karlatos. Los últimos días había leído mucho acerca de ella. Todo su interior se retorció. El peso de la culpabilidad estaba ahí y no se iría tan fácil. Encendió un mechero y prendió los papeles. No quiso mirar cuando la cara de la pobre chica era reducida a cenizas. Podría haber hecho algo, podría haber mostrado interés, aunque eso supusiera enterarse de cosas muy dolorosas relacionadas con Fran. Pero ya estaba hecho. No servía de nada arrepentirse.

Debía continuar con su vida, esa que tanto le había costado rehacer.

Abrió el grifo para que los restos se fueran por el desagüe.

Brasil, 13 de mayo de 2014. Martes.

—La llamaban Bihotza, mamá. Era preciosa. Tenía unos rasgos pequeños y hermosos. Su mirada era especial. Ella y yo nos comunicábamos solo con mirarnos a los ojos. A menudo, le escuchaba golpear suavemente la pared y yo me arrimaba buscando su consuelo. No hablábamos, solo permanecíamos muy pegadas al tabique. Yo apoyaba la palma de mi mano y permanecía horas así. Muchas veces me quedaba dormida. Estaba allí, al otro lado, tan cerca y tan lejos…, pero estaba. Nunca antes he sentido por nadie lo que sentía por ella. Había una conexión diferente, una conexión forjada a base de dolor y miedo. Ella era yo y yo era ella. Una especie de siamesas a las que tan solo nos separaba una pared. Bihotza tenía muchas citas. Era la más solicitada de todas. Cada vez que oía su caminar por el pasillo, no podía evitar llorar. Sabía a lo que iba y sufría por ella. Su dolor era mi dolor. La quería, mamá.

Desde mi regreso mi madre no se ha separado de mí. La miro y la veo tumbada en la cama, conmigo, escuchándome. Todavía me cuesta creer que por fin es de verdad y no producto de mi imaginación. Recuesto la cabeza sobre su regazo.

—¿Quieres saber cómo se llamaba, cariño? —me susurra mientras me acaricia el cabello.

Yo afirmo sobre su regazo. Creo que ya estoy preparada.

—Se llamaba Anna, mi vida. Anna Karlatos —dice con ternura.

Siento el calor húmedo de mis lágrimas descendiendo en lateral. Las sábanas las absorben. «Anna…», pienso. «Anna es un nombre precioso, como ella».

—Me hubiese gustado poder charlar un rato con ella, poder abrazarla —confieso con congoja.

—Lo sé, mi niña —me besa la cabeza y siento perfectamente cómo se aguanta las ganas de llorar—. Quiero que sepas que fue una chica muy valiente. A ella tengo que agradecer que estés de vuelta. Peleó contra esos malnacidos y con sus esfuerzos consiguió abrir una brecha.

Reflexiono sobre ello. De momento no quiero preguntar cómo murió. Es demasiado duro enfrentarme a ello. Tal vez más adelante, tal vez…

—¿De dónde era, mamá?

—De Grecia.

Pienso en ella, en mi chica griega, a la que debo tanto. Me esfuerzo por recordar su mirada, la expresión de su cara cuando nos cruzábamos por el pasillo. El toc, toc de la pared. El sonido de su caminar.

—Prométeme que me acompañarás algún día allí. Me gustaría conocer a su familia y hablar con ellos… Me encantaría poder verla sonreír por una vez, aunque solo sea en fotografía.

Mi madre me abraza esta vez sin poder contener el llanto. Ojalá todas mis compañeras sientan el mismo amor que siento yo ahora mismo.

Agradecimientos

Lo primero, muchas gracias a tod@s los que me seguís de cerca y estáis deseando embarcaros en otra de mis historias. ¡Qué sería de mis novelas sin vosotr@s! Estoy conociendo gente maravillosa. Sois increíbles.

Gracias a ti, Álvaro. Sabes que eres mi editor favorito. No hay uno superior en todo el planeta. Me animas, me aconsejas, me corriges… Eres el mejor.

A vosotras, mis chicas, Sonia Lorenzo y Olatz Somoza, que siempre esperáis con ansias mi nueva novela. Adoro compartirlas con vosotras y, también, que me corrijáis.

A mis padres. Gracias por volcaros conmigo en esta pasión. Quién nos lo iba a decir. ¡Ya la cuarta novela!

A mi amigo Jorge Prado, por corregirme todas y cada una de mis novelas.

A Joxan Glez. Arruti, por diseñar la portada perfecta para esta novela y por estar siempre dispuesto a echarme un cable.

A Gorka Gaztelumendi. Muchas gracias por responder tan rápido, y tan bien, a mis dudas médicas.

A Ana Azurmendi, por apoyarme desde el principio y devorar el manuscrito con tanta pasión.

A Maite Urruzuno. Muchas gracias por creer en mí.

Y, por supuesto, al equipo de Erein por seguir confiando en mí.



NOELIA LORENZO PINO (Irun, España, 1978).

Es profesora de corte y confección. Su carrera profesional está ligada al mundo de la moda, pero paralelamente, ha dedicado parte de su tiempo a la escritura, con resultados más que notables. Su gran pasión es la novela negra y en 2013 publica su primera novela, *Chamusquina*. Dos años más tarde, 2015, ve la luz *La sirena roja*, donde nos presenta a los agentes de la Ertzaintza Eider Chassereau y Jon Ander Macua. Un equipo de investigadores que reaparece en su siguiente novela: *La chica olvidada* (2016).